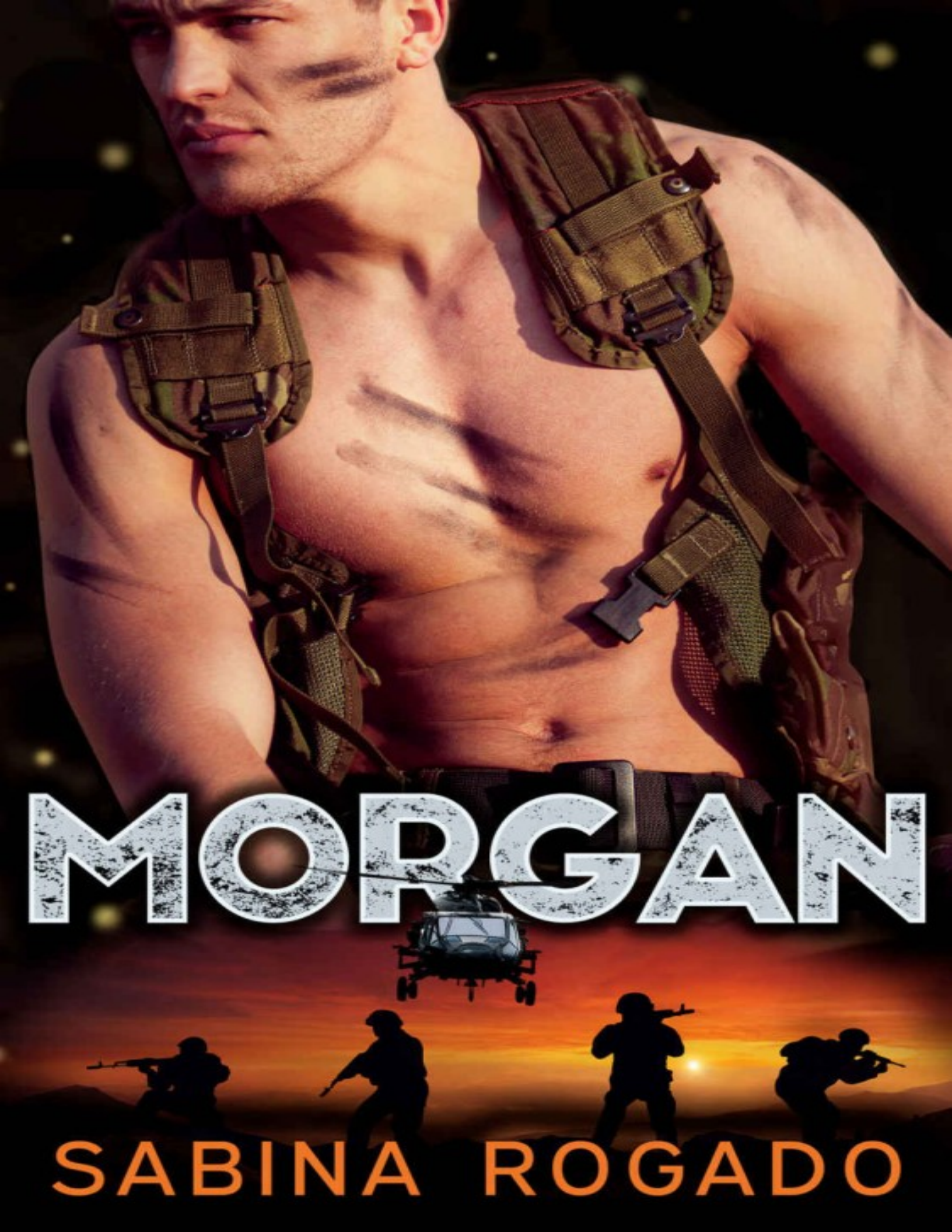

MORGAN
SABINA ROGADO

MORGAN

Sabina Rogado

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier tipo de procedimiento, sea electrónico, mecánico, o fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

Fecha de publicación: 15/07/2025

Lectoras cero: Laura Duque Jaenes, lectora_3mpedernida y laurelleeyescribe

Diseño de portada: Amparo Tárrega.

Todos los derechos reservados

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2
OTROS TÍTULOS
AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

Morgan

Salgo de la ducha como mi madre me trajo al mundo y voy directo a la nevera. El calor es sofocante y necesito una cerveza bien fría para contrarrestarlo. El día de hoy ha sido duro; bueno, rectifico, pertenecer al DEVGRU[i] lo es, quizá, por ello, me guste tanto mi trabajo, sin contar con la satisfacción absoluta de haber construido una familia al lado de mis tres compañeros de batalla.

Marcus, Logan y Ryan son una parte imprescindible en mi vida, al igual que las novias de los dos últimos: Amelia y Noah. Juntos formamos un equipo acojonante y como es viernes toca seguir una de nuestras reglas de oro: quedar en el bar de Mat, nuestro punto de encuentro.

Del primer trago, vacío la mitad del botellín, dispuesto a comenzar el fin de semana libre de la mejor manera. No sé, algo en mi interior me insta a desmelenarme un poco más de lo habitual. De los cuatro, soy el más tranquilo, el menos hablador y, como diría Ryan, también el más aburrido, y la quedada de hoy me abrirá el camino a la posibilidad de compartir una noche de sexo desenfrenado entre las sábanas de alguna chica dispuesta a pasar un buen rato.

A diferencia del resto, también soy de los que prefiere no alardear de su vida sexual, por lo tanto, seguiré en la misma línea. Me va bastante bien, no quiero llamar la atención, así que, mejor, que se metan con Marcus, de un tiempo a esta parte está más desatado de lo normal y es una baza que de ningún modo desaprovecharé, con lo muy dados que somos a cachondearnos los unos de los otros.

Sí, decidido, el propósito final de la noche será dar rienda suelta a la pasión. Llevamos bastante tiempo esperando alguna

orden que nos sitúe en algún punto estratégico del mapa y barrunto que cualquier minuto extra habrá que aprovecharlo en condiciones.

Demasiada tranquilidad. Mi intuición no suele fallar, y el sonido de un wasap se encarga de chafarme el plan inicial.

Si ya decía yo.

Cojo el móvil y leo el mensaje de mi capitán a la par que amigo del alma.

Marcus:
Lo de tomarnos unas birras va a ser que no. Hay que dejarlo para otra ocasión. Misión a la vista. Nos requieren en el puesto de mando lo antes posible. Allí nos vemos.

Ryan:
El último que llegue pagará las copas en cuanto regresemos a casa.

Uno de nuestros mantras es bromear cuando el peligro acecha. Pronto lo hará y nada mejor que tirar de un poco de ironía.

Hasta la fecha, siempre nos ha servido.

Logan:
Hecho.

Yo:
Hecho.

Menos de dos minutos es lo que empleo para coger lo primero que pillo del armario, ponérmelo, dar con las llaves de la camioneta y encaminar los pasos hacia la puerta, en ese orden, dispuesto a salir disparado hacia el exterior con una expresión dibujada en mi cara que lo dice todo.

Estoy listo para lo que me echen.

CAPÍTULO 1

Dam Neck. Estación Aeronaval de Oceanía. Virginia

Morgan

La tensión se respira en el ambiente. Es lo primero que llama mi atención y se debe a un motivo de peso. Solo estamos nosotros y otra unidad más, lo que equivale al grado de peligrosidad que conlleva la nueva misión. Ya ha ocurrido con anterioridad. Hay veces que debemos obrar con un mínimo de efectivos para pasar desapercibidos, y este caso lo constata.

En cuanto a lo segundo, detecto en Ryan una seriedad poco habitual, y sin necesidad de hablar con él, entiendo el motivo. Es la primera vez que dejará a su novia sola desde que empezaron a salir y le muestro mi comprensión con una simple frase.

—Estará bien, *bro.*

No hay tiempo para más. El almirante al mando toma la palabra y comienza la exposición, poniéndonos en situación mediante instrucciones claras y precisas.

—Hace menos de una hora nos han dado vía libre para desmantelar una de las redes internacionales más importantes en cuanto a tráfico de armas se refiere. La operación se desarrollará entre la frontera de Brasil y Venezuela, en plena selva amazónica, con el riesgo añadido que supone.

»Los servicios de inteligencia llevan semanas recabando información sobre puntos clave, escondites para ocultar la mercancía y posibles irregularidades con respecto a personalidades corruptas del gobierno, y la ayuda extra de un agente infiltrado ha dado un giro en la investigación.

»Al parecer, la ruta fluvial del río Uraricoera les permite campar a sus anchas, sin contar alguna que otra terrestre. Es un escenario perfecto por su difícil acceso y ahí es donde entráis

vosotros. Según las últimas averiguaciones, las armas ya tienen comprador, irán destinadas a Oriente Próximo, y sobra decir que debemos evitarlo a toda costa.

»Marcus, en principio, tu equipo estará solo. La unidad de refuerzo entrará en acción únicamente si es necesario. En cuanto tengáis listo el equipo, un C-130J Hercules[ii] os llevará hasta Boa Vista. Una vez allí, un helicóptero os esperará a pie de pista con destino a Manaos, el lugar en el que recibiréis más indicaciones.

»¿Alguna duda o pregunta?

Nuestro capitán toma la palabra y es el encargado de contestar.

—Según el informe, la cercanía con las fronteras supone un punto estratégico para el tráfico de drogas. ¿Existe algún indicio que esté relacionado con la misión?

—No lo descartan, pero no lo tienen claro. Vamos a ciegas, la complejidad del terreno al que os enfrentaréis nos ha obligado a tomar medidas extraordinarias.

—¿Cuáles?

—Precisar la ayuda de algún lugareño de la zona. Solo ellos conocen el terreno como nadie, y por ese motivo un guía ya se ha encargado de mediar entre las dos partes. La buena noticia es que han aceptado.

»La tribu encargada de prestaros información detallada se trata de los Yanomami. No hablan nuestra lengua y son reacios a cualquier tipo de visita, así que, consideraos afortunados.

»Y ahora, basta de cháchara, en cuanto a la otra unidad, permaneceréis atentos a las órdenes y en función del dispositivo intervendréis o no. Suerte, muchachos.

»¡Ah! Y lo más importante. Os esperamos a todos de vuelta. Es una orden.

La reunión finaliza y cada uno emprende la marcha hacia el objetivo principal. Revisar a conciencia el equipo que se convertirá en imprescindible.

El territorio que pisaremos será más duro de lo habitual. La selva siempre lo es y como tal sería un tremendo error

menospreciarla.

Antes de partir, soy testigo de dos llamadas la mar de importantes. La del sargento Logan y la de Ryan despidiéndose de sus chicas, lo que logra que suspire de alivio.

Si estuviera en su pellejo yo también mostraría la preocupación que les precede. En sus vidas todo ha cambiado, ya nada es igual, y llego a la conclusión de que el trabajo que desempeñamos no es muy apto que digamos con el hecho de mantener una relación amorosa.

Nunca se sabe si volveremos todos, o lo que es peor, en qué condiciones.

Siempre es un enigma. Siempre.

***

Manaos, varias horas después, centro de operaciones

Tal y como nos dijeron en suelo estadounidense, en cuanto llegamos al destino somos informados de las nuevas instrucciones.

Al parecer, los traficantes de armas están reubicando el material en un punto estratégico y la venta se realizará en cuestión de días. Tiempo suficiente para ejercer el trabajo por el que estamos aquí, empezando por un reconocimiento previo de la zona. De ahí la importancia del guía. Nos facilitará la misión, tipo a conocer el entorno y los peligros añadidos de la selva, y empezaremos en cuanto nos sitúen en el punto justo y de difícil acceso.

—Bien, es el momento de presentaros a la persona que ha logrado convencer a la tribu para que os acojan —dice el teniente coronel al mando del operativo—. Es alguien especial para ellos, de ahí que hayan accedido. Ah, y ya que está aquí, por favor, ¿serías tan amable de presentarte tú misma?

El equipo entero echamos la vista atrás y nos percatamos de la mujer que acaba de aparecer por la puerta principal.

Vaya, menuda novedad, no contábamos con que fuera una mujer, y menos tan joven ni atractiva.

El codazo de mi compañero más cercano me saca de mi ensoñación al instante y dejo de mirarla, aunque deduzco que es un poco tarde.

—Mira tú por dónde, me da la nariz que los dos solteros de oro pronto mostraréis las dotes de ligar frente a la chica nueva. ¿Te gusta, eh?

—¿Qué? —disimulo ante Logan con cara de pocos amigos. Él ha sido el responsable de dejarme sin respiración por el golpe traicionero en las costillas, y sí, reconozco que esto me pasa por distraerme.

Me ha pillado con la guardia baja, cuando siempre he sido al que menos le ha costado pasar desapercibido, y en mi defensa añadiré que, la única culpable es la escena tan anómala que ninguno de los cuatro se esperaba para nada.

Esa es la realidad.

¿Una mujer que ejerce de guía profesional en plena selva?

Sin duda es una sorpresa de principio a fin.

—Hola, a todos, soy Ayura y estoy aquí por una causa: serviros de guía y, a la vez, de traductora. He accedido por el bien de la tribu y por su hartazgo permanente debido a los diferentes conflictos. De un tiempo a esta parte, los frentes son cada vez mayores, ya no solo les afecta la deforestación por la extracción de petróleo, gas o minerales, sino que el tráfico de drogas y armas está resultando una batalla difícil de superar.

»La convivencia cada vez es más difícil y solo pretenden seguir viviendo acorde con las costumbres de siempre. La tribu acostumbra a tratar la zona como lo que es: algo sagrado, y de ahí que me haya propuesto echaros una mano.

»Hemos debatido los pros y los contras y la decisión del chamán ha sido clara, así que, seréis bienvenidos.

El discurso que suelta es un tanto anómalo. En la última parte ha hablado en primera persona y desde el minuto uno parece implicada en la cuestión como la que más, y no llego a entenderlo.

¿Por qué lo hace?

¿Acaso algún vínculo que desconocemos la une a dicha tribu?

Buena pregunta. Habrá que averiguarlo.

—En cuanto pisemos la selva iremos directos al poblado. Allí os daré las indicaciones precisas para que entendáis los diferentes peligros y esperaremos a que amanezca para practicar un reconocimiento previo de los lugares que vuestros superiores me han indicado con el objetivo de que evaluéis el terreno.

»Debéis ser conscientes de cualquier amenaza posible. Las hay. Son demasiadas. Allí una mínima duda se paga con la vida. Os lo aseguro.

—Gracias, Ayura —comenta el militar de menos rango; en total son cinco los encargados de supervisar el operativo desde el centro de mando, y lo hacen junto al equipo que sigue cada uno de nuestros movimientos desde los monitores conectados a la base de Virginia.

»Por último, añadir un dato. De momento, estamos solos. Nada de coordinarnos con las diferentes fuerzas locales, en esta parte del mundo es demasiado común prestarse a ganar dinero extra, y por seguridad mantendremos en secreto el total de la misión. En el caso de precisarlo, la unidad de reserva que ha venido con vosotros entraría en acción junto con el correspondiente apoyo logístico, el cual irá rotando y permanecerá en guardia las veinticuatro horas del día, durante el tiempo que consideremos oportuno, hasta que sepamos más datos acerca de la transacción.

»¿Alguna pregunta?

—No, señor.

—Muy bien, entonces no perdamos ni un segundo. Un UH-60 Black Hawk[iii] os espera. En los GPS lleváis las coordenadas de cada ubicación sospechosa. Buena suerte.

La segunda parte del plan comienza subiéndonos al helicóptero y la chica que nos acompaña ocupa el asiento situado al lado del piloto.

Es cauta y prefiere mantener las distancias, algo que respetamos, y dedicamos el trayecto a admirar la vegetación inmensa que más pronto que tarde aparece en el horizonte, evidenciando lo pequeñitos que somos en comparación con la madre naturaleza.

CAPÍTULO 2

Morgan

El calor sofocante es lo primero que nos da la bienvenida según llegamos al destino fijado, después, la humedad existente. Debe rondar cerca del ochenta por ciento y la sensación de ahogo impacta sobre unos cuerpos que tardarán en habituarse al clima extremo por muy entrenados que estén.

—Joder. Vaya sudada llevo encima y eso que acabo de bajar —se queja Marcus con razón.

Menos mal que llevamos los uniformes de camuflaje, la ropa está diseñada para mezclarnos con el entorno y es cien por cien recomendable por su ligereza. Otra cuestión son las botas, pesan mil demonios, pero sin duda es una de las partes fundamentales para protegernos los pies, ya que han sido preparadas para cualquier tipo de terreno, entre los que se incluyen los húmedos y fangosos.

La temporada de lluvias no ha terminado del todo y aquí, cuando llueve, lo hace de verdad.

En cuanto a la mochila, eso sí que es otro cantar. En ella llevamos un kit de primeros auxilios, pastillas potabilizadoras para el agua, raciones de comida, tienda de campaña ultraligera, pistola secundaria, munición, equipo de comunicación, gafas de visión y mucho más.

Por llevar, llevamos hasta repelente de mosquitos. También es importante. Todo aquí lo es y recurrimos a la disciplina para habituarnos a la climatología, mientras coloco en el lugar justo lo único que me queda: el fusil M4.

Ahora sí, estoy listo, ya no hay vuelta atrás y lo constato al mirar hacia arriba desde el pequeño claro en el que ha aterrizado el helicóptero. Los árboles son de un tamaño tan desproporcionado que parece que tocan el cielo hasta ocultar el sol por completo, y la

maraña de vegetación, sumada a un incesante ruido procedente de varios animales, no deja lugar a la imaginación.

Pisamos tierra hostil. Este no es nuestro hábitat natural y parecen dispuestos a hacérnoslo saber a través de sonidos varios que en un principio son perturbadores a más no poder.

De manera inconsciente, giro el cuello y busco a la guía. Me sigue pareciendo mentira que alguien como ella conozca los entresijos de esta parte de la selva y alucino al comprobar la tranquilidad que muestra. En efecto está cómoda, tipo a tener controlada la situación, y machete en mano comienza a apartar la maleza correspondiente para ir abriendo paso.

Joder. Reconozco que la impresión me pilla desprevenido y no soy el único.

—La hostia, pues sí que tienes maña con el machete, sí —comenta Marcus siguiendo sus pasos.

—Menos cháchara y más ayudar. Vuestra complexión es demasiado grande, el camino marcado no está preparado para gente como vosotros, y os aseguro que no querréis que se haga de noche. La mayoría de los depredadores suelen aprovechar la oscuridad para salir de caza.

—¿Pretendes asustarnos? —se cachondea Logan sacando de uno de los bolsillos laterales la herramienta perfecta para arrimar el hombro y cortar la maleza.

—¿Yo? Para nada. Por cierto, tened cuidado con lo que pisáis. Las anacondas por aquí pueden aparecer en cualquier sitio.

La madre que la parió. Pues para no querer asustarnos se le da bastante bien.

Casi una hora después, divisamos un claro a lo lejos y somos testigos de las edificaciones en la que conviven las diferentes familias de la tribu.

—Vaya, menudo chiringuito tienen montado aquí, sí señor, tipo a resort rudimentario y tal —comenta Marcus terminando con un silbido.

Ayura mira al capitán con cara de pocos amigos y salta escopetada:

—Perdona, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Marcus.

—Bien, Marcus, pues para que te quede claro, te daré un par de consejos. Presta atención.

»El primero, ni se te ocurra menospreciar lo que tienes delante de tus narices, al menos en mi presencia. Esta gente no se mete con nadie, son autosuficientes y ellos solos se bastan para cazar, pescar y recolectar los diferentes frutos que les ofrece la tierra, y seguro que es mucho más de lo que tú haces, por mucho historial militar que lleves a cuestas, así que, déjate de resorts rudimentarios y chiringuitos.

»Y el segundo, si pretendes que te traten como a un igual, ya puedes cambiar la expresión de listo de tu cara. En cuanto te acerques al chamán intuirá lo chulo que eres, y te lo aseguro, no te conviene en absoluto.

Toma zasca.

La reprimenda logra algo inaudito, dejar al capitán sin palabras, y el resto captamos la indirecta.

Su alegato es un aviso a navegantes. Esta tía tiene unos ovarios como la copa de un pino y espero que el comentario que tanto le ha molestado se quede ahí. Es primordial que sigamos contando con el apoyo de todos. Solo así reduciremos un tiempo importante y, después, santas Pascuas. Cada uno a lo suyo.

Fácil, ¿verdad?

—Eh, Ayura, ¿serías tan amable de explicarnos cómo vive esta gente? —interfiere Ryan para contrarrestar el cabreo de la chica, interesándose por la rutina de la tribu.

La otra parte no duda en aclarar su ignorancia y cada una de las palabras que salen de su boca corrobora el grado de implicación que siente hacia ellos.

—Los Yanomami viven en esas casas circulares. Como imaginareis, su construcción se basa en los materiales naturales que tienen al alcance, y en cada una vive una familia entera. La estructura se llama shabonos y consta de lo básico. ¿Alguna pregunta más?

—Sí. ¿Por qué cuando hablas hay veces que lo haces en primera persona? —pregunta Logan enarcando las cejas.

—Porque soy la única afortunada que puede convivir y salir del poblado cada vez que quiere, por eso. ¿He resuelto tu duda?

—Eso, Logan, ¿ha resuelto tu duda? —se recochinea Marcus sin contemplaciones, volviendo a la carga.

—Por ahora, sí —responde el aludido sin echar más leña al fuego.

Aquí todos nos conocemos de sobra y sabemos que Marcus busca una confrontación sin importar con quien. Está alterado, no le ha gustado la llamada de atención de alguien a la que no conoce en absoluto, y mucho me temo que no tardará en cambiar de tercio, tipo a meterse con alguien más.

Verás, por su careto interpreto lo que va a suceder a continuación y doy en la diana.

¡Qué suerte la mía! Con lo tranquilito que estaba.

—Por cierto, Morgan, ¿tú no tienes ninguna pregunta? Aquí, la dama, va a pensar que eres mudo o algo así —arremete a degüello el gracioso de turno sin despeinarse siquiera—. Llevo sin escucharte demasiado tiempo y hasta yo mismo barajo la opción de que te hayas quedado sin lengua.

Joder, ya le vale. Cuando el capitán está en modo intenso no hay persona normal que lo aguante y hoy es uno de esos días.

Menuda nos espera.

—Vete a la mierda, gilipollas —es mi escueta respuesta.

La chica aprovecha ese instante para girar el cuello, mirándonos con una expresión de hastío absoluta, y después eleva los ojos al cielo mientras pronuncia con mala leche:

—Acabáis de llegar y ya estoy arrepintiéndome. Parecéis críos.

Segundo zasca por cortesía de la desconocida. Esto es un no parar y, aunque Marcus se merece todos y cada uno de ellos, si soy franco he de admitir que me molesta.

La regla no escrita acerca de vacilarnos continuamente es sagrada, y ninguna mujer, por mucho que imponga, se la cargará, lo que significa que ya se habituará, ya. Si va a permanecer tiempo junto a los cuatro no le quedará otra.

Y llego a la conclusión más importante. Menos mal que no compartimos idioma con la tribu. Si alguien cercano a ellos pone el

grito en el cielo por dos simples vaciladas, ¿qué no harían las personas que ven el mundo de forma tan diferente a nosotros?

Mejor no saberlo.

***

Según entramos en el poblado, el clamor popular nos somete a un escrutinio general. Desde la distancia, eso sí, ningún adulto se atreve a acercarse a pesar de la curiosidad que suscitamos. En cambio, los niños, no tardan ni medio minuto en mostrarse como lo que son: seres inocentes en busca de emociones y ninguno de los cuatro les dejamos indiferentes.

—Venid conmigo, el chamán quiere conoceros —argumenta la guía comenzando a caminar sin esperarnos, como si de pronto tuviera prisa.

A simple vista, parece que trata de deshacerse de nosotros lo antes posible, e incluso llego a la conclusión de que poco ha tardado en arrepentirse por interceder entre los lugareños y los cuatro militares que formamos el grupo.

¿O andaré muy desencaminado?

Y mientras sopeso ese dato, Marcus eleva la voz, dispuesto a seguir tocando las narices a base de bien.

—Mmm, solo por curiosidad, ¿esta gente no sabe lo que es la ropa interior o qué?

Aquí llega otro comentario de los denominados «incómodos» por parte del cabecilla, y habría que ser muy torpe para no saber a qué se refiere.

Ay madre, ¿por qué no se calla?

Para poneros en situación bastará con que sepáis que lo dice por el vestuario típico que lucen unos y otros, el cual consiste en un simple taparrabos en los hombres, y en el sexo femenino faldas cortas combinadas con multitud de adornos, tipo a collares, pulseras y aretes, pero nada más, lo que quiere decir que dejan sus atributos a la vista. De ahí la alusión tan poco afortunada de antes.

Y claro, ante semejante estupidez, Ayura da media vuelta y acorta la distancia que la separa de la mole que le sobrepasa en

altura y en corpulencia, aunque por la pose envarada parece que poco le importa ese detalle.

La imagen es irreal e impactante, ya que la muchacha menuda no se amilana ni un poquito, y lo taladra con una mirada que escupe auténtico fuego.

—¿Qué? —alza el tono el muy bocazas, defendiéndose—. Solo digo lo que veo y no hay más que tetas por todos lados.

Suficiente. Acaba de pasarse de frenada. Mucho. Tanto es así que hasta yo decido intervenir y lo hago anticipándome al resto.

—Joder, Marcus, haznos un favor a todos y cierra la puta boca de una vez. ¿Crees que podrás? No es tan difícil —rujo endemoniado antes de dirigirme a la chica que me tiene un tanto desconcertado—. Disculpa a mi amigo, hay veces que se comporta como un orangután, cuando lo único que trata de hacer es llamar tu atención.

—¿Perdona?

—Le gustas, por eso es tan capullo, y ahora que está todo aclarado, ¿nos llevas hasta el chamán? Lo primero es lo primero. Ya tendréis tiempo de intimar.

Dejo a mis compañeros atónitos a la par que el que comienza a andar, ahora, soy yo, y lo hago sin importarme que mi comportamiento diste bastante del habitual.

No estoy de humor para darle al coco. Además, si la intención de Marcus es tirársela, que lo haga, pero sin molestar demasiado a los demás.

Tampoco es tan difícil, joder.

—Ehhh, y tú eras Morgan, ¿verdad? —escucho a mi espalda la voz de la mujer que está resultando un verdadero enigma.

Y como soy un tío educado, detengo los pasos al instante, comienzo a girar la cabeza con la idea de encararla, y voy y me topo con una expresión que me dedica en exclusiva y que augura lo que está por venir.

Adjudicado, el siguiente zasca será para mí, por bocas.

¿O estaré equivocado?

Bah, da igual. Antes de que suceda, recularé. Todavía estoy a tiempo y admito que mi comentario tampoco ha estado muy bien que digamos, así que...

Así que, nada, la intención se queda en eso, y todo porque solo me da tiempo a decir:

—Ajá. Soy Morgan. En cuanto a lo que hemos venido a…

Y digo que solo me da tiempo a decir eso porque, de repente, ¡zas! Cruza mi cara sin venir a cuento y abro los ojos como platos por la sorpresa.

Joder, ¿y a esta tía qué coño le pasa?

Pronto lo averiguo.

—Que sea la última vez que das por hecho que soy como cualquiera de las mujeres a las que estáis acostumbrados, ¿entendido?

—Ehhh… —pronuncio dubitativo sin creer lo que acaba de suceder, mientras el resto revela una expresión muy similar a la mía.

La de alucine total, al menos hasta que el capitán sigue a lo suyo y decide, justo en ese instante, rematar la jugada soltando otra de sus bravuconerías:

—Ja, ja, ja. Joder, *bro,* vaya hostia te ha dado —se carcajea en cuanto se recupera de la impresión.

—¿Quieres una? Tranquilo, que para ti también hay —escupe la que de un sopapo me ha puesto la mejilla izquierda roja como un tomate.

Se masca la tragedia, de seguir así no tardará en marcarnos a todos, y Logan se encarga de poner un poco de orden.

—A ver, chicos, haced el favor de calmaros —interfiere con su característico aplomo, antes de que la cosa vaya a más—, Ayura, no venimos con ninguna intención que no sea la de trabajar en equipo. Te aseguro que aquí nadie da por hecho nada. Ha sido un lamentable malentendido. Solo eso.

—¿Ah, sí? Pues discrepo. Ni dos horas llevo a vuestro lado y anda que os ha faltado tiempo para faltar el respeto.

—De veras que ha sido una equivocación, nosotros…

—¿Vosotros, qué? Perdona, pero vuelvo a discrepar. Esos dos de ahí son unos imbéciles, uno por sugerir que no ve nada más que tetas, y el otro por decir que tengo pinta de ser una chica fácil que se prestará a mantener relaciones sexuales a la menor, como si

estuviese desesperada. Pero ¿alguien me puede explicar de qué especie de caverna habéis salido?

—Bueno, visto así…

Joder, vaya repaso acaba de darnos, y lo peor de todo es que lleva razón, lo que significa que, como he sido uno de los que al final la ha liado, lo mejor para todos es que lo asuma y me pronuncie lo antes posible, algo que hago, faltaría más.

Lo de ser un rencoroso de mierda no va conmigo.

—Déjalo, Logan —sugiero arrepentido, sin dejar de observar en ningún momento a la chica que he juzgado sin razón—, si te he ofendido, no era lo que pretendía, yo…

—No pierdas el tiempo, porque de ningún modo acepto tus disculpas —me interrumpe hecha un basilisco—. Me ha quedado muy claro lo que pensáis. Los dos.

»En cuanto al trato que hemos hecho, por esa parte podéis estar tranquilos, lo cumpliré a rajatabla, vuestros compañeros no tienen la culpa del grado de inmadurez que os precede, y os garantizo que supondrá un verdadero placer ante las ganas de perderos de vista lo antes posible.

Dicho lo cual, emprende su camino, mientras al resto no nos queda otra que seguirla. Lo hacemos sin pronunciar palabra y con la impresión de que la chica que no abulta más de metro y medio alberga en su haber un poder indestructible: el de la seguridad en sí misma. En cambio, por la parte que nos toca, la sensación de que somos los vulnerables cobra especial relevancia, a medida que vamos acercándonos a un grupo de ancianos entre los que se encuentra un hombre que llama la atención por sus ropas y que, sin necesidad de presentarlo, sabemos de antemano de quién se trata.

El chamán. La persona que manda en la tribu. También el que impresiona por la mirada de sabiduría que trasmite, y sí, el mismo que no tarda en darse cuenta de que Ayura está que trina con nosotros, dando lugar a una escena un tanto escalofriante que paso a detallarte.

Y es que, la idea de que debemos guardarnos las espaldas es tremenda, ni siquiera los fusiles parecen darnos algo de tranquilidad, y la tensión se palpa al escuchar la conversación que intercambian

entre ellos. Una conversación que no entendemos, pero que da los signos evidentes de que el recibimiento no va a ser el esperado.

Mientras, la guía exótica, atractiva y fuera de lo común, se altera poco a poco a medida que la charla va desarrollándose. No sé, es como si algo de lo que le dice el hombre mayor no fuera de su agrado, se le nota a la legua, y lo constato en cuanto desaparece sin dar ninguna explicación, dejándonos a nuestra suerte con unos ancianos a los que no comprendemos, aunque tampoco es que haga falta, porque, al igual que ella, se desentienden de manera inmediata de los cuatro forasteros que no les aportamos nada en absoluto.

Joder, ¿y ahora qué?

Pues sí que hemos empezado bien esta aventura, sí.

CAPÍTULO 3

Ayura

Salgo escopetada en cuanto me percato de un dato revelador. No tengo nada que hacer. La batalla está perdida. Cuando mi padre toma una decisión, nada ni nadie logra que cambie de opinión, ni siquiera yo, y maldigo mi mala suerte.

Si por un momento llego a intuir la clase de hombres que eran los militares, ni en broma me hubiese prestado a ayudarlos. Sin mí no estarían aquí. He sido la parte crucial para que lo consiguieran y mira cómo me lo han agradecido.

Hay que tener poca vergüenza para comportarse con ese grado de inmadurez. ¿A quién en su santo juicio se le ocurre decir que no ve más que tetas por todos lados?

Buf, menudo despropósito. En cuanto al otro, ese sí que se ha lucido. ¿Cómo se le ocurre tildarme de ser una cualquiera?

La furia que siento no es ni medio normal y poco a poco me alejo del poblado. Debo hacerlo. Hasta que no logre un poco de paz, no regresaré. Ellos se lo han buscado. Que les den.

Llego hasta uno de mis lugares favoritos y sonrío. Todavía no se ha ocultado el sol, cosa que agradezco a los dioses. Cuando estoy mal, siempre vengo aquí. Es parte de mi refugio y sé lo que tengo que hacer para deshacerme del cabreo que llevo encima, pero antes he de reconocer el terreno.

Sería una locura no hacerlo. Dentro del agua puede esperarme cualquier peligro y procedo a escalar el tronco que me permitirá saber si puedo o no llevar a cabo una de las distracciones que más me apasionan.

Desde arriba compruebo que todo está en orden. El agua cristalina así lo confiere y, vestida y todo, me tiro de cabeza a la poza. Algo inusual, no lo voy a negar. Por norma, siempre lo hago desnuda, solo que desconfío de los tíos que he dejado atrás.

Hasta que no se marchen de vuelta a sus casas, me andaré con mil ojos. No me fío de ninguno, ni siquiera de los dos que sí parecen comportarse como verdaderos profesionales.

Es lo que hay.

Al final, el dichoso tema me lleva de la mano hacia la última visión que tuve, desde pequeñita ostento ese poder, aparece sin más, sin avisar, y siempre se cumplen, aunque la de hace unos días me dejó algo preocupada.

No sé, por más que trato de darle forma no logro descifrarla, y es algo que me desconcierta. En ella aparecía un hombre sin rostro. Nada más.

Dejo de torturarme y aparto cualquier tipo de pensamiento a un lado, por la posición del sol queda poco para que oscurezca y me limito a disfrutar del agua fresca. Me vendrá bien. Esta noche mi gente agasajará a los invitados con una ceremonia de bienvenida y de ahí la discusión con el chamán.

Si de mí dependiera, ni bienvenida ni leches. Es más, los alojaría en mitad de la nada y si tan machos se creen que se las apañen ellos solitos.

Por mí como si los devoran mil jaguares juntos.

¡Basta! ¿Qué demonios me pasa? Parezco otra. La llegada de los soldados ha logrado algo inaudito: desestabilizarme en todos los sentidos y mi comportamiento se ha vuelto impropio, supongo que por la libertad con la que me han criado, y la cual ayuda a que interprete a las mil maravillas cada comentario soez por parte de ese par de gilipollas.

Tal y como confesé, soy la única afortunada que puede convivir y salir de la selva cada vez que quiere. Tras los constantes cambios de los últimos años, y como hija del chamán, se consideró oportuno que alguien desde fuera tratara de entender el comportamiento de los que querían apropiarse de lo que no era suyo, y la realidad fue brutal.

En el mundo moderno, los dictámenes son tan diferentes a los nuestros que asusta.

Dejo de pensar y me centro en la maravillosa sensación de libertad antes de que el sol se oculte, después, regreso al poblado

con la disposición de prepararme para la ceremonia.

Aquí soy una más y como tal me debo a la obediencia, al respeto y a la educación que me han inculcado, por mucho que esta vez prefiera perdérmelo.

Es inviable.

Sí, del todo.

***

Morgan

Algo se cuece en el ambiente. Se nota. La gente luce con ropas diferentes, mucho más coloridas, y parece exaltada.

¿A qué se deberá?

—Joder, ya le vale, mira que dejarnos aquí tirados con todo lo que tenemos que hacer.

La voz de Logan logra sacarme de mi ensoñación y dejo de observar lo que me rodea.

—Anda, por fin ha decidido aparecer —indica Marcus mirando hacia un punto concreto—, joder, pero mira que está buena la tía.

—Oye, ¿cuándo vas a comportarte como el superior que eres? —le increpa Ryan al darse cuenta de a quien se refiere—, esa de la que hablas es nuestra única baza para desarrollar la misión por la que estamos aquí y, por lo tanto, intocable.

—No me jodas, Ry, ¿y ahora me vienes con esas? Antes de echarte novia te tirabas a todo lo que podías, así que, ahórrate los consejos. De ti, no me sirven.

—Tío, pero ¿a ti qué coño te pasa? Llevas un tiempo desatado y no lo entiendo.

—¿Y por qué habría de ocurrirme algo? Vosotros dejadme a mi rollo. Solo os pido eso. Disfrutemos del tiempo libre que tenemos, sin más, y que cada uno haga lo que le salga de los huevos.

—Menudo cavernícola —me pronuncio ante semejante alegato—, qué pena que Ayura me haya metido en el mismo saco que a ti. Desde luego no me lo merezco.

—Y hablando de Ayura, ¿apostamos?

—No, Marcus, paso.

—Me da igual. Apuesto cincuenta dólares a que me la tiro antes que tú. Y vosotros, ¿qué decís?

—Conmigo no cuentes.

—Conmigo tampoco.

Tanto Logan como Ryan van a una y todavía me cuesta creer que hasta hace nada ellos mismos eran los primeros en proponer semejantes despropósitos.

—Que os jodan —replica el capitán a punto de echar humo por las orejas—, desde que tenéis novia os habéis convertido en unos aburridos de campeonato.

—Si tú lo dices…

—Pues claro que lo digo. Bah, paso de vosotros, menudo coñazo. Voy a recrearme las vistas por ahí.

Pero no se mueve, en cuanto se da cuenta de que la guía se dirige hacia nosotros prefiere quedarse, y solo espero que esta vez sepa comportarse.

—Hola. Ya estoy de vuelta. Siento haberme marchado sin deciros nada —les dice a Ryan y a Logan.

Sí, en ningún caso opta por dirigirnos la palabra, ni siquiera nos mira, y mucho me temo que ya estamos sentenciados y que lo que trata de hacer es, simplemente, ignorarnos.

Y me jode. Me jode tanto que algo dentro de mí se rebela hasta el punto de echar por la borda la contención que tanto me caracteriza, y termino escupiendo al fijarme en su pelo mojado:

—¿Perdona? Tus disculpas llegan tarde. Además, se suponía que según llegáramos comenzaríamos a trabajar y vas tú, te coges un berrinche y se te ocurre dejarnos aquí, mientras aprovechas para darte un baño a saber dónde. Todo muy profesional por tu parte, sí.

Doy en el blanco a la primera. Mi intención es provocarla y no me preguntes el motivo, porque ni yo mismo lo sé. Lo único cierto es que, tanto ella como yo hemos empezado con el pie izquierdo, y me fastidia que siga empeñada en hacer como que no estoy presente.

Y que conste que si digo esto es porque ni siquiera el zasca que le acabo de propinar logra que se moleste en mirarme, nada, ella sigue a lo suyo, empecinada en que soy invisible, al tiempo que

se dedica a informar a mis dos compañeros como si fuesen sus amigos de toda la vida.

«Qué despropósito, de verdad», pienso a medida que pongo la oreja para escuchar cada palabra que sale de su boca.

—La tribu os ha preparado una ceremonia de bienvenida y comenzará en cuanto lleguen los cazadores. Podéis aprovechar para acampar y asearos un poco. El arroyo os servirá. Hasta luego.

Sin más, da media vuelta, y yo me quedo con una cara de tonto que ni te cuento.

Pues esto no quedará así, lo juro.

—Mmm, Morgan, ¿puedo hacerte una pregunta?

Logan es el primero que se pronuncia y me basta el tono que utiliza para entender que me he vuelto a despistar y, por lo tanto, meter la pata.

Joder, ya me vale.

—No, no puedes —niego con un rictus pétreo en el rostro, como si eso fuese a servirme de algo.

—Está bien, entonces, te la haré yo —culmina Ryan con el ceño fruncido—, ¿qué hostias te pasa con esa chica?

—¿A mí? Nada.

—Ya.

—Así que, nada, ¿eh?

Y mientras los dos me practican una visual ni medio normal, va el único que falta y remata una situación a la que no estoy acostumbrado en absoluto.

—Pues que siga siendo así, porque ni de coña la compartiré contigo, ¿lo captas? Mantente alejado de ella. Aquí, el conquistador nato soy yo. ¿Entendido?

La situación es irreal por sí sola. ¿Cómo demonios he llegado hasta aquí?

Y decido dar un paso atrás antes de que sea demasiado tarde y termine de mierda hasta el cuello.

—Tío, lo de pensar con la polla es cosa tuya, ¿por quién me tomas? Ni siquiera si ella quisiera sería mi opción, lo que significa que, toda para ti.

Sin más, procedo a sacar de la mochila lo que necesito y dejo que mi mente se evada del todo.

Seguimos sin saber dónde pasaremos la noche y no estaría mal levantar el campamento base, aunque este se trate de la ligera tienda de campaña que llevamos en la mochila como material de supervivencia.

***

Unos minutos después

—La hostia, ¿de verdad es cierto lo que veo?

La voz de Marcus indica un grado de afectación ni medio normal y los tres somos testigos del motivo.

Joder.

Trago con dificultad ante la visión que tengo a escasos metros y por un instante sopeso que se trata de un sueño.

Anda, pues no, de sueño nada. Es real como la vida misma y afronto la difícil tarea de prestar atención a lo que debo y no a la indumentaria que Ayura lleva puesta, o mejor dicho, que no.

Parece una más de la tribu. Viste como ellos, hasta tiene los mismos dibujos pintados a mano con algún tinte natural, y sus pechos los tapa estratégicamente la melena de color cobrizo que le llega a la altura de la cintura y que hasta ahora solo la habíamos visto recogida en un moño alto.

La imagen es hipnótica. No logro apartar los ojos de ella y solo espero que no me tache de un energúmeno salido, porque, mal que me pese, es lo que debo parecer.

—Hola, otra vez, ¿listos para la fiesta?

Antes de que a alguno le dé por decir algo inapropiado, la chica se acerca a los hombres que considera seguros y comienza a explicarles:

—El ritual que os espera tiene un motivo. Ser aceptados por la tribu. Si seguís mis indicaciones darán por hecho que comprendéis las reglas y que respetareis nuestra Madre Tierra.

Según habla permanecemos callados, dedicándonos a seguirla como si fuésemos sus perritos falderos, y se debe a la paz que trasmite. Aquí y ahora parece otra.

No, no lo parece, lo es. Atrás ha dejado a la mujer moderna y en cambio muestra lo que realmente la representa: la tribu en sí.

Pero ¿de verdad pertenece a ella o solo se trata de una farsa escenificada?

Habrá que esperar para averiguarlo.

Poco después, llegamos a un claro en el que hay grandes fogatas. Allí los integrantes de la tribu esperan con sus mejores galas y observamos que en un punto concreto han colocado fruta alrededor de un redondel improvisado hecho con ramas de árboles.

—Eso que tenéis delante es el círculo sagrado y las ofrendas a los espíritus. Acompañadme, por favor.

Lo hacemos hasta el lugar indicado y los Yanomami nos observan en silencio, algo que nos incomoda por la falta de costumbre, aunque acatamos las normas mientras el chamán enciende la fogata central y pronuncia una oración.

—Ahora debéis hacer vuestra propia ofrenda. Servirá cualquier cosa que tengáis en los bolsillos.

Sacamos lo primero que pillamos, coincidiendo en que es una moneda, y la colocamos junto al resto de frutas. A continuación, un grupo de jóvenes da comienzo a una danza que rodea el fuego y no les quitamos los ojos de encima ante la sorpresa que supone.

De repente, la música de los tambores cambia y el chamán con su máscara de jaguar invoca al espíritu del felino, a la vez que un guerrero se aproxima y emula una danza diferente, suponiendo la culminación de una prueba de agilidad absoluta cuyo fin consiste en ser conscientes del entorno que nos rodea.

Y en ese punto agradecemos a la única de por aquí que entiende la lengua que hablamos que haya sido tan generosa de explicarnos paso a paso la escenificación de algo tan místico.

—Bien, chicos, es vuestro turno —susurra bajito nuestra guía para no perder el embrujo.

Obedecemos sin rechistar, caminando alrededor del círculo tal y como nos ha indicado con anterioridad, y en todo momento

mostramos un respeto absoluto, mientras los miembros más mayores de la tribu, liderados por el chamán, no tardan en darnos la respuesta acerca de si hemos superado la prueba. Lo hacen rodeándonos, antes de que el que lleva el mando dé el primer trago de una bebida hecha de yuca fermentada para, después, ofrecérnosla.

Bebemos uno a uno y cuando terminamos la tribu se relaja, la música llena el ambiente de buenas vibraciones y llega el momento más esperado: el de compartir la comida asada en las diferentes hogueras.

El nivel de aceptación no deja lugar a la duda, y aunque no podemos conversar los unos con los otros por la falta de entendimiento, sentimos una especie de unión con ellos o, al menos con casi todos, porque hay uno en particular que lo que trasmite es una desconfianza absoluta. Su rictus pétreo así lo indica y para nada comparte el optimismo de los demás. Se trata del guerrero de la danza tan particular que ha escenificado y, de pronto, todos y cada uno de mis pensamientos se quedan en la nada por un motivo de peso.

¿Que de qué hablo?

Hablo de lo que supone contemplar a nuestra ayudante bailando con los niños y del vaivén de unas caderas a las que no soy inmune por más que trato de ignorarlas.

Pero hay algo más. Sería idiota si no lo viera. El embrujo de la escena confiere tintes que rayan lo paranormal y me quedo absorto en una imagen significativa.

Esta chica tiene algo. La alegría que desprende confiere lo cómoda que se encuentra entre los indígenas y su aura refleja paz y buenas vibraciones, lo que supone que el conjunto impacte sobre el Morgan observador y cauto que llevo en mi haber.

De manera inconsciente, retrocedo en el tiempo hasta el malentendido con ella por mi lamentable insinuación. No estuve acertado, lamento profundamente el despropósito que salió de mi boca y no entiendo mi comportamiento, ni la reacción desproporcionada de hace un rato.

Yo no soy así.

Mientras sopeso el error cometido, mis ojos son incapaces de mirar hacia otro lado. El hechizo que desprende se convierte en hipnótico y mi mente aprovecha ese instante para jugarme una mala pasada. Y es que, si tuviera la oportunidad de volver a encontrármela fuera de aquí, no estoy tan seguro de que la decisión de apartarme a un lado con Marcus fuera viable, y sigue siendo una novedad. No lo voy a negar.

Joder.

Regreso a la realidad y me decanto por tomar el camino correcto, solo tengo que esperar la oportunidad para retirarme sin parecer descortés. Nada más. El día de mañana será duro, y lo que tengo claro es el motivo por el que estoy aquí: cumplir una misión. Punto final.

Y le dejo el camino libre al capitán, no creo que tarde en sacar a la luz el as que guarda debajo de la manga, y lo último en lo que pienso, antes de retirarme, es en la chica de la tribu que bajo todo pronóstico me gusta mucho más de lo que debería.

¿Locura?

Sin lugar a dudas.

CAPÍTULO 4

Ayura

Noto las miradas que suscito entre los forasteros. No soy tonta. El haberme criado entre los dos mundos me confiere datos reveladores y sé lo que quieren.

Menudos idiotas. Van dados si suponen lo que nunca ocurrirá. Jamás me rebajaría a acostarme con alguno y menos después de lo que se atrevieron a decir, y que conste que eso no quiere decir que no haya tenido mis escarceos amorosos en la ciudad, porque, en ese caso, estaría mintiendo.

Bah, paso de ellos, los niños son mi debilidad y las veces que celebramos algo les gusta bailar conmigo, lo que significa que mejor dejo de pensar en los invitados y me dedico a hacerles felices. Al fin y al cabo, en cuanto amanezca tendré que soportarlos, no me queda otra, y espero que sepan comportarse.

Y, de pronto, ocurre. La visión de la última vez aparece por arte de magia y entro en trance, con lo que ello supone.

No escucho.

No veo.

No respiro.

Lo único que percibo es una paz interior increíble y, después, aparece la misma imagen. Un hombre sin rostro.

¿Por qué?

Lucho con uñas y dientes para aferrarme a esa aparición. Sé que es un aviso. Siempre lo es.

El sonido de los tambores regresa poco a poco y mi subconsciente se niega.

No. No. Un poco más. Solo un poco más.

Y continúo persiguiendo la ensoñación como si la vida me fuese en ello. Esta es la segunda vez que los espíritus me avisan de

algún peligro inminente y el nivel de desesperación llega junto al alboroto general.

Regreso al mundo real y con el corazón bombeando a mil observo todo lo que me rodea, como si fuese a servirme para dar con el paradero de ese hombre, mientras la preocupación es abismal.

Algo va mal. Mi intuición me dice que la paz de la tribu está en peligro, también que habrá cambios significativos, y que algo que no sé identificar sobrevuela sobre cada uno de nosotros con un fin nada alentador.

¿Pero qué?

La angustia se apodera de mí y las fuerzas me abandonan. Es normal. Siempre ocurre cuando salgo del trance, y aquí está Nekirú para ayudarme, aunque lo cierto es que me hubiese gustado que fuese cualquier otro.

Lo conozco. Sé que va a dar problemas. Los últimos meses parece empeñado en tomarse unas concesiones que no le corresponden y ni siquiera la charla que mantuve con él ha servido de nada.

No, no lo ha hecho, y yo no estoy para soportar tonterías de ningún tipo con la responsabilidad que tengo sobre los hombros.

Aquí y ahora lo único importante es la tribu.

Me debo a ellos.

Solo a ellos.

A nadie más.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente

Morgan

Los primeros rayos de sol se filtran a través de la tienda de campaña y salgo al exterior, donde me encuentro con la atmósfera densa y húmeda, también con el zumbido incesante de algún que otro insecto y con el canto de aves tropicales provenientes de la espesura que nos rodea.

Bostezo, muerto de sueño, y reconozco que la noche ha sido movidita. La falta de costumbre a los ruidos en esta inmensidad ha jugado en mi contra y apenas he dormido un par de horas seguidas, con lo que ello supone.

Joder. Vaticino que el día de hoy será duro y ya puedo ponerme las pilas.

Mientras pienso en eso, detecto a lo lejos la figura menuda de Ayura. Parece alterada, sus gestos así lo constatan, y se debe a la conversación que mantiene con un hombre al que no logro ponerle cara ya que está de espaldas.

Y como no pretendo que me pille observándola, me dispongo a ejercitar un poco los músculos, no sea que termine escaldado otra vez, o al menos, eso intento, porque la curiosidad se impone y ni medio minuto tardo en desviar la mirada, fijándome en que ya ha despachado al tío con el que discutía y se acerca vestida con ropa ligera y una mochila pequeña a la espalda.

Vaya. La imagen en sí confiere un signo de debilidad absoluto, y llego a plantearme si de verdad está preparada para guiarnos en nuestro primer día de reconocimiento sobre el terreno.

Ya lo veremos, ya.

—Buenos días, Morgan, menudo careto tienes.

La voz del capitán me pilla de sorpresa y, antes de que se dé cuenta de lo que observaba con tanta atención, voy y le digo:

—El mismo que el tuyo. Por cierto, por ahí viene tu objetivo, y espero que no nos dejes en evidencia. Te recuerdo que eres el capitán.

—Ja, ja, ja, qué gracioso. Por supuesto que sabré comportarme. Ayer me pasé, es cierto, pero solo porque podía permitírmelo.

—¿De qué habláis? —interrumpe Logan, posicionándose a mi lado.

—De nada importante, decía que solo tiraré de mi encanto personal para llevarme ese bombón a la cama cuando regresemos. Lo primero es lo primero.

—Amén.

—La hostia, ¿de verdad que vamos a adentrarnos en la selva confiando en una mujer que únicamente lleva eso tan diminuto a la espalda?

Y aquí llega el que faltaba, lo hace con unas ojeras de campeonato, y doy por sentado que entre unas cosas y otras las vivencias que compartamos a lo largo de las interminables horas que nos esperan serán una auténtica prueba de fuego.

Mal empezamos.

—Hola, ¿preparados para una larga jornada? —saluda la recién llegada.

—Mmm, sí, sí. Espera que busque el GPS —comenta un Marcus muy diferente al del día anterior.

—No hará falta —le corta con seriedad.

—¿Cómo que no? —pregunta Logan al intuir la incomodidad de la chica.

Por lo visto sigue enfadada y decide ser el que solvente la situación.

—No. Aquí vuestras modernidades no funcionan. La selva se rige por instintos y no por mapas del tipo que sean. Por favor, no lo toméis como una crítica, no lo es.

—Pero…

—Logan, confiad en mí, nunca se me ocurriría mentiros en un tema así. Y ahora, qué, ¿nos vamos?

Ni siquiera espera a que le contestemos, por lo visto está acostumbrada a llevar la voz cantante, y a nosotros no nos queda otra que seguirla.

¿Se volverá una costumbre?

***

Las gotas de sudor caen por mil sitios a la vez. El calor es asfixiante y la humedad dificulta el simple hecho de respirar con normalidad, y si a eso le sumamos la caminata que llevamos a cuestas, pues eso. Que más pronto que tarde nos damos cuenta de que esta misión no tiene nada que ver con ninguna de las anteriores, estamos en otro mundo totalmente diferente, y si existe algo que me sorprenda cada vez más, es la templanza con la que lidera el grupo Ayura, mentiría si no lo dijera, y reconozco la diferencia que existe entre ella y nosotros.

Cada uno de sus movimientos es ágil y natural, en cambio, los nuestros no tanto, y nos centramos en un detalle: el crujir de las botas sobre el suelo fangoso para que sea el menor posible.

—Oye, Ayura, llevamos horas caminando y todavía no hemos llegado a ningún lugar estratégico —comenta Marcus, sacudiendo con la mano un enjambre de mosquitos que zumban demasiado cerca.

—No me digas. ¿Acaso insinúas que me he perdido?

—No sé, tú me dirás, según el GPS…

—Ya estamos, esos trastos tecnológicos no sirven aquí. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Si no confiáis en mí nada de esto tiene sentido, y que conste que deberías estarme agradecido por hablarte después de tu lamentable comportamiento.

Uy, uy, ya empezamos con los zascas. Mucho estaba tardando.

Y prefiero no pronunciarme. Todavía tengo dolorida la mejilla en la que estampó su marca con la bofetada que me dio.

—Chica, olvida ese episodio, llevo toda la mañana tratando de entablar una conversación contigo, ¿no te has dado cuenta?

—¿Y tú de que paso de ti? Porque para ser el que ejerce más rango pareces un poco cortito.

—Chicos, por favor, no empecéis —suplica Ryan sin dejar de prestar atención a lo que pisa.

Algo trascendental, en lo que llevamos de incursión ya hemos visto varios animales peligrosos, y otro detalle que ha llamado mi atención es la serenidad con la que la guía lo ha afrontado, demostrando la valía que tiene.

—Perdón —se disculpa la chica—, en cuanto a lo de tu maravillosa tecnología, venga, guíanos. O mejor, ¿y si me marcho y solucionáis solos la papeleta? —Se pone a la defensiva.

—Ni de coña —salto como un escopetazo por primera vez en toda la mañana—, aquí, el que no se fíe de ti, que se aguante.

—Vaya, ¿tú si lo haces? —Está provocándome, tampoco ha olvidado el comentario tan poco afortunado y no desperdicio la oportunidad para acercar posturas, o lo intento.

—Por supuesto. Sería un imbécil si no lo hiciera después de todo lo que he visto.

La chica no se esperaba esa contestación y sopesa mi respuesta durante unos segundos.

—Vaya, así que, según tu criterio, he dejado de parecerte una cualquiera, ¿no es así? Menudo honor, chico.

—No, no —reculo sobre la marcha bajo la atención de mis compañeros—. Lo de ayer fue un comentario lamentable, lo admito.

—Querrás decir que fue uno detrás de otro, porque te cubriste de gloria. ¡Ah! Por cierto, ya que estamos, aprovecharé la ocasión para decirte lo que pienso acerca de tu alegato en lo referente a lo que te fías de mi criterio, ahora que has visto cómo me desenvuelvo sobre el terreno. Seré breve.

A continuación, se toma su tiempo, supongo que con la intención de incomodarme, y solo cuando lo cree conveniente alza el mentón, me liquida con una mirada incendiaria que no deja lugar a la imaginación, y suelta:

—Eres un hipócrita. Eso es lo que eres.

¡Zasca!

Se queda tan ancha y, sin despeinarse siquiera, pasa a dirigirse a Marcus, evidenciando que a mí ya me ha finiquitado.

—En cuanto a ti, capitán, ¿qué prefieres? Si eliges la opción correcta me quedo, si por el contrario decides tomar el control, me largo. Es fácil.

No doy crédito.

De verdad que no.

El carácter de la chica de apenas metro y medio junto a su personalidad arrolladora resulta un cóctel explosivo, y nos deja a todos boquiabiertos, a la par que sin palabras.

Sí, a los cuatro, y eso sí que es raro.

Por fortuna, Marcus tuerce el gesto y cede. Sabe que no jugamos en igualdad de condiciones y que sería una temeridad prescindir de los servicios de una chica que está involucrada al cien por cien con el entorno, incluidas las señales que en estos mismos instantes llaman su atención.

—Chttt, silencio, hay un jaguar cerca.

—¿Qué? —pregunta Logan con el semblante pétreo.

Ayura indica las huellas que acaba de ver y se queda estática en el mismo punto. Así espera varios minutos, mientras cada uno la imitamos, y al cabo del tiempo se pone a hablar como si nada.

—El peligro se ha alejado. Podemos continuar.

—¿Estás segura? —pregunta Ryan.

—Al cien por cien. Vamos.

Ninguno replica, cerramos el pico y, una vez más, seguimos cada uno de sus pasos.

Como para no hacerlo.

Eso sí, en ningún momento se me olvida el repaso que me ha dado. Que conste.

***

Llegamos a la última parte del trayecto y subimos a una zona elevada y frondosa. Desde aquí la panorámica cambia y entiendo que hemos llegado a la primera localización.

Abajo se divisa el río Uraricoera, una de las rutas que los traficantes de armas están utilizando para reubicar el material, y mantenemos un silencio absoluto. Es de vital importancia para la operación.

De repente, un ruido distante rompe la tranquilidad y cogemos el equipo necesario, mientras la tensión del grupo se hace palpable.

Aprovecho ese instante para observar a Ayura. Lo hago ante el convencimiento de que puede que esté intranquila, y me choca la calma absoluta que transmite.

Nada parece afectarle.

—Es una barca —se limita a informarnos antes de que la veamos siquiera.

Ajusto el visor y espero. Poco después, aparece navegando por el serpenteante río, y a medida que se acerca, la adrenalina corre por mis venas al divisar la carga.

Se trata de varias cajas de metal apiladas, aunque lo que me llama poderosamente la atención son los hombres que las custodian. Todos están armados y alguno se delata al mirar por encima del hombro de manera continua, como si en cualquier momento fueran a ser interceptados.

Pero no es suficiente para saber si se trata de lo que buscamos. Esta zona también la utilizan los narcotraficantes y debemos asegurarnos.

Una vez que llegan al muelle improvisado, ocho hombres salen del escondite en el que estuvieran y comienzan a desembarcar la mercancía, mientras uno de ellos se dedica a analizar el contenido.

Algo que sigue siendo insuficiente, al menos hasta que saca uno de los fusiles con la determinación de efectuarle un análisis más en profundidad.

Pillados. El chivatazo del infiltrado es correcto. Ahora solo tenemos que saber dos datos trascendentales.

El primero, dónde las esconden.

Y el segundo, en qué lugar se producirá la venta.

Simple, aunque para eso habrá que esperar. Como primer día no ha estado mal y toca volver, de lo contrario sería arriesgarnos a que el sol se oculte antes de que estemos de vuelta y la selva no perdona ese tipo de errores.

Solo cuando la tranquilidad vuelve a engullirnos nos preparamos para regresar al que de momento se ha convertido en nuestro hogar, y Ayura nos conduce por un sendero más corto y de peor acceso con la intención de que quede grabado en nuestros sistemas de navegación.

Un detalle por su parte, porque el agotamiento físico empieza a hacer mella, y la falta de descanso, sumado a las picaduras de los diferentes insectos y a la extrema climatología, al final se han terminado convirtiendo en un enemigo duro de batir. Esa es la realidad.

Y cada uno, por separado, piensa en la fortaleza de una chica bajita, a la que le sobra energía, carisma y determinación para enfrentarse a una selva repleta de peligros, y con la que está sintonizada a más no poder.

¿Quién dijo que las apariencias engañaban y podían llevar a la confusión?

Y que lo digan.

Tienen toda la razón del mundo.

CAPÍTULO 6

Ayura

En cuanto accedemos al poblado, la tribu recibe a los soldados con gestos de respeto y me enorgullezco de ellos.

Espero que los forasteros aprecien el gesto y se den cuenta que es gracias a la ceremonia de ayer, una vez que te aceptan lo hacen para siempre, y solo deseo que estén a la altura.

¿Lo harán?

Tras los saludos, vamos a la choza del chamán para ponerlo al tanto de los avances. Una vez finalizado, llega la hora de compartir una cena sencilla y, después, prefiero alejarme.

La discusión con Nekirú no se me ha quitado de la cabeza y opto por mantener las distancias para encontrar algo de paz interior, además, cara a los militares también es lo mejor, así aprovecharán para crear vínculos con el resto de personas.

Les hará integrarse, lo que supondrá un avance para todos.

***

Morgan

El atardecer con sus maravillosas vistas me invita a reflexionar, al menos hasta que Ayura se aparta del grupo y se aleja.

¿Dónde irá?

La curiosidad se amplía y ni siquiera presto atención a la charla de mis amigos, tampoco a los niños que siguen encantados con que estemos allí, aunque sí me fijo en el guerrero de la danza de la noche anterior. Por la complexión de su cuerpo cabe la posibilidad de que fuera el que discutió con Ayura, y un escalofrío recorre mi columna vertebral ante la mirada que nos echa.

Ninguno de los cuatro seguimos siendo de su agrado. Creo que si no contáramos con el beneplácito del chamán no dudaría en enfrentarse a nosotros y no lo entiendo.

No somos un peligro y estamos de paso. En cuestión de días no volverán a vernos y de ahí que no entienda la expresión demoníaca que nos dedica en exclusiva.

¿Quizá ve peligrar su hábitat natural o dé por supuesto que hemos venido para dinamitar la convivencia entre ellos?

Puede ser, aunque, también, barajo otra hipótesis.

¿No será que su animadversión está relacionada por un asunto de celos?

Si es lo último, puede estar tranquilo. Jamás nos saltaríamos ninguna regla de la tribu y doy por hecho que los escarceos amorosos no estarían bien vistos por la diferencia de cultura, exceptuando la que puede entrar y salir según le convenga: la guía.

Pero, entonces, ¿por qué es el único que muestra su antipatía?

Bah, paso de darle importancia, seguro que no la tiene y solo es cuestión de que se adapte.

Sin más.

—Estoy muerto, me voy a dormir —pronuncio de pronto.

—¿Ya? Todavía no ha anochecido —se extraña Logan.

—Pero falta poco. —Es mi única respuesta.

Con decisión voy hacia las tiendas de campaña. El propósito es fácil. Acostarme y dormir, solo que, la idea que ronda por mi cabeza no me da tregua alguna.

Oh, no. Sigue ahí, incansable, y mucho me temo que hasta que no la lleve a cabo lo de descansar va a ser una tarea imposible, y mi atención, de nuevo, se dirige hacia el camino por el que Ayura se ha marchado.

Decidido. Justo en este momento me apetece dar un paseo, o mejor dicho, aclarar un par de puntos con la chica que ha desaparecido de repente. El encontronazo de esta tarde todavía está latente y no me siento nada cómodo.

Antes de emprender la marcha, cojo la linterna y el puñal, por si acaso, y me pierdo por esa parte de la selva en la que la

vegetación es mucho menos densa. Gracias a ello, sigo la pista de las pisadas que ha dejado y continúo hasta toparme con otra imagen que me impacta de principio a fin.

Joder. Ante mis ojos una Ayura sintonizada con el paisaje parece que está inmersa en algún tipo de ritual y me quedo hechizado.

Sí, del todo, al menos hasta que tengo la sensación de que estoy profanando su intimidad más absoluta, y recupero el sentido común.

¿Qué coño estoy haciendo?

Si por un casual llega a descubrir mi presencia no quedaría en buen lugar y es algo que no puedo permitirme tras las meteduras de pata continuas. Esa es la realidad.

Unos segundos me bastan para meditarlo y actúo como es debido. Olvidando a lo que he venido. Solo entonces, doy media vuelta y me largo antes de importunar a la chica que sigue despertando en mí una curiosidad ni medio normal, y compruebo lo afortunado que soy al percatarme de que ninguno de mis compañeros ha regresado al campamento base, lo que significa que no me han pillado.

Buf, menos mal.

***

Ayura

Unos minutos antes

Escucho sus pasos incluso antes de que llegue al claro. Es Morgan. Apenas un par de días me han servido para reconocer cada una de las pisadas del grupo, y prefiero no manifestarme a pesar de que me suscita una curiosidad tremenda.

¿Qué querrá?

A saber. No creo en las casualidades y doy por hecho que me ha seguido a propósito, lo que me conduce hacia una pregunta muy concreta.

¿Por qué?

«Verás, como se le ocurra interrumpir mi meditación, se va a enterar», pienso sin mover un solo músculo.

Y mira, al final parece que entra en razón y un instante le basta para largarse por donde ha venido, lo que supone que el grado de curiosidad mencionado con anterioridad se amplíe más si cabe.

De los cuatro, es el que llama más mi atención, todo por el comportamiento tan anómalo que ha tenido desde su llegada, y los pensamientos me obligan a dar por finalizada la sesión espiritual.

Así es imposible, por tanto, comienzo a caminar hacia el poblado, una vez allí, por el rabillo del ojo me fijo en él, está fuera de la tienda, mirando hacia el horizonte y rascándose el cuello por las picaduras de los diferentes insectos.

Anda, es verdad, las molestias deben ser tremendas y reparo en algo concreto.

Necesitan mi ayuda para subsanarlas.

Tardo poco en preparar la pasta que les aliviará, mezclando las diferentes plantas, y solo cuando acabo voy directa a la hoguera.

Sí, acabo de decidir que Morgan será el último en contar con mi beneplácito, y todo por la idea de que le pagaré con la misma moneda.

Pillarlo desprevenido, veamos cuál de los dos está mejor entrenado. Tengo curiosidad.

No sé, hay algo en él que me choca y lo cierto es que estoy un tanto despistada, su proceder es el culpable y supongo que es un punto de inflexión tras la buena disposición que ha mostrado en las últimas horas al reconocer que se fiaba de mí.

No mentía. Mi sexto sentido así lo indicaba, solo que he preferido volver a ponerlo en su sitio.

Por listo.

***

Tanto Logan como Ryan, no tardan en agradecerme el ungüento que les llevo y se lo aplican sin más, en cambio, el capitán se muestra

reacio a las costumbres de la tribu y poco le ha faltado para decirme que su pomada hará más efecto que mi combinación de hierbas, sugiriendo que podrían ser venenosas.

Venenosas, dice, ¡ja!

Ya verás lo bien que duerme esta noche.

«Bueno, allá él», pienso, dirigiéndome hacia el único que falta.

Ha llegado la hora de leer al tal Morgan. De verdad, sin malentendidos de por medio, y con el objetivo de cogerle con la guardia baja.

¿Lo conseguiré?

—Hola, te estaba buscando.

—¡La hostia! ¿Eres siempre tan silenciosa?

Vaya, vaya, pues sí le he sorprendido, sí.

Punto para mí.

—No siempre, aunque no te negaré que pretendía averiguar si serías capaz de detectar mi presencia.

—Debería, pero no lo he hecho, ¿contenta?

Y, además, sincero.

Bien por él.

—Sí, un poco, por cierto, he venido con un propósito.

—Pues espero que sea en son de paz y no dispuesta a mortificarme —bromea, el brillo de sus ojos así lo transmite y me llevo otra buena impresión.

—Depende de ti.

—Entonces, prefiero la primera opción.

—Oh, no, no me refiero a eso, sino más bien a que depende de lo que contestes.

—¿Y lo que quieres saber es?

—Te he traído algo para las picaduras. Lo he hecho yo y…

—Joder —maldice arrebatándomelo de las manos—. Gracias. Ni te imaginas lo mal que lo estoy pasando.

—Chico listo, has seguido la senda de tus dos compañeros, y me alegro.

—¿Eh?

—De los cuatro, solo uno ha rehusado mi ayuda, ¿adivinas cuál?

—El capullo de Marcus, no puede ser otro.

Los dos mostramos una ligera sonrisa a la vez y supone un avance en toda regla.

—Oye, Ayura, en cuanto a…

—Déjalo —le corto de inmediato—. No intentes ir de bueno ahora. Lo dicho, dicho está.

Mi pose envarada aniquila el avance en un segundo y él aprovecha la oportunidad para reconducir la situación.

Que lo logre o no es otra cuestión.

—Al menos, permíteme agradecerte que te preocupes por mí después de ser un gilipollas y un bocazas.

—Así que, un gilipollas y un bocazas, ¿eh?

—Entre otras muchas cosas —asiente avergonzado—. Ayura, yo no soy así.

—¿Así cómo?

—De los que va juzgando a la ligera. Puedes preguntárselo a mis compañeros cuando quieras.

—Ya —me limito a decir.

Sigo en modo defensivo. No me fío de él en absoluto.

—No miento —asevera la otra parte, mostrándome su verdad —, mi personalidad va por otro derrotero diferente. Me gusta ser cauto, callado, observador y paciente.

—¿Esperas que te crea?

—Eso depende de ti, aunque lo que sí me gustaría es que acabemos con el mal rollo entre nosotros. Acepta mis disculpas, por favor.

Habla con el corazón. Lo detecto. Es difícil engañarme y afirmo que la corazonada era la correcta.

Morgan no es un mal tipo.

No. No lo es.

—Me lo pensaré. —Aflojo el tono concediéndole el beneficio de la duda.

El carácter tranquilo del soldado a lo largo de la jornada me ha dado una pista acerca de su identidad e intuyo que podremos

llevarnos bien.

Del grupo, es el que apenas ha hablado, en cambio se ha limitado a observar cada uno de mis movimientos y a sacar la cara por mí y, no contento con eso, no se ha resistido a buscarme cuando he desaparecido.

Es extraño, su comportamiento lo es y quizá, por ello, sienta la necesidad de indagar un poquito más en el motivo, aunque no me sale bien.

Me basta mirarle a los ojos para ser consciente de que algo en su interior le frena y mis suposiciones son del todo acertadas.

—Vale, pues piénsalo y mañana me lo dices, estoy agotado y no quiero quedarme dormido de pie. Buenas noches. Que descanses.

¿Eh?

Me despacha en un santiamén, y la verdad, en un principio no era lo que esperaba.

—Buenas noches, Morgan.

Mientras se mete en la tienda no le pierdo de vista, la noche cae sobre el entorno y la luz de su linterna me lo pone fácil. Una vez que desaparece, me limito a observar la inmensidad del cielo.

Vaya, ¿qué es lo que ha pasado aquí?

Morgan ha aprovechado para descubrir su verdadera cara, disculpándose de verdad, y después le ha faltado tiempo para cortar de raíz cualquier tipo de acercamiento.

¿Por qué?

Dejo de pensar en lo que no debo y coincido con su planteamiento. La jornada de mañana será igual de agotadora, o más, y yo también he de recargar las pilas.

Suficiente para dejarme de tonterías.

***

Unas horas después

Me revuelvo inquieta una y otra vez.

Por más que lo intento, no puedo dormir, hay algo que no me lo permite, y al final me rindo a la evidencia mientras el silencio de la noche me sumerge en un sueño que me transporta a un lugar donde la realidad se mezcla con lo inalcanzable. Ese lugar es uno de mis favoritos y frente a mí aparece el mismo hombre de la última visión, lo que significa que no le veo el rostro, aunque poco importa.

Esta Ayura dista mucho de la real, la ficción así lo confiere y tengo la libertad de prestar atención a lo que me dé la gana, y en ese aspecto no lo dudo ni por un segundo.

Lo único que me interesa es el cuerpo musculado del que ha osado irrumpir en mi sueño. Está cañón. Y ya, para rematar la ensoñación, la ausencia de camiseta deja al descubierto un torso firme y duro que me muero por tocar y probar, desatando el fuego que llevo dentro.

La imagen es hipnótica y el palpitar de mi corazón se descontrola en el instante en el que el desconocido se acerca despacio.

Muy despacio.

A primera vista, lo que parece es que juega conmigo, y no seré yo la que se lo impida.

No. Ni loca.

Un jadeo involuntario se escapa de mis labios en cuanto acaricia una de mis mejillas, dejando a su paso un rastro ardiente, mientras estrecha el cerco de su boca contra la mía hasta el punto de que casi se tocan.

Casi.

Cierro los ojos extasiada. El roce de sus dedos es electrificante, *sexy* y revelador, y la conexión que siento con él es tan profunda que me cuesta el simple hecho de respirar con normalidad.

Es imposible y se debe a un único motivo.

Saber que solo existimos él y yo.

Aquí y ahora, no hay cabida para nadie más.

—Mi guerrera, quiero unirme a ti y que seamos uno —pronuncia con una voz ronca, cargada de deseo.

Y me vuelve loca.

Sí, del todo.

A continuación, mediante un movimiento suave, me atrae hacia él y el estado enajenado se apodera de cualquier resquicio de mi mente. Me basta con notar el calor que desprende su piel y la erección que se manifiesta en el interior de sus pantalones para lograr que el sofoco se intensifique y vaya a más.

A mucho más.

Trago saliva con dificultad.

Esto es una locura, aunque de ningún modo voy a resistirme, y termino suplicándole:

—Por favor, hazme tuya.

El hombre sin rostro se apodera de mi boca y me encumbra a lo más alto, pero sigue sin ser suficiente.

Quiero más.

Mucho más.

—Por favor, por favor…

El sueño comienza a desvanecerse en el mejor instante, siguiendo la estela de la niebla matutina, y me intento aferrar con uñas y dientes a la imagen sin el resultado esperado.

—No, no —grito desesperada.

El fervor por ponerle cara al tipo que ha logrado entrar en una zona vetada no me sirve de mucho, y analizo cómo es posible que lo haya logrado cuando yo nunca sueño con extraños.

Nunca.

Regreso a la realidad y abro los ojos, en cuanto lo hago recuerdo con una nitidez increíble cada sensación, como si la hubiese vivido de verdad, y las primeras lágrimas aparecen por arte de magia.

¿A qué se deben?

Reordeno los pensamientos con rapidez y le doy forma, empezando por la primera cuestión que me preocupa. No es otra que la visión que me alertó del individuo al que no conozco y que, casualidades de la vida, coincidió con la llegada de los militares, aunque ese punto prefiero pasarlo por alto para no darle ningún tipo de importancia.

Tras la premonición, este sueño subido de tono ha decidido importunar mi caos interior, puesto que parece tan real que mi cuerpo continúa sofocado, y me molesta muchísimo.

Por regla general, siempre mantengo el control de todo lo que pasa a mi alrededor, y de ahí que los últimos acontecimientos me confundan de principio a fin.

Suficiente.

El cúmulo de sensaciones me obliga a salir de la cabaña en busca de algo muy concreto: sofocar el ardor a base de un baño con agua helada.

Solo así recuperaré el sentido común, y de manera sigilosa, para no despertar a nadie, emprendo el camino y tomo el sendero que me llevará a la poza que ha aparecido en el sueño.

Antes de hacerlo, un instinto primitivo me lleva a cometer un error garrafal debido a la curiosidad: echar un ligero vistazo al campamento de los militares. Y como está amaneciendo, me llevo una grata sorpresa al ver a Morgan saliendo de su tienda en este mismo instante.

¿Otra casualidad?

Sí, podría ser.

Al final, lo que en un principio debería ser normal, más pronto que tarde se convierte en la hecatombe ante la similitud con el sueño tórrido que acabo de tener, lo que provoca que me quede anclada al suelo, mientras un calambre esclarecedor recorre mi espina dorsal al completo.

Mierda.

El soldado no lleva camiseta, solo un ligero pantalón y, a pesar de la distancia, mis ojos van a parar al bulto que sobresale de ellos, comprobando que es igual que la imagen reflejada en mi mente cuando dormía.

El escenario es irreal, a medida que el calor sofocante se extiende a lo ancho y alto de mi cuerpo ante la estupidez de comparar a Morgan con el hombre sin rostro.

¿Acaso me he vuelto loca de repente?

No lo descarto.

Pasados unos segundos, vuelvo a la realidad, y me quedo atónita.

¿Qué leches estoy haciendo?

Lo último que desearía es que me pillara observándolo, y desaparezco de allí empleando un cuidado extremo para impedirlo.

Lo consigo.

Eso sí, mal que me pese, no tardo en reconocer que el baño de agua helada no surte el efecto esperado, y no, en ningún caso el responsable es el calentón con el que me he despertado, ojalá. Existe otro factor al que prefiero no nombrar.

Después del chapuzón, determino hacer un poco de meditación, lo que sea con tal de reconducir mi rutina diaria, y el tándem será perfecto para lograrlo.

Con la mente más despejada y el criterio firme, me alejo de la poza con el objetivo de olvidar un episodio que no se volverá a repetir.

No, si puedo evitarlo, y me refiero a hacer comparaciones que no van a ninguna parte.

No. Nunca más.

CAPÍTULO 7

Unos minutos antes

Morgan

Abro los ojos antes de que amanezca, lo hago gracias al canto de los pájaros que se escucha de fondo, y noto que la sensación de fatiga ha desaparecido. ¿La razón? He dormido como un tronco y aprovecho que es muy temprano para quedarme un rato más tumbado.

De manera inoportuna, en lo primero que pienso es en Ayura. Por más que trato de quitármela de la cabeza no lo consigo, y menos después de haberle confesado cómo soy en realidad.

Que se lo haya creído o no, es otro tema.

Y ocurre, en cuanto pienso en ella, me empalmo. Es superior a mis fuerzas, lo que me lleva a cabrearme conmigo mismo y recurro a la distracción y a salir de la tienda a toda prisa, percatándome de un detalle revelador.

Por fortuna, los picores han desaparecido. La mezcla facilitada por la chica de la tribu ha obrado el milagro y suspiro tranquilo.

Una complicación menos que añadir a la lista.

Al menos yo lo puedo decir, y digo esto porque, la aparición del capitán, poco después de encontrarme fuera, dice justo lo contrario.

Otra noche que no ha pegado ojo, y le está bien empleado, por no fiarse de la mujer que quiso ayudarle igual que al resto, incluido a un servidor, a pesar del malentendido del principio.

—Oye, ¿por qué parece que has dormido de puta madre? —me increpa en cuanto me ve.

—Porque he dormido de puta madre, ¿tú, no?

—No.

—Pues te jodes, por cierto, aún queda crema de Ayura, ¿la quieres?

Sin pronunciar palabra la coge y se aleja profiriendo una multitud de maldiciones que a mí, particularmente, me hacen gracia.

¿De verdad que aspira a tirársela y en cambio no se fía de sus conocimientos ancestrales?

Menudo idiota.

Tras la comprobación del equipo necesario, aprovecho la oportunidad de escaquearme hacia el mismo lugar de ayer. Lo hago al no ver a Ayura por ninguna parte, y *voilà.*

Ahí me la encuentro de nuevo. En el mismo sitio.

Y esta vez no me resulta tan fácil conformarme con un simple vistazo. Es superior a mis fuerzas y rezo en silencio para que no me descubra. Sería incongruente y estúpido por mi parte que me pillara espiándola, cuando anoche poco tardé en deshacerme de ella.

La sensatez toma forma, llevándome directo a dejar de invadir su espacio personal y, otra vez la suerte se alía conmigo, puesto que no descubre lo fisgón que me he vuelto de un día para otro.

Menos mal.

Cuando regreso, Logan ya está preparando el café y voy a ayudarle. Por unanimidad hemos decidido no molestar a la tribu, debido a que no nos regimos por horarios concretos, y lo preparamos en el sitio asignado.

En cuestión de minutos partiremos, nos espera otra jornada la mar de intensa, y es vital que llenemos los estómagos.

***

Media hora después

Ayura aparece con su mochila ridícula, igual que la mañana anterior, y según llega muestra el sarcasmo que la caracteriza junto a unas ojeras imposibles de ocultar.

—Marcus, ¿has dormido bien?

—Posiblemente mejor que tú —responde el aludido, señalándolas a traición.

—Me alegro, por cierto, ¿ya no piensas que mi ungüento pueda ser venenoso?

—¿Qué?

—No te lo has extendido bien, ¿quieres que te ayude?

La cara del capitán cambia y muestra una ironía descomunal, lo que a los tres nos pone sobre aviso al instante.

—Mejor lo dejamos para cuando regresemos. Un masaje me vendría bien, destensaría los músculos, y quién sabe. Puede que terminemos intercambiando mucho más dentro de mi tienda. Qué, ¿te apuntas?

Ayura eleva la mirada al cielo, resopla, abre la boca para contestar y, en el último momento, decide pasar de él.

—Vámonos, a diferencia de alguno, a mí no me gusta perder el tiempo.

Dicho y hecho, la guía comienza a andar mientras el gilipollas de turno se limita a mirarle el culo y a decir en voz baja:

—Con tanto toma y daca la tengo en el bote.

—Anda, flipado, tira —contesta Logan dándole un empujón en toda regla.

Una vez más, nos limitamos a seguirla, y en mi caso, cara al exterior, lo hago manteniendo una impasibilidad absoluta, cuando lo cierto es que la rabia bulle dentro de mí por dos motivos de peso.

El primero, Marcus y su empeño por pasarse de la raya cada dos por tres.

Y el segundo, la nula interacción con ella, ya que ni siquiera se ha molestado en dirigirme la mirada, así que ya puedo ir olvidándome de que conteste a la pregunta acerca de si me ha perdonado o no.

Bueno. Habrá que esperar. En cuestión de paciencia la mía es ilimitada, o casi.

***

El día de hoy lo dedicamos a emprender la marcha hacia otro lugar estratégico y termina siendo bastante más exigente que el anterior, porque la vegetación, el calor y la humedad aumentan de forma alarmante.

En definitiva, otra jornada que pasará a la historia por el calvario que supone y aprovechamos para aprender una enseñanza fundamental acerca de los animales. Ellos respetan a los que no invaden su espacio y mantienen el equilibrio, es así de sencillo, y Ayura lo pasa a la práctica cuando nos cruzamos con una serpiente venenosa, la cual ni se inmuta por nuestra presencia, y lo mismo ocurre con un caimán cuando caminamos cerca de una zona pantanosa.

Increíble, pero cierto, al final vamos a convertirnos en unos expertos, y hasta el capitán decide mostrar conformidad absoluta con la guía. Supongo que la disminución de los picores tendrá mucho que ver y me alegro por él.

La sintonía entre los cinco cada vez es mayor y prestamos atención a la multitud de datos que la chica nos ofrece, empezando por las diferentes plantas venenosas, hasta terminar diferenciando las comestibles, un dato que puede resultar vital para la supervivencia, en el caso de que algo malo sucediera y nos quedáramos sin la sabiduría de alguien que parece mucho más mayor de lo que es por la cantidad de datos que posee en su haber.

—Descansemos un poco, ¿a quién le gustaría un tentempié? Mirad a vuestro alrededor y decidme qué podemos llevarnos a la boca.

Resulta fácil. Como alumnos aplicados poco tardamos en darnos un festín, el cual consiste en plátanos y guaraná, regado con el agua fresca de un manantial del que bebemos sin mostrar ningún tipo de desconfianza.

Ni Marcus protesta. A Ayura le han bastado tres días para que creamos en ella, en su instinto y en su sabiduría, esa es la simple realidad y seríamos tontos de no hacerlo.

Tras el aperitivo, seguimos con la marcha y llegamos a otro punto estratégico. Esta vez se trata de un camino diferente, y no

tardamos en escondernos al escuchar el motor de un vehículo a lo lejos.

Siguen trasladando las armas, estamos cada vez más cerca y solo es cuestión de tiempo.

***

Tal y como el día anterior, el sol no se ha ocultado cuando llegamos a la tribu y procedemos a destensar los músculos en el arroyo que hay cerca, a cenar, a compartir tiempo con la gente, a dejar la mente en blanco y a disfrutar del entorno.

Yo lo hago, me lo he propuesto como meta personal, y sin miedo alguno cometo la imprudencia de alejarme más de la cuenta, antes de que se haga de noche y la seguridad peligre de verdad, y sí, casualidades de la vida, se debe a que Ayura ha vuelto a desaparecer en cuanto ha cenado, solo que hoy no está en el mismo lugar.

¿Dónde se habrá metido?

Voy a averiguarlo, así que, sigo el rastro de sus pisadas. Si está bien o no, me da igual.

Y así es como, andando y andando, al final me topo con un lugar místico, repleto de encanto, y el cual alberga una sorpresa con la que no contaba en absoluto.

Vaya, vaya.

¿Pero qué tenemos aquí?

CAPÍTULO 8

Ayura

No lo entiendo.

Por vez consecutiva, me basta con dejarme guiar por mi instinto para darme cuenta de que alguien me observa, ese alguien es Morgan, no me cabe la menor duda y, según parece, la disposición a seguir cada uno de mis pasos se ha convertido en algo normal.

¿A qué juega este hombre?

No tiene ningún sentido. Anoche me deja con la palabra en la boca y ahora vuelve a importunar mi rutina diaria a escondidas.

Y ya van dos en el mismo día.

¿Por qué no da la cara?

Bah, que le den.

Y continúo con mi baño reparador ajena a la persona que se está pasando de la raya. Según su proceder, poco le falta para dar media vuelta y marcharse.

Es su modus operandi.

¿Cuánto tardará esta vez?

Y doy gracias a mi sexto sentido, de no haberlo hecho estaría desnuda, el mirón tendría una perspectiva demasiado buena de mi cuerpo, y es algo que no permitiré bajo ningún concepto.

***

Morgan

La imagen de Ayura bañándose es lo mejor del día. Tanto es así que soy incapaz de apartar la mirada, y ya que estamos, tampoco encuentro la voluntad de dar media vuelta para desaparecer.

Esta tarde me cuesta más. Mucho más.

Resulta que cada segundo a su lado se está convirtiendo en una revelación absoluta y el nivel de encaprichamiento sube de nivel.

Sí, esta chica me gusta, me gusta mucho más de lo que es normal, y de ahí el empeño por mantener las distancias.

Yo nunca interfiero en las posibles conquistas de mis amigos. Nunca. Es más, jamás me he visto en esa tesitura, hasta ahora.

Joder.

¿Por qué me cuesta tanto digerir la idea de que Marcus se enrolle con ella?

Al final entro en razón, desando el camino, y me retiro a tiempo.

—¿De dónde vienes? Creí que estabas durmiendo.

Ryan es el que pregunta y echo un vistazo rápido alrededor.

Estamos solos.

—He dado una vuelta por ahí.

—Así que una vuelta.

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, que me parece mucha casualidad que ya sean dos las veces que desapareces por ahí, como tú dices.

—¿Eh?

—Ayer también te vi, Morgan, solo que no dije nada, y fíjate la sorpresa que me llevé cuando apareció Ayura después de que lo hicieras tú.

Mierda.

—Oye, Ry, ¿me estás espiando?

—No.

—¿Interrogándome?

—Tampoco.

—Pues lo parece, ¿a qué viene esto?

—Viene a que ya puedes andarte con mil ojos. Le dijiste a Marcus que la chica no te interesaba.

—No me jodas.

—No nos jodas tú a nosotros, el capitán está raro y solo falta que terminéis enzarzados en una pelea por una mujer.

—Eso no va a pasar.

—¿Estás seguro?

—Sí.

La afirmación sale de mi boca sin pensar y ni siquiera sé si es verdad, pero lo disimulo. Se me da bien.

Y me reafirmo en la misma cuestión, por más vueltas que le he dado al asunto no logro entenderme ni a mí mismo, y tomo una determinación.

No volveré a prestar atención a lo que no debo.

Es sencillo.

Demasiado.

¿O no tanto?

—Buenas noches, Ryan —finiquito la conversación sin dale la oportunidad a que indague en un tema que, según parece, está dispuesto a enquistarse sobre la marcha.

—Buenas noches, Morgan.

Desaparezco de su campo de visión y en cuanto me acuesto cierro los ojos con un propósito firme: no pensar en la imagen de Ayura bañándose sola.

Mierda, lo he vuelto a hacer.

Y va mi mente y se recrea en lo que vio, es superior a sus fuerzas, lo que me lleva a maldecir mi puta mala suerte.

¿En serio se me ha puesto dura?

Menos de treinta y seis horas, eso es lo que llevamos aquí, y mi polla ya ha tomado el camino de ir por libre.

Joder. Esto sí que es una novedad. Estoy descontrolado. Sí, del todo y, mal que me pese, no es lo peor.

¿Que de qué hablo?

Hablo de la escena que sigue mortificando un punto concreto de mi excitada mente antes de que, de forma inconsciente, termine masturbándome con el pensamiento puesto en la chica que está resultando todo un descubrimiento.

¿Para qué negarlo?

***

Ayura

Los siguientes días me dedico a mostrarles las últimas localizaciones pendientes. Todo sigue según la marcha, sin ningún incidente aparente, lo que significa que más pronto que tarde los militares abandonarán la selva. Es solo cuestión de tiempo y de ahí que no entienda el interés que me suscita Morgan a pesar de plantearme que no volvería a ocurrir.

Sí, tengo curiosidad por él, es por ello que más de una vez me he visto obligada a regañarme por ese motivo, como ahora.

Y llego a la suposición de que tendrá que ver con la imagen que se quedó grabada en mi retina la mañana en la que vi su torso desnudo, aunque existe otro punto desconcertante.

Con este es el quinto atardecer en el que no da señales de vida y sumerjo la cabeza en el agua en un estado contrariado a más no poder.

Durante estos cinco días, tanto él como yo nos hemos dedicado a intercambiar las palabras justas. Nada más. Cada uno por su lado ha tratado de pasar desapercibido para el otro, pero sí que es verdad que me ha resultado muy extraño que no haya vuelto a espiarme.

¿Por qué será?

La primera vez que no detecté su presencia llegué a pensar que sería por el empeño de mostrarse más sigiloso de lo normal, algo que descarté de inmediato. Soy una experta descubriendo cualquier ruido, y si no escuché nada raro se debía, simplemente, a que no estaba cerca.

La segunda me pareció más inusual, teniendo en cuenta la de veces que lo había pillado mirándome cuando no debía a lo largo de la jornada.

La tercera y la cuarta fue cuando me empezó a molestar, aunque de poco me sirvió.

Y la quinta es en la que estoy, así que, me dedico a recabar la información del día.

No sé. Cara a la galería, su comportamiento sigue siendo el mismo. No ha cambiado un ápice. En el grupo sigue mostrando lo

poco hablador que es, tal y como me dijo, aunque a mí no me engaña.

La nula disposición a interactuar conmigo es la causa, y digo esto porque, en ese sentido, nada. Su empeño consiste en convertirme en alguien invisible con una maestría soberbia, cuando la realidad es que no me quita los ojos de encima en cuanto tiene la menor oportunidad, como ya he referido antes.

Lo detecto. Se me da mejor que a nadie leer entre líneas. El militar insiste en fingir que le soy indiferente y nada más lejos de la realidad.

Lo que no sabe, todavía, es que sus acciones me tienen en un estado de perplejidad absoluta, y de ahí que no se me quite del pensamiento.

Algo inusual, ya que insistí en que no lo haría, y ni caso que me he hecho a mí misma.

En cuanto al otro frente que tengo abierto, decir que Marcus y sus avances para acostarse conmigo son cada vez más persistentes. Da igual lo que diga o haga, está empeñado en que pasemos un bueno rato, y lo siento.

Es algo que nunca ocurrirá.

Nunca.

No es mi tipo.

Y en esas estoy, divagando acerca de un tema que no me conviene, cuando las comisuras de mis labios se elevan hacia arriba en cuanto me percato de un detalle que a cualquier otro se le pasaría por alto, y constato que Morgan ha vuelto a sus costumbres.

No lo ha podido evitar. Casi una semana ha tardado y con el gesto constata su debilidad a este lado del mundo.

Yo.

Vaya, vaya, aunque lo que sigo sin entender es el motivo de que no se acerque.

¿Acaso no se atreve?

Yo no muerdo a nadie.

Y, al igual que aparece, desaparece. Esta vez tarda un tiempo considerable, tanto que incluso llego a pensar que va a dar un paso hacia adelante, pero no.

Me confundo en el cálculo.

Ay, Morgan, Morgan, ¿qué te pasa por esa cabecita?

Sería interesante averiguarlo.

La huida me chafa el baño y salgo del agua un tanto malhumorada, supongo que por un factor que aún no he desarrollado: la falta de descanso.

Otro sueño subido de tono es la causa. Apenas si logré dormir varias horas seguidas la noche pasada, y todo porque, esa vez, reconocí al hombre dispuesto a hacerme el amor en este mismo lugar.

Esa persona es la misma que se acaba de marchar y de ahí que cada día me resulte más imposible permanecer impasible, porque la atracción que siento hacia él se ha hecho evidente y en ningún caso puedo sucumbir a un mero capricho.

Aquí, no.

Con un humor de perros increíble, cojo el sendero que me llevará hasta el poblado y paso de largo por la explanada en la que los soldados y la tribu cenan el asado de carne. Hoy no tengo apetito y prefiero refugiarme en mi cabaña sin importarme lo pronto que sea.

Necesito conciliar el sueño. Además, así evito permanecer junto al hombre que ha logrado con su pasotismo que también finja que no me importa en absoluto, cuando no es cierto.

Y aquí reconozco que, si existe una razón para que cada noche haya tomado el camino hacia la poza, ha sido con un objetivo en mente. Que Morgan volviera a las andadas y que me espiara. Sin duda una locura en toda regla, aunque cuando ha sucumbido el resultado no ha estado a la altura, convirtiéndose en un desastre en toda regla.

A mi parecer, sigue comportándose de un modo que no entiendo. Su falta de madurez puede ser la causa. Según me han dicho es el más pequeño del grupo, pero ni con esas me vale.

Accedo al interior de mi cabaña con el semblante sombrío y voy directa a cambiarme la ropa empapada, aunque no puedo, puesto que mi cuerpo me avisa de lo que está por venir.

Voy a tener otra visión.

De pronto, entro en trance, con lo que ello supone, y me limito a centrarme.

No escucho.

No veo.

No respiro.

Aunque, tampoco percibo ninguna paz interior, al menos hasta que aparece la misma imagen.

El dichoso hombre sin rostro.

¿Por qué?

Lucho con uñas y dientes para aferrarme a esa aparición. Sé que es un aviso. Siempre lo es y cuando se repite mucho más.

Poco a poco regreso al mundo real y me doy de frente con mi subconsciente, el cual se niega en rotundo a dejar pasar la oportunidad única para conocer quién es esa persona de una vez por todas.

Un poco más. Solo un poco más.

Y continúo persiguiendo la ensoñación como si la vida me fuese en ello. Esta es la segunda vez que los espíritus me avisan de algún peligro inminente a través de la misma imagen, y el nivel de desesperación llega junto al alboroto general.

Regreso al mundo real y con el corazón bombeando a mil escucho, a lo lejos, el murmullo de las conversaciones y carcajadas, mientras me dedico a lo único que puedo. A recuperar las fuerzas.

Una vez que lo consigo, a sabiendas de que no voy a poder descansar, salgo al exterior.

La premonición me ha dejado agotada en todos los sentidos y con un hambre atroz, así que, me dispongo a pillar algo por ahí, antes de fijarme en el campamento improvisado.

Juré que no lo haría más, pero sin el resultado aparente, y algo llama mi atención.

Los cuatro militares dialogan entre ellos con gestos serios y una pregunta acapara mi mente.

¿Habrá ocurrido algo?

Pronto lo averiguo.

—Ayura —me llama Logan en cuanto entro en su campo de visión.

—¿Sí?

—Ya sabemos el lugar en el que se realizará la compra de las armas. Nos lo acaban de confirmar. Ha habido un cambio de planes y será mañana mismo.

—¿Dónde?

—Cerca de la primera ubicación a la que nos llevaste.

—Vale. ¿Sabéis la hora?

—Sí, a mediodía.

—Hay tiempo de sobra, aun así, madrugaremos más.

—No, Ayura, tú no vendrás —informa Ryan con gesto serio.

—¿Por qué?

—Tenemos todas tus ubicaciones grabadas en el GPS y no vamos a ponerte en peligro.

—Pero…

—Pero, nada —desarrolla Marcus, aprovechando la ocasión para meter una de sus pullas—, y ya que estamos, recordarte que puede que sea la última noche que pasemos aquí, lo que quiere decir…

Pero este personaje, ¿no se cansa nunca?

—Que aburrimiento de hombre —le corto pasando de él—, ¿cuándo vas a enterarte de que no eres mi tipo?

—Ups, eso ha dolido.

—Lo soportarás, tranquilo.

—Gracias por tu ayuda —agradece Logan tendiendo su mano —. Si todo sale bien, mañana terminará la misión y regresaremos a casa.

—De nada, además, no ha sido tan difícil. Podría decir que hasta os he cogido un poco de cariño y todo.

Y al ver que Marcus va a salir con otra de las suyas, no le dejo.

—Menos a ti, pesado, no te des por aludido.

Los demás ríen divertidos, bueno, miento, Morgan no lo hace, sigue empecinado en no mostrar ningún tipo de sentimiento a pesar de la posibilidad de que nos estemos despidiendo y, debido a su comportamiento, actúo de forma idéntica.

A tozuda no me gana nadie y si su empeño es simular indiferencia, yo también sé hacerlo, así que, sin más, encamino los pasos hacia la tribu y no me hace falta observarles para dar por sentado que hay dos tipos en concreto que no me quitan los ojos de encima.

El primero, Marcus.

Y el segundo, Morgan.

¿Pues sabes lo que te digo?

Que les den.

Sí. A los dos.

CAPÍTULO 9

Morgan

Mañana puede terminar la misión.

Mejor.

Llevo varias noches sin descansar en condiciones. Por más que lo intento, nada, la chica que no logro sacar de mi cabeza es la culpable y de ahí el empeño por verla en su entorno natural, sola, bañándose, lo que me condujo a caer en la tentación a pesar de la contención de los últimos días.

Al final va a resultar que soy más débil de lo que creía y las consecuencias las estoy pagando caras. El dolor de huevos no es ni medio normal y si no me la casco lo de dormir se complicará, así que, como las últimas putas noches encuentro el desahogo pensando en ella.

En Ayura.

Joder.

Esto no es ni medio normal. ¿Cómo es posible que alguien tan metódico como yo haya sucumbido a un capricho pasajero?

Porque lo es.

Y ya que estamos, me hago otra pregunta:

¿Por qué no he intentado mantener algún tipo de contacto con ella? Desde el principio no ha ocultado que Marcus no tenía nada que hacer, no es su tipo, y me arrepiento, demasiado tarde, de no haber dado la cara las veces que la he espiado a escondidas.

¿Será que soy un cobarde?

No lo descarto.

Y en esas estoy, dándole al coco y limpiando el desaguisado que he preparado con mi mano derecha, cuando algo llama mi atención. Primero, a través de un chasquido, y después, mediante unos pasos que merodean demasiado cerca.

¿Quién será?

Abro la cremallera de la tienda y me asomo. Sea lo que sea, no es ningún animal. Las pisadas pertenecen a alguien de la tribu y solo espero que no se trate del que nos tiene una antipatía de un par de narices.

En cuanto echo un vistazo al exterior, detecto bajo la luz de la luna la figura menuda de una chica, a la que reconocería en cualquier parte, y la cual desaparece por el mismo camino de siempre.

Mierda. ¿Qué se supone que está haciendo?

Podría ser peligroso. Ni siquiera ella, con todo el conocimiento que tiene en su haber podría librarse del ataque de cualquier animal, y poco tardo en coger el arma, la linterna y el puñal.

Sin siquiera pararme a pensar en lo que hago, salgo de mi lugar de descanso empleando un cuidado extremo para que ninguno de mis compañeros oiga nada, antes de desaparecer tras ella y encontrármela sentada en un tronco.

Está encendiendo una fogata para ahuyentar a los posibles depredadores y, a la vez, observa un punto muy concreto.

El lugar por el que aparezco.

¿Acaso está esperándome?

Todo parece indicar que así es y trago saliva con dificultad.

¿Y ahora qué? Porque lo de salir huyendo en la dirección contraria hoy no vale. He sido descubierto.

Entonces, tomo la única opción disponible, la de acercarme y soltar alguna trola. Todavía estoy a tiempo de enmascarar el motivo de encontrarme en este sitio y, una vez que lo lleve a cabo, saldré por patas.

Total, es a lo que me he dedicado durante todo este tiempo, así que, no será tan difícil.

—¿Ayura? ¿Qué haces aquí sola de noche? —pregunto interpretando un papel estelar, fingiendo que estoy sorprendido a más no poder.

—Vaya, Morgan, por un momento creí que mis señales te darían igual y que te quedarías en tu tienda. Se te da bien. —Cambia de tercio a su antojo.

—¿Perdona? ¿Cómo dices?

—Digo que se te da bien.

—¿El qué?

—Simular que eres inmune a mi presencia.

Su respuesta me deja perplejo de principio a fin.

—¿Y por qué habría de simularlo? —Salgo del atolladero tras unos segundos de indecisión.

—No lo hagas.

—¿El qué? —repito despistado a más no poder.

—Mentirme, Morgan, no soporto las mentiras.

—¿Y qué te hace suponer que…?

—Tu actitud conmigo —me corta con rapidez, directa al grano —. Desde que llegaste te has encargado de mantenerte lo más lejos posible de mí, y resulta que, en cuanto tenías la oportunidad, te faltaba tiempo para mirarme a escondidas.

»Lo sé desde el primer día. Todas y cada una de las veces he sido consciente, solo que preferí hacerme la tonta.

»Y ahora, dime, ¿de verdad te gusto o es solo curiosidad? Me encantaría saberlo.

Pillado, y de qué manera.

Joder. Ya me vale. Y yo pensando que no se había dado cuenta, si es que soy gilipollas.

¿Cómo no iba a hacerlo?

Expulso el aire poco a poco mientras afronto la metedura de pata. Saber que en cuanto amanezca dejaré de verla ha jugado en mi contra, de ahí que me faltara tiempo para cometer esta insensatez, y ahora toca apechugar.

Total, ¿qué hay de malo en decirle la verdad?

Y entonces sigo avanzando, me siento a su lado y observo el fuego, a medida que dos palabras salen de mi boca.

—Me gustas.

—Ya. Pues para hacerlo tienes una forma un tanto rara de demostrarlo.

—¿A qué te refieres?

—A lo distinto que eres de Marcus, a eso.

Algo en mi interior se revuelve. No me gusta que me comparen con nadie, y menos con mi capitán.

—A diferencia de él, a mí nunca se me ocurriría ligar contigo en un lugar tan sagrado para vosotros.

Hablo con el corazón, la ocasión lo merece y espero que no se vuelva en mi contra.

—Has hecho bien.

Su respuesta no me pilla de improvisto. Desde el principio supusimos que había un vínculo especial entre la tribu y ella, lo que significa que es el momento para indagar un poco más acerca de esa cuestión.

La curiosidad me puede. No lo voy a negar.

—Ayura, y ya que estamos, ¿te importaría decirme el motivo de estar tan unida a los Yanomami?

La respuesta no tarda en llegar y esta sí que es impactante a más no poder.

—Soy la hija del chamán.

—¿En serio? —pregunto perplejo, sin quitarle los ojos de encima.

—Sí.

—Vale.

Y como no voy a tener otra oportunidad, aprovecho la ocasión para interesarme por otro tema en concreto que me tiene muerto de la curiosidad.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Sí.

—El hombre con el que discutiste la primera mañana que llegamos, ¿quién es?

—Nekirú.

—¿Hay algo entre vosotros?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy, aunque no puedo decir lo mismo de él. Cada vez que lo ve oportuno habla con mi padre para convencerle de que es mi mejor opción.

—Ya. Ahora entiendo sus motivos para odiarnos.

—No importa, dejaréis de ser un problema en unas horas.

—¿Para él o para ti?

El impulso de soltar lo primero que pasa por mi cabeza me lleva directo a pisar arenas movedizas, soy consciente, ni siquiera me he parado a pensar en el bagaje emocional que acarrearía semejante cuestión, y ahora solo hay que esperar su respuesta.

¿Será sincera?

Espero que sí.

—Pues, no lo sé, porque lo cierto es que creo que voy a echarte de menos.

Pumba.

Habla en singular, no del grupo, y esto sí que es una novedad, lo que me lleva directo a cometer un disparate en toda regla.

—Ayura.

—Dime.

—¿Sería mucho pedir que me dejaras besarte una vez?

La petición sale de mi boca así, sin más, y ya no hay vuelta atrás.

—Sí, lo sería. ¿Sabes? Es una pena que no nos hayamos conocido en otras circunstancias, pero me debo a la tribu y no puedo ceder a un mero capricho pasajero. Lo siento.

Era demasiado bonito para ser verdad.

—Lo entiendo.

En ningún momento dejamos de mirarnos, incluso yo diría que nuestros cuerpos están más cerca que antes, y el embrujo que nos rodea confiere que si pretendo robarle un beso esta es la ocasión perfecta.

No habrá más.

—Volvamos, solo quería hablar contigo y debes descansar.

La ensoñación se corta de raíz y no hay que ser muy listo para interpretar que ella no ha tardado en leer entre líneas. Sabía lo que iba a hacer y, sin más, se levanta, apaga el fuego y se dirige al poblado, mientras yo me limito a seguirla.

No puedo hacer otra cosa, y juro por Dios que no será por falta de ganas.

No, joder, si de mí dependiera la besaría en un lugar tan mágico y desde luego que no me conformaría con una sola vez. Oh,

no. Lo haría sin parar, y en cuanto estuviese saciado de sus labios, continuaría con mi camino sin mirar atrás.

Sí, eso haría, aunque ¿qué pasaría si no me bastaran unos simples besos? También cabe la posibilidad de que lo quisiera todo de ella, y entonces…

«Deja de hacerte pajas mentales. Te ha dejado claro que aquí no tienes nada que hacer, ¿acaso eres gilipollas o qué?».

Mi yo interior tiene razón y me limito a admirar su cuerpo desde atrás hasta que llegamos al punto en el que se bifurcan nuestros caminos, es entonces cuando una mirada repleta de intenciones surge por parte de ambos, y nos limitamos a permanecer estáticos en un punto concreto, compartiendo la intensidad del momento.

Por segunda vez, Ayura es la que se encarga de poner el sentido común que a mí me falta. En las circunstancias en las que nos encontramos sin duda lo más acertado es contenernos, aunque, por lo que veo, a una parte le cuesta más que a la otra.

Y así, tras unos segundos agónicos, cada uno emprende el sendero correspondiente. Ya no hay vuelta atrás, ni siquiera al suponer que la despedida es algo amarga.

¿Solo algo?

Mejor no me paro a pensarlo.

Total, ¿de qué serviría?

CAPÍTULO 10

Ayura

Duermo poco y mal.

Sé a qué se debe. Al forastero. Por más que lo intento, nada, no se me quita del pensamiento y he vuelto a soñar con él.

Mierda.

¿Por qué?

¿Quizá tiene algo que ver las veces que no ha podido evitar espiarme a escondidas y lo ha mantenido en secreto?

No lo descarto, y en ese caso, la realidad dice mucho en cuanto a su persona. Otro, en su lugar, no habría tardado en tratar de intimar conmigo, en cambio, Morgan se ha limitado a pedirme un beso una vez que las cartas han quedado expuestas sobre la mesa.

Solo eso. Por consiguiente, su actitud, lejos de fastidiarme, al final ha logrado algo inédito: llamar mi atención cada día un poco más, y de ahí que lleve toda la noche dando vueltas y más vueltas, hasta llegar al verdadero quid de la cuestión.

Él también me atrae, tanto que casi cedo a la petición de mi cuerpo y es algo que proceso como puedo, ya que tampoco me había sucedido con anterioridad.

Parece que la cosa va de primeras veces en lo concerniente a él, y reconozco que besarlo habría estado bien, como despedida, digo, y con toda probabilidad habría bastado para que ya formara parte del pasado.

En cambio, ahora, soy incapaz de no pensar en su rostro, sus ojos y, sobre todo, sus labios. Unos labios que me muero por probar, convirtiéndose en un enigma, puesto que están vetados para mí.

De pronto, un hormigueo repentino comienza a recorrer varias partes de mi cuerpo, alertándome de algo, antes de entender lo que pasa.

Voy a entrar en trance. Los avisos, esta vez, llegan de forma diferente, pero no por ello dejo de darles la importancia debida.

No sé, desde que los militares llegaron a mi vida, las premoniciones van cambiando a su antojo, supongo que por algún motivo concreto, al igual que doy por sentado que volverán a la normalidad en cuanto se marchen.

Para que ocurra, queda poco. Muy poco. Es cuestión de horas.

Y entonces, la última visión logra enfriar cada pensamiento lujurioso. Le basta con evocar la imagen del hombre sin rostro y, como novedad, llega acompañada de un detalle que me descoloca de principio a fin.

Un líquido rojizo y viscoso manando en abundancia.

¿Qué será?

El olor penetrante llega hasta mis fosas nasales y me ofrece la pista que falta.

Sin duda alguna, se trata de sangre, lo que supone que la conjetura en sí logre ponerme los pelos de punta.

Es un aviso. Alguien va a resultar herido y el empeño por tratar de averiguar de quién se trata se convierte en una obsesión.

Segundos después, salgo del trance con lágrimas en los ojos y con la sensación de que mi corazón languidece de pena. La novedad es brutal y no entiendo el motivo, así que, como puedo, consigo hacerme un ovillo, a la espera de que las fuerzas regresen.

Es de vital importancia, necesito cada sentido alerta al cien por cien, pero le cuesta mucho más de lo habitual y no es lo único anómalo de la situación, porque los temblores se extienden de manera alarmante y continúo llorando a mares.

¿A qué será debido tanto pesimismo?

Recapitulo en un suspiro ante la certeza de que algo va mal y sigo sin saber qué hacer. Al estado de abatimiento, se le suma el detalle de encontrarme inmersa en un bucle de no retorno y el maremoto de sensaciones me lleva a un punto de indefensión absoluto, al menos hasta que un fogonazo instantáneo se abre ante mí, concediéndome la pieza del puzle que falta.

Los soldados. Son ellos los que están en peligro.

Sí, los cuatro.

Antes de recuperar mi voluntad, también sé, con una precisión milimétrica, el lugar exacto en el que se desarrollarán los hechos, suponiendo un antes y un después en toda regla.

En definitiva, la suma de deducciones es suficiente para trazar un plan, empezando por aunar las fuerzas suficientes para salir como un escopetazo de mi lugar de descanso con el afán de avisarlos.

Es prioritario, o más bien diría que cuestión de vida o muerte, pero nada sale como es de esperar. La debilidad que me precede es demasiada y ni siquiera soy consciente del tiempo que pasa sin ser capaz de levantarme y dar dos pasos seguidos.

El simple hecho de caminar es un suplicio, y cuando al final recorro los metros que me separan del campamento que improvisaron, me topo con un panorama desolador.

No hay rastro de ellos. De ninguno. Tan solo los restos de la hoguera en la que han preparado el desayuno. Por lo demás, nada.

¿Y ahora qué?

Ni un segundo tardo en tomar una decisión, sin importarme si es precipitada o no, y solo espero que mi padre no monte en cólera cuando averigüe la locura que estoy a punto de cometer por unos simples desconocidos que deberían darme igual.

¿Por qué no lo hacen entonces?

Buena pregunta.

***

Morgan

El infierno se desata en cuestión de minutos.

Ni siquiera sabemos qué sale mal. Lo único seguro es que, de repente, la comunicación se interrumpe bruscamente, remplazando la voz del centro operativo por un zumbido estático, a la vez que los del otro bando descubren nuestra posición.

Entonces, los disparos no tardan en producirse mientras intercambiamos miradas de preocupación y confusión.

—¡Joder! ¡A cubierto! —vocifera Marcus al darse cuenta de lo expuestos que estamos.

Se suponía que la operación sería sencilla. Solo teníamos que observar y, una vez que pilláramos a los traficantes con las manos en la masa, actuar.

Ahora bien, la realidad es otra bien distinta. A primera vista, parece que han adivinado nuestros movimientos, y lo que es peor, los fulanos a los que nos enfrentamos están armados hasta los dientes, lo que significa que, como el operativo de ayuda tarde mucho, no saldremos ilesos de la encerrona.

Y pienso, antes de que un tiro sobrevuele cerca de mi cabeza, que menos mal que Ayura no se encuentra entre nosotros.

Sí, menos mal.

Mientras sopeso la buena noticia, los balazos se suceden sin tregua alguna. Vienen de todas partes y mantengo la sangre fría, de lo contrario, flaco favor les haría a mis compañeros.

—Morgan, a la de tres corre hasta la roca que tienes enfrente, mejorarás el ángulo de tiro. Nosotros te cubrimos. ¿Preparado?

La voz de Marcus me llega con una nitidez absoluta. Los cuatro estamos situados en diferentes recovecos y debemos aniquilar a alguno de los francotiradores antes de que sea demasiado tarde.

—Sí, capitán.

Logro llegar a mi objetivo, desde aquí la panorámica cambia y descubro dos blancos a batir.

Caen en cuestión de segundos, pero no es suficiente.

Desde francos distintos se dedican a hacernos llegar que ellos son muchos más y no entiendo el motivo de la tardanza del equipo que falta.

¿Dónde coño se han metido?

De repente, una bala impacta en el cuerpo de Marcus y, desde la localización en la que estoy, le veo rodar hacia atrás.

—¡El capitán ha caído! —informo al resto, manteniendo la calma a duras penas.

—La hostia, ¿dónde están los putos refuerzos? —maldice Logan con una rabia sin igual.

Todo cuanto acontece es raro. Muy raro. Según las últimas órdenes, la unidad que viajó con nosotros desde Virginia se suponía que estaría apostada en este punto concreto junto a varios militares de la zona. De ahí que el plan fuese pan comido una vez realizado el trabajo considerado como más arduo: el de reconocer el terreno a conciencia con la ayuda de Ayura, facilitándoles las coordenadas exactas de un lugar tan rocambolesco.

Por ese motivo, sigo sin dar crédito a lo que sucede, ya que, la verdad es bien diferente y aquí estamos, jugándonos la vida cuando la misión debería ser tal que así: llegar, intervenir, detener y regresar a casa.

En ese orden.

Por el rabillo del ojo observo que Marcus se incorpora y regresa a su posición. Es una buena señal. La herida no será grave y, de pronto, un dolor lacerante en el costado me deja seco. Me han dado.

Oculto entre la roca de considerable dimensión, apoyo la espalda e inspiro por la nariz. De todos los operativos a los que nos hemos enfrentado, este es el que peor pinta tiene, sin duda alguna, y por enésima vez elevo la mirada al cielo.

«Vamos, vamos», me digo a mí mismo a la espera de que algún helicóptero se alíe con nosotros.

Nada.

Con el reverso de la mano seco el sudor que cae a goterones sobre mis ojos. El objetivo es no decaer. Da igual el dolor. No estamos en igualdad de condiciones y debemos contrarrestar el ataque. En cualquier momento los equipos que esperamos aparecerán y la idea de perder a alguno de mis hermanos del alma ni siquiera se me pasa por la cabeza.

Abro la boca, cojo una bocanada de aire y, justo cuando voy a ponerme en posición de ataque, un ligero ruido a mi espalda me hace presagiar un trágico final.

Estamos rodeados. Esto es el fin.

Giro la posición y apunto en esa dirección. Antes de abandonar este mundo liquidaré a todos los fulanos que pueda, así

que, tensiono el dedo índice sobre el gatillo a la espera de encontrar el primer punto a batir.

Nada. Ni un alma a la vista.

¿Acaso mis facultades se están mermando?

No. No es eso. Ahí hay alguien, estoy convencido, y es extraño que no haya disparado todavía.

Justo entonces, la silueta de una chica menuda que me resulta demasiado conocida aparece por arte de magia, revelando la posición en la que se encuentra.

Joder. Un segundo más y la habría matado.

Pero ¿qué coño hace aquí?

«¡¡Un momento!! ¿Qué hostias digo?», reflexiono conmigo mismo un tanto incrédulo.

Y admito que cabe la posibilidad de que esté perdiendo el juicio, no sería de extrañar, por lo tanto, la imagen que me ha ofrecido mi mente bien podría tratarse de una mera visión.

Sí. Tiene que serlo. Sería lo más lógico.

Y así, con un nivel de confusión ni medio normal, me empleo a fondo, pestañeando un par de veces seguidas mientras considero la posibilidad real de que se me esté yendo la pinza. El balazo incrustado en la zona baja del costado será la causa y…, ahí está de nuevo.

Sí. Es ella, joder. Ni yo estoy loco ni Ayura es ningún espejismo. Ha venido para ayudarnos y un gesto de su mano me basta para saber con exactitud lo que tengo que hacer a continuación.

—Ayura está detrás de mí. No disparéis —informo preocupado a más no poder.

—¿Ayura? ¿Qué hace aquí? —manifiesta Ryan con una voz que delata su grado de pesimismo.

—Está indicándome que la sigamos —respondo con la vista al frente, pendiente de los avances del enemigo.

Marcus, al mismo tiempo, analiza la encrucijada en la que estamos y toma una decisión.

La única posible, dadas las circunstancias.

—Hagámoslo. Uno a uno id hacia ella. No dejéis de disparar. ¡Ah! Y más os vale que salgamos de esta. Cuando estemos en casa voy a gastar una indecente cantidad de dólares en alcohol, más en concreto hasta que no podamos mantenernos en pie por la cogorza. ¿Queda claro?

—Muy claro, capitán —respondemos al unísono, empeñados en no olvidar la costumbre de siempre.

Poco a poco, nos replegamos, lo hacemos utilizando toda la munición a nuestro alcance y no pensamos si queda mucha o poca. ¿Qué más da? Aquí, lo único importante es sobrevivir y, de momento, lo estamos consiguiendo.

El plan sigue su curso y logramos acceder a la zona frondosa en la que la chica espera a que lleguemos, solo entonces, la mala hostia se apodera de mí y no puedo evitar refrenarla ante el riesgo que ha corrido por venir a nuestro encuentro, y me enfrento a ella hecho un basilisco.

—¿Estás loca? ¿Qué coño haces aquí? ¿Acaso pretendes que te maten?

Ayura, en un principio, se queda estática. No se esperaba una reacción tan desmedida por parte del miembro más sosegado del grupo, pero, lo siento, es lo que hay.

Y que conste que ni yo mismo me entiendo.

—La discusión la dejas para más tarde, si no te importa —se adelanta Marcus sin tiempo que perder y más pálido de lo habitual —. Ayura, en cuestión de minutos todos estaremos muertos. ¿Alguna idea para que no ocurra?

—Venid conmigo —es su escueta respuesta.

Dos únicas palabras y los cuatro nos ponemos en marcha. A estas alturas, ni siquiera Marcus duda de ella, y bien que hace.

Y así es como, la chica menuda con su inseparable mochila a la espalda, se encarga de conducirnos selva a través por un camino no explorado, convirtiéndose en la tabla de salvación que tanto ansiábamos.

Durante lo que dura el trayecto, dejo de lado los continuos avisos que me da el cuerpo por la pérdida de sangre, sin delatar en

ningún momento que me han herido, mientras aprovecho para taponar la herida con lo primero que pillo al ir en última posición.

No podemos parar. Disponemos de una única posibilidad para ponernos a salvo, y después, ya habrá tiempo de indagar en lo ocurrido, dando prioridad a analizar qué ha podido fallar del operativo.

Casi dos horas tardamos en toparnos con un lugar que, a primera vista podría pasar por un refugio, y una vez en el interior, dejamos los equipos en el suelo, siendo conscientes de que sin Ayura nuestros destinos habrían sido totalmente diferentes.

Aun así, y a pesar del dolor agónico, el cabreo que sigo sintiendo por ella, lejos de amainarse se ha duplicado, y todo por la posibilidad de que no lo hubiésemos conseguido.

Pensar que ha puesto su vida en riesgo por salvarnos es más de lo que puedo soportar. De haberle sucedido algo, jamás me lo habría perdonado, y al final, tanta adrenalina junta logra algo inédito, así que, sin pensarlo, me abalanzo sobre ella, la cojo del brazo y la arrastro hacia fuera ante la necesidad de decirle dos cosas bien dichas.

Mientras, el equipo restante me mira con cara de alucine total, aunque no se meten, ya que, justo en ese instante, Marcus cae desplomado al suelo debido al agotamiento y a la pérdida de sangre.

CAPÍTULO 11

Ayura

Su enfado es evidente. La fuerza que ejercen sus dedos sobre mi brazo así lo constata y como es dos veces más grande que yo ni me planteo la idea de resistirme.

Total, para lo que iba a servir…

Y me hago una pregunta:

¿Esta es su manera de agradecerme que haya salvado la vida de sus compañeros y la suya propia?

No lo entiendo.

En cuanto salimos al exterior se detiene y aprovecho la oportunidad para dar un tirón con el propósito de soltarme, una vez conseguido, me fijo en la expresión de su rostro y me preparo para lo que está por venir.

Lo leo en sus ojos. La ira es desproporcionada y, fíjate tú por dónde, voy a ser yo la que se lleve la peor parte.

—¡Tú! —vocifera como un energúmeno—. Ahora mismo vas a explicarme qué coño haces aquí. Casi te mato yo mismo. ¿Acaso te has vuelto loca?

Morgan está descontrolado. Sí, del todo. Tanto que pretende descargar contra mí la furia que siente por dentro, cuando la realidad es tan simple como que su preocupación pasa, únicamente, por la posibilidad de haberme disparado.

Y no lo soporta.

—Estoy bien —susurro en un intento por tranquilizarle.

Detecto con una nitidez sorprendente que está sufriendo. Mucho. Y no tiene motivos para hacerlo.

—Pero, podría haberte matado, joder, ¿no lo entiendes? —argumenta mientras se lleva las manos a la cara evidenciando un gesto de derrota en toda regla.

Con su postura deja claro que se ha quedado anclado en ese punto concreto y para sacarlo de ahí avanzo un paso, sin pararme a pensar si está bien o no, y termino situándome a un palmo de distancia con un objetivo en mente.

Solo uno. Es entonces cuando alargo el brazo, poniéndome en su lugar, y me basta tocar su hombro para que el hombre que de repente muestra una vulnerabilidad absoluta baje las manos y me mire con una intensidad abrumadora.

—Claro que lo entiendo, Morgan, pero no lo has hecho, estoy aquí, contigo.

Él se limita a analizarme al milímetro y a quedarse estático. Sobre todo esto último. A mi parecer, es como si estuviese desarrollando una batalla interior de campeonato, cuando, de pronto, cede y me deja atónita.

—Joder, Ayura, ven aquí.

Me pilla desprevenida y noto que vuelve a emplear la fuerza, solo que esta vez es por la necesidad de sentirme cerca, y se lo permito.

Sí, no puedo negarme y dejo que me envuelva entre sus brazos. No es una opción. Mi sexto sentido indica que es algo primordial para que encuentre un poco de paz mental y me choca el cambio tan brutal que ejerce de pronto, pasando de la rudeza a la sensibilidad más absoluta, mientras el tiempo se detiene a nuestro alrededor.

—Cuando te escuché, casi disparo al azar. ¿Eres consciente de lo que significa eso en realidad? —insiste sin soltar el agarre.

—Shhh, tranquilo, deja de mortificarte —le pido mediante palabras suaves, respondiendo a su gesto de cariño.

—Ayura.

—Dime.

—¿Por qué has venido a buscarnos?

—Porque sabía que estabais en peligro. Desde pequeña tengo visiones, la última se ha producido antes de que amaneciera y cuando quise avisaros ya os habíais marchado. Por eso.

Mientras hablo sigo con la cabeza apoyada en su pecho y oigo los latidos de su corazón, desde la posición en la que estoy resulta

demasiado fácil, y termino elevando las comisuras de los labios hacia arriba al notar que van acompasándose poco a poco.

Todo un logro, no lo voy a negar, después de verle en un estado tan agitado.

Por lo demás, no existe ningún cambio. Su negativa a soltarme grita el empeño por mostrarme una delicadeza absoluta y yo, lejos de oponerme, aprovecho la ocasión.

Se está demasiado bien aquí, protegida por un hombre que debe medir cerca de dos metros de altura, y cuya intención pasa por no ocultar lo humano que es.

Y, de pronto, un mal pálpito me sacude de principio a fin. Lo hace antes de percibir un líquido viscoso empapando mi camisa, y lo sé.

Es sangre. No me cabe la menor duda. La misma que vi cuando entré en trance.

—Estás herido —afirmo sin más.

—Sí, pero no de gravedad.

—Eso lo decidiré yo, vamos dentro.

—Ayura…

—Ahora, Morgan —ordeno ante la negativa a soltarme.

Entonces, el sentido común logra que acate mi dictamen, dando lugar a que deje de abrazarme, y un desconsuelo absoluto se apodera de mí.

¿Por qué?

No lo sé, ni quiero pensarlo. Jamás me había sucedido algo parecido y no entiendo cómo un mero desconocido ha sido capaz de inmiscuirse de tal forma en mi día a día. Qué digo, si incluso ha interferido en el don que ostento de pequeña, tanto es así que desde su llegada todo parece cambiar a un ritmo frenético y no estoy preparada para tantas emociones juntas.

No. No lo estoy.

Aparto a un lado mis pensamientos y avanzo hacia el interior de la choza de barro y hojas de palma que a veces utilizan los cazadores de la tribu, y el militar sigue cada uno de mis pasos limitándose a obedecerme.

Una vez dentro, su cara cambia drásticamente y se acerca a sus compañeros para interesarse por Marcus.

—¿Cómo está?

—Hay que sacarle la bala —argumenta Logan con preocupación.

Y al alzar la vista repara en la mancha que cubre buena parte de su uniforme.

—La hostia, ¿a ti también te han dado?

Ryan gira la cabeza y tensa la mandíbula al comprobar que, en efecto, otro de sus amigos está herido.

—Joder, ¿cómo coño hemos terminado así? —se lamenta echando mano del botiquín.

Como profesionales que son saben manejarse bien. Se detecta a la legua, solo que prefiero intervenir para aportar la sabiduría que me precede.

Aquí y ahora, puedo y quiero seguir mostrándoles mi apoyo. Ellos están inmersos en un hábitat que desconocen por completo, en cambio, yo, lo conozco como la palma de mi mano.

—Chicos, ¿sería mucho pedir que me dejarais evaluar la situación? —, pido permiso sin perder el tiempo.

—Por supuesto, Ayura —habla Logan sin dudar—, sin ti, ni siquiera estaríamos aquí. Por favor, acércate.

Lo hago y mis peores presagios se cumplen al fijarme en varios factores que afectan al capitán:

El primero: que hay orificio de entrada, pero no de salida.

El segundo: su tez pálida.

Y el tercero: no ha recuperado el conocimiento.

La suma de los tres elementos me lleva a la conclusión de que la hora de entrar en acción ha llegado.

—Sí, hay que sacarla antes de que se despierte. ¿Tenéis algo afilado?

—Sí.

—Bien, en cuanto a ti —me dirijo a Morgan—, levántate la camiseta. Depende de la gravedad de la herida consideraré a cuál de los dos ayudo primero y…

—Olvídate de mí —me interrumpe mientras busca algo dentro de su equipo de supervivencia—, la mía es superficial, yo me curaré.

—Vale —asiento sin creerle del todo, aunque no es el momento de enzarzarnos en una pelea—. Logan, Ryan, ¿alguna vez habéis sacado una bala?

—No sería la primera vez.

—Entonces, proceded a ello, yo, mientras, saldré en busca de unas plantas para impedir que la herida se infecte. ¿Estaréis bien?

—No hace falta, tenemos antibióticos.

—Perfecto, en ese caso… —me dirijo hacia Morgan, mirándole a los ojos con determinación—, deja que vea esa herida superficial, según tú.

Logan y Ryan no pueden evitar mirarnos durante unos segundos. Lo hacen sin ocultar el grado de confusión que tienen y, de seguido, cogen el desinfectante para echarlo sobre el pecho de Marcus.

En cuanto el líquido entra en contacto con el agujero que ha dejado el proyectil vuelve en sí y se revuelve inquieto, provocándose un daño mayor, y al tratar de levantarse se ven obligados a sujetarlo con una fuerza titánica para evitarlo.

—Me cago en la puta, soltadme —brama con los ojos inyectados en sangre, observando todo cuanto le rodea, antes de darse cuenta del artilugio que Ryan sujeta a un palmo de distancia —. ¿Qué coño haces con eso?

—Joder, *bro,* ¿de verdad tenías que despertarte justo ahora? —se queja Ry con el bisturí en la mano, dispuesto a comenzar la faena.

Marcus baja el mentón, ve el líquido viscoso que mana en abundancia y se calma al momento.

—Vale, vale, ya lo entiendo —acepta con rapidez, dejando de oponer resistencia y con la frente perlada en sudor—, no me moveré, lo prometo, y ahora, déjate de hostias y sácame esa puta bala.

—Esperad —alzo el tono, avanzando hacia la mochila apostada en un rincón, olvidando a Morgan.

Y del interior saco un manojo de hojas verdes, raíces y un mortero de madera.

—Esto es kava —le informo al herido arrodillándome a su lado mientras hago la mezcla todo lo deprisa que me permiten las manos —, te servirá para relajarte.

—¿Sabes que eres todo un enigma? Nena, cuando salga de esta volveré al ataque, no lo dudes, porque cada vez me gustas más —responde como ya considero habitual, tratándose del capitán.

Buf, menuda intensidad. Ni herido pierde la oportunidad de ligar conmigo, y mientras ocurre, yo me dedico a elevar los ojos al techo.

No tiene remedio, es capaz de aprovechar cualquier ocasión por muy radical que sea, y el carraspeo incómodo de Morgan delata su postura, provocando que sus otros dos compañeros vuelvan la cabeza al mismo tiempo para analizarlo en profundidad, y ya van más de dos veces casi seguidas.

Pero no dicen nada. Ninguno de los dos. La ocasión no lo requiere, al menos todavía.

—¿Te fiarás de mí esta vez? —bromeo una vez que la pasta espesa está lista para utilizar.

—¿Me queda otro remedio?

—Marcus, esta planta ha ayudado a mi gente durante generaciones enteras y por una vez estaría bien que…

—Por supuesto que sí, Ayura —pronuncia de pronto, con una seriedad brutal, dejando atrás la sorna que le caracteriza—. Estoy en tus manos.

—Bien. Abre la boca y relájate.

Con cuidado me inclino hacia él, tomo su barbilla y le doy la mezcla al tiempo que los demás observan asombrados cómo la respiración del capitán se vuelve más tranquila poco a poco, hasta que logra perder el conocimiento.

Antes de hacerlo coge mi mano y susurra:

—Confío en ti, Ayura. Ahora y siempre.

El sonido de una respiración entrecortada a mi espalda se une al crujir de las copas de los árboles de fuera. El viento arrecia, aunque lo único a lo que presto atención es a esa muestra que

indica, una vez más, la incomodidad del militar que me tiene confundida a más no poder.

—Vamos, deprisa, el efecto durará poco —ordeno sin permitirme ninguna distracción.

Solo entonces me levanto y observo la palidez en el rostro de Morgan, el cual está apoyado contra la pared de la choza, y me percato de que, tal y como ha dicho, se ha vendado la herida él solo.

A continuación, nuestros ojos se encuentran y el caos de alrededor se desvanece un instante, hasta que vuelvo a leer entre líneas y me doy cuenta de que su mirada trata de ocultar el desasosiego que siente, y no solo por el dolor. También por la preocupación que le despierta su compañero y por otro detalle significativo a la par que revelador.

Y, como si lo intuyera, justo en ese instante se encarga de cortar el contacto visual, dándome la pista que falta para completar el puzle, y entiendo que el motivo para no acercarse ninguno de los días que se dedicó a espiarme fue para dejar el camino libre a Marcus, en el caso de que finalmente me hubiese replanteado darle una oportunidad.

¿Andaré muy desencaminada?

Mucho me temo que no.

—Y ahora, te toca, déjame explorarte.

—No. Es solo un rasguño —replica con un tono distante y cortante.

Sí, los dos a la vez, y a mí no me engaña.

No puede por mucho que insista.

—No seas cabezota. No es solo un rasguño —replico sin amilanarme, acercándome a él tras coger otro manojo de plantas diferentes—, esto es guanábana y te ayudará con el dolor.

En un santiamén preparo la composición y en cuanto me dispongo a ponérsela no me deja.

—Yo lo haré —se retira hacia la parte contraria manifestando una seriedad fuera de lo común—, no hace falta que…

—Eso lo decidiré yo, no tú —asevero yendo tras sus pasos sin darme por vencida—. Y ahora, haz el favor de levantarte la camiseta y déjame trabajar.

—Pero…

—Joder, Morgan, ¿quieres hacerle caso de una puta vez? —arremete Logan con malas pulgas y con las manos manchadas de sangre—, así no hay quien se concentre.

El aludido cierra los ojos en señal de rendición, después asiente y deja al descubierto parte de su torso sin añadir nada más, obedeciendo como si fuese un corderito.

—Bien, allá voy.

Empleo un cuidado extremo para quitar el apósito que se ha colocado, pretendiendo no lastimarlo más de lo debido, y una vez hecho, suspiro de alivio al comprobar que ha tenido más suerte que el capitán y que el plomo, igual que ha entrado, ha salido por detrás.

Le aplico el frío ungüento, a la vez que siento su mirada cargada de algo que no sé cómo interpretar, y el efecto dura poco, muy poco, ya que se encarga de ocultarlo una vez que se da cuenta de la metedura de pata, y salta escopetado:

—Deja, ya lo hago yo, gracias.

Sin más, da media vuelta y sale de la choza, mientras Logan y Ryan dejan la intervención a medias para fijarse en la actitud nada convencional de un hombre al que no reconocen. Al menos es la impresión que me trasmiten sus miradas descolocadas y mi sexto sentido me dice que no voy nada desencaminada.

Instantes después, siguen a lo suyo, sin decir nada, y yo aprovecho para cometer otra insensatez: ir al encuentro de la persona que se ha empeñado en alejarse de mí, tras compartir un momento tan especial y único cuando me estrechó entre sus brazos nada más llegar a este sitio.

Por ese motivo me hago una pregunta trascendental:

¿A qué viene este cambio de repente?

No tengo la menor idea, aunque lo que sí sé es que, cueste lo que cueste, voy a averiguarlo.

***

Morgan

Estoy aturdido y no es por el dolor.

Joder. ¿Qué coño me pasa?

Me ha bastado sentir las manos de Ayura sobre mi torso desnudo para descontrolarme y, a pesar de la situación tan trágica en la que estamos inmersos, mi polla va y decide que es un buen momento para empalmarse.

¿En serio?

Por más que lo pienso no doy crédito y no es lo único que me tiene con un mosqueo acojonante. Ojalá.

La pasta de guanábana empieza a aliviar el dolor lacerante y muestra que la chica sabe lo que hace, lo que supone que mi mente decida unirse al deseo floreciente, admitiendo lo mucho que me ha trastornado su cercanía hasta conducirme a un punto de no retorno.

Y admito que el tacto de sus dedos es lo mejor que me ha pasado en semanas, dando por hecho que sería tonto si no dijera que me ha servido más que cualquier otra medicina.

La leche. ¡Qué puta locura!

Y en esas estoy, dándole vueltas sin parar a un hecho trascendental, cuando sus pisadas me alertan de que ha salido detrás de mí y eso no es bueno.

No. No lo es.

«Mierda. ¿Por qué no eres capaz de ver mis señales y dejas de ponérmelo tan difícil», especulo al borde del abismo, dándome la vuelta con la intención de encararla.

—Morgan, ¿estás bien?

—Sí, tu mejunje es la hostia —disimulo tirando de ironía, aunque no creo que me sirva de mucho.

—No me refiero a eso.

¿Ves? Lo sabía.

—Ayura, dejemos las cosas como están, ¿sí?

Cada una de mis palabras resulta un aviso en toda regla, un aviso cuyo propósito pasa por imponer una distancia abismal por mucho que choque de frente contra los intereses comunes, y espero, por el bien de los dos, que capte la indirecta.

—¿Por qué?

—Porque sí —respondo sin argumento alguno, a punto de perder la paciencia infinita que suponía que era una de mis mayores virtudes, al menos hasta que la conocí.

Y paso al segundo plan. Es de vital importancia si pretendo zanjar un asunto que cada vez se va enquistando más y más, y nada, tampoco es que me sirva de mucho, ya que ella decide ponérmelo más complicado todavía y ve conveniente interponerse en mi camino, o más bien en mi huida, y lo lleva a cabo cortándome el paso.

—Tu respuesta no me vale —se planta con los brazos en jarra.

—Ese es tu problema, no el mío. Y ahora, apártate.

—No.

—Ayura, he dicho que te apartes.

—Y yo te he dicho que no, ¿qué pasa? ¿Por qué te pones a la defensiva?

—Yo no…

—Sí, lo haces, y no me gusta, así que, por favor, cuéntame lo que te ocurre.

Lo medito. Mucho. Más de lo que esperaba y supongo que es un signo inequívoco de lo débil que soy.

¿Y ahora qué?

¿Se lo digo o no?

Bueno, pues ya que insiste, mejor lo hago, así que, sin más, suelto la bomba:

—Lo que me pasa es que le gustas a Marcus, eso es lo que me pasa, ¿contenta?

La otra parte procesa mi respuesta y no le lleva demasiado tiempo.

—Ya, así que es eso. Pues fíjate que ya me lo esperaba. Desde el principio lo he supuesto.

—Sí, ya sé lo lista que eres, por tanto, lo que me extraña es que vengas a pedirme explicaciones. Él es mi compañero, suficiente para que me aparte a un lado, ¿lo entiendes ahora?

—Ah, ya, y por ese motivo te revuelves cada vez que me dice alguna de sus burradas, ¿verdad? En cuanto a lo que ha sucedido antes, de eso, mejor, ni hablamos, ¿no te parece? Porque ya me

dirás tú cómo he de interpretar tu preocupación por mí y el abrazo que me has dado.

—¡Cállate! —exclamo dando un paso hacia ella con el objetivo de que me haga caso.

—¿Y si no quiero? —me reta sin amilanarse—. Además, tu argumento no me vale, y menos después de lo que me pediste anoche. ¿Ya no te acuerdas?

La hostia. Esto sí que no.

—Joder, Ayura, te lo ruego, no lo hagas más complicado de lo que ya es —pronuncio con la voz enronquecida, mientras practico un ejercicio de contención absoluta para no besarla ahora mismo.

Es lo que quiero hacer. Me muero por ello, pero no cederé a la tentación y menos con Marcus a escasos metros.

Mientras, ella se limita a quedarse estática, procesando mi petición, y no tarda en contestar:

—Vale, tranquilo, eso haré —susurra con una voz que parece afectada, dándose por vencida.

De seguido, se limita a dar media vuelta, entra en el lugar que va a convertirse en el refugio de los cuatro hasta que podamos marcharnos y, desde la posición en la que estoy, observo que va directa hacia su mochila.

¿Acaso va a largarse?

***

Ayura

Por su comportamiento me ha quedado clara una cosa. Aquí no pinto nada, esa es la realidad, y mi obligación es regresar al poblado y enfrentarme a la ira de mi padre.

¿Y todo para qué?

Todo para que el hombre que ha puesto mi mundo del revés con un simple abrazo haya tardado nada y menos en asestarme una puñalada directa al corazón, para eso.

—Estaréis bien aquí, me pasaré mañana por si necesitáis algo.

Tanto Logan como Ryan asienten y me dan las gracias, lo que aprovecho para emprender la marcha, y al cruzarme con Morgan me limito a decirle:

—Adiós.

—¿Te vas?

—Sí —es mi escueta respuesta.

Y lo hago. Sin mirar atrás. Convencida de que es lo mejor.

CAPÍTULO 12

Morgan

La culpa se apodera de mí.

He sido un desconsiderado, además de un incongruente.

¿El resultado?

Provocar su enfado y que se marche, dejándonos solos.

Y como si no tuviera ya bastantes frentes abiertos, me bastan las miradas de mis compañeros al entrar en la choza para saber que estoy jodido.

Bien jodido.

Menos mal que Marcus no ha recobrado el conocimiento.

Sí, menos mal.

—Oye, Morgan, ¿serías tan amable de explicarnos qué hostias acaba de suceder aquí? —pregunta Logan terminando de dar los puntos de sutura para cerrar la herida del capitán, tras sacarle la bala de manera satisfactoria.

—Nada.

—Perdona que discrepe —arremete Ryan sin piedad alguna—, pero a mi entender, estás metiéndote en un lío de campeonato. Dijiste que…

—Sé lo que dije —le corto con una seriedad brutal.

—Morgan…

—Ry, no quiero hablar del tema.

—Vale, entonces, lo haré yo.

—Tampoco lo voy a hacer contigo, Logan. ¿Queréis dejarme en paz? Necesito descansar.

—Tú sabrás lo que haces, y por tu bien más vale que te aclares, porque, según parece, vamos a quedarnos más de lo esperado —alega Ryan sin ofrecerme algún tipo de tregua.

—He dicho que me dejéis tranquilo, ¿qué parte no habéis entendido?

Sin más, cojo el saco de dormir, lo extiendo sobre el suelo y dejo la mente en blanco.

Debo recuperar las fuerzas. Seguimos estando en peligro y es vital que no me convierta en un lastre para los demás. En cuanto a las posibles causas para que la operación haya resultado un auténtico desastre, habrá que empezar a indagar, porque lo cierto es que la radio continúa sin funcionar y el hecho en sí mosquea un huevo.

Todo ha sido raro, demasiado raro, y habrá que dar con los responsables por ponernos en una situación peliaguda donde las haya.

Y ya, si hablo de la decepción que he provocado en Ayura…

Buah, ese es otro tema. Creo que jamás voy a olvidarme de esa mirada ni, ya que estamos, tampoco del impulso que me llevó a cometer un error garrafal: mostrarle mi debilidad absoluta. Todo al no ser capaz de contener el impulso irrefrenable de abrazarla, confesándole sin palabras lo mucho que me importa, a pesar de lo poco que nos conocemos.

Lo mire como lo mire es una locura.

Sí, lo es, y solo espero que, a partir de ahora, sepa distinguir lo que de verdad importa, porque no pienso anteponer mi amistad por un posible polvo pasajero.

Vamos, ni en broma.

Me dejo llevar por la calma que me produce el ungüento y aprovecho para dormir un poco. La pérdida de sangre me ha dejado agotado, esa es la realidad, y lo único que importa es el trabajo que hemos venido a desempeñar.

Nada más.

CAPÍTULO 13

Ayura

La vuelta a la tribu supone un antes y un después en toda regla.

Por una parte, mi padre decide darme un escarmiento. Como su hija tengo responsabilidades que no puedo pasar por alto, y eso significa que mi obligación consiste en seguir sus órdenes y nunca, jamás, dejarme guiar por alguno de mis instintos. Algo que he hecho al involucrarme con los militares cuando se suponía que no volverían, posicionándome en una tesitura bastante difícil.

Sé que les he fallado. Sí. A todos. Por lo tanto, acataré de buen agrado cualquier castigo que me impongan.

Me lo merezco.

En cuanto a Nekirú, me basta verlo para notar un cambio en su aura; no entiendo el motivo, y según entro en su campo de visión, aprovecha para acercarse con un único fin. Pedirme unas explicaciones que no le conciernen, lo que nos lleva a que tengamos otro encontronazo.

¿Cuándo va a entender que no le pertenezco? Parece que se le olvida con facilidad, y espero que mi padre no me obligue a entablar una relación con él.

Menos que nunca, estoy preparada para unirme a nadie, aunque, por desgracia, no está en mis manos.

Mientras sopeso la información, espero en la choza del chamán a que se determine lo que ocurrirá en lo que se refiere a mi futuro más inmediato. Me bastan unos minutos para averiguarlo. Los ancianos, junto a mi padre, toman una decisión y consideran que seré escoltada hasta el Bosque Sagrado, un lugar apartado en lo más profundo de la selva cuya conexión espiritual con los antepasados se remonta a años atrás.

Allí, permaneceré en aislamiento temporal hasta nuevo aviso, lo que supondrá cortarme las alas en cuanto a la libertad que tenía

hasta la fecha.

En definitiva, Morgan, Marcus, Logan y Ryan tendrán que apañarse solos.

No hay más.

***

Morgan

Mientras, en la choza convertida en campamento base

Consciente de la gravedad de las circunstancias, Logan, como sargento, toma el mando desde el minuto uno ante la delicada situación del capitán. Marcus tardará en estar operativo y es crucial que averigüemos el motivo para que la misión haya resultado un verdadero fiasco, solo así procederemos a pedir ayuda.

Lo primero que determina es dejarme a su cuidado. De momento, tampoco estoy en condiciones, y ellos aprovechan la luz del día para investigar la causa de la interferencia en nuestras respectivas radios. Seguimos incomunicados en un momento tan crítico y si los traficantes de armas continúan buscándonos será cuestión de tiempo que acaben con la unidad entera.

Cuando regresan, traen una mala noticia. Existe una interferencia electromagnética que proviene de una fuente desconocida, lo que supone que habrá que dar con ella y neutralizarla lo antes posible.

A la mañana siguiente, mis compañeros se adentran de nuevo en terreno hostil, enfrentándose a peligros constantes, mientras buscan el dispositivo para desactivarlo con el fin de restablecer la comunicación con el centro operativo.

Una vez que lo logren, nos largaremos de un lugar en el que seguimos vivos de milagro. Esa es la realidad, y que conste que, no por ello, me olvido ni por un segundo de Ayura.

Jamás me había pasado con anterioridad. Esa chica me gusta tanto que reconozco lo difícil que me ha supuesto ser testigo de

cada avance del capitán, y el planteamiento me lleva en una única dirección.

Salir escopetado y, a ser posible, sin mirar atrás en ningún momento.

¿Lo conseguiré?

Más me vale.

***

Ayura

Los dos primeros días convivo rodeada entre árboles centenarios, un arroyo cercano y alguna que otra planta que me ofrece frutos para subsistir. Lo hago con templanza, obedeciendo las órdenes de los más sabios, y aprovecho el retiro impuesto a la fuerza para meditar y sintonizarme con el entorno.

Eso sí, por más que lo intento, los militares no se me quitan del pensamiento.

No, ninguno de los cuatro, y menos uno en concreto.

¿Estarán bien?

Seguro que sí, es más, la posibilidad de que los hayan rescatado cobra fuerza, lo que significaría que por fin han regresado a sus respectivos hogares.

Y esa sería una buena noticia.

Sí, sin duda.

La mejor, diría yo.

Pero, entonces, ¿por qué me cuesta tanto apartarlos de mi cabeza?

O, ya que estamos, voy directa al quid de la cuestión:

¿Qué leches me pasa para que no haga otra cosa que pensar en Morgan?

Buena pregunta.

Y así paso el tiempo, mientras encuentro el equilibrio que tanto buscaba, al menos hasta que todo cambia a través de una nueva visión, la cual me ofrece un panorama nada alentador, y la tesitura en la que me encuentro se torna una complicación añadida.

¿Por qué?

Por la imagen de otro peligro adyacente. Un peligro que acaba de manifestarse y que me pone los pelos de punta.

No.

No puede ser.

Y, mal que me pese, tomo una decisión que supondrá un antes y un después para todos.

***

Morgan

Amanecemos entre el ruido característico que ya forma parte de la rutina diaria, aunque eso no significa que bajemos la guardia en ningún instante.

Este será el tercer día desde que Ayura nos puso a salvo y he de decir que mi herida tiene buen aspecto, en cambio, la de Marcus, poco ha cambiado.

Él no tuvo tanta suerte y, aunque no corre peligro, nunca se sabe si puede complicarse, lo que supone la importancia de que repose cuanto más mejor. En cualquier momento nuestros compañeros regresarán con buenas noticias y la llegada hasta el punto en el que la unidad de rescate nos recogerá será dura para él.

Esa es la realidad y por ese motivo permanezco atento a cualquier esfuerzo que haga. He de impedírselo. La vida de los cuatro dependerá de la prisa que nos demos a la hora de marcharnos, y aprovecho que sigue dormido para proceder a mis limitadas funciones: asearme, preparar el desayuno, curarme y esperar a que se produzca la noticia que esperamos.

Poco más puedo hacer.

Y en esas estoy, con los sentidos alertas al cien por cien, cuando un ruido apenas perceptible llama mi atención.

¿Y ahora qué?

Cojo el fusil y me pongo en posición de ataque. Desde luego no son mis compañeros, no me cabe la menor duda, y apunto en la

dirección de la que proviene lo que parecen unas pisadas con el semblante pétreo, listo para aniquilar a quien haga falta.

Y entonces, de la nada, una especie de *déjà vu* logra que retroceda al pasado, alertándome de algo que no logro entender, al menos hasta que ante mí aparece, tal y como ya sucedió la vez anterior, la chica de la tribu.

Joder.

Me cago en la puta.

¿Otra vez?

Sí, ya te digo que *otra vez,* esta tía no aprende y ya van dos las veces que podría haberla aniquilado.

¿Habrá una tercera?

No lo descarto ni, tampoco, que la acabe matando con mis propias manos. Se lo tendría merecido.

¿Cómo se le ocurre plantarse aquí sin molestarse en delatar su posición por seguridad?

Y barajo la opción de que tenga poderes extra y no solo visiones. De no ser así, la posibilidad de que esté loca de atar no la descarto.

—Joder, Ayura, ya te vale. Creí que habías aprendido la lección —la increpo con malos humos.

—Morgan, ahora no.

—¿Cómo que ahora no? Pero ¿tú de qué vas? Además, dijiste que vendrías al día siguiente de dejarnos aquí y casi han pasado tres. —Le echo en cara sin que me importe delatar lo muy enfadado que estoy por haberse olvidado de nosotros.

Y como contestación de vuelta, tan solo un:

—Te he dicho que ahora no. ¿Cómo está Marcus?

—¿Qué?

Sin más, pasa por delante de mis narices y accede al interior de la choza, mientras a mí se me queda una cara de tonto…

Pues va dada si piensa que puede aparecer y desaparecer a su antojo. Todo tiene un límite, hasta mi paciencia infinita, y hasta aquí he llegado.

La mala leche entra en acción y sigo sus pasos, después la agarro del brazo derecho, hasta sacarla al exterior, y no le doy

importancia a lo mucho que trata de oponerse.

Me la suda.

—Suéltame, no estamos para juegos —brama con una expresión esclarecedora en sus ojos, consiguiendo que mi sentido común regrese a toda velocidad.

Ya la voy conociendo, lo que me hace intuir lo que sucede de verdad, y la suelto en un santiamén.

—¿Qué ocurre?

—Debemos salir de aquí cuanto antes.

—¿Por qué?

—¿De verdad quieres que te responda? Vamos, Morgan, no tenemos tiempo.

—Pero Marcus…

—O nos largamos ya o nos cogerán. ¿Qué prefieres?

Mudo, así me quedo y, todo lo deprisa que puedo, voy hacia mi compañero, dispuesto a sortear el enésimo peligro que nos acecha desde que la puñetera misión se torció.

Según parece, todo va de mal en peor y si ella dice que estamos en peligro, lo estamos. Eso sí que lo tengo claro. La fe ciega depositada en Ayura y su criterio está por encima de cualquier otra circunstancia y si ha venido a avisarnos es por algo, lo que supone que ni de coña dejaré que nos cojan a ninguno de los tres.

No, ni de coña.

CAPÍTULO 14

Morgan

Llegar hasta el nuevo escondite supone un esfuerzo titánico, pero lo logramos.

Ahora toca esperar y, ya que estamos, pedir alguna que otra explicación, empezando por lo que me trae por la calle de la amargura.

¿Qué más da que, para ello, deba exponer el enfado que ostento por olvidarse de nosotros?

No, esa no es la pregunta exacta y, como tal, la abordo en el instante en que Marcus, de puro agotamiento, cae rendido en su saco de dormir.

—Ayura, tengo que hablar contigo.

—Vale, pero deja que vea tu herida.

—No —me niego en rotundo, dando un paso hacia atrás.

El dispar de emociones es la causa, ya que, en apenas un par de horas todo ha vuelto a cambiar, y sí, cuando me refiero a *todo,* es *todo,* menos lo que supondría que a ella se le ocurriera volver a tocarme.

Así estoy. Eso aún no lo he superado y mucho me temo que tardaré bastante en hacerlo.

—Morgan, ¿cómo que no? Estás sangrando.

Miro hacia abajo y lo constato. El motivo se debe al esfuerzo de ayudar a mi compañero, sin embargo, le quito importancia.

—No es nada.

—Por favor, deja que lo compruebe. Solo así me quedaré tranquila —suplica con un rostro preocupado a rabiar.

Y yo, que no soy de piedra ni inmune a su ruego, expulso el aire con pesar y cedo.

¿Qué otra opción tengo?

Ninguna.

—Con una condición.

—La que quieras.

—Que me expliques el motivo de no regresar cuando dijiste que lo harías.

Ella asiente y aprovecha para acercarse. De seguido, levanta mi camiseta y se limita a observar la lesión.

—¿Lo ves? Te dije que no era nada.

—No obstante, te curaré —insiste sin dar su brazo a torcer.

—No —vuelvo a negar, esta vez con mayor énfasis—, yo lo haré.

—Está bien, a cabezota no te gana nadie, así que procederé a contarte la razón que me ha mantenido alejada de vosotros mientras lo haces. Es sencilla. Mi padre no aceptó que os ayudara sin consultarlo y decidió que pasar unos días aislada me vendría bien.

—Vaya.

—Sí, vaya.

—¿Y por qué le has desobedecido otra vez?

—Por lo mismo.

—¿Has tenido otra visión? —interfiero arrugando el ceño.

—Sí, y de no llegar a tiempo os habrían descubierto.

—¿Te refieres a los traficantes de armas?

—Hay alguien más, aunque todavía no sé de quién se trata.

Recopilo la información y de manera inconsciente echo un vistazo al capitán. Según todos los indicativos, duerme a pierna suelta, aunque considero que nunca está de más ser precavido ante el tema que voy a abordar en breve.

Por si acaso.

—Salgamos fuera, tengo que decirte algo.

La nueva localización es de similitud parecida a la anterior y la dejo atrás, interponiendo una distancia de seguridad abismal para, en el hipotético caso de que Marcus llegue a abrir los ojos, no sepa de lo que hablamos.

—¿Y bien?

—Verás, la última vez fui un desconsiderado y quería que lo supieras.

Lo suelto así, a bocajarro, no siendo que al final me arrepienta, y la respuesta de vuelta me revuelve por dentro.

—Sí, lo fuiste.

Su pose envarada atestigua cada palabra, no le falta razón, aunque he de ser prudente.

—Ayura.

—¿Sí?

—El motivo de serlo sigue ahí, nada ha cambiado —aclaro con intencionalidad, mirando hacia la choza.

No soy justo, menos después de mis continuas meteduras de pata, y aquí me refiero al beso que le pedí, al abrazo posterior y a expresarle, sin remordimiento alguno, lo mucho que me atrae.

—Ya te dije que, por mi parte, no habría ningún problema, lo que significa que puedes estar tranquilo. No supondré una complicación para ti —aclara seria a más no poder—. ¿Algo más?

—Sí. Si los tuyos descubren que has desobedecido sus órdenes tendrás problemas, ¿me equivoco?

—Eso es cosa mía, no tuya —me corta de sopetón.

—Ayura…

—Si de verdad pretendes que entre los dos haya un trato cordial, te daré un consejo: no simules que te importo lo más mínimo, has dejado clara tu postura y deberían darte igual las posibles represalias de la tribu en mi contra.

El trasfondo del razonamiento me deja helado y no puedo morderme la lengua.

—Por el amor de Dios, yo…

—Tú, nada, Morgan. Limítate a pedir que Logan y Ryan estén bien, que arreglen el entuerto en el que estáis y vengan a rescataros. Eso es lo único en lo que has de pensar. Todo lo demás es secundario —me corta sin miramiento alguno.

—¿También tú?

—Sobre todo, yo —prodiga convencida—. Y ahora, ha llegado la hora de que consiga algo de carne fresca y agua. Volveré enseguida. Tú, mientras, prepara el fuego.

La opción de réplica se queda en la nada, ya que da media vuelta y se marcha, y la realidad se manifiesta ante mí de manera

fulminante.

Estoy jodido.

Muy jodido.

¿Cómo coño se supone que podré mantener un trato cordial cuando estamos destinados a convivir de manera forzosa con Marcus al lado?

Menudo despropósito.

«¿Despropósito, dices? Ya te vale, tío. ¿Desde qué momento exacto le has permitido a una mujer que consiga hacerte olvidar la parte fundamental en la que estás inmerso?», me dice mi yo interior.

Y no le falta razón. ¿Qué leches hago preocupándome de lo mucho o poco que va a costarme convivir con la chica que me gusta, cuando no dispongo de noticia alguna acerca del paradero de mis dos compañeros?

Esto se me descontrola por momentos, lo que supone un auténtico dislate.

Sí, lo mire como lo mire, lo es, y dejo de torturarme, accediendo al interior de la choza con una tarea en mente: coger la radio de la mochila. Es la única conexión para acceder hasta mis amigos y espero que logren restablecer la comunicación lo antes posible.

***

Las siguientes horas nos dedicamos a ignorarnos, algo la mar de complicado dado el lugar tan pequeño en el que estamos, y cuando Marcus despierta resulta un alivio.

Al menos, al principio, porque el descanso, sumado a otra dosis de antibiótico ofrecen una mejoría al herido, lo que supone que me vea en la difícil tesitura de presenciar los intentos de ligarse a la chica que me trae loco perdido.

Ahora bien, lo que no me esperaba era la reacción de ella, ya que, lejos de actuar según su costumbre, va y considera oportuno seguirle la corriente.

¿Te lo puedes creer?

La escena es surrealista, por denominarla de alguna forma, aunque se nota a años luz lo que pretende. Vengarse de mí.

Y, lo peor de todo, es que lo consigue, dejándome tocado, también hundido, y con un mal cuerpo ni medio normal.

CAPÍTULO 15

Ayura

Soy consciente de su malestar. El militar no lleva bien que interactúe con su compañero y en cambio, con él, nada.

Pues que le den. Se lo tiene merecido.

En cuanto a lo mucho que trata de disimular que no le afecta mi cambio de guion, a mí no me la da. Es cristalino como él solo, y me basta alargar la cura sobre el abdomen de Marcus para notar que se pone rígido.

¿Hasta cuándo podrá soportarlo?

—Bueno, pues ya está, ahora descansa. Te vendrá bien —le digo al ligón empedernido, dedicándole una sonrisa de oreja a oreja.

—Joder, Ayura, ni te imaginas lo que te haría ahora mismo.

—Para, fiera —detengo sus avances sin dejar de sonreír.

Mientras, en la otra punta de la choza, la posición de Morgan está más envarada que nunca y su rictus muestra una ira descomunal.

Aun así, prefiere no manifestarse. En cambio, lo que sí hace es meterse en el interior de su saco de dormir: lo que sea con tal de no seguir viendo y escuchando una escena que no le agrada en absoluto.

—Oye, Morgan, ¿por qué no te das una vuelta por ahí? —inquiere el convaleciente de repente.

La parte aludida resopla como un vendaval y, a continuación, se levanta como un escopetazo.

—Si es eso lo que queréis, por supuesto —sentencia con un ímpetu sospechoso—. Aunque, ya que estamos, mejor me llevo el saco y duermo fuera; así os dejo la intimidad que buscáis. ¿Contentos?

Mientras desarrolla su siguiente movimiento, a la única que mira es a mí, por tanto, me limito a dedicarle la misma intensidad

que ofrecen sus ojos inyectados en sangre antes de que nos deje solos.

Porque lo hace, confiriendo el papel que está dispuesto a seguir, y no lo entiendo.

De verdad que no.

—Nena, ¿qué te parece si te acercas? No te prometo mucho, pero…

—Marcus —lo interrumpo con el semblante serio, una vez que nos quedamos los dos a solas—, no confundas mi amabilidad. En ningún momento he dicho que haya cambiado de parecer, y eso significa lo que ya sabes: entre tú y yo nunca habrá nada.

—¿Pretendes romperme el corazón?

—Ja, ja, ja. Eres de lo que no hay. Anda, hazte un favor y échate a dormir, lo necesitas.

—Pero si estoy mucho mejor.

—No lo dudo, pero te falta bastante para valerte por ti mismo y supongo que lo que no querrás es ser un lastre para los demás, ¿verdad?

—Está bien, dejaré de insistir, al menos, hasta mañana. ¿Mejor así?

—Mucho mejor —le sigo la broma.

—Mmm, Ayura.

—Dime.

—¿Puedes decirle a Morgan que regrese?

—¿Es necesario?

—A menos que cambies de parecer y quieras retozar conmigo, sí, lo es.

—¿De verdad que no vas a cansarte nunca?

—De verdad.

—Vale, suficiente.

Sin más, me dispongo a salir fuera y, en ningún momento, lo hago con la intención de avisar a Morgan, sino con el propósito de tomar una distancia prudencial con los dos hombres que suponen un problema en toda regla, solo que no me sale como esperaba y, en cuanto pongo un pie en el exterior, la locura se desata.

¿Que de qué hablo?

Hablo de la reacción del soldado y de lo poco que tarda en perder el control de la situación.

—¿Se puede saber a qué juegas? —me increpa, abalanzándose sobre mí, antes de coger mi mano y arrastrarme hacia el extremo opuesto.

—¿Y de verdad me lo preguntas? —respondo sin amilanarme, alzando la voz—. Has sido tú el que se ha empeñado en fingir todo esto. Así que ya puedes ir apechugando y actuar con cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Simple: que ya puedes cambiar de actitud, porque de lejos se aprecia lo mucho que te disgusta cualquier avance de Marcus hacia mí, eso digo.

—¿Perdona? Tú flipas.

—Ja, eso quisieras, y ahora, ¿te importaría soltarme?

—Pues sí, me importaría. ¿Qué pasa?

—Morgan, deja de hacer el imbécil. No me resulta cómodo que invadas mi intimidad.

—¿Eh?

—Lo que oyes.

La negativa a que continúe tocando la piel desnuda de mi brazo lo pone más furioso todavía y termina retrocediendo en el tiempo para echarme en cara su siguiente razonamiento.

Este es:

—Ah, ya, pues perdona que discrepe, porque fuiste tú la que afirmó que era una pena que no nos hubiésemos conocido en otras circunstancias; que te debías a la tribu y no podías ceder a un mero capricho pasajero y tal.

—¿Qué insinúas?

—¿Yo? Nada.

—Mientes.

—Llevas razón.

—¿Y entonces?

—Y entonces, lo que afirmo, es que te ha faltado tiempo para demostrarme que eres como las demás.

Oh, oh. La conversación va adquiriendo tintes dramáticos y mucho me temo que no terminaremos bien.

¿Estaré equivocada?

Ojalá.

—Define ese *como las demás.*

—Será un placer, me refiero a lo poco que has tardado en cambiar de parecer, a eso, y ya que estamos, ¿podrías explicarme qué haces aquí cuando las señales que me has dado eran las de que sobraba entre vosotros ahí dentro?

—Eres un gilipollas.

—Si tú lo dices.

Cada frase que sale de su boca corrobora los celos que lo consumen y yo, lejos de poner un poco de sentido común, voy y me sitúo a su misma altura.

—Por supuesto que lo digo. Además, ¿qué pasa si he cambiado de opinión? No estoy en la tribu, lo que significa que puedo hacer o deshacer lo que me dé la gana. ¿Tanto te molesta? Porque no debería, cuando has sido tú, y solo tú, el que se empeña en mantener las distancias conmigo tras confesarme que le gusto.

—Joder, ¿ya empezamos? ¡Cállate!

—¿Y qué si no lo hago?

—Entonces, tendrás que atenerte a las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —le pico a conciencia con un objetivo en mente.

El de ponerlo al límite, soy consciente, y no me da la gana recular en ningún momento.

Por cabezota, también por atreverse a compararme con el resto de chicas y, sobre todo, por lo mucho que me fascina el contacto de sus dedos sobre mi piel cuando no debería.

—Y te lo repito. ¡No me toques! —exclamo deshaciéndome de su agarre.

—¿Y si quiero hacerlo?

—¿Qué? —pregunto con los ojos abiertos como platos.

De repente, algo en la expresión de sus ojos cambia y lo detecto en cuanto sucede. Según mi parecer, no es capaz de seguir luchando contra sí mismo y lo corrobora con su siguiente movimiento, que no es otro que arrastrarme hasta un árbol cercano y, sin esperarlo, termino empotrada contra la corteza, al tiempo que

un hormigueo recorre mi columna vertebral de principio a fin ante el cerco que supone su cuerpo contra el mío.

Trago con dificultad. La cercanía de su boca no me deja pensar con un atisbo de coherencia, y casi caigo en la tentación de suplicarle que me bese. Por fortuna, no lo hago, conteniéndome a duras penas, y decido mostrarle una cara de parsimonia absoluta, cuando su mera presencia me catapulta a lo más alto.

Morgan me sigue gustando, quizá un poco más que la última vez, y eso no es bueno.

No, no lo es, y de ahí que me dedique a fingir una tranquilidad inexistente mientras nuestras miradas se retan con una intensidad brutal.

Y cuando se está dando por vencido, dispuesto a que pruebe esos labios que me vuelven loca, la voz de Logan se escucha de fondo. Sí, lo hace a través de la radio y da por finalizado un encuentro que podría haber resultado glorioso.

Mierda.

La confusión es evidente y durante un instante aprecio una disculpa en sus ojos, una disculpa que dura muy poco y, acto seguido, corta de raíz el embrujo de la situación.

¿La razón?

Fácil. La cabeza de Morgan va a mil y actúa de inmediato, soltando la presión que ejercía sin haberme preguntado si es lo que deseaba o no, y maldigo mi mala suerte al comprobar el vacío que acaba de dejar con su partida.

¿Cómo leches es posible?

No doy crédito.

Morgan no ha dudado a la hora de tacharme de lo que no soy y yo, lejos de ponerle en su sitio, aquí me quedo, como un pasmarote analizando la anómala reacción de mi cuerpo.

¿Se puede ser más patética?

Lo dudo.

Y, por primera vez, sopeso la gran equivocación que ha supuesto echarles una mano al grupo de militares. Esa es la cruda realidad y he de convivir con ello, por ese motivo, empleo unos

segundos agónicos con la intención de serenarme, solo entonces voy tras sus pasos y opto por la solución más inteligente a estas alturas.

Hacer como que no ha pasado nada.

Fácil, ¿verdad?

Pues no, no lo es, y como tal me acuesto sobre el ligero saco de dormir que siempre llevo en la mochila, dispuesta a disimular cualquier atisbo de sentimiento que no viene a cuenta, a la vez que afronto lo difícil que va a resultar permanecer tan cerca del único hombre por el que estaría dispuesta a saltarme las reglas por una vez en mi vida.

Total, para lo que le queda de estar aquí…

Buf. Menudo desperdicio.

CAPÍTULO 16

Morgan

Por fin, Logan y Ryan han dado señales de vida a través de la radio, lo que supone que han logrado el objetivo.

Ahora bien, dado que la oscuridad no tardará en caer y que la distancia es abismal, decidimos pasar la noche en nuestros respectivos refugios y ya, mañana, seguirán el rastro del GPS. Debido al cambio de ubicación tardarán bastante en localizarnos y llegamos al acuerdo de comunicarnos lo menos posible, por si acaso.

Según el sargento, el sabotaje podría ser a escala mayor. Las órdenes que nos dieron con respecto a la hora en la que se produciría la venta de armas no cuadran y es el motivo de que los refuerzos llegaran tarde. La información supondría la posibilidad de que alguien desde dentro esté implicado y es preocupante a más no poder, puesto que significa que seguimos en peligro, sin contar que es la misma hipótesis que Ayura mantiene gracias a su visión.

Recopilo todos los datos y decido no despertar al capitán. Mañana lo pondré al día, y lo que sí hago es, por enésima vez, desviar la atención hacia el cuerpo menudo que descansa a escasos metros.

Joder. Pensar que he estado a punto de besarla me vuelve loco. Sí, completamente. Tanto que no soy capaz de lidiar con la erección que me sacude y gruño por lo bajo de impotencia.

¿De verdad que con la que tenemos encima a mí no se me ocurre otra cosa que la idea de cascármela con ella al lado?

Mi mente se está volviendo peligrosa por momentos. Qué digo, esa palabra se queda corta, más bien la definiría como perversa, y mucho me temo que, una vez que regrese a casa, tardaré en apartarla de mis pensamientos.

Esa es la realidad y me jode por la perspectiva de desamparo en la que me encuentro, ya que no tengo ni puta idea de cómo

solventar una situación que cada vez se enreda más y más, hasta el punto de no saber cómo escapar ileso.

¿Por qué ha tenido que ser ella la que me gustara?

¿Por qué?

Me revuelvo inquieto una y otra vez, dando por sentado que lo de descansar va a ser tarea imposible, y me dedico a castigarme a mí mismo permitiendo que el dolor de huevos vaya a más, a mucho más, porque lo que no haré, bajo ningún concepto, es caer tan bajo.

Ya habrá tiempo de hacerme una paja en otra ocasión y así, de paso, recuerdo lo poco que me conviene dejarme guiar por mis instintos. Esos que se han vuelto primitivos de pronto y que no van para nada conmigo.

¿Será que Marcus me ha pegado algo?

Desvarío, lo sé. ¿Qué le voy a hacer?

Al final, caigo rendido de puro agotamiento y desconecto la mente.

***

A la mañana siguiente

Abro los ojos, me incorporo y lo primero que hago es buscarla.

Nada.

Ayura no se encuentra en el interior de la choza.

¿Dónde estará?

La curiosidad impera, y como Marcus sigue durmiendo a pierna suelta, aprovecho para salir, imaginando que no estará lejos.

Error.

No hay rastro de ella, aunque su inseparable mochila da los signos evidentes de que no se ha marchado.

Suspiro tranquilo y mi instinto de supervivencia me lleva a analizar el suelo, tratando de dar con alguna huella que delate su paradero, y estoy de suerte. La llovizna caída por la noche propicia que sea muy fácil seguirle el rastro, y es lo que hago.

Sí, es una locura, pero por más que trato de ignorarla no lo consigo, y procedo a actuar de la misma manera que las veces

anteriores. Husmeando. Algo que se me da especialmente bien desde que pisé la selva amazónica.

Eso sí, habrá una diferencia, esta vez voy a poner todo mi empeño para actuar con especial cuidado. Por nada del mundo quiero que me pille *in fraganti,* tal y como ya sucedió con anterioridad, puesto que prefiero pasar desapercibido dada la delicada situación en la que nos encontramos.

«Sí, claro, por eso vas tras ella como un perrito faldero, ¿no es así?».

Bah, paso de mi yo interior, por mucha razón que lleve, y de manera sigilosa me propongo seguir el rastro dejado por sus botas.

***

Ayura

Cómo no, el escurridizo Morgan ha vuelto a caer en la tentación y poco le ha faltado para salir en mi busca.

Y sigo sin dar crédito.

¿A qué juega este hombre?

Estoy del *ahora sí, ahora no,* hasta la coronilla. Porque digo yo que, si tan claro tiene que no va a pasar nada entre nosotros, ¿a qué viene su insistencia?

¿O quizá se trate de un *voyeur* que se conforma con espiar a las chicas que le gustan?

A estas alturas no descarto ninguna hipótesis y sigo a lo mío. A darme un baño aprovechando la providencial cercanía de un riachuelo, mientras sopeso que ya está bien de tanto jueguecito.

Al final, una cosa lleva a la otra, y aprovecho la oportunidad para finiquitar un asunto que se enquista cada vez más.

¿Quiere jugar?

Pues juguemos.

—Morgan, por mucho empeño que pongas, sé que estás ahí. ¡Qué! ¿Volviendo a las andadas?

El crujir de las ramas se hace evidente y muestra que el militar, al ser pillado, se deja de ambigüedades y sale de entre los

árboles.

—Hola, Ayura, solo quería saber si estabas bien.

—Divinamente, ¿no me ves?

—Vale, prepararé el desayuno —comenta dando media vuelta.

¡Será cobarde!

Pues va dado si lo que pretende es salir indemne. Que se lo hubiera pensado antes.

—Espera —alzo la voz deteniendo su huida.

Sin más, salgo del agua y voy hacia él, lo hago con la única vestimenta de una camisa blanca que me llega a los muslos, y en cuanto se gira me anoto un tanto.

Su cara refleja una perplejidad absoluta y entiendo el motivo.

No llevo nada debajo, lo que quiere decir que la camisa se adhiere a mi cuerpo con una nitidez absoluta y deja al descubierto unas vistas que al militar lo descolocan de principio a fin.

¿Ves como yo también sé jugar?

¿Lo has dudado en algún momento?

Ya te dije que no soy ninguna mojigata y que, fuera de la tribu hacía y deshacía a mi antojo, dada la libertad que podía adquirir como una más en un mundo tan diferente.

Y como la que se ha vuelto mala de repente soy yo, abro la boca y suelto:

—¿Te gusta lo que ves?

Morgan ni siquiera contesta, le resulta imposible ante la perspectiva que tiene a un palmo de distancia, y como no me parece suficiente, voy y añado:

—Oh, sí, vaya si te gusta, ¿y sabes qué? Tendrás que conformarte con las vistas.

No añado nada más, no hace falta, y procedo a coger la ropa que llevo de cambio antes de dar media vuelta y marcharme.

Y, como considero que todavía puedo ser más mala, pronuncio una última frase que resulta lapidaria de principio a fin.

Esta es:

—Por cierto, no te vendría mal un baño de agua helada. Lo digo por bajar el bulto de tu bragueta. Él solito te ha delatado.

Ahora sí, no me he dejado nada en el tintero y omito el calor sofocante que me ha entrado de repente ante la que probablemente sea la mejor visión de mi existencia, y esta vez ni siquiera tengo que recurrir a un sueño para disfrutarla o conformarme con verla de lejos.

Y esto sí que es una auténtica novedad.

¿Quién me lo iba a decir?

***

Morgan

La imagen de Ayura semidesnuda es una tentación en toda regla y mi polla se descontrola.

No puedo evitarlo.

Ver esa camisa pegada a su piel es como un espejismo divino y es imposible apartar la mirada lujuriosa de sus pechos.

Joder, daría lo que fuera en estos momentos por ser el afortunado de acariciarlos, besarlos, chuparlos…

La hostia. ¿Por qué me he empeñado en seguirla cuando sabía lo que podía encontrarme?

La pregunta llega a destiempo. He sido descubierto y la muy condenada ha tardado poco y menos en mostrar a una mujer tan diferente que me deja ojiplático, fuera de sí y con unas ganas locas de follármela de mil maneras distintas.

Así me tiene, loco perdido, y lo peor de todo viene cuando se atreve a jugar conmigo, porque es lo que acaba de hacer, dejándome con una cara de gilipollas que ni te cuento.

Joder. Estoy al límite de mi contención y para evitar cometer una temeridad sigo su consejo y voy directo a darme un baño de agua helada.

Lo necesito. Mucho. Quizá demasiado, y grito de frustración por la nueva eventualidad que supondrá un ejercicio de paciencia infinita.

Y que conste que, a día de hoy, puedo afirmar que no la tengo.

Dios, menudo despropósito.

Meto la cabeza en el agua y ahí me quedo, conteniendo la respiración con el fin de templar los ánimos, que falta me hace.

***

Regreso a la choza más calmado. Gracias al agua helada he dejado de estar empalmado y el dolor de huevos me da una tregua, que ya es algo.

Nada más entrar, presencio que Marcus sigue con su mejoría y resulta un soplo de aire fresco. Por fin una buena noticia.

Entonces, dejo de lado cualquier distracción y aprovecho que Ayura se ha marchado, supongo que para no verme, y le pongo al día acerca de la información facilitada por Logan.

Con un poco de suerte, llegarán en el transcurso de la jornada, pero no es seguro. La nueva ubicación no la conocen, lo que supone que tendrán que guardarse las espaldas ante el terreno desconocido.

Y así, sin nada que hacer hasta que nos reubiquemos, me dispongo a pasar las horas envarado a más no poder.

¿La razón?

La tensión que existe entre Ayura y yo es palpable a simple vista. De ahí que me invente mil excusas con tal de permanecer lo más lejos posible ante el riesgo de cometer una locura.

No soporto tenerla cerca. Es un suplicio. Solo pensar en la imagen que ha quedado retenida en mi retina vuelvo a las andadas y me paso las horas empalmado, con un humor de perros y harto de permanecer impasible junto a Marcus cada vez que insiste en tratar de ligársela, porque el tío no se cansa.

En definitiva, mi vida se ha convertido en un calvario de un día para otro, y ya, lo único que me falta para rematarlo es que mi compañero se termine dando cuenta, algo que tengo que impedir a toda costa.

Mierda.

Lo de que estoy jodido se queda corto y por el bien de todos espero que este periplo finalice con la mayor brevedad posible, antes

de que pierda el norte por completo.

A estas alturas mentiría si dijera que me reconozco, en un abrir y cerrar de ojos, parece que me he convertido en un hombre distinto, y juro por lo más sagrado que lo único que deseo es volver a mi rutina diaria.

Nada más.

¿Lo lograré?

CAPÍTULO 17

Al día siguiente

Morgan

Ni siquiera el agotamiento logra que descanse varias horas seguidas y, en cuanto amanece, abro los ojos.

¿Adivinas hacia dónde se dirigen nada más hacerlo?

Acertaste.

Y ahí está ella, durmiendo como un angelito, lo que aprovecho para observarla a mi antojo.

Eso sí, desde la distancia y sin mover un solo músculo. La experiencia en este aspecto ha sido clara. Ayura tiene poderes extrasensoriales, o casi, y aventuro que, en cuanto haga el menor ruido, se despertará y no lo pretendo.

Necesita dormir. Sus ojeras evidencian que tampoco lo está pasando bien con la situación en la que nos hemos visto envueltos y mucho me temo que parte de la culpa es mía.

Sí. Lo es.

De refilón, aprovecho para desviar la vista hacia el capitán, solo falta que…

¡¡Mierda!!

Un mal pálpito me sacude de principio a fin al darme cuenta que su atención va dirigida a mí y espero que no me haya delatado yo solo al suponer que seguiría descansando.

Tarde.

Mis peores presagios se cumplen y aventuro, por la expresión de su cara, que me ha pillado mirándola embelesado, pudiendo suponer una confrontación frontal en toda regla.

—Es guapa, ¿verdad?

—¿Qué? —disimulo acorralado.

—Te he pillado, cabrón, y te recuerdo lo que dijiste.

Y aquí llega el contratiempo número mil.

Vaya puta suerte la mía.

—Tal y como has dicho es guapa y yo no soy de piedra —me enfrento a él, quitándole importancia.

—Ya.

—¿Algún problema?

—Espero que ninguno —sentencia con un semblante frío y distante, acotando un terreno que no es suyo.

No. No lo es. Ayura lo volvió a constatar anoche, cuando salió escopetada al quedarse solos, y el hecho en sí debería valer para que dejara de hacerse unas ilusiones que desde el principio le ha negado.

¿Por qué no deja de insistir entonces?

Dentro de mí, un malestar general se pronuncia y prefiero que siga ahí, escondido, de lo contrario, la vamos a liar y no es el momento.

—Voy a dar una vuelta de reconocimiento —determino con la intención de tomar una distancia prudencial ante la improbabilidad de morderme la lengua.

Y ya, para rematar la jugada, compruebo que Ayura ha escuchado la conversación y me observa con una decepción absoluta.

Mierda, mierda y mierda. La mañana no puede haber empezado peor y salgo por patas, dispuesto a poner un poco de orden en lo que a estas alturas ya puedo denominar como situación caótica, mientras me cago en la misión, en la selva y en su puta madre.

***

Logan

Avanzamos los últimos metros preocupados a más no poder. Debido a la delicada situación convenimos que hablaríamos lo justo a través de la radio y de ahí que no sepamos el motivo exacto de que hayan cambiado de ubicación, menos todavía con Marcus convaleciente, y

la alegría al divisar a Morgan me saca una sonrisa. La primera en horas, aunque, al fijarme bien, interpreto que sucede algo raro.

—Ry, ¿ves lo mismo que yo?

—Sí —afirma con el ceño fruncido.

—¿Y a este qué le pasa? —pregunta evaluando la escena con un mosqueo de un par de narices.

Y es que, el militar yace sentado, con la mirada al frente y ajeno a cualquier suceso que le rodea.

Sí, incluido el ruido que provocan nuestras botas, lo que supone un riesgo demasiado alto.

¿Qué hubiese pasado si en vez de nosotros se tratara de los traficantes de armas o de cualquier otro peligro?

No doy crédito.

—¿Tú crees que es por Marcus? Si los antibióticos no han hecho efecto…

—No adelantes nada, Ry. Vamos, averigüémoslo.

Los dos aceleramos el paso con la preocupación reflejada en el rostro y solo entonces se percata de que hemos llegado.

—Joder, cuanto me alegro de veros —dice levantándose de un salto para abrazarnos.

—¿Todo bien por aquí? —pronuncio con el corazón encogido.

—Sí.

—¿Por qué habéis cambiado de localización?

—Por Ayura, tuvo una de sus visiones y…

Y no hace falta que diga nada más.

—Así que, Ayura, ¿eh? —le increpo con gesto serio.

—¡Me cago en la hostia, Morgan! —arremete Ryan como una bestia, empujándolo con la suficiente fuerza como para tirarlo al suelo—, ¿a qué coño juegas?

—¿Qué?

Sin más, va hacia la choza para interesarse por Marcus y casi que se lo agradezco. La impulsividad de Ryan hay veces que es incontrolable y el cabreo que lleva encima no es ni medio normal, con razón.

Y yo, mientras, me limito a templar los ánimos. Debo hacerlo, de lo contrario le daría a mi compañero de batallas una hostia ahora

mismo. Se lo merece. Bien sabe Dios que sí. El trabajo al que nos dedicamos es sagrado y nunca debemos bajar la guardia. Nunca. Algo que ha pasado por alto, poniendo en peligro a todos, y no doy crédito dado de quién hablo.

Joder, que se supone que es el más templado de los cuatro. ¿Cómo ha llegado a este grado de insensatez?

—Mira, solo te lo diré una vez —arranco situándome a un palmo de distancia en cuanto se pone en pie—, sea lo que sea lo que sientes por esa chica, arréglalo.

—¿Qué? —repite superado.

—Déjate de hostias y piensa lo que os habría supuesto a los tres tu falta de concentración. ¿Qué coño te pasa, tío? No te reconozco.

—Lo siento.

—No me vale. Y, por favor, haz lo que tengas que hacer, pero que esto no vuelva a repetirse, ¿queda claro?

—Sí, mi sargento.

—No te estoy hablando como superior, capullo.

Lo aparto con el hombro y me encamino hacia el lugar en el que están todos los demás, y sí, cuando digo todos, también me refiero a la mujer que va a terminar dinamitando el grupo entero como sigamos así y, si no, al tiempo.

CAPÍTULO 18

Ayura

La llegada de Logan y Ryan supone un alivio.

Ahora que han reunificado el grupo, es cuestión de tiempo que mantengan el contacto con la base. En cuanto lo hagan, supongo que vendrán a rescatarlos. Con la radio restablecida es pan comido y yo, de una vez por todas, podré dedicarme a cumplir con mi cometido: regresar al Bosque Sagrado.

Con un poco de suerte, nadie se habrá dado cuenta de mi nueva fechoría. Cada minuto cuenta, juega en mi contra, y debo marcharme lo antes posible.

Recojo el saco de dormir, lo guardo en mi inseparable mochila y, a continuación, alzo el mentón con la intención de despedirme, aunque se queda en eso, en un mero intento.

—Por fin os sacarán de aquí, ha sido un placer conoceros.

—¿Te marchas? —pregunta Marcus, adelantándose al resto.

—Sí.

—¿Y te parece bonito hacerlo sin que hayas consentido darme un mísero beso? —bromea sin perder la oportunidad.

—Lo superarás.

—Ayura.

—Dime, Logan.

—Hablemos antes.

—¿De qué?

—De la nueva información con la que contamos.

Algo en sus palabras me da mala espina y dejo mis cosas en el suelo.

—¿Qué información?

—Según Morgan, una de tus visiones te alertó y por ese motivo decidiste cambiarles de ubicación tanto a él como a Marcus, ¿no es cierto?

—Sí.

De seguido, el sargento se toma su tiempo, parece incómodo, y su actitud logra que mis nervios se descontrolen.

¿A dónde quiere ir a parar?

—Ayura, mucho me temo que la hipótesis que voy a contarte no va a ser de tu agrado, no obstante, te pido que la valores y que no te enfades, ¿vale? Es solo eso, una hipótesis.

—Logan, dime lo que tengas que decirme.

—Vale —asiente mientras me pide disculpas con la mirada—. ¿A ti no te parece raro que unos simples traficantes lograran acceder a un lugar en mitad de la nada construido por vuestra tribu? Por seguridad anulamos los GPS, con el fin de evitar que pudieran interferir la señal tal y como pasó con la radio, y de ahí nuestras sospechas.

—¿Qué insinúas?

—No creo que tenga que aclarártelo.

Es verdad, cuando entré en trance hubo algo que me descolocó de principio a fin, algo que no sabía cómo interpretar, y el sargento acaba de darme la pista que faltaba.

Aun así, me niego a creer en la posibilidad de que…

De repente, mi cuerpo deja de pertenecerme y la nueva premonición llega sin avisar, arrasando con todo, y en cuestión de segundos caigo desmadejada por la impresión.

***

Morgan

Permanezco en un absoluto segundo plano, bastante la he armado como para cagarla de nuevo, aunque eso no supone que no perciba lo que sucede, y lo que es peor, al estar tan alejado no puedo impedir que Ayura termine en los brazos de Logan en cuanto pierde el conocimiento.

Algo que me jode, no lo voy a negar, y actúo cegado por los celos. Por consiguiente, me dejo llevar por una impulsividad de la

que ni siquiera tenía conocimiento de albergar en mi interior y, simplemente, entro en acción.

¿Que de qué hablo?

Hablo de la ocurrencia de cometer una insensatez de una envergadura colosal. Lo hago, además, con una seguridad apabullante y con la decisión dibujada en mi rostro, todo junto, hasta llegar al lugar en el que quiero estar con un único fin: arrebatársela de sus brazos.

Así, como si tuviera algún derecho sobre ella, ¿qué te parece?

No doy crédito, lo mire como lo mire resulta imposible y, una vez que la sensatez regresa, es tarde, demasiado de hecho, lo que propicia que un Marcus atónito tarde menos y nada en montar en cólera.

—¡Tú! ¿Qué coño haces?

Y no es el único.

Ojalá.

—Sí, Morgan, ¿nos lo puedes aclarar a los tres? Porque me tienes hasta los huevos —enfatiza Ryan con una expresión demoníaca en los ojos, dejando en evidencia su incredulidad.

—¡Basta! —grita el sargento en mitad del caos—, hasta nueva orden, este tema se queda apartado a un lado, ¿me oís?

—¿Hasta nueva orden? Soy tu superior, ¿quién te crees que eres? —advierte el capitán al borde de perder los papeles, cargando a diestro y siniestro sin medida alguna.

La tragedia se agranda.

¿Y todo por qué?

Por la locura que he cometido y asumo mi culpa.

Sí, del todo.

—No me toques los cojones —arremete el aludido a voces—, tus condiciones son limitadas y, por tanto, el que sigue asumiendo el mando soy yo, te guste o no.

—¡Ja! Por encima de mi cadáver.

El descontrol es alarmante y yo sigo a lo mío.

¿Cómo he permitido que acabemos así?

¿Cómo?

La encrucijada es irreal y aquí estoy, con la chica que está logrando poner mi mundo patas arriba, inconsciente entre mis brazos, mientras lo más sagrado está a punto de dinamitarse por la misma razón.

Ella.

Y sopeso una verdad que cae sobre mí como una losa.

Jamás una brecha como la actual había dividido tanto al grupo, jamás, y ser el causante me llena de remordimientos.

Se acabó.

Hasta aquí he llegado.

Y tomo una decisión. La única que conseguirá poner un poco de calma, o eso espero, y sin pensar en nada avanzo con la intención de situarme entre mis dos superiores, más que nada para que no se líen a hostias, y solo entonces le cedo el cuerpo de Ayura a Logan.

Después, sin pronunciar una mísera palabra, salgo al exterior y me pierdo entre la inmensidad de la selva con el propósito de analizar bien todo lo sucedido desde que pisamos este lugar. Lo necesito ante el riesgo de volverme loco, y más me vale que recurra al hombre sensato y responsable que he sido siempre para que imponga algo de criterio en mitad de la vorágine que he provocado.

¿Lo lograré?

***

Logan

Mientras, en el refugio

—Tú y tú, no quiero escuchar ni una palabra, ¿estamos?

—Parker…

—He dicho que ni una palabra, Marcus, y menos si es para dirigirte a mí de manera despectiva utilizando mi apellido. Estamos de mierda hasta el cuello y no es el momento para ver quién la tiene más larga. ¿Lo captas? Además, eres el primero que debería mostrar

el autocontrol suficiente en una tesitura así, por lo tanto, déjate de hostias y ayúdame con Ayura. Ryan, tú ve a por él.

—¿Yo?

—Sí, tú, y ya estás tardando, ¿o hace falta que te recuerde lo mucho que se ha implicado por ti tu compañero en tus momentos más bajos? No, no lo creo, ¿verdad?

A Ryan solo le falta echar la vista atrás para acordarse de un episodio muy concreto del pasado y asiente arrepentido[iv].

—Lo traeré de vuelta ahora mismo, tranquilo.

—Esto está mejor, y recalcaros una última cosa, que parece que hemos olvidado que es Morgan del que hablamos, joder. Nuestro Morgan.

El repaso que les doy sirve para templar los ánimos, un detalle que a priori se antojaba imposible, pero lo consigo.

Sin rechistar, cada uno acata las órdenes y aprovecho que me quedo a solas con el capitán para aclararle un último punto.

—En cuanto a ti, ya te vale, tío. Ayura te ha dejado claro desde el principio que no quiere nada contigo, ¿a qué viene tanta insistencia?

—Dejémoslo en que me encabrona aceptar una negativa tras otra con lo mucho que me gustaría tirármela.

La respuesta es desproporcionada y no dudo en reprochárselo.

—Te estás pasando de la raya. Cada vez más. Y espero que tengas una explicación.

—¿Qué insinúas?

—Que hasta aquí hemos llegado. Anda, extiende el saco de dormir para que pueda dejarla tumbada, después, hablaremos.

—¿Es una orden? Por lo poco que he visto me temo que el rango se te está subiendo a la cabeza demasiado pronto.

—Pues yo, por lo poco que he visto desde que he llegado, me temo que lo de que eres un cabrón se queda corto. Muy corto. Marcus, no te reconozco, ¿qué ocurre?

La otra parte se queda callada, lo que significa que acepta la reprimenda, suponiendo un verdadero alivio.

No las tenía todas conmigo y solo faltaba que los dos que más rango tenemos terminásemos a hostias.

—Salgamos fuera y te lo cuento —dice una vez que dejamos a la chica acomodada en el interior del saco.

Su tono melancólico constata que tengo razón. Pasa algo, o mejor dicho, lleva sucediendo desde que pisamos la selva. Su comportamiento así lo ha ido indicando a lo largo de las semanas y desde luego esto tiene que parar por el bien de todos.

Sigo sus pasos sin pronunciar palabra y compruebo cómo interpone una distancia prudencial para preservar la conversación en el caso de que Ayura despierte, lo que me choca bastante.

—¿Y bien? —le insto para que suelte lo que lleva dentro.

—Ella es el problema de todo —comienza, señalando la cabaña.

—¿Qué cojones significa eso? —alzo el tono barajando la idea de que me esté tomando por tonto.

—Lo que oyes. Desde el instante en el que la vi supe que me serviría de desahogo y me lo tomé como algo personal.

—¿¿Qué?? Mira, vas de mal en peor, y te juro que si se te ocurre faltarle el respeto…

—Nunca se me ocurriría.

—¡Ja! Llevas haciéndolo desde el minuto uno.

—Logan, si me comporto así con Ayura es por una razón de peso.

—¿Cuál?

—Por lo mucho que me recuerda a alguien.

Acabáramos. Al capitán se le ha ido la pinza. Tanto ajetreo de aquí para allá herido le ha pasado factura. Tiene que ser eso.

—Perdona, no te entiendo.

—Lo harás en su momento, pero ahora, no te metas. El Marcus arrogante y gilipollas ha aprendido la lección y por fin veo la luz al final del túnel.

Su reflexión cala hondo en mí y me sirve para unir las piezas del puzle que faltaban.

—¡No me jodas! ¿Acaso insinúas que Ayura te recuerda a tu ex?

—Sí.

—Joder. Intuía que pasaba algo, pero no tan grave. Oye, ¿cuándo vas a contarme la historia completa?

—Pronto, muy pronto.

—Vale, no te presionaré. En cuanto a Ayura…

—Logan, voy a seguir en mi línea, solo te pido que confíes en mí. ¿Lo harás?

—¿Qué pregunta es esa? Por supuesto que lo haré. ¿Por quién me tomas?

—Gracias, hermano.

CAPÍTULO 19

Ayura

Noto el cuerpo rígido, más de lo acostumbrado y, también, que no estoy sola. La presencia de alguien que se preocupa por mí la percibo con nitidez y al abrir los ojos me fijo en Logan.

Su rostro evidencia un nivel de seriedad fuera de lo común y, aunque lo conozco poco, aventuro que puedo confiar en él.

—Hola, chica, ¿estás bien?

Frunzo el ceño ante la pregunta. ¿Qué significa en concreto?

Y al tratar de incorporarme, me topo con la realidad.

Es imposible.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con un esfuerzo titánico.

—Te has desmayado —susurra acariciando mi mejilla.

Algo que no me molesta. Su único fin es mostrarme confianza, para nada busca lo que su compañero Marcus, y cierro los ojos ante el vendaval que se me viene encima.

—Shhh, tranquila, no pasa nada —insiste el sargento con palabras suaves, a medida que las primeras lágrimas no tardan en aparecer.

—Logan.

—Dime, estoy aquí.

—Alguien de la tribu nos ha traicionado.

—¿Por qué pluralizas?

—Porque yo también soy parte implicada, hasta diría que la causa.

—Tranquila. Ya hablaremos de ello. Ahora limítate a recobrar fuerzas, ¿sí? Es prioritario.

Le hago caso, para ello encubro la información tan delicada y me basta con echar un ligero vistazo a la choza.

No hay nadie más, lo que supone que la sensación de abandono por parte de Morgan impacte de lleno en mi corazón.

—No lo encontrarás —aventura el militar con el propósito de solventar la curiosidad que transmite mi cara.

—¿A quién?

—Por ahí vas mal. No me tomes por tonto.

—Lo siento, no lo volveré a hacer.

—Así mucho mejor.

—Logan.

—¿Sí?

—¿Dónde está?

—La cuestión no es dónde, sino cómo.

No le entiendo y frunzo el ceño.

—Espero que Morgan no se enfade conmigo por contarte esto, pero has de saber que cuando te has desmayado le ha faltado tiempo para marcar territorio.

—¿Perdona?

—He sido yo el que no ha permitido que te estamparas contra el suelo, y ha sido él el que no ha tardado en arrancarte de mis brazos, con la consiguiente bronca por parte de Marcus.

Abro los ojos con estupor, consternada por su sinceridad, y espero que siga siendo generoso conmigo.

Lo es.

—No es el mismo, Ayura. Está irreconocible desde que te conoce y, ahora, fuera de control. Por ese motivo, Ry está buscándolo. Después de la monumental bronca ha vuelto a dejarte a mi cuidado y entonces, sin decir nada, ha desaparecido, supongo que por la culpabilidad que siente.

Demasiada información para procesar. La delicada situación de mi mente no me lo permite. Le falta poco para bloquearse y, no obstante, guardo un hecho significativo.

¿De verdad ha dado un paso al frente delante de sus compañeros?

Cierro los ojos a medida que los latidos del corazón optan por desbocarse. La encrucijada en la que me encuentro es irreal y la suma de los últimos acontecimientos resulta un verdadero despropósito.

¿Qué hago entonces pensando en un hombre que abandonará mi vida en un cortísimo espacio de tiempo con lo que tengo encima?

Buena pregunta, lo malo es que no dispongo de respuesta alguna.

Mentira.

Logan interpreta la lucha interior que mantengo conmigo misma y decide dejarme mi espacio hasta que restablezca la fuerza suficiente para levantarme. Ocurre mucho después, y lo primero que hago es salir fuera, descubriendo que los dos están reunificando el equipo necesario para partir lo antes posible, mientras que sigue sin haber rastro de Morgan y Ryan.

¿Les habrá sucedido algo?

—Tienes mejor cara —oigo a Marcus dedicándome una mirada de preocupación.

—Sí, ya se me ha pasado.

—¿Siempre son así?

—¿Las visiones? No. Desde que llegasteis han cambiado.

—Vaya —silba animado—, ¿no será porque significan…?

—Anda, tío, cállate —le interrumpe Logan con un tono bastante neutro—. ¿Cuándo vas a enterarte de que no conseguirás nada de ella? No le gustas. Asúmelo.

Es la primera vez que alguien se pronuncia en voz alta con respecto a este tema delante de mí y aprecio el gesto, aunque a estas alturas ya me he acostumbrado y hasta me resultaría raro que se comportara de otra forma.

—Árboles más altos han caído —se cachondea en su línea, guiñándome un ojo—. Por cierto, Ayura, ¿necesitas algo?

—Sí.

—Dímelo y te lo conseguiré.

—¿Cuándo os marcháis?

—En cuanto estemos todos.

—Entonces, si no voy a volver a veros, me permitiré algo que me he negado por activa y por pasiva.

—Por fin, ¿lo ves, Parker? Era cuestión de tiempo.

—No me refiero a eso, Marcus.

—¿Otra vez rompiéndome el corazón?

—Por supuesto. Y ya que estamos, ¿podrías aclararme el motivo de tu enfado con él?

La cara del capitán sigue en su línea y aclara:

—Entre nosotros hay una norma no escrita en lo que se refiere a las mujeres. Si a alguno de los cuatro nos gusta una en particular, el resto no se mete por medio. Es algo sagrado. Además, en este caso, Morgan confesó desde el principio que me dejaba el camino libre y, como tal, debe hacerlo.

—Eso suena patético.

—Porque no lo entiendes.

—Y absurdo.

—Si tú lo dices…

—Lo es. Parece una batalla entre orangutanes. De ahí que me reitere en lo de patético y absurdo.

—Captado, en cuanto a lo otro, ¿a qué te refieres?

—A la conversación que voy a mantener con el mentecato de vuestro amigo, a eso. Y no os preocupéis, no os robaré ni un minuto. Yo también saldré a buscarlo. Este no se marcha de aquí sin que le diga dos cosas bien dichas.

—Buf, pues fíjate, ahora mismo no lo envidio, no.

Ni me molesto en responderle. Mi cabeza va a mil y tengo claro que aprovecharé la oportunidad que se me acaba de brindar para quedarme a gusto.

Total, ¿qué pierdo?

No volveré a encontrármelo en mi camino, y eso significa que tengo vía libre para decirle lo que me dé la real gana, empezando por dejarle clara su cobardía, su falta de personalidad y su pasotismo impostado.

Es lo que hay.

***

Morgan

—Ey, tenemos que regresar.

Esta vez, Ryan no me pilla con la guardia baja. He escuchado sus pasos desde una distancia considerable y al saber de quién se trata un suspiro de pesar es lo único que sale de mi boca.

No tengo ganas de hablar con nadie. Ni siquiera con él.

—*Bro,* ¿me has escuchado?

—Sí, sí.

Me levanto del suelo, el sitio que he elegido para meditar, y avanzo en su dirección, dispuesto a encubrir lo que me sucede.

No me sale bien. Ry me conoce demasiado y en cuanto voy a pasar por su lado alarga el brazo y me retiene.

—¿Estás bien?

—¿Qué más da?

—Tío, ¿qué coño te pasa? Porque dudo que esa chica…

No le dejo terminar. No me gusta el tono utilizado para referirse a ella y me envaro de tal forma que le planto cara.

—Ni se te ocurra tratarla de manera despectiva, ¿queda claro? —Es un aviso. No voy a consentirle ningún tipo de licencia y me quedo a un palmo de distancia, a la espera de su posible reacción.

¿O quizá trate de provocarle para iniciar una pelea?

Joder. Esto se me sigue yendo de las manos.

Mientras, un Ryan atónito se queda mudo ante mi desproporcionada manera de actuar y lee entre líneas.

—Si estás tan jodido como para querer que te dé de hostias, lo siento, no cuentes conmigo. Y ahora, dime, ¿cuánto te gusta Ayura?

El plan me sale mal y bajo el mentón avergonzado.

¿En serio estaba dispuesto a pelearme con mi hermano del alma?

Y sé que tengo que soltar lo que llevo dentro, así que, abro la boca y me abro en canal.

—Mucho. Más de lo que esperaba. Y ni te molestes en decirme que es una locura, porque eso ya lo sé.

—Morgan, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí.

—¿Ha sucedido algo entre vosotros?

—No, y no será por falta de ganas —reconozco mediante un gesto de derrota.

—Ya.

—¿Algo más que quieras saber?

—Y tú, ¿algo más que quieras contarme?

—Pues, aparte de que no logro sacarla de mi cabeza, de las pajas que me he hecho pensando en ella, de que yo también le gusto, y de ser un puto cobarde, no. Creo que no.

—La hostia. Menudo marrón tienes encima.

—Sí, ¿verdad?

—Oye, ¿y por qué has tardado tanto en dar un paso al frente?

—Te lo acabo de decir, porque soy un cobarde.

—No, te equivocas, lo que eres no es eso, sino todo lo contrario.

—No enmascares la verdad, Ry.

—No lo hago. Te conozco tanto que puedo asegurar que tu reacción se debe a la lealtad más absoluta, aun pasando por hacerte un daño demoledor a ti mismo.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo, aseguro. Eres tan generoso que has preferido callarte todo este tiempo a enfrentarte a Marcus y te has equivocado. Ahora bien, lo importante del asunto es saber qué quieres hacer en estos momentos.

—No depende de mí. Ya no. He perdido la oportunidad.

—Nunca es tarde, quizá, si le dices cómo has actuado cuando se ha desmayado la cosa cambie.

—No se enterará, ni por mí ni por nadie, ¿entendido?

Ryan procesa mis palabras y no tarda en arremeter:

—¿Quieres un consejo?

Mi reacción, en un principio, es la de limitarme a encogerme de hombros, lo que le proporciona a la otra parte la potestad de darlo.

Y lo hace, vaya si lo hace.

—Verás, es fácil. Tíratela antes de que nos marchemos —suelta a bocajarro sin una mísera consideración hacia la chica de la que estamos hablando, como si se tratara de una más de tantas—.

Quítate esa espina y hazlo sin que se entere Marcus. No es el mejor consejo del mundo, pero te servirá para pasar página. El asunto se te está enquistando y…

—Ry.

—¿Sí?

—Hazme un favor y cierra la puta boca —alzo el tono sulfurado, a punto de perder los papeles—, ¿por quién me tomas? Tú también has sido partícipe de lo distinta que es la vida aquí, así que, por tu bien, no se te ocurra volver a insinuar que me quite la espina que llevo dentro tirándomela o te partiré la boca sin importarme una mierda quién seas. ¿He hablado con la suficiente claridad?

La respuesta de Ry me deja atónito, y lo digo porque me llega a través de una sonrisa que le llega de oreja a oreja.

¿Acaso se está riendo de mí?

Pues aviso, no estoy para bromas y sí para partirle la crisma.

Y, de repente, entiendo su manera de actuar, empezando porque para nada pretendía faltarle el respeto a Ayura, y terminando por la intención de que cayera en la trampa que ha orquestado en torno a mí con un resultado más que evidente.

—Me cago en la puta, *bro,* ¡te gusta de verdad! No me lo puedo creer.

—En eso coincidimos. Yo tampoco.

—Oye, ¿has escuchado eso?

Ambos dejamos las confesiones en cuanto nos alertamos de un sonido que proviene de al lado y cuando averiguamos de qué se trata me quedo mudo.

O, mejor dicho, de quién se trata.

Es Ayura, y por su cara aventuro que ha escuchado toda la conversación.

Sí, toda.

¿Y ahora qué?

Pues ahora, el cabrón de mi amigo decide dejarme en la estacada con un escueto:

—¿Sabéis el dicho de que tres son multitud? Pues eso, apañaros vosotros solos.

Sin más, se aleja, mientras soy incapaz de quitarle los ojos de encima a la chica que ha supuesto un antes y un después, y la cual desaparecerá de mi vida en cuestión de horas.

CAPÍTULO 20

Morgan

—¿Cuánto has escuchado?

—Todo.

Joder.

—Yo…

—No digas nada, Morgan, no hace falta.

—¿Por qué has venido?

—Porque estaba muy enfadada contigo.

—¿Ya no?

—No. Ya no. Y que conste que sigo sin entenderte. Marcus también me ha hablado de la norma que tenéis y le he dejado claro lo que opino acerca de ella.

—Eres demasiado buena, ¿de verdad no vas a echarme nada en cara?

—No. Me basta ver la expresión de tus ojos para intuir lo que sufres y me alegro de no habernos involucrado emocionalmente. Hubiese sido mucho peor.

—Ayura.

—Dime.

—Y si tienes razón, ¿por qué no puedo apartar de mi cabeza las putas ganas que tengo de besarte ahora mismo?

No puedo más. Llevo callándome desde que la conocí y hoy me resulta imposible seguir con lo mismo.

Se lo debo. Desde el minuto uno a ella no le ha importado mostrar su interior, a pesar de que es la más implicada en la historia debido a la imposibilidad de comportarse como desearía dentro de la tribu, y sería un egoísta si lo olvido.

Y, de repente:

—No busques un porqué y hazlo.

¡Boom! Su permiso trata de dinamitar cualquier resquicio de duda con respecto a mis pensamientos, y ni puedo ni debo consentirlo.

No, esa es la realidad. Y me reafirmo en una cuestión.

A mí nadie me ha obligado a retirarme a un lugar aislado como castigo por no cumplir las normas y el hecho significativo corta de raíz cualquier tipo de acercamiento.

¿Qué sucedería si se dejara llevar por la pasión y se enteraran?

No y no, aquí la que importa es ella y tiro de contención, suplicando al de abajo que deje de torturarme por el dolor infernal de huevos ante la evidencia de que la chica que tengo de frente merece que esté a la altura de las circunstancias, lo que significa que podré superarlo.

Madre mía, mi mano derecha no va a dar abasto cuando esté lejos de aquí, no me cabe la menor duda, y me reafirmo en cuanto a la decisión de anteponer a Ayura sobre un simple y mero acto sexual.

No sería justo ni mi moral me lo perdonaría.

—No voy a besarte, Ayura.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —susurro con la voz enronquecida por la disparidad de emociones, acercándome hasta su posición—. Y no voy a hacerlo porque mentiría si te dijera que me basta con un beso. Lo quiero todo de ti y por muchas ganas que te tenga no voy a consentir que termines arrepintiéndote.

—Pero…

—Pero, nada —la corto con una decisión inquebrantable—. Este sigue siendo tu lugar sagrado y como tal lo acataré.

En cuanto pronuncio la frase algo dentro de mi pecho se resquebraja, todo al ver sus primeras lágrimas, y no lo soporto.

Verla llorar me impacta de forma brutal, y lo que sí hago es estrecharla entre mis brazos con un sentimiento de protección inaudito que jamás había sentido con anterioridad por ninguna otra.

—Shhh, estoy aquí, ¿vale? Y quiero que sepas que jamás sería tan egoísta como para ponerte en una situación tan delicada

por un calentón. Te mereces todos mis respetos y, como tal, no te tocaré un solo pelo. Aquí, no.

Sus sollozos me estremecen. No puede parar de llorar y yo me limito a permanecer a su lado con la finalidad de consolarla, albergando la idea de que estamos haciendo lo correcto.

—Has resultado ser un auténtico descubrimiento, Morgan.

—¿Eso es un cumplido?

—Sí, lo es. Cualquier otro en tu lugar…

—Chttt. Ni lo digas. Y ahora, por favor, deja de llorar. Me estás matando.

—Morgan.

—¿Sí?

—Lo siento.

—No te disculpes —pronuncio mirándola a los ojos sin ocultar lo mucho que me importa.

Es verdad. Haría lo que fuera por ella. Lo que fuera.

Unos segundos después, sonrío al comprobar que lo consigue y antes de soltarla le doy un beso en la frente.

Todo muy fraternal, no siendo que sucumba a los pensamientos lujuriosos que siguen insistiendo en salir a la luz, y cuando estamos listos para volver al refugio, la aparición del hombre que menos esperábamos nos deja helados.

Sí, a los dos.

Y no es para menos.

***

Ayura

Veo el odio de Nekirú en sus ojos, y lo sé.

Ha sido él. La visión era cierta y el resquicio de esperanza se acaba de volatilizar, saltando por los aires.

¿Cómo ha podido?

Detrás de él le secundan más hombres de la tribu, situándome en una tesitura comprometida a más no poder.

Actúa por venganza, por despecho y por rabia. Desde el minuto uno no vio con buenos ojos mi interacción con los soldados y aquí está el resultado.

—Sé de lo que has sido capaz y pagarás por habernos traicionado —le digo sin usar la lengua lugareña.

—No estés tan segura.

Al escucharle hablar, Morgan abre los ojos como platos ante la suposición de que ninguno aparte de mí sabía su idioma, y no me molesto en darle ninguna explicación acerca de que él era mi acompañante cada vez que salía de la selva. Total, Nekirú no va a dejarme, y continúo atenta a las posibles respuestas del hombre que ha supuesto una auténtica decepción.

—En cuanto le he dicho a tu padre que no estabas en el Bosque Sagrado ha entendido mi actitud.

—¿Qué actitud, Nekirú? Él jamás aprobará lo que has hecho.

—Te equivocas. En cuanto le haga llegar que su hija ha sucumbido a la tentación me agradecerá que te haya salvado. Tengo testigos. En cuanto a ti, sigues vivo de milagro. Nadie toca lo que es mío.

Morgan avanza un paso hacia adelante con una furia inusitada y le agarro con fuerza, deteniéndole a toda costa al comprobar, con la tez pálida, que al guerrero le basta alzar el brazo para que los demás tensionen sus arcos apuntándole directamente al pecho.

—No, por favor.

Y como ninguno mueve un músculo me sitúo delante, protegiéndole con mi cuerpo, lo que provoca que la gente de mi poblado baje las armas de inmediato.

—Mírate —escupe el traidor con la cara roja de ira—, no has podido caer más bajo. Desde el principio supe que la idea de que convivieras fuera de la tribu terminaría corrompiéndote, y acerté, pero eso cambiará muy pronto.

—¿Qué insinúas?

—El chamán te dará un escarmiento por tus acciones y esta vez sucumbirá a la realidad. Pronto se te acabará la libertad, yo mismo me encargaré de cuestionar la irresponsabilidad que ha

supuesto cada uno de tus actos, y quieras o no, te unirás a mí como esposa.

—Nunca.

Nekirú sonríe con malicia como única respuesta e interpreto que mi futuro sería una agonía a su lado.

—Y ahora, vamos, tu padre nos espera y ardo en deseos de ver cuál será su reacción cuando sepa que, a pesar de todo, sigo dispuesto a que nos case.

No puedo negarme a acompañarle.

Las reglas son así.

—¿Qué pasa con ellos? —pregunto refiriéndome a los soldados.

—Eso no te incumbe.

—No me moveré si no me lo dices, y no creo que tenga que recordarte de quién soy hija. ¿De verdad estás dispuesto a comprobar si te siguen haciendo caso si yo me pronuncio?

Duda, y hace bien.

—Dime qué va a pasar con ellos y te acompañaré sin rechistar. Te lo prometo.

—Está bien, tú ganas, y que conste que lo hago para que terminemos con esto de una vez por todas.

»En cuestión de minutos, los traficantes aparecerán. Llevo un localizador que rastrea cada paso que doy. En cuanto a lo que harán con ellos, no lo tengo claro, en un principio, iban a aniquilarlos por retrasar la venta, en cambio, los planes son otros. Al parecer, pretenden secuestrarlos para pedir un rescate.

Helada. Así me quedo.

Y tomo una decisión.

—Cumpliré mi promesa. Estoy lista para acompañarte.

Morgan se queda perplejo y aprovecho para girarme con un único propósito: que entienda mi proceder.

Es vital, o mejor dicho, cuestión de vida o muerte.

—Estaré bien, corre y ponles a salvo.

—¿Qué?

—Vamos, hazlo.

No digo más. Un grupo formado por seis hombres se sitúa a mi lado y espero que sea suficiente para que obre como debe.

Y Morgan, superado por las circunstancias, se ve en la difícil tesitura de elegir entre pelear contra un número de guerreros que son demasiados o, por el contrario, salir escopetado para avisar a los suyos.

Difícil decisión.

—Morgan, ¿a qué esperas? —grito para hacerme oír—. Este es mi destino, y en el caso de que pudiese elegir, nunca me quedaría contigo. ¿Me has oído? Nunca.

Noto en sus ojos la confusión, también el desánimo y, a continuación, logro mi mayor cometido.

Que se marche.

Y eso no significa que no duela.

Lo hace. Mucho. Incluso yo diría que demasiado.

***

Morgan

Echo a correr sin mirar atrás.

La vida de mis compañeros está en peligro. Si caemos en manos de los enemigos todo puede pasar y no estoy dispuesto a permitirlo.

Y me centro en no pensar. No es el momento.

Llego a la choza y los tres dejan sus quehaceres en cuanto se percatan de mi estado exaltado.

—Vienen a por nosotros.

—¿Quiénes? —habla Logan el primero.

—Los traficantes de armas.

—¿Dónde está Ayura? —pregunta Ryan con el ceño fruncido.

—De vuelta a la tribu. Venga, venga.

Cogemos nuestros equipos y nos aventuramos a escapar como podemos, echándole una mano a Marcus, mientras rezamos para conseguir salir ilesos de una misión que tiene todos los indicios para terminar mal.

A las pruebas me remito.

CAPÍTULO 21

Morgan

La escapada del último refugio se convierte en una odisea por varios motivos.

El primero: el estado de Marcus.

El segundo: la complejidad de un terreno que no hemos supervisado antes.

Y el tercero: tener que hacerlo sin la ayuda de Ayura.

La suma de los tres elementos nos conduce a una evidencia brutal, resultando que la lentitud en la huida se vuelve en nuestra contra, mientras decidimos parar a beber un poco de agua y a reordenar las ideas.

Antes o después, nos descubrirán, es cuestión de tiempo.

—Evaluemos la situación —comenta Logan mirando al capitán —, creo que lo más conveniente sería encender las radios y pedir ayuda.

—No estoy tan seguro. Por lo que nos ha contado Morgan, la implicación de Nekirú es irrelevante. Sigue existiendo la probabilidad de que algún alto mando esté detrás de lo que nos ha ocurrido. Te recuerdo que el equipo de rescate no llegó y el de la tribu es solo un peón en todo este juego.

—¿Y qué propones? Porque no tenemos muchas opciones que digamos —le responde antes de colocarse la mochila a la espalda.

—Volvamos con los Yanomami —suelta a la desesperada.

—¿Qué? —intervengo al instante.

—Es nuestra única posibilidad. Ayura conoce la forma de salir de la selva, ahora bien, para llegar hasta el poblado necesitamos el GPS y existe el riesgo de que volvamos a ser el blanco perfecto.

—Es cierto —asiente Marcus con seriedad.

Y mientras mis compañeros siguen debatiendo durante unos segundos, aprovecho para desconectarme ante la posibilidad de

volver a verla, llegando a la conclusión de que no es lo más conveniente. No, no lo es, y menos después de una frase que debería darme igual, y que, en cambio, se me ha quedado atragantada a más no poder.

Me refiero a lo de que en el caso de poder elegir nunca se quedaría conmigo, y acato las órdenes cuando las toman sin mostrar ningún tipo de sentimiento.

El Morgan de siempre no se ha ido del todo y solo es cuestión de tiempo que se recupere.

Al final, emprendemos la marcha con la ayuda del mapa, la brújula, el sentido común y las ganas locas de marcharnos de aquí de una puta vez. En ese punto coincidimos los cuatro.

Y a medida que avanzamos, mi mente sigue a lo suyo. A dispersarse. Da igual el empeño que ponga, ella va por libre y se dedica a martirizarme sin fin con la finalidad de que sea consciente de lo que puedo encontrarme cuando lleguemos, y el nivel de rabia aumenta ante la opción de que su padre la haya unido para siempre al cabrón de Nekirú o, lo que es peor, tener que presenciarlo yo mismo si todavía no se ha producido.

Joder.

¿En qué momento se me ocurrió prestar atención en Ayura?

Se suponía que era un mero capricho pasajero, que mi lealtad hacia Marcus supondría que jamás daría un paso en falso y que la sacaría de mi cabeza cuando yo quisiera, y fíjate en qué lugar estoy. Pensando en lo difícil que va a suponer volver a verla sabiendo que ya puede pertenecerle a otro.

Irreal.

Del todo.

Lo mire como lo mire, lo es.

***

La llegada al poblado difiere mucho de las otras ocasiones y lo constatamos al ser conscientes de que nadie sale a recibirnos.

De la noche al día nos hemos convertido en personas hostiles, esa es la realidad, y a medida que avanzamos hacia la choza del

chamán las miradas de los lugareños se tornan desconfiadas y nada amigables.

Una vez allí, esperamos fuera. Sería una falta de respeto interrumpirles y más si tenemos en cuenta lo que llega a nuestros oídos. Están discutiendo y mucho me temo que es acerca del futuro inmediato de Ayura.

Joder, y yo sin entender nada de lo que dicen.

De pronto, un silencio generalizado se produce y empiezan a salir en orden. Primero, lo hacen los ancianos, después el impresentable de Nekirú seguido de una chica derrotada y triste y, por último, el chamán.

Cada uno de ellos muestra su disconformidad al vernos y sopeso el gran error que hemos cometido. Ayura no podrá ayudarnos. O mejor dicho, no la dejarán.

Mis peores presagios se cumplen al fijarme en la reacción del más joven, el cual, lejos de indignarse por nuestra llegada, va y me dedica una sonrisa maliciosa, confirmando mis peores sospechas.

Mierda.

Y no es lo peor, ojalá. Lo peor viene cuando le dice algo a Ayura y esta se limita a bajar el mentón, a caminar a su lado como si fuese de su propiedad y a alejarse sin decirnos ni una sola palabra.

Y ahora, ¿cómo leches se supone que saldremos de aquí?

Buena pregunta.

—¿Me puede decir alguien qué hostias pasa aquí? —pregunta Ryan ante la extrañeza en el comportamiento de la chica que ni se ha molestado en saludarnos.

—Pasa que estamos solos, eso pasa—respondo con un malestar increíble.

—¿Por qué?

—Porque a la mujer que conocemos le acaban de cortar las alas, por eso.

—¿Puedes ser más concreto?

—Hay una parte que no os he contado.

—¿Qué parte? —Logan se acerca hasta mi posición y me observa con el ceño fruncido.

—Van a obligarla a casarse con ese hijo de puta.

—¿¿Qué??

—Por ayudarnos.

—Me cago en la hostia, ¿es eso verdad? —alza el tono un Ryan incrédulo a más no poder.

Me limito a asentir, lo hago con una ira demoledora y sin quitar los ojos del cabrón al que mataría con mis propias manos ahora mismo.

Y me jode que no pueda hacerlo, sentenciaría a mis amigos en el mismo instante, y es algo que no me perdonaría nunca.

Debido a la nefasta situación, decidimos por unanimidad instalar el campamento base en el mismo lugar que la otra vez, por fortuna nadie nos lo impide y volvemos a barajar las diferentes opciones para escapar.

Son pocas, o mejor dicho, una sola: encender los dispositivos para pedir ayuda. No tenemos alternativa.

Y cuando estamos a punto de llevarlo a cabo, un giro de guion surge de la nada, de manera repentina, viéndonos obligados a cambiar de táctica sobre la propia marcha.

CAPÍTULO 22

Ayura

No puedo negarme a acatar el nuevo castigo. Unirme a Nekirú será el fin de mi apreciada libertad y lo de ayudar a los militares para que escapen está fuera de mi alcance.

Es a lo que han venido. No se fían de sus superiores, pero de mí sí, y por sus caras aventuro que no contaban con este contratiempo.

En cuanto a Morgan, me ha bastado un segundo para intuir lo defraudado que está conmigo. No entiende que lo único que he hecho es pensar en el bien de su grupo, y casi que mejor.

Entre nosotros nunca ha existido la posibilidad de entendernos. Vivimos en dos mundos opuestos y ninguno estaría dispuesto a renunciar al suyo por un simple…

¿Por un simple qué?

Ni siquiera logro ponerle nombre a pesar de lo especial que es para mí.

Sí. Lo es. Mucho. Y no llego a entenderlo ante la locura que supone.

¿Acaso he perdido el norte para siempre?

Sigo sin descartarlo.

Dejo de pensar en cuanto mi captor me empuja de malas maneras hacia el interior de mi cabaña para, a continuación marcharse, y agradezco el simple hecho de dejar de verlo.

Lo odio. Lo odio como nunca creí posible. Él solo se lo ha buscado.

Me aproximo al rincón en el que guardo mis amuletos y me siento en posición de meditación. La vida ha dejado de tener mucho sentido y prefiero aislarme de todo, mientras las emociones revolucionan mi interior sin permitírmelo.

Ni siquiera soy consciente de las primeras lágrimas que caen debido al nivel de desesperanza y mi padre tiene mucha culpa. La decisión de enviarme al mundo exterior lo cambió todo en su día. No soy la misma. Aun así, la obligación de convertirme en la esposa de un ser al que desprecio dinamitará la libertad que tanto ha calado dentro de mí, esa es la realidad, y no soporto la idea de vivir condenada a un ser sin escrúpulos.

Por desgracia, tendré que hacerlo y cuanto antes lo asuma, mejor.

***

Morgan

En nuestro campo de visión aparece un hombre desconocido y las sospechas de que se trate de uno de los traficantes hacen saltar las alarmas, por consiguiente, tardamos un segundo en apuntarle con nuestras armas.

Los demás aparecerán en cualquier instante y se producirá la masacre, ahora bien, existe un dato significativo que nos da que pensar, en cuanto a la temeridad de presentarse así, sin ninguna pistola a la vista, y lo constatamos al analizar su siguiente movimiento.

El hombre se limita a alzar los brazos y nos deja la mar de sorprendidos.

¿A qué juega?

Mientras ocurre, la gente de la tribu va acercándose con precaución. Por norma general no tienen muchas visitas y no se fían de nadie.

Hacen bien.

—No disparéis —habla el recién llegado con demasiada prisa —, no tengo mucho tiempo y es importante que me escuchéis.

—¿Quién eres? —se manifiesta Marcus con la frente perlada en sudor por el periplo que ha supuesto atravesar parte de la selva convaleciente.

—Me llamo Néstor. Soy el infiltrado. En cuestión de minutos todo el poblado estará en peligro.

Demasiada información en tres simples frases.

Pero, con lo que no contábamos, era con la presencia tan cercana del cabrón de Nekirú. Lo ha oído todo y su reacción nos descoloca de principio a fin, ya que, le basta usar el idioma lugareño para poner a la tribu entera en contra del recién llegado y mucho me temo que lo que pretende es acabar con él.

Lo ha reconocido. Sabe que pertenece a los fulanos con los que ha hecho un trato y lo más inteligente es fulminarlo para no dejar rastro.

Soy el primero en actuar. Lo hago corriendo hacia el tal Néstor y empujándolo lo justo para evitar que el puñal lanzado por el guerrero impacte en mitad de su pecho, aunque, lo malo es que me llevo la peor parte y acaba clavado en mi hombro izquierdo.

—Joder —grita Logan apuntando con el fusil al de la tribu para refrenar sus intenciones.

Está claro que va a insistir, tiene mucho que perder y poco que ganar, y lo que es peor, cuenta con la ventaja de encontrarse en el lugar más apropiado: entre su gente.

En un santiamén todo vuelve a cambiar y no hace falta que entendamos lo que dice, observando atónitos cómo el poblado entero se manifiesta en nuestra contra con sus armas de caza, cercándonos en un círculo hasta ser conscientes de que somos los verdaderos perdedores.

No dispararemos contra ellos, nunca lo haríamos, y el resultado confiere al cabrón de Nekirú lo que desea.

Estamos acabados.

Ahora sí que sí.

Y la paradoja del asunto es que no podremos salvar a la tribu cuando lleguen los criminales.

***

Unos minutos antes

Ayura

El revuelo que llega hasta mis oídos no es normal.

Algo anómalo sucede. No sé lo que es, pero mucho me temo que el asunto confiere demasiada importancia.

El trajín de mi gente así lo constata. Pasan por delante de la choza a toda prisa y, sin necesidad de que nadie me informe, interpreto que se debe a los soldados.

Y yo sigo aquí, inmersa en la desolación más absoluta. La orden del que será mi esposo ha sido clara y estoy atada de pies y manos.

No puedo salir de la choza. Si desobedezco su orden a saber qué haría y la desesperanza se vuelve amarga como la hiel, tanto que no soy consciente de que mi cuerpo se prepara para entrar en trance. Cuando quiero hacerlo es tarde y caigo al suelo de manera fulminante al pillarme por sorpresa, a la vez que palidezco ante la imagen que se me presenta.

No es una visión, sino más bien todo lo contrario. Mi sexto sentido así lo indica y me lleva a una conclusión.

El grado de implicación que ha supuesto interactuar con los cuatro, especialmente con Morgan, ha logrado que el escenario cambie hasta el punto de que soy testigo, sin estar presente, de lo que está sucediendo a tiempo real y es la primera vez en toda mi existencia que ocurre algo tan extraño.

¿Por qué?

Analizo al milímetro cada sensación y reordeno las imágenes, empezando por:

Primero, percibo a un desconocido con los brazos en alto, después, a Nekirú lanzándole un cuchillo y, por último, a Morgan corriendo para salvar la vida del que no reconozco de nada.

Y es cuando ocurre.

El dolor que siento es real, como si el propio acero afilado entrase en mis carnes arrasando con todo y la claridad provoca que grite de impotencia, a medida que la incógnita que me traía por la calle de la amargura se desvela por sí sola. Así, como si nada.

¿Que a qué me refiero?

Me refiero a que por fin adivino quién es el hombre sin rostro de cada aparición, también lo importante que es para mí, porque ni de lejos es uno más y, además, interpreto que he desaprovechado la oportunidad de conocerlo más en profundidad.

Ese hombre es Morgan.

¿Cómo no?

Y me hago una pregunta:

¿Acaso la suma de cada resultado significa que la herida del hombre tan especial en mi vida es letal y que va a morir?

No lo descarto.

A continuación, el pesimismo se alía con la tristeza más absoluta y me deja sin fuerzas, tal y como ya ha ocurrido anteriormente, solo que esta vez el nivel emocional se lleva la peor parte.

Si Morgan muere no lo soportaré, esa es la cruda realidad, y prefiero acompañarle a quedarme en un mundo en el que no pinto demasiado.

Al menos, así lo veo, porque ya nada será igual. Después de conocerle, no, y ruego a lo más sagrado que tenga compasión de mí.

Solo eso.

CAPÍTULO 23

Ayura

Omito mi deber de manera consciente y salgo del cautiverio impuesto a la fuerza en cuanto aúno la energía suficiente.

¿Qué importan las represalias?

Morgan y sus amigos están en apuros y yo soy la única opción que tienen. Poco más hay que añadir.

Llego a la explanada en la que los cuatro tienen montado el campamento y observo con horror el círculo que la tribu ha improvisado en torno a ellos y al otro hombre que no conozco.

De mi padre no hay ni rastro, tan solo veo a Nekirú ejerciendo de líder y ultimando las órdenes en cuanto a liquidar a cualquiera que suponga un contratiempo para él, y Morgan es uno de ellos, por no decir el principal.

Y pese a quien pese no lo voy a permitir.

Lo siento. Las injusticias no van conmigo.

Echo a correr todo lo deprisa que puedo y me doy cuenta de las miradas que suscito. La tribu no está de acuerdo con mi proceder. Cada uno de ellos es conocedor de mi pecado, aunque, no por ello, me impiden el paso.

Sigo siendo la hija del chamán, lo que supone que me deben un respeto, al menos hasta que mi progenitor me repudie.

Y todavía no lo ha hecho.

Llego al lugar donde se desarrollan los hechos y entre empujones, accedo al lugar que quiero, después me sitúo entre los militares con una templanza esclarecedora que no deja lugar a ningún tipo de equívoco, y provoca mi primera victoria. Que bajen las rudimentarias armas mientras la mirada de mi prometido me confirma el grave error que acabo de cometer.

Lo pagaré. Si antes no me cabía la menor duda, ahora lo constato.

Da igual. Acataré cada castigo físico o psíquico siempre y cuando logre que el equipo entero regrese a su casa sano y salvo. Es lo único que de verdad importa.

Una vez que me he posicionado, lo primero que hago es interesarme por la puñalada de Morgan, puesto que el cuchillo todavía sigue dentro, pero no me lo permite.

—Vamos, deja que te vea —le suplico con la voz rota debido a la preocupación.

—Estoy bien —es su escueta respuesta—, y ahora, si de verdad estás interesada en ayudar, apártate a un lado.

—¿Qué?

—Lo que oyes. ¿No dijiste que en el caso de elegir nunca te quedarías conmigo? Pues limítate a mantener tu palabra, empezando por permanecer lo más lejos posible, ¿crees que podrás?

El tono que emplea lo delata. El cabreo que tiene conmigo no es ni medio normal y desde luego no es el momento de echarme nada en cara. Algo que el resto de su equipo constata y Logan es el primero en manifestarse.

—¿En serio, Morgan? Tío, tú estás mal.

—Logan, haz el favor de…

—Me cago en todo, ¿quieres centrarte de una puta vez? —le interrumpe con un grito antes de dirigirse a mí—. Ayura, este hombre ha arriesgado su vida para avisarnos. Es de los nuestros y necesitamos vía libre para protegeros. Los traficantes no tardarán en aparecer y si no nos preparamos esto será una masacre.

Suficiente.

Una simple frase me basta para que despejen el camino y voy hacia mi padre. Al fin ha decidido personarse a ver qué ocurre y en cuanto le informo entra en razón.

Lo primero es lo primero.

En menos de diez minutos, trazamos un plan. No sabemos cuántos hombres accederán al poblado y decidimos escondernos en la selva hasta que los criminales den la cara.

Contamos con el factor sorpresa. Según los cálculos de Marcus la munición es poca y la intervención de mi gente ayudará

siempre y cuando pillemos a la otra parte confiada. Las armas no son las mismas y de ahí la importancia de actuar como es debido.

En cuanto al que sigue siendo mi futuro marido, es cierto que no se esperaba que se atrevieran a acercarse hasta aquí y no duda a la hora de coger su arco. La jugada no le ha salido tal y como quería y espero que él también lo termine pagando.

De pronto, todo queda relegado a un segundo plano. Más en concreto desde que los primeros enemigos aparecen, saliendo de la zona boscosa con el fin de liquidar a la tribu entera, lo que da lugar a que la locura no tarde en desatarse.

***

Morgan

Observamos con estupor la cantidad de hombres armados que acceden a la pequeña aldea. Son demasiados. En total más de quince y desde nuestras posiciones nos comunicamos a través de señas.

Ha llegado la hora de actuar. Si no lo hacemos, el factor sorpresa pronto dejará de ser un aliado y es la única baza con la que contamos. Ya habrá tiempo de que me saquen el puñal. Por fortuna no requiere de mucha gravedad dado el lugar en el que se encuentra.

Menos mal.

Antes de efectuar el primer disparo, observo a Marcus, sigue estando débil con tanto ajetreo y será un blanco fácil, lo que me lleva a no quitarle los ojos de encima.

En cuanto a Ayura…

Joder. Estoy metido de mierda hasta el cuello y a mí no se me ocurre otra que hacer un barrido general por el bosque con tal de dar con ella en un momento en el que la concentración debería ser máxima.

¿Por qué entonces no puedo dejar de buscarla?

Por todo lo que he compartido con ella intuyo que estará bien y flaco favor le hago despistándome, ¿no crees?

Y reconsidero que tengo demasiados frentes abiertos en el peor instante. Cualquier mínimo despiste lo pagaremos caro, esa es la realidad y, al parecer, me la suda, porque hasta que no la distingo entre el paisaje no paro.

Mierda.

Esto es irreal.

¿Desde qué puto momento se me ocurrió darle tanto protagonismo?

Tras la orden de Logan efectuamos los primeros disparos y, tal y como supusimos, el factor sorpresa se convierte en nuestro aliado, solo que, más pronto que tarde los traficantes se ponen a cubierto, con lo que ello significa.

Ellos están armados hasta los dientes, en cambio, nuestra munición escasea de manera aparatosa y nos vemos obligados a racionarla, lo que da lugar a que el escenario cambie de manera alarmante y, aun así, parece que el peligro no va conmigo y vuelvo a las andadas.

Sí, a asegurarme de que Ayura sigue en su posición y me quedo lívido al presenciar la locura que va a cometer en breve.

¿Que a qué me refiero?

Me refiero a que, ni corta ni perezosa, se ha unido a los guerreros de la tribu y, arco en mano, constato que es una más.

Joder.

¿Por qué no puede estarse quietecita por una vez en su vida?

«Porque es Ayura, por eso», contesta mi yo interior con toda la razón del mundo.

Seco el sudor que cae sobre mis ojos y el nivel de concentración se multiplica por cinco en cuanto observo a varios guerreros moverse de forma sigilosa. Sin decírmelo logro leer entre líneas y entiendo la importancia de hacérselo llegar a Logan, el cual se percata enseguida de lo que pretenden y da la orden de cubrirlos.

Son la única baza con la que contamos. Ellos siguen perteneciendo al efecto que no se esperan y, como tal, lo exprimiremos al máximo.

Poco a poco se acercan, desde mi posición contemplo la sutileza que emplean y me parece increíble. Parecen auténticos

profesionales. No, ¡qué digo! Lo son, y lo reafirmo al presenciar cómo las diferentes flechas llegan a sus correspondientes objetivos en un tiempo récord, consiguiendo que caigan más hijos de puta.

Por desgracia, sigue sin ser suficiente y el escenario vuelve a dar un giro radical, esta vez en nuestra contra.

Y es cuando me percato de que los supervivientes apuntan sus fusiles hacia la arboleda con la intención de disparar a diestro y siniestro en represalia. Una arboleda entre la que se encuentra Ayura y aprovecho la distracción para cometer una insensatez de manual. Lo hago por puro instinto, dejándome llevar, y sin que mi superior haya dado ninguna orden al respecto, con lo que ello supone.

En definitiva, que cometo la mayor imprudencia que un soldado pueda llevar a cabo, y lo peor de todo es que me la suda.

Así están las cosas.

—Me cago en tus muertos, Morgan, vuelve a tu posición ahora mismo. Es una orden —ruge el sargento sin dar crédito, mientras analiza al milímetro cualquier movimiento a su alrededor.

La voz desesperada llega al otro bando y cambian de táctica, apuntándome a mí, puesto que mi inconsciencia es la que ha permitido convertirme en el blanco perfecto, y entonces, cuando las esperanzas se diluyen de forma abrumadora, ocurre el milagro.

Y es que, a los guerreros les basta esos segundos para rearmarse, y otra multitud de flechas impactan sobre los órganos vitales de dichos delincuentes, dejándolos moribundos sobre el suelo.

«Buf, menos mal, de la que me he librado. ¿Cuántos quedarán?».

Antes de comprobarlo doy un salto y me resguardo detrás de una enorme roca. Sigo vivo por poco, por muy poco, y ni siquiera me paro a pensar en la tremenda locura que he cometido. No puedo. Al menos hasta que sepa que los míos, entre ellos Ayura, están a salvo.

Nuevos disparos me devuelven a la realidad. El ruido ha disminuido considerablemente y no creo que haya más de dos o tres supervivientes en el lado contrario, lo que me lleva a ser optimista.

Podremos con ellos.

Por desgracia, los pocos que quedan secundan la idea anterior y poco tardan en abrir fuego hacia los árboles, cercenando de raíz un nuevo ataque por parte de los guerreros, entre la que se encuentra la razón de haberme saltado la norma número uno, y palidezco de terror. Tanto es así que una negrura espesa se apodera de mí y, ni corto ni perezoso, salgo del escondite profiriendo gritos a la vez que termino la poca munición que me queda.

El objetivo es claro. Que dejen de disparar y que apunten en otra dirección. Yo solo me presto a convertirme de nuevo en otro blanco fácil y lo logro.

Dejo de correr en el instante en el que presencio el cambio de guion. Desde aquí aprecio que son dos los que continúan con vida y que ambos dirigen sus armas hacia mí, lo que supone un verdadero contratiempo al haberme quedado sin balas.

Lástima. Este puede ser el fin. Solo hace falta que…

Y, de pronto:

—Nooo…

La voz de Ayura llega a mis oídos con una nitidez brutal, al mismo tiempo que la veo salir de la nada, arco en mano fulminando a uno de mis verdugos mediante un tiro certero y letal. Del otro se encarga Ryan, aprovechando el caos absoluto, y damos por terminada la batalla envueltos en un maremoto de sensaciones y de adrenalina, al menos hasta que alguien me dedica una mirada pétrea, cortante y repleta de odio.

Me refiero al chamán, el cual ha presenciado la última escena y no le ha debido de hacer ni pizca de gracia que su hija haya puesto su vida en riesgo por mí, y al revés.

Bah, no es de mi incumbencia, y menos ahora, porque lo cierto es que yo también estoy muy cabreado, y por supuesto que tiene que ver con lo mismo.

Sí, hablo de la temeridad que la chica de la tribu ha vuelto a cometer. ¿Y si por tratar de salvarme la hubiesen herido o matado?

En ese caso jamás me lo hubiese perdonado, jamás, y como tal me decanto por dar un paso hacia adelante con tal de echárselo en cara, por muy incongruente que suene.

Por fortuna, no me dejan.

—¡Tú! —La voz de un Logan fuera de sí corta de raíz cualquiera de mis intenciones inmediatas y me giro para escuchar la reprimenda más que merecida que me espera—, ¿a qué cojones juegas?

—Yo…

¡Ras! El derechazo que me propina impacta sobre mi mandíbula y caigo al suelo despatarrado al pillarme de improvisto.

Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

—Levántate y pelea conmigo, cabrón —insiste el sargento con una rabia que traspasa cualquier tipo de entendimiento—, casi haces que te maten.

Marcus y Ry se unen a la fiesta y me liquidan con los ojos, aunque evitan que Logan vuelva a golpearme y se lo llevan casi a rastras, mientras el infiltrado pasa de un asunto que no le compete y se dedica a encontrar supervivientes antes de marcharse por donde ha venido para terminar su misión.

Y yo me quedo anclado al suelo, analizando lo que de verdad ha sucedido, y no doy crédito, joder.

¿Cómo hacerlo cuando se me ha ido la pinza del todo?

Mierda.

***

Ayura

Tras la locura más absoluta llega la hora de hacer balance y corto de raíz con la escena acontecida a escasos metros de mí entre los militares, también con la expresión desconcertada de mi padre, el cual no me quita los ojos de encima por mi actuación, y me pongo a lo que de verdad importa.

En total hay varios muertos y heridos, motivo suficiente para ejercer el papel que mejor se me da: el de ayudar a los demás.

En cuanto a Morgan, prefiero no acercarme para interesarme por él. Sus compañeros se encargarán de sacarle el puñal y de curar su hombro y ya, después, me acercaré a supervisar la herida, siempre y cuando me lo permita, claro.

Y así es como paso las siguientes horas, al servicio de mi gente, incluyendo a Nekirú. Una bala en el pecho lo ha dejado moribundo y él sigue siendo uno más a pesar de que su lamentable decisión es la culpable de habernos afectado a todos.

***

—¿Cómo está?

Casi ha anochecido y no he tenido tiempo de venir a interesarme por el cabezota número uno. Ese que se tomó al pie de la letra lo que le dije sin molestarse en meditar la verdadera razón, y no creo que sea tan difícil, la verdad.

Y menos después de que cada uno pusiera su vida en riesgo por ayudar al otro, intuyendo la posibilidad de que el sentido común hubiese regresado a su ser.

Ryan se gira al escucharme y resopla contrariado, ofreciéndome la pista de que no es así.

—No deberías estar aquí.

—¿Perdona?

—No quiere verte, Ayura.

—Ya. Así que sigue enfadado, ¿no?

Ry se limita a encogerse de hombros y a mirarme con pesar.

—¿Pues sabes qué? Me da igual lo que quiera o no. La que decide soy yo, así que, apártate a un lado y déjame entrar.

En ese momento aparece Logan y se aproxima con rapidez.

—Ayura…

No le dejo terminar. Mi paciencia tiene un límite y hoy, precisamente, ha sido superada con creces.

—Ni te molestes, Logan.

La determinación con la que me expreso es suficiente y ambos me dejan el camino libre.

—Tú ganas, aunque he de avisarte. Creo que es una mala decisión, quizá, si esperas a mañana…

Harta. Así estoy. Llevo un día agotador en todos los sentidos y no voy a acostarme sin averiguar el estado de Morgan.

Me imposibilitaría descansar y el cansancio es evidente.

Abro la tienda de campaña y el diminuto espacio no me permite acceder al interior, así que, permanezco en cuclillas, mirando al frente y obviando la cara de mala leche que me dedica en exclusiva en el instante en el que entro en su campo de visión.

—¿Quién te ha dado permiso para venir hasta aquí?

Sí, esta es su maravillosa forma de recibirme y ni por esas doy un paso atrás.

—Yo también me alegro de verte, Morgan. En cuanto a tu pregunta, no creo que haga falta que pida permiso a nadie para andar por donde me dé la real gana, ¿no te parece?

—¿Qué quieres?

—Saber cómo estás.

—Ya lo ves. De puta madre. ¿Contenta?

—¿Debería estarlo?

—No lo sé, ni me importa.

—Ya. Oye, ¿qué te pasa conmigo? Y ni se te ocurra comentar que es por lo que te dije cuando Nekirú nos encontró, porque sonaría patético.

—Vale, entonces, me callo.

Sus ojos destilan provocación, furia y ganas de hacerme daño. Sobre todo esto último y no lo entiendo.

Él jamás ha mostrado ser un egoísta y ahora, en cambio, lo es.

Y no le pega nada.

Pero entonces, ¿a qué se debe este comportamiento tan irreal?

—Morgan…

—Por favor, márchate. No es un buen día. He perdido mucha sangre, estoy débil y Logan no me habla, así que, te lo repito. No quiero verte. ¿Qué parte no entiendes?

Dejo de insistir. Una tiene su orgullo y el mentecato de turno no va a cambiar de parecer, por lo tanto, dejo caer la tela de la tienda y me marcho, siendo consciente del error que ha supuesto interponerlo por delante de mí para nada.

Su actitud es irresponsable, egoísta y desproporcionada, y lo cierto es que yo no estoy para tantas tonterías.

Es así de simple. Bastantes frentes tengo abiertos como para añadir otro que no nos llevará a ninguna parte y oye, si lo que prefiere es comportarse como un niño pequeño, allá él. Es su problema, no el mío.

Con el semblante derrotado llego a mi choza y presiento lo poco que voy a dormir a pesar del cansancio acumulado, añadiendo al conjunto un nudo en el estómago a causa de una nueva eventualidad que se presenta sin avisar.

¿Que de qué hablo?

Hablo de la realidad. Y es que, ahora que los traficantes han dejado de ser un problema, supongo que contactarán con la base operativa, lo que significa que cabe la posibilidad de que mañana desaparezcan del mapa sin dejar rastro.

Y estaría bien.

Sí, lo estaría.

Pero, si es así, ¿por qué estoy llorando?

Mierda.

***

El chamán

Me alejo del poblado entre la oscuridad más absoluta, una vez que todos los heridos han sido curados, y lo hago con el corazón triste y alicaído.

Debo tomar una dura decisión. Mi hija ha vuelto a las andadas, lo ha hecho delante de todos, y al traspasar el límite me veo en la tesitura de reconsiderar el castigo que le he impuesto.

Ha dejado de ser suficiente, por consiguiente, no me queda otra que tomar una decisión mucho más drástica, una decisión que jamás habría considerado hasta la fecha, y lo lamento. Ya no hay vuelta atrás.

Y reconsidero un par de cuestiones.

La primera: ocurrirá en cuanto amanezca.

Y la segunda: Ayura la acatará sin rechistar, no le queda otra.

Cierro los ojos con pesar y, antes de regresar, rezo una plegaria interna para que los dioses se apiaden de mi querida hija.

Lo va a necesitar.

CAPÍTULO 24

Morgan

A primera hora de la mañana saldremos de este puto lugar.

Por fin.

Desde el mando operativo nos han informado de lo que ya intuíamos, y los arrestos a algunos mandamases implicados para enriquecerse han dado por finalizada una misión que se ha terminado enquistando como nunca. De ahí las ganas de perder de vista la maldita selva ahora que sabemos, también, que gracias a las coordenadas facilitadas por el infiltrado las armas están a buen recaudo y la organización criminal desmantelada en su totalidad, sin contar el número de bajas por el tiroteo.

Y, llegados hasta aquí, toca tratar otro tema un pelín más delicado, porque lo que no voy a hacer, en ningún caso, es enmascarar la verdad. No soy gilipollas, aunque a veces lo parezca, y lo cierto es que existe otra cuestión que no se me quita de la cabeza.

Hablo de la certeza de que, en cuanto nos marchemos, no volveré a ver a Ayura y ahí mi plan se va al carajo ante la eventualidad que supondrá olvidarla, porque no las tengo todas conmigo.

Joder.

Por enésima vez me revuelvo inquieto en el minúsculo espacio y paso del dolor que me provoco a mí mismo en el hombro.

Lo tengo merecido, por cabrón.

¿A quién en su sano juicio se le ocurre tratarla de manera tan desproporcionada cuando vino a interesarse por mí?

Sigo sin dar crédito y el nivel de arrepentimiento se sitúa en niveles históricos.

He sido un desconsiderado, un capullo integral y un estúpido de campeonato, y lo peor de todo es que tendré que vivir con ello.

En cuanto amanezca vendrán a buscarnos y dejaré atrás a la chica de la mochila, la misma que despertó desde el minuto uno mi interés, y la misma que impide que sea capaz de conciliar el sueño.

No logro sacarla del pensamiento, es imposible, y me dedico a mentirme a mí mismo una y otra vez.

Seguro que, en cuanto llegue a casa, la olvidaré. Yo lo único que tengo que hacer es salir de juerga, liarme con cualquiera, volver a mis hábitos de siempre y hacer las paces con Logan.

Fácil, ¿verdad? Antes o después, desaparecerá de mi mente. Es así de simple.

Tal y como supuse, no pego ojo en toda la noche y cuando empieza a notarse la claridad del nuevo día el nudo que tengo en el estómago se agranda cada vez más. Aun así, sigo en mis trece, en cuanto a que no me moveré del sitio, lo que significa que no la buscaré por muchas ganas que tenga. Sería peor. Mil veces peor, y no soy un hombre al que le gusten las despedidas.

Y así, con una nostalgia poco común salgo de la tienda con la intención de unirme al grupo para recopilar nuestros enseres, descubriendo que soy el primero en ponerme manos a la obra.

Y en esas estoy cuando, de pronto, me quedo estático al comprobar que varios hombres de la tribu se acercan, más en concreto hacia donde estoy, y por las señas interpreto que quieren que les siga.

¿Para qué?

También interpreto que, tanto Logan, como Ryan o Marcus no entran en la ecuación, no obstante, gracias al ruido salen escopetados de sus lugares de descanso y me acompañan en todo momento hasta terminar en un sitio nuevo, pero del que sí me han hablado.

A diferencia del resto de shabonos, este es el más grande de todos. Según Ayura se utiliza para realizar diferentes celebraciones, y me quedo ojiplático al comprobar que el chamán me espera justo en medio y que no está solo.

A su lado permanece su hija, o lo que es lo mismo, la mujer que me tiene loco perdido, y la cual ofrece un aspecto de palidez increíble que en ningún caso paso por alto.

¿Le habrá sucedido algo?

Avanzo extrañado hacia ellos mientras los demás nos rodean en un círculo. A primera vista los únicos que faltan son los heridos, entre ellos Nekirú, y al posicionarme al lado de Ayura un mal pálpito me sacude de principio a fin a consecuencia de las dos simples palabras que me dedica.

Estas son:

—Lo siento.

¿El qué siente?

No lo entiendo.

Y mientras analizo la anómala escena, el chamán comienza a expresar en voz alta diferentes frases que escapan a mi entendimiento.

No digo nada. La solemnidad que me rodea es brutal y, aunque cada vez estoy más perdido, prefiero no enemistarme con el cabecilla después de la expresión que me dedicó ayer. Sería mil veces peor y yo estoy de paso. Tanto es así que, ya puedo contar con los dedos de la mano los minutos que faltan para largarme de aquí, y…

Y regreso a la realidad.

No sé, algo de lo que sucede no termina de cuadrarme y me da mala espina, más teniendo en cuenta que Ayura ni siquiera es capaz de alzar el mentón, y en un punto concreto la perplejidad se adueña de mí cuando el chamán coge una de mis manos, otra de las de su hija, y va y las une mediante un gesto simbólico que sigo sin entender, aunque mis sospechas, en ese instante, van encaminadas hacia una suposición que seguro que es acertada.

Sin duda debe de tratarse de algún tipo de agradecimiento por salvarle la vida a su hija.

Sí, seguro, y no negaré que me parece un poco desproporcionado, por no decir bastante.

Un poco más tranquilo, desvío la atención hacia mis amigos, no lo he hecho en todo este tiempo, y da lugar a que me fije bien en sus caras. Son el reflejo del alma. A diferencia de mí, no parecen tan templados, es más, la incredulidad más absoluta se refleja con una

claridad absoluta, y de ahí que TAMPOCO ENTIENDA a qué vienen esas expresiones de incredulidad absoluta.

De nuevo giro la cabeza y vuelvo a fijarme en Ayura, o más bien en su palidez. De un momento a otro va a desmayarse, o eso intuyo. Supongo que tendrá relación con las veces que ha entrado en trance y espero ser testigo de alguna de sus famosas visiones.

¿O quizá se trate de otra cosa?

«Yo qué sé, joder».

Y ahí sigo, inmerso en el desconcierto más absoluto, cuando el jefe de la tribu finaliza el ritual del que desconozco los datos para mirarnos, primero a uno y después al otro, con la diferencia que a su hija le dedica unos segundos extra en los que aprecio algo parecido a la pena.

Pena ¿por qué?

¿Acaso va a dejar de verla?

¡Un momento!

Recapitulo cada acción y me doy de bruces con una realidad que se antoja como un disparate en toda regla, lo que me lleva a obviarla de inmediato.

No.

No puede ser.

Sería una auténtica putada, aunque la sensación de que algo malo acaba de ocurrir recorre cada terminación nerviosa de mi columna vertebral, a medida que alucino ante lo que acontece de inmediato.

Hablo de cada vecino del poblado, los cuales se acercan hasta nosotros para mostrarnos un gesto de asentimiento con la cabeza.

Joder.

Esto huele mal.

Muy mal.

Y entonces, aprovechando que el chamán se aleja, voy y le pregunto a mi acompañante de malas maneras:

—¿Me puedes explicar qué coño acaba de pasar aquí?

Su silencio corrobora que la respuesta no va a gustarme y entro en pánico.

—¿Ayura?

—Verás, yo…

Y se calla. No encuentra las palabras para aclararme la situación y mi estado de encabronamiento sube de nivel.

Mucho.

Demasiado.

Al menos hasta que Marcus se acerca y profiere mediante un bufido:

—Cabrón, ya te vale, al final te llevas el premio.

¿Que me llevo el premio?

¿Qué premio?

A continuación, Ry es el siguiente que avanza hacia nosotros, porque lo que es Logan sigue tan enfadado que ni se molesta, y se limita a decir:

—¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? ¿Darte la enhorabuena?

¿Pero qué hostias dice?

¿Para qué iba a darme la enhorabuena?

Y, de nuevo, acude a mi mente la posibilidad de que…

Ni siquiera me atrevo a pensarlo.

«No, es imposible», me reitero una y otra vez, al borde del abismo.

Y ya, para rematar la jugada, va Ayura y repite las mismas palabras de antes, con la diferencia de que, esta vez, añade mi nombre.

—Lo siento, Morgan.

Su disculpa cala muy hondo en mí. Al parecer es lo único que es capaz de decir, y yo me cago en la hostia, en la puta madre que parió al Amazonas y en el cabrón que ha llevado a cabo un disparate sin igual.

Sí, me refiero al chamán. El mismo que bajo su cuenta y riesgo ha decidido cambiar de opinión y escarmentar a su hija casándola conmigo, porque eso es justo lo que ha llevado a la práctica sin que yo tuviese el menor indicio de lo que sucedía.

Joder.

Joderr.

Joderrr.

¿Y ahora qué?

Pues ahora, monto en cólera, cegado por la ira, y como no sé muy bien cómo voy a reaccionar prefiero salir escopetado de allí hasta perderme en la inmensidad de la selva, no sea que lo pague con la persona que menos culpa tiene.

Según me alejo, las ideas van asentándose y soy consciente de un detalle revelador, lo que ocasiona que poco a poco vaya tranquilizándome. Todo un logro, no lo voy a negar, y se debe a la certeza de que podré desembarazarme de Ayura en cuanto así lo considere oportuno.

El motivo es fácil. El matrimonio que se acaba de producir no tiene ningún tipo de validez para alguien como yo y me alegro.

Me alegro tanto que…

Mierda. Si es que hay veces que ni yo mismo me entiendo y esta es una de ellas. Todo por el resquemor que sigo sintiendo por las palabras que me dijo ayer mismo, las cuales siguen latentes sin permiso, y un nuevo escenario se abre ante mí a consecuencia de las muchas ganas que le sigo teniendo a la mujer de la tribu.

Dios. ¿Qué coño me pasa?

La pregunta tiene mucho que ver con unos pensamientos lujuriosos de principio a fin que han tomado un lugar significativo en mi cabeza, tanto es así que la idea de poseerla antes de marcharme cobra fuerza, teniendo la certeza de que estoy en mi derecho.

¿Ves lo loco que estoy?

Solo de pensarlo me empalmo y las putas ganas se agrandan hasta un límite muy difícil de contener, llegando a plantearme la idea de aprovecharme de la situación, tipo arrastrarla hasta mi tienda con el objetivo de tomar lo que es mío, y me relamo de gusto ante el simple razonamiento.

«Pero ¿te estás oyendo, capullo?».

Mi yo interior se lleva las manos a la cabeza y consigue que me replantee tal barbaridad.

Lo es.

Y reconsidero que, en el hipotético caso de que le hiciera caso a mi polla, lo terminaría pagando caro, porque la cuestión, aquí, no es otra que:

¿En qué tipo de cavernícola me convertiría si actuara con ese grado de egoísmo?

He ahí el verdadero quid de la cuestión.

Me tomo unos minutos para calmarme y opto por una estrategia. La única viable, dadas las circunstancias, y regreso al poblado con las ideas definidas.

Da igual lo que ha pasado antes. Nada ni nadie tiene el poder de decidir por mí. Es así de simple, por lo tanto, poco más hay que añadir al respecto.

CAPÍTULO 25

Ayura

Estoy perdida.

Más que nunca.

Jamás supuse que mi padre podría situarme en una encrucijada tan sumamente complicada, y sigo sin creérmelo.

Según sus palabras, su deber consistía en darme un escarmiento de verdad. Todo por obrar a mi antojo por segunda vez y dejarme guiar por el impulso irrefrenable de ayudar a los soldados, y vaya si ha sido así.

El cambio de guion ha resultado desproporcionado a más no poder, pillándome de improvisto total, y no me ha quedado otra que aceptar el nuevo castigo sin rechistar.

Sin duda, es el definitivo. Considero que condenarme a salir del poblado junto a un hombre que no quiere saber nada de mí es irreal, como poco, pero no lo peor.

Oh, no. Soy la única de la tribu que cuenta con un dato crucial con respecto a lo acontecido. La unión del matrimonio no tiene validez ninguna fuera de la selva, de ahí que mi propio padre me haya condenado a la soledad más absoluta sin tener el más mínimo conocimiento.

Esa es la realidad.

Y duele.

Duele demasiado.

Mientras pienso en el futuro tan incierto al que me veo abocada, permanezco sentada en el suelo, a la espera de que Morgan regrese para mantener una conversación con él.

Es importante. Lo malo es que no tengo la menor idea de cómo reaccionará y sus amigos, incluido Marcus, consideran ser benévolos y dan un paso hacia adelante para mostrarme su comprensión desde el minuto uno.

Solo por eso les hago partícipes de mi situación. Cada uno de ellos se ha terminado convirtiendo en especial y sé que me puedo fiar de los tres.

Sus caras al expresarles mi condena son esclarecedoras. Para nada se esperaban una información así y la emoción no falta al descubrir la nula disposición a dejarme sola en ningún momento.

Vaya paradoja. Resulta que los militares han sabido estar a la altura de las circunstancias sin que nadie los haya obligado y, en cambio, el que a ojos de toda la tribu se ha convertido en mi esposo no aparece por ninguna parte y a lo único que se ha dedicado es a interponer una distancia abismal conmigo.

Bah, da igual. Yo solo tengo que contarle una información muy precisa y esperar que la entienda. Si lo consigo, me brindará la ayuda que preciso para salir de este entuerto de la mejor forma y, después, cada uno a lo suyo.

No es tan difícil.

¿O sí?

Mierda.

Pasado un tiempo considerable, al fin decide regresar y, en cuanto entra en mi campo de visión un nudo en la garganta se posiciona dificultándome el simple hecho de respirar.

Sé que en estos momentos Morgan es impredecible. Lo leo en sus ojos. También que no le agrada que esté con sus compañeros y no con mi gente, aunque, en este sentido, pronto entenderá el motivo.

Si me deja, claro.

Y así, con una calma que no siento, espero a que llegue hasta nuestra posición, lo que ocasiona que el resto del grupo no tarde en dejarnos solos, escabulléndose como buenamente pueden.

Eso sí, antes de hacerlo, Ryan se ofrece a echarme una mano en el caso de que el que se ha convertido en «mi esposo» no entre en razón.

Espero que eso no suceda y no tenga que recurrir a él.

—Morgan, ¿podemos hablar?

—No —es su escueta respuesta.

—Es urgente —insisto con las palmas de las manos sudando por los nervios.

—Me da igual.

—Morgan, por favor —suplico desesperada.

Lo estoy.

Mucho.

Y no me sirve de nada.

—Ni por favor ni hostias. ¡Qué! ¿A ti te parece normal no avisarme de lo que tu querido papaíto iba a hacer?

La estocada impacta de lleno contra mi corazón al entender lo que sucede. Me echa la culpa. A mí. Y de todas las posibilidades que he barajado es la única que no me esperaba para nada.

De ahí que duela.

¿Qué clase de mujer cree que soy?

Y me doy por vencida sin batallar. La razón es simple. Luchar contra alguien que no va a dar su brazo a torcer resulta imposible y como tal abandono el campamento ante la urgencia de serenar el ánimo, porque lo que no voy a hacer es llorar delante de él, y desaparezco con una sensación de tristeza nunca vivida con anterioridad.

Termino en mi lugar sagrado. Ese que nunca me falla y me permito derrumbarme por completo.

Sigo perdida, sin saber qué hacer, puesto que el futuro se ha vuelto negro de repente y más me vale que encomiende mi suerte a los dioses.

La voy a necesitar, y más teniendo en cuenta que las visiones parece que han llegado a su fin para siempre.

Y ahí me quedo, llorando de manera desconsolada, mientras me doy cuenta, demasiado tarde, de que mi futuro con Nekirú hubiese sido mil veces mejor que esto.

¿Quién me lo iba a decir?

***

Morgan

Observo con detenimiento cada uno de sus pasos mientras se marcha.

El cabreo no impide que lo haga, es más, por la posición de su cuerpo aventuro que está superada por las circunstancias, igual que yo, pero, lo siento. No por eso voy a sucumbir a su petición en lo referente a que escuche eso tan urgente que tiene que contarme.

No hace falta.

Y recapitulo en cuanto a mis necesidades más precisas:

Yo solo quiero emprender la marcha hasta el lugar que nos han indicado desde la base operativa.

Yo solo quiero subirme al maldito helicóptero.

Yo solo quiero dejar atrás una experiencia que se ha vuelto en mi contra desde el minuto uno.

Y, sobre todas las cosas, yo, lo que quiero, es llegar a casa.

Sin más.

Tampoco pido tanto, ¿no?

Dejo de mirarla en cuanto desaparece por el sendero que conozco de sobra. Han sido tantas las veces que la he espiado que me sé de memoria el lugar al que acudirá para…

¿Para qué?

Me la suda. No es mi problema.

«Pues oye, para no serlo, ¿por qué no dejas de pensar en ella?».

Buena deducción.

Y llego a la conclusión de que será por lo muy impactado que me ha dejado lo de la boda sinsentido que se ha sacado el chamán de la manga.

Sí, será eso.

¿Yo casado?

Ja. Ni en mis mejores sueños.

Aparto cualquier pensamiento que no viene a cuento y termino de guardar mis cosas en la mochila. Sin duda ha llegado la hora de dejar atrás a los Yanomami y regresar a Virginia.

Y, de repente:

—¿Me puedes explicar qué cojones has hecho?

La voz enfadada de Ryan llega desde atrás, justo a mi espalda, y dejo lo que estoy haciendo de malos modos.

Ya es lo único que me faltaba, enfrentarme a mis compañeros, y va a ser que ni de broma.

—Si tu intención es darme la chapa, ni lo intentes —zanjo el tema con la finalidad de cortar una conversación que no me interesa en absoluto.

Pero no obtengo el resultado esperado, puesto que el cabrón de Ry me propina un empujón a traición y caigo de bruces contra el suelo, lo que provoca que se desate la locura.

—Me cago en tu puta madre, ¿a qué ha venido esto? —grito exaltado, poniéndome en pie de un salto para encararlo.

—Viene a que eres un cabrón, a eso.

¿Perdona?

—Si tienes huevos, repítelo.

—He dicho que eres un cabrón y puedo añadir algún que otro calificativo más, empezando por cobarde y terminando por gilipollas.

Al maremoto de sentimientos solo le hacía falta algo así y, cegado por una ira infinita, le propino un puñetazo en mitad de la mandíbula sin inmutarme.

El Morgan tranquilo, comedido y sensato está fuera de control. Las palabras de mi compañero lo han hecho posible y bien sabe Dios lo mucho que necesito dejar atrás un tema que daña lo más profundo de mí, lo que me lleva a un escenario irreal ante la ocurrencia de llevarlo a cabo a base de hostias.

Afortunadamente, Marcus no tarda en aparecer, aunque su actitud me descoloca de principio a fin. Lo digo porque se posiciona al lado de Ryan y se limita a mirarme con una expresión demoníaca, dejando claro que no me apoya, y no entiendo nada de nada.

—¿Qué coño hacéis? —pregunta el capitán y, aunque habla en plural, las explicaciones me las pide a mí.

Sí, a mí.

—Pregúntaselo a este tarado. Ha empezado él —rujo como un animal.

—¿Y qué quieres que haga? Ayura se acaba de cruzar conmigo y ni siquiera me ha visto. ¿Qué le has dicho?

—¿Yo?

—Sí, tú. Iba llorando y…

—¿Qué? —El mal genio se evapora por arte de magia en cuanto escucho esa frase y prefiero no pensar en el motivo.

¿Llorar?

¿Por qué tendría motivos para llorar?

«Quizá, si la hubieses dejado hablar lo sabrías, pringado», me dice mi yo interior dándome un repaso de campeonato, no sin razón, uniéndose al resto.

—¿Ves lo cabrón que eres? —Vuelve a la carga Ry, después de escupir sangre por la boca a consecuencia del puñetazo—. Ni siquiera le has permitido que te diga lo que sucede, ¿verdad? Pues, ahora te jodes, porque no seré yo el que lo haga.

—¿De qué coño hablas?

—Averígualo tú mismo, capullo. Y que sepas que no te parto la cara por ella.

Ahora sí que me he perdido.

Del todo.

¿Qué coño es lo que tengo que averiguar?

Y para rematar la jugada, va Marcus y se manifiesta tal que así:

—Te damos diez minutos para que vayas a buscarla. No saldremos de aquí sin que nos acompañe.

—¿Cómo? ¿Pero de verdad creéis que la voy a llevar conmigo? Vosotros estáis mal de la cabeza.

—No. Aquí el único que está mal eres tú —responde Marcus hecho un basilisco—, puede que a ti no te importe el marrón en el que la han metido pero, a nosotros, sí, incluido Logan, aunque siga tan cabreado que no quiera ni acercarse a ti, pringado.

—¡Joder! ¿Queréis dejar de hablar en clave y decirme qué sucede?

—Bueno, ya que insistes… —recula Ryan volviendo a empujarme sin consideración alguna—. Sucede que, sí o sí, tiene que abandonar el poblado, aquí el matrimonio es sagrado. Ella solo quería mantener una conversación con la finalidad de que entendieras que su deber es marcharse contigo y, después, buscarse

la vida sola. Sí, listo. No podrá volver a pisar la tribu nunca más si no es con el hombre al que le pertenece.

»¿Entiendes ahora el motivo de sus lágrimas? Y tú, mientras, dedicándote a lloriquear por ahí por una simple celebración que no te incumbe para nada, porque la repudiada es ella, y lo peor es que ha sido por ayudarnos, así que, si queda algo del antiguo Morgan, mueve el culo y haz el favor de decirle que vas a colaborar para que salga de aquí con un mínimo de decencia. ¿Crees que podrás?

La realidad cae sobre mí y me deja mudo.

Sí, mudo.

¿Cómo he sido capaz de culparla por lo sucedido cuando es ella, y solo ella, la que más tiene que perder?

Mierda.

Ya me vale.

Cambio de tercio al instante y, a continuación, me propongo enmendar una situación que ninguno de los dos ha provocado.

No. Ninguno de los dos.

¿Cómo demonios he podido ser tan poco considerado al culparla sin motivo alguno?

Menos mal que mis compañeros sí han sabido estar a la altura de las circunstancias, de no ser por ellos habría abandonado este lugar sin mirar atrás, y por ahí sí que no.

Ayura no se lo merece.

Esa es la realidad.

—Lo solucionaré —me limito a decir con un sentimiento de culpabilidad infinito.

A continuación, no digo más, no es necesario, y me propongo seguir los pasos de una chica que me sigue descolocando de principio a fin por su humanidad, compromiso y lealtad. Tres razones de peso para enmendar mi error, reconociendo que he sido un egoísta desconsiderado y un capullo de campeonato.

Sí, esa es la realidad y como tal la asumo.

***

Marcus

En cuanto Morgan desaparece aprovecho para hablar con el resto. El tema de Ayura se ha convertido en un escollo difícil de solucionar y, dado el delicado asunto, prefiero poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Creéis que es justo dejarla en Manaos?

La pregunta es sencilla. No hace falta que la contesten, pero, aun así, espero.

Tal y como supuse, un no por parte de los dos es la respuesta.

—Somos los culpables de que se encuentre en esta tesitura —afirmo con pesar.

—Joder, Marcus, ninguno de nosotros pudimos intuir que terminaría así —protesta Ryan, llevándose la mano al pelo.

Se siente culpable y no es el único.

—Eso da igual, lo cierto es que ha sucedido y que la decisión de su padre solo le afecta a ella.

Logan se limita a mirarnos. Su pose envarada grita el grado de consternación que lleva encima por el asunto que estamos tratando, y no hace falta que lo exprese en voz alta para saber que su cabeza va a mil con la intención de buscar una posible solución.

Difícil.

—Oye, ¿quieres ir al grano? —la reprimenda me devuelve a la realidad.

—Lo que trato de decir es que mi conciencia no me dejará en paz si nos deshacemos de ella así, de cualquier manera, con lo mucho que ha hecho por cada uno de nosotros.

Ry se encoge de hombros con el reflejo de la duda dibujada en su cara, y suelta sin mucha convicción.

—¿A qué viene esto ahora? Es lo que quiere.

—No es cierto. Más bien es su única opción —desarrollo con pocas palabras.

Y Logan, que es el que más me conoce, interpreta a la perfección lo que quiero decir y da un paso al frente.

—¿Qué estás proponiéndonos?

—Ni yo mismo lo sé.

—Por supuesto que lo sabes.

—Oye, oye, ¿queréis dejar de hablar en clave? No me entero —manifiesta un Ry con un enfado creciente.

—Bah, da igual. Es una locura.

—¿Qué es una locura? —indaga el último con el ceño fruncido —. Vamos, dilo.

—Llevarla a casa con nosotros.

—¡¿Qué!? —pone el grito en el cielo—. Ni hablar. Por supuesto que es una locura. No contéis conmigo. Nada ni nadie va a poner en riesgo mi trabajo. Nadie. Además, ningún piloto aceptaría meter a una indocumentada en su avión, así que, no vuelvas a sacar este tema.

—¿Crees que no lo sé?

—Pues ya está, finiquitado el asunto. No quiero escuchar ninguna gilipollez parecida, ¿entendido? —La seguridad de Ryan es palpable a simple vista y zanjo el disparate que se me había ocurrido.

—Entendido.

CAPÍTULO 26

Morgan

Doy los últimos pasos y llego hasta la explanada sin ocultarme.

Basta de esconderse. Si existe un momento idóneo para dar la cara, sin duda alguna se trata de este, y me topo con una imagen que, en cualquier otra circunstancia, podría llegar a ser única de no ser por su pose.

Desde la distancia advierto lo mucho que sufre y soy consciente del motivo, lo que me lleva a que el grado de culpa se multiplique por tres.

Ella, menos que nadie, se merece el trato que le he dado y como tal me propongo enmendarlo.

Espero que me lo permita.

Poco a poco voy acercándome; al hacerlo compruebo con horror cómo su cuerpo tiembla y admito una cuestión de peso.

No soporto escuchar sus sollozos, es superior a mis fuerzas. La chiquilla que tengo delante es demasiado importante y me parece irreal que haya contribuido a que llore a mares.

Me doy asco a mí mismo por ello.

¿Cómo he podido caer tan bajo?

Llego hasta su posición y exhalo un suspiro de pesar al constatar que ni siquiera me mira, ignorándome a conciencia mientras hace todo lo posible para no mostrar lo profundamente dolida que está.

Y tomo el control de la situación. Se lo debo.

—Hola, Ryan me lo ha contado todo y vengo a pedirte disculpas y a decirte que he sido un desconsiderado por culparte de algo que es ajeno a ti. Lo siento, Ayura. ¿Podrás perdonarme?

Su respuesta se queda en la nada, puesto que los sollozos aumentan, y te juro por lo más sagrado que me está rompiendo el corazón.

Sí, por completo.

¿Cómo he llegado hasta este punto?

—Ayura, ¿sería mucho pedir que me dejaras abrazarte?

Sí. Le pido permiso. De ningún modo voy a contribuir a que se sienta más incómoda, aunque con lo que no contaba ni de lejos era con la respuesta que me da.

—Sí, por supuesto que lo sería —me advierte sin dejar de llorar, pero dedicándome una mirada esclarecedora.

No va a consentir que me acerque. La determinación en sus ojos así lo indica y me jode una barbaridad.

—Ayura…

—No —me corta sin contemplaciones—, no quiero dar lástima a nadie, y ahora, si eres tan amable, te rogaría que te marcharas. El helicóptero que os sacará de aquí seguro que ya está esperándoos, así que, olvídate de que existo.

—No es tan fácil cuando ni siquiera sé a dónde irás.

—Ese es mi problema, no el tuyo.

A medida que se desarrolla la conversación las lágrimas van desapareciendo y en su lugar aparece la fuerza de una mujer dispuesta a lo que haga falta con tal de que la deje tranquila, y va a ser que no.

—Perdona que difiera, pero después de lo sucedido y hasta que deje de pisar la selva, soy tu marido, y como tal puedo obligarte a que me acompañes. Me ha quedado claro que en esta parte del mundo las mujeres no pueden decidir por sí solas y no voy a consentir que te pases el resto de la vida deambulando de aquí para allá ahora que has dejado de tener el amparo de tu gente. Permíteme que te acompañe hasta Manaos. No puedes pretender quedarte en la jungla sin compañía alguna. No me lo perdonaría.

—Morgan, hazte un favor y no sigas. Me estás ofendiendo.

—Ayura…

—No voy a ir contigo.

—¿Ni siquiera si te lo pido?

—Vamos, Morgan, ¿a quién pretendes engañar? Tú mismo has reconocido que has venido porque Ryan te ha contado mi situación y eso me basta.

—Me da igual lo que te baste o no, porque de ningún modo voy a abandonarte a tu suerte.

—Ya lo has hecho.

—¿Perdona?

—Lo que oyes, lo hiciste desde el instante en el que me echaste en cara que yo tenía algo que ver con la decisión de mi padre y te juro que prefiero vivir condenada a la soledad más absoluta que acompañarte a ninguna parte. No necesito tu caridad.

—Te lo repito. Me da igual, yo sí necesito compensarte por todo lo que has hecho por nosotros, e insisto. No me marcharé de aquí sin ti, ¿te queda claro?

—Morgan…

Y ahora, el que la interrumpe, soy yo.

—No voy a claudicar. Y si para llevarte conmigo tengo que hacerlo a la fuerza, lo haré. No te quepa la menor duda.

Ella sopesa palabra a palabra y le basta el convencimiento de cada una para interpretar que no miento.

—Vale, acepto, me dejarás en Manaos y…

—Sí, sí, por supuesto. Y ahora, vámonos. —La interrumpo sin más.

No sé, pero algo dentro de mí sigue revolviéndose, esta vez a consecuencia de ese simple «me dejarás en Manaos», y reconozco que el asunto es peliagudo como poco.

¿Qué coño me pasa con esta mujer?

Ya quisiera saberlo, ya.

Emprendemos el camino de vuelta y no intercambiamos ninguna otra frase. Eso sí, las caras de Ryan, Marcus, e incluso la de Logan avalan que he hecho lo correcto en cuanto nos ven.

Sí, hasta Marcus parece haber dejado atrás los intentos continuos de ligar con la que en esta parte del mundo se ha convertido en mi esposa, y casi que se lo agradezco ante el giro tan radical de la situación.

Lo cierto es que no estamos para bromas y la tristeza de Ayura se manifiesta en cuanto dejamos el poblado atrás.

Pobre.

Cómo ha cambiado su vida en tan poco tiempo y lo peor es que se debe a nosotros.

Y, llegados hasta aquí, el quid de la cuestión se enfrenta a mi conciencia. Una conciencia que martillea mi mente sin descanso y que, a pesar de mantener las distancias con ella una vez que subimos al helicóptero, no deja de replantearse otro asunto peliagudo donde los haya.

Este es:

¿De verdad que la chica de la tribu será capaz de adaptarse sola a un mundo tan diferente?

La respuesta es un sí. No me cabe la menor duda. Después de conocerla en profundidad me ha demostrado la cantidad de habilidades que posee en su haber y…

¡Joder! Esto es irreal, ¿por qué entonces no dejo de darle vueltas a un asunto que se va enquistando cada vez más sobre la marcha?

Esto es una puta locura. Lo mire como lo mire, lo es.

En un momento dado, regreso al mundo real y me percato de que Marcus se acerca al piloto del Sikorsky UH-60 (Black Hawk)[v]. El detalle en sí no me llama especialmente la atención, al menos hasta que regresa a su sitio y escucho:

—¿A que no sabéis? La persona que nos lleva de vuelta a casa me debe un favor y, en el caso de que vosotros estéis dispuestos, mi plan podría ser viable.

¿De qué plan hablan?

¿Qué me he perdido?

El primero que responde es Logan:

—Yo digo que sí —pronuncia con una seguridad apabullante.

—¿Y tú, Ry? ¿Qué dices? Depende de ti. No haremos nada sin unanimidad. La gravedad del asunto lo requiere.

Ry parece pensarlo. Su decisión no está clara y yo me limito a observarle.

Total, para ellos tres es como si no existiera, y me jode un huevo.

¿Qué estarán tramando?

Y, de pronto:

—Sí, estoy de acuerdo. Y espero no tener que arrepentirme y que nos salga bien.

¿Qué demonios tiene que salir bien?

Marcus vuelve a hablar con el piloto, le basta un segundo, y un giro en pleno vuelo logra que salten las alarmas en cuanto presto atención a un dato significativo.

La cara de Ayura.

Su desconcierto es evidente. Tal y como nos ha contado en multitud de ocasiones las visitas a la ciudad han sido muchas y ese es el motivo de que la expresión de su rostro muestre una incredulidad absoluta.

¿Por qué?

Arrugo el ceño. Algo no anda bien, mi sexto sentido así lo indica y observo a cada uno de mis compañeros, incluido el que sigue empecinado en no dirigirme la palabra.

Los conozco demasiado y, entonces, lo sé.

¿Serán cabrones?

De inmediato, practico un ejercicio de contención absoluta para no liarla, limitándome a mirarlos con un enfado monumental ante el convencimiento de que lo mejor es que mantenga la boca cerrada a pesar de la encerrona que nos acaban de hacer.

Sí, mejor. Total, Marcus ostenta el rango de capitán y como tal ya puedo chillar, patalear o lo que quiera, que no va a servirme de nada.

Además, si me dejo llevar por el demonio que llevo dentro ahora mismo, lo único que conseguiré es que Ayura malinterprete mis palabras y no voy a hacerlo. Bastante he metido la pata con ella.

Eso sí, estos tres se van a enterar en cuanto pisemos tierra.

¿A quién en su sano juicio se le ocurre tomar una decisión que únicamente nos concierne a los dos y que es incoherente a la par que un disparate en toda regla?

La hostia.

Estos están mal de la cabeza.

Muy mal.

Digo esto por dos razones de peso:

La primera, Ayura no tiene papeles.

Y la segunda, si nos pillan será nuestra ruina.

Madre de Dios, lo mire como lo mire es una locura que no está en mis manos, así que, opto por cerrar los ojos y hacerme el disimulado, de lo contrario podría ponerme a repartir hostias a diestro y siniestro, e insisto: no es el momento.

Pero llegará.

Vaya si lo hará, de igual forma que, antes o después, a Logan se le pasará el cabreo conmigo, y bien sabe Dios lo mucho que ansío ese momento.

CAPÍTULO 27

Ayura

Desde el instante en el que noto el giro, interpreto lo que sucede. Marcus ha dado la orden de cambiar el rumbo y me encuentro en una tesitura jamás conocida hasta el día de hoy.

¿Qué pretende?

Me basta analizar las caras de los demás para saberlo y distingo dos posiciones bien diferenciadas.

La primera: Logan y Ryan forman parte del equipo del capitán. Salta a la vista y ambos muestran una sonrisa cómplice en cuanto los miro.

La segunda: Morgan, en cambio, no da crédito a lo que sucede. También es conocedor de las intenciones de sus compañeros, no obstante, prefiere disimular el mal genio y como su rango es menor se limita a cerrar los ojos para evadirse. Lo leo en la expresión de su rostro a pesar de lo mucho que trata de ocultarla y no hace falta.

De verdad que no. Yo me encuentro en la misma posición y no apoyo para nada la locura que se les debe de haber pasado por la cabeza, lo que me lleva a manifestarlo alto y claro:

—Por favor, Marcus, dile al piloto que cambie la trayectoria. De ningún modo voy a ir con vosotros.

—Tarde. Nos acompañas a casa. No vamos a dejarte sola. No hasta que lo debatamos en condiciones por muy incongruente que suene, y que conste que somos los que más tenemos que perder, así que, hazte una idea de lo importante que eres para nosotros al arriesgarnos a meter a una indocumentada en el país.

La contundencia que expresa me indica que estoy atada de pies y manos. No puedo hacer absolutamente nada para convencerlos y, como tal, me limito a levantarme del asiento con un cabreo monumental.

No tienen ningún derecho a retenerme a la fuerza, en cambio es lo que hacen, y en un momento dado se me pasa por la cabeza la disparatada idea de sacar el puñal que llevo en la mochila para tratar de intimidarlos.

El plan cae sobre su propio peso. A estos tres no los intimida nadie. Esa es la cruda realidad, y opto por recurrir al autocontrol para comportarme como alguien civilizada, aunque me cueste lo suyo.

Ya encontraré la forma de deshacerme de ellos, ya, de momento, empezaré por interponer la mayor distancia que pueda, evidenciando así lo desconforme que estoy con cada uno, y aprovecho que el enorme aparato me lo permite.

Al pasar al lado de Morgan, me fijo en que ha abierto los ojos y me observa con atención, lo que aprovecho para desquitarme y le digo cuatro simples palabras que suenan tal que así:

—Esto es culpa tuya.

—¿Qué?

—Lo que oyes —manifiesto sin pelos en la lengua, superada por los acontecimientos—. Te dije que en el caso de que pudiese elegir, nunca me quedaría contigo. También que prefería vivir condenada a la soledad más absoluta antes que acompañarte a ninguna parte y, por último, te recalqué que para nada quiero tu caridad, así que, si alguna vez he significado algo para ti, hazle saber a estos mendrugos que flaco favor me hacen llevándome a un lugar desconocido.

A medida que suelto el veneno que llevo dentro, le reto con la mirada, todo ello a sabiendas de que no estoy siendo justa, pero es lo que hay.

De sobra entiendo que es el que menos culpa tiene de lo que acontece en estos momentos, pero, lo siento. Con él es con el que más complicidad he tenido, por llamarlo de alguna forma, y de ahí que lo obligue a posicionarse.

Por desgracia, el tiro me sale mal.

—Ayura —escucho la voz de Ryan—, él no puede ayudarte. La decisión la hemos tomado nosotros.

—¡Pues me importa una mierda! —exclamo fuera de control.

Y Morgan, una vez más, trata de tranquilizarme.

—Te prometo que lo solucionaremos.

—¿Y ahora me vienes con promesas? —grito todavía más fuerte—. Pues escucha, porque, ya que estamos, yo también tengo una para ti.

A continuación cojo aire y escupo:

—Si no consigues que el helicóptero dé media vuelta, te prometo que el poco tiempo que esté contigo te haré la vida imposible, ¿me has oído?

Él se limita a desviar la atención hacia sus compañeros, diciéndoles sin palabras que me hagan caso, pero ni con esas.

Estamos sentenciados.

Los dos.

La realidad es así y con un humor de perros avanzo hacia el lado contrario, mientras mi cabeza empieza a procesar la delicada situación en la que estoy inmersa.

Dependo de ellos para todo, al menos hasta que consiga algo de dinero, y no sé si son conscientes de que seré una persona indocumentada en un país que no dudará en convertirme en el blanco perfecto para cualquier desalmado.

La negrura más absoluta es evidente y me limito a sentarme en el último asiento, convencida de que haré lo que sea con tal de regresar a mi territorio lo antes posible.

Sí, lo que sea. Y aquí añadiré que sigo sin entender el motivo de que ninguna visión me haya preparado para este cambio de guion tan drástico. Un detalle que resulta trascendental.

En lo que se refiere a mí siempre me han aportado los datos correspondientes ante cualquier eventualidad, y van y en el momento crítico deciden dejarme sola.

Menuda suerte, aunque intuyo el motivo. Me basta con echar la vista atrás, parándome en el instante en el que todo cambió, y recuerdo con una nitidez esclarecedora cuando viví en tiempo real el apuñalamiento de Morgan por el traidor de Nekirú.

Mucho me temo que eso ha supuesto un antes y un después y que la anomalía es la causa de que desaparezcan.

¿Significa que existe la probabilidad de que no las vuelva a tener?

¿Tan importante es Morgan para lograr con su llegada este cambio tan drástico?

Preguntas y más preguntas, todas ellas sin respuestas, y la desesperanza se agranda hasta límites insospechables al perder mi esencia y mi seña de identidad.

Parezco otra, no me reconozco, y si a todo lo anterior le uno el futuro tan incierto que me espera en un mundo tan diferente al mío, no es de extrañar mi grado de confusión, perplejidad y, ante todo, desánimo.

CAPÍTULO 28

Morgan

La llegada a casa resulta un tanto anómala por dos cuestiones principales.

La primera, el cansancio acumulado por el largo viaje.

La segunda, la eventualidad de que en cualquier momento nos pillen adentrando a una indocumentada en el país.

En el último caso, el escenario sería grave y las repercusiones impredecibles, puesto que incurriríamos en un delito de tal magnitud que acabaría con la carrera militar de los cuatro de manera fulminante, aunque la explicación del capitán en cuanto cambiamos el rumbo fue bastante alentadora ante la gravedad de la situación.

El piloto aterrizaría en una base cuyo tránsito sería mínimo con el objetivo de pasar desapercibidos. Algo que logramos, dando lugar a que me vea con las fuerzas suficientes para evaluar que tanto Marcus como yo casi no lo contamos, lo que supone que me extrañe el dispar de emociones que siento porque, incomprensiblemente, pisar suelo estadounidense no supone el alivio esperado.

¿Cómo hacerlo si todo parece diferente?

No.

No lo parece.

Lo es.

Mal que me pese, el odioso chamán yanomami es el culpable al unirme en matrimonio a su hija sin esperarlo y, aunque la rocambolesca ceremonia no tiene ningún tipo de validez, el peso que noto sobre mí es esclarecedor debido al difícil panorama que se me presenta por delante.

Ahora que estamos en Virginia, Ayura se alojará conmigo. Eso lo tengo claro. Bajo ningún concepto permitiré que lo haga con ninguno de mis compañeros, y después de su promesa entiendo lo

difícil que va a ser convivir junto a ella hasta que determinemos qué hacer.

Mierda.

Y me replanteo la misma pregunta que no se me quita de la cabeza.

¿En qué puto momento se les ocurrió a los genios de mis amigos la disparatada idea de traerla con nosotros?

Lo mire como lo mire es una locura, joder, y ni siquiera sé muy bien cómo actuar.

—Bueno, aquí me despido de vosotros —anuncia Logan con una sonrisa de oreja a oreja sin molestarse en mirarme, encantado de conocerse y sin parecer nada cansado—, portaros bien, para vuestra información, deciros que no estaré operativo hasta al menos un par de días, ¿queda claro? Según las órdenes tenemos por delante una semana libre.

—Joder, *bro* —secunda Marcus propinándole un codazo en las costillas—, ¿tanto vas a follar con tu novia para dejarnos sin celebración en el bar de Mat?

—No lo dudes —se jacta sin disimular su felicidad—. Después de tantos días mi deber es estar al lado de mi prometida, ¿algún problema?

—Ninguno.

—Oye —sugiero al sentir de repente un nudo corredizo en torno a mi cuello—, ¿no se suponía que nada más llegar hablaríamos de la situación en la que se encuentra Ayura?

Logan continúa a lo suyo, a ignorarme a propósito, y el que responde es Ry.

—Morgan, ni de coña —añade con demasiadas prisas, disculpándose de la persona de la que hablamos con la mirada—, Noah es ahora mi prioridad número uno y creo que no me bastarán dos días antes de que vuelva a la vida normal.

—¡No me jodas! —exclamo con la cara pétrea.

—Vale, chicos —interfiere el capitán tomando la palabra—, yo también tengo asuntos pendientes, entre ellos que me mire un médico, así que, por primera vez dejaremos la celebración para después. Tres días tenéis. Estaremos en contacto. Pasadlo bien.

No doy crédito.

¿De verdad van a marcharse así?

Abro los ojos con estupor, constatando que ninguno se inmuta, y no tardan en desaparecer del mapa dejándome con un marrón de cuidado.

Sí, digo marrón porque lo es. Por el rictus de la cara de la que se convertirá en mi acompañante y la pose de su cuerpo interpreto que toda la furia que lleva dentro va a pagarla conmigo y mucho me temo que no estoy equivocado.

Ojalá.

—Bien —comienzo a hablar un tanto dubitativo, costándome el simple hecho de hilar un pequeño diálogo, y no, en mi caso tampoco es a consecuencia de las casi dieciséis horas que llevamos de vuelo—, supongo que necesitarás darte una ducha y también descansar. A partir de ahora serás mi invitada y…

—Morgan, por favor, no intentes ser amable. Iré contigo. ¿Acaso me queda otra alternativa?

—Ayura…

Te juro que mi intención es buena, tanto que lo único que me preocupa es mostrarle que será bienvenida a mi rutina diaria, solo que no me deja.

—Ah, en cuanto a mi promesa, no bromeaba. Voy a hacerte la vida imposible. Y ahora, ¿nos vamos a esa casa tuya? Estoy muerta de sueño.

Trago saliva con dificultad y me reafirmo en otra cuestión de peso, haciéndome a la idea de que la nueva misión que se me plantea sí que va a ser difícil, complicada y peliaguda.

Joder.

La encrucijada en la que me han metido va a resultar demasiado compleja y solo espero que los tres días que los puñeteros enamorados necesitan para desfogarse con sus respectivas novias pasen lo antes posible.

Dios, ¿por qué a mí?

Y opto por no añadir nada más, no hace falta, y salimos de las instalaciones con un rumbo bien definido: coger un taxi para llevarnos a casa con el fin de compartir mi lugar sagrado con una

chica que me sigue teniendo loco perdido, con el añadido de que, por primera vez, estaremos los dos solos.

¿Podré soportarlo?

Ya veremos.

***

Según llegamos, me propongo actuar como un buen anfitrión. Debo serlo. Al fin y al cabo, Ayura se ha convertido en algo más que una simple atracción, desde casi el minuto uno fue así y si tengo en cuenta el lazo que nos une…

«Para, flipado. Ya estás pasándote de nuevo. No os une ningún tipo de lazo», me dice mi yo interior con razón, aclarando por enésima vez la misma cuestión.

Esta parte del mundo así lo confiere y el escenario cambia, complicándose bastante, y es que, si barajo las diferentes posibilidades, mucho me temo que la chica que sigue sin dar crédito a lo que sucede empleará cualquier medio a su alcance para salir pitando de una encerrona épica.

Sí, supongo que aprovechará un despiste mínimo para conseguir algo de dinero. Lo primero que necesita para huir y no voy a consentirlo.

Aquí es una forastera y, por supuestísimo, estaré atento a las negligencias que se le ocurran. A estas alturas la conozco un poco y juro por lo más sagrado que no permitiré que se ponga en peligro.

Aquí lo está. Carece de cualquier medio para regresar a su país y no creo que me equivoque al suponer que hará lo que sea con tal de perderme de vista, y me reitero en el planteamiento. No la dejaré. Por el momento solo conmigo estará segura y si es preciso me encargaré de buscar una solución al problema que los majaderos de mis compañeros han orquestado sin pedir permiso a ninguno de los perjudicados.

Y esos somos Ayura y yo. No te quepa la menor duda.

—En el primer cajón hay toallas. Espero que tu estancia aquí sea cómoda. Te dejo mi habitación para que descanses, yo dormiré en el sofá. Cualquier cosa que necesites no dudes en pedírmela,

¿vale? —pronuncio con demasiadas prisas ante la incomodidad latente que existe entre los dos.

Tras enseñarle cada estancia sigo con el empeño de mostrarme educado, afable y tranquilo, cuando la realidad es todo lo contrario.

—Gracias —es su escueta respuesta, refugiándose en el interior del cuarto de baño para perderme de vista.

Sigue superada por los acontecimientos, el cambio tan drástico en su vida no es fácil, y antes de que salga de mi campo de visión aprecio en su rostro varios signos significativos entre los que se encuentran la desesperanza y la rabia.

Algo que no es de extrañar, yo, en su lugar, estaría igual, aunque añadiría otro factor igual de importante.

La dichosa incertidumbre.

Cierro los ojos en cuanto escucho el ruido de la ducha y la simple acción delata mi estado de nervios. Es por ello que voy directo hacia la botella de *whisky* sin estrenar que guardo en el armario, a la vez que sopeso que lo de beber solo cervezas cuando estoy aquí va a ser que no.

Mi rutina ha dejado de servirme. El día de recurrir al alcohol puro y duro ha llegado y todo ante el empeño de ahondar en lo raro que resulta que la mujer de la tribu esté en *mi casa*, duchándose en *mi baño*, utilizando *mi gel y mis toallas*.

La hostia.

Doy el primer trago. Nada de vasos. La urgencia de calmar el maremoto de sensaciones tan dispares es la que es y mucho me temo que únicamente la bebida logrará adormecerlo.

¿Qué importa que termine borracho?

Antes de pegar el segundo trago, cierro con llave la entrada y la escondo. Por si acaso. Nunca se sabe cuál puede ser el siguiente movimiento de la que, ahora mismo está desnuda a escasos metros, y recurro a beber como un loco para apartar al demonio que llevo dentro. Un demonio que me insta a entrar ahí de manera inmediata para…

¡Basta! ¿En qué clase de salido me he convertido?

Ras. Empino el codo enfadado conmigo mismo y esta vez el ardor en la garganta pasa desapercibido.

Mejor, el aliado al que he recurrido no tardará en mostrarme una tregua y solo así dejaré de pensar en lo que no me conviene. Es simple.

Después de un tiempo considerable, y dado que no da señales de vida, barajo la opción de llamar a la puerta del baño. Lo cierto es que está tardando demasiado en salir y mi preocupación aumenta hasta un límite insospechable, lo que da lugar a que, gracias a que ya me he trincado buena parte del contenido de la botella, encuentre las fuerzas suficientes como para invadir su privacidad.

Golpeo con los nudillos la madera y Ayura sale de inmediato. Lo hace envuelta en la toalla más grande que ha encontrado y se nota de lejos su incomodidad, mientras a un servidor lo que se le nota es la incongruencia elevada a la máxima potencia.

Manda huevos, verla así me la pone dura en un segundo y, por consiguiente, vuelvo a cagarme en Logan, Marcus y Ryan, sí, los tres juntos mientras hago todo lo posible por mantenerme apartado con la finalidad de ocultar la tremenda erección que se ha manifestado en el interior del pantalón de mi uniforme.

—Si quieres puedes coger algo de ropa de mi armario. Por cierto, ¿tienes hambre?

—No —vuelve a contestar con otra escueta respuesta.

—Vale, ¿necesitas algo en concreto?

Me arrepiento de la pregunta en cuanto la formulo.

—Sí, que alguno de los cuatro entre en razón y me devuelva a Manaos cuanto antes.

—Para eso tendrás que esperar.

—¿A qué? Aquí no pinto nada, Morgan, ¿acaso no te das cuenta?

—Esperaremos tres días.

—Vale, si así lo prefieres…

Sin más, se dirige a mi habitación y cierra con un portazo, evidenciando que no quiere saber nada de mí.

Y yo, mientras, me dedico a seguir vaciando el contenido del vidrio. Algo que se me da de maravilla, lo que supone que comience a sentir los benditos estragos del *whisky.*

Sin desvestirme siquiera finalizo la jornada tumbándome en el sillón. El día ha sido complicado de narices y necesito descansar en condiciones, algo que no hago desde que comenzó la misión, solo que, en cuanto me descuido, mi mente vuelve a jugármela y se encarga de llevarme la contraria en todo momento, recreándose en lo único que de verdad parece importarle.

¿Adivinas de qué se trata?

Sí, en el detalle de que Ayura está en mi habitación, posiblemente ya acostada en mi cama.

Mi cama.

Joder.

Esto va a ser duro. Demasiado, diría yo, y me hago a la idea de lo muy jodido que estoy.

A continuación, cierro los ojos y no se me ocurre otra que pedir al de arriba que se apiade de mí, mientras me preparo para pasar una noche complicada a pesar de la cantidad desproporcionada de alcohol que llevo en el estómago.

Muy bien todo, sí.

***

Logan

—Joder, cariño, ni te imaginas cuánto te he echado de menos —susurro extasiado en el oído de mi novia por tenerla entre mis brazos tras el primer asalto.

Desde que Amelia llegó a mi vida se ha convertido en mi todo y de ahí que un día me atreviera a proponerle matrimonio. Las ganas de convertirla en mi mujer son cada vez mayores y queda poco para la boda.

Muy poco.

—Cada noche pensaba en ti, amor —me sincero antes de apropiarme de sus labios, besándola muerto de hambre.

Lo estoy. Tanto tiempo sin ella ha sido un auténtico martirio y voy a desquitarme durante los próximos tres días.

Ella y yo.

Solos.

¿Puede existir un plan mejor?

Imposible.

—Cariño, me has dejado un poco intranquila. ¿De verdad estás bien?

—Te prometo que después te informo de todo, ahora tenemos asuntos pendientes. No he empezado contigo, amor.

Mi chica se aparta un poco y su mirada me pone en alerta, lo que supone que me pronuncie a toda velocidad.

—Sí. Lo estoy, ¿contenta? Y ahora deja que…

Amelia no se traga mi mentira y se ocupa de mantener la distancia, algo que no me gusta.

No me gusta nada, joder. Las ganas que le sigo teniendo son infernales, no puedo esperar, y mucho me temo que es lo que terminaré haciendo.

—Logan, ¿qué es lo que pasa? Cuéntamelo.

¿Lo ves? Si ya te lo decía yo.

—¡Qué! ¿Ahora? Joder, amor, ¿acaso no te das cuenta de lo mucho que te necesito?

—Lo mismo que yo a ti, pero, podremos esperar al segundo.

A tomar por culo.

—Está bien, ¿qué quieres saber?

—El motivo de tu preocupación cuando te he preguntado por Morgan. Solo eso.

—Vale, pero con una condición.

—La que quieras.

—No te moverás de mi lado, ¿de acuerdo?

La preocupación en su cara aumenta y sé, demasiado tarde, que he vuelto a meter la pata.

La primera vez fue a raíz de aclararle por encima lo sucedido en la selva, mi futura esposa tiene el poder de sonsacarme cualquier tipo de información y, consciente de ello, omití a conciencia la última

parte ante la eventualidad que podría suponer, aunque, aquí me tienes.

Sin el resultado esperado.

—Logan. Cuéntamelo. Ya.

Y lo hago, ¿qué remedio me queda?

—No me hablo con él.

—¡Qué!

—La chica de la tribu, esa de la que te he hablado, es la responsable de que haya actuado con un grado de insensatez ni medio normal, llegando a omitir cualquier orden.

—Vaya.

—Sí, vaya. Sigo sin dar crédito. ¿Sabes lo que significa eso?

—Vamos, cariño, tanto tú como yo sabemos que no le abrirás un expediente, deja de martirizarte.

—No es tan fácil.

—Lo sé. Y ahora, sigue, te conozco demasiado bien para interpretar que hay algo más y cuanto antes lo sueltes, mejor.

—Amelia…

—Vamos.

—Vale, como siempre, tú ganas —susurro dándome por vencido—. Resulta que hemos traído a Ayura con nosotros.

—¿Perdona?

Cada palabra que añado sirve para notarla un pelín más lejos y sigue sin gustarme nada de nada.

—Lo que oyes.

—Y supongo que está con él, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué más?

—Cariño…

—Logan, haznos un favor mutuo y termina.

No. No quiero y bufo contrariado, no obstante, a mi prometida le basta una mirada para conseguir que sucumba.

—Está bien. Ayura no podrá volver a la tribu a consecuencia de un castigo por parte de su padre y por ese motivo decidimos que viniera con nosotros.

—Así que decidisteis traerla. —Va atando cabos ella sola.

—Sí.

El escrutinio al que me somete no es ni medio normal y aventuro de antemano que esta mujer es mi perdición.

Sí, en todos los sentidos de la palabra.

—Logan, ¿quiénes fuisteis los que tomasteis la decisión exactamente?

Cómo me conoce. Tanto que ni siquiera me hace falta abrir la boca para constatar lo que ya sabe, y me revuelvo inquieto sobre la cama. El lugar en el que deberíamos de estar follando y no charlando de los problemas de Morgan y de Ayura.

Y vuelve a la carga:

—Dime que esa chica ha sido la que os ha pedido venir con vosotros.

—Lo siento, pero no puedo.

Mi siguiente movimiento consiste en bajar la mirada, ya que me resulta complicado mantenerla en esos ojos que escrutan cada parte de mi interior, y yo solo me delato.

—¿En serio hay algo más? —pregunta con estupor, enarcando una de sus cejas.

Un asentimiento con la cabeza es mi única respuesta y espero que sea consciente de lo que de verdad importa, y no es otra cosa que nosotros, nadie más.

Menudo iluso.

—¿Y a qué esperas?

Ahora sí que sí, a tomar por culo lo de continuar follando con la persona a la que más amo del mundo y a la que he echado de menos hasta la extenuación.

Y es cuando, de mi boca sale una información que dará al traste con mis planes inmediatos, lo sabré yo.

—El padre de Ayura la casó en la selva como escarmiento por ayudarnos y por interferir en favor de Morgan sin consentimiento, y las repercusiones para ella han sido graves.

—¿Cómo de graves?

—Ya te lo he dicho. No podrá volver a la tribu.

—¿Nunca?

—Sin el que consideran su marido de verdad, no.

Mi pequeña arruga el ceño. Su cabeza va a toda velocidad y en cuestión de segundos se lleva las manos a la boca con una expresión incrédula.

—Dios mío, Morgan es ese marido del que hablas, ¿no es cierto?

—Mucho me temo que sí.

—Suficiente.

—¿Suficiente? ¿Cómo que suficiente? —grito en cuanto me percato de lo que va a suceder.

Y es que la novia a la que tanto necesito no le tiembla el pulso a la hora de bajarse de la cama y dejarme solo, en pelotas y con mi polla reclamando una atención más que merecida.

Lo siguiente que escucho es su voz desde el salón y me compadezco del pobre Ryan.

Por lo que oigo, él hoy tampoco moja lo suficiente.

Aun así, y queriendo dar pena, me levanto e intento retenerla a base de una imagen que sé que le fascina.

Nada. Ni por esas, hoy ni mi cuerpo desnudo parece entusiasmarla y soy testigo de sus palabras.

—Noah, te entiendo, pero te aseguro que esto es grave —comenta a través del móvil—. Te veo en casa de Morgan en diez minutos. Allí te lo explicaré todo. ¡Ah! Pídele perdón a Ry de mi parte y dile que esta noche tendrá que conformarse con pasarla con Logan. Necesitaremos tu casa libre.

—¿Qué? —pregunto con un mosqueo del quince.

Joder. Además de quedarme sin follar todo lo que quisiera, encima tendré que soportar el cabreo de Ry.

Menuda nochecita me espera.

¿Por qué no sabré mantener mi boca cerrada a cal y canto?

En cuanto Amelia cuelga se acerca, me da un beso de despedida y, antes de abandonarme a mi suerte, se recrea en una promesa que ahora mismo no me sirve de mucho.

Esta es:

—Te compensaré, amor mío, te lo prometo.

Y aquí me quedo, con una cara de tonto que ni te cuento al tiempo que voy directo a la cocina con la finalidad de sacar unos

hielos del congelador.

Ry llegará furioso, con razón, y yo lo único que puedo ofrecerle es una copa, mi comprensión y mi cama.

Es lo que hay. Esto nos pasa por tener unas novias con un corazón que no les cabe en el pecho, sin contar con el sentimiento de familia que hemos creado en torno al grupo que formamos, porque, a decir verdad, resulta que Morgan es una de las debilidades de todos, supongo que por ser el más pequeño, y muy en particular en el caso de Amelia y Noah.

Aunque, permíteme que en este punto discrepe, porque si estaba enfadado con él, ahora, que es el responsable de quedarme sin sexo, puedo asegurarte que lo odio con todas mis fuerzas y más le vale no entrar en mi campo de visión en una buena temporada, de lo contrario, a saber de lo que soy capaz.

Y sí, por supuesto que es un aviso.

CAPÍTULO 29

Morgan

Oigo el sonido de unos nudillos sobre la puerta y me cuesta un huevo levantarme.

Al final el *whisky* sí que había logrado el cometido de dejarme noqueado y el que sea que ha osado importunarme ha cometido la imprudencia de despertarme.

Mierda.

Voy dando tumbos hacia la entrada y al darme cuenta de que la llave no está en su sitio recuerdo el motivo.

Ayura, ¿cómo no?

La había olvidado por un instante y la insistencia del que esté al otro lado logra que vaya hacia el cajón con el objetivo de cogerla.

No es fácil, pero logro insertarla en la cerradura y al abrirla me topo con una sorpresa épica.

¿Qué hacen estas dos aquí?

Les impido el paso posicionándome contra el marco y las saludo como si no pasara nada a la vez que me cruzo de brazos.

—Hola, chicas, me alegro de veros. ¿Todo bien?

—¿Y tú?

Amelia es la que pregunta y yo me limito a encogerme de hombros y a recibir su gesto de cariño a través de un beso.

—De puta madre, ¿no me veis?

—Ya te vale, Morgan, ¿cuánto has bebido? Ni siquiera puedes mantenerte en pie —continúa Noah antes de ponerse de puntillas para darme, también, otro beso en la mejilla.

Las adoro.

Sí, a las dos.

Son mi perdición y mucho me temo que si han dejado a sus respectivos novios para venir hasta aquí es porque son conocedoras del problemón que tengo encima.

Siempre puedo contar con ellas. Esa es la realidad y confieso que no me importaría, en un futuro lejano, dar con una mujer tan bonita por dentro como mis amigas del alma.

Mi mente me la juega por vez consecutiva y me lleva hasta el recuerdo de la chica que ha pasado a convivir bajo mi mismo techo.

¿Quizá está dejando entrever que podría ser la mujer que busco?

¡Basta!

¿Ves cómo lo de que se me va la pinza es cierto?

Esto es un no parar y no me hace ninguna gracia.

—Sí, he bebido bastante, y ahora que ya habéis comprobado que estoy bien podéis iros. No quiero ser el causante de ninguna discusión y…

—Morgan, no hemos venido por ti.

—¿Qué?

—Vamos, aparta, Logan me lo ha contado todo y venimos a por Ayura.

—¿Qué? —repito anonadado sin dar crédito al énfasis que ponen, situándome en el lugar de mi amigo.

Joder, si no tenía ya bastantes problemas con él, resulta que ahora se le suma este contratiempo, y puedo asegurar que mi sargento no me perdonará tan a la ligera.

Vaya una puta mierda.

Acto seguido, Noah me propina un empujón, y como no estoy en mis plenas facultades, me inclino hacia atrás, dándoles la oportunidad de inmiscuirse en mi casa con la disposición de husmear a su antojo.

Y no puedo hacer nada, puesto que ni siquiera he dado un par de pasos cuando ya han entrado en el interior de la habitación en la que se encuentra mi invitada, y cierran la puerta para que no escuche nada de la conversación que se produce allí dentro.

Mierda. Tanto Amelia como Noah tienen un peligro increíble y pasan de ser dos de mis personas favoritas a no fiarme de ninguna.

Hago bien, porque, minutos después, salen y no lo hacen solas.

Ayura las acompaña y no doy crédito. Imposible hacerlo.

¿Qué le habrán dicho para fiarse de unas auténticas desconocidas?

A saber.

Y así, atado de pies y manos, me limito a presenciar cómo abandonan mi casa sin pronunciar palabra alguna.

Irreal, esto es irreal.

Una vez solo, me dejo llevar por el olor que Ayura ha dejado a su paso y llego hasta mi habitación. Allí me acuesto en la cama e inhalo el aroma sobre la almohada, lo que supone que una sensación de paz increíble invada cada parte de mí antes de sucumbir al cansancio y logre, por fin, quedarme dormido.

CAPÍTULO 30

Marcus

Pi, pi.

Abro la puerta de mi casa y paso del pitido del móvil.

Por los pelos no me han dejado ingresado, algo a lo que me he opuesto de manera férrea, y avanzo hacia la cocina con un alivio monumental y muerto de hambre.

Apenas si he probado bocado en el camino de vuelta y ni todo el cansancio acumulado ha logrado evadir el agujero de mi estómago, por lo que me dispongo a prepararme un sándwich gigante, de esos con multitud de pisos, y solo entonces me iré a dormir.

Pi, pi.

Y ahí está otra vez el pitido del incordio, logrando que mire de reojo el teléfono y deje la mantequilla de cacahuete a medio abrir.

¿A quién se le ocurrirá importunarme a estas horas?

Pi, pi.

Joder. El que sea no va a cansarse así como así y, como tal, mejor lo averiguo de inmediato.

Con un mosqueo del quince, accedo a la pantalla y pronuncio en voz alta un par de improperios seguidos al percatarme de quién se trata.

¿De verdad el gilipollas de Logan acaba de crear un nuevo grupo?

Ver para creer, e intuyo que algo malo ha sucedido cuando, en vez de follar se dedica a perder el tiempo y a despotricar de Morgan, y me fijo en que, paradojas de la vida, es el único al que no ha metido en el chat dichoso.

¿Casualidad?

Ya te digo que no, lo que me lleva a formularme otro interrogante:

¿Va a estar así mucho tiempo?
Espero que no, por el bien de la unidad.
Y leo con más atención los mensajes.

Logan:
Aviso, me estoy planteando seriamente abrirle un expediente al cabrón de Morgan. Se lo merece. No hago más que pensar en lo que hizo y…

Y ahí acaba el primero, dando lugar a que, segundos después, teclee el siguiente.

Logan:
Joder, el capullo se ha pasado de la raya y se vale de la amistad que tenemos, lo que me lleva a insistir en el tema. Creo que voy a hacerlo.

Y el tercero activa todas mis alarmas, sentenciando que algo grave ocurre de verdad.

Logan:
Ryan, si no llegas a mi casa ya, creo que la voy a liar a lo grande, así que, corre.

¿Perdona?
¿Qué hace Ry yendo para su casa?
Y, entonces, un servidor es el que teclea a toda velocidad:

Yo:
Bro, ¿qué pasa? Deberías estar dándole al tema con Amelia.

Logan:
Ja. Más quisiera. La muy bruja ha tardado nada y menos en tirarme de la lengua y el resultado ha sido dejarme en bolas y con la bandera izada. ¿Y todo por qué? Por ir a casa del hijo de puta de

Morgan a interesarse por Ayura, por eso. ¿Ahora entiendes mi cabreo?

Joder.
Que si lo entiendo, dice.
Esto pinta mal, muy mal.
Y vuelvo a escribir:

Yo:
Vale, captada la indirecta, pero lo que no me queda claro es el motivo de meter a Ry en esto.

Según mando el wasap, Ry comienza a escribir.

Ryan:
¿Y de verdad lo preguntas? Amelia ha llamado a Noah y ha salido zumbando, dejándome igual que a Logan.

La hostia, pues sí que tenemos un marrón de cuidado, sí.
Por norma, Logan no es rencoroso, aunque si le tocan lo más sagrado puede ser nefasto, y en esas, justo, es en lo que estamos.
Manda huevos, y eso sin contar que parecen críos.
Una vez puesto al día, y en un estado de hartazgo total, elevo los ojos al techo y opto por tomar el control de la situación, de lo contrario habrá más daños colaterales y a ninguno de los cuatro nos interesa.
No. A ninguno.
Y ultimo la conversación en un santiamén.

Yo:
Tranquilos, yo me ocupo.
¡Ah! Y me salgo del grupo. Considero una deslealtad lo que has hecho. La próxima vez, si tienes algún problema con alguno de nosotros, resuélvelo o pide ayuda antes, pero en ningún caso te dediques a esparcir mierda a diestro y siniestro, ¿entendido?

Logan:
Sí, sí, mira el que habla. ¿De verdad vas a ser tú el que venga dando lecciones? ¿Te recuerdo lo capullo y pesado que has sido en lo concerniente a Ayura?

Yo:
No, no hace falta.
Y, ahora, dime dónde están esas novias vuestras, nada más.

Logan:
En casa de Ry, han ido a por Ayura y le ha faltado tiempo para marcharse con ellas, lo que significa que hoy dormimos en mi cama, a no ser que cumplas con tu palabra y te encargues de este marrón. Eres el único que puede hacerlo.

Una vez más, tiene razón, así que acato mi decisión y abandono el grupo.

Mientras lo hago, reconozco que mi comportamiento en la selva ha sido desproporcionado, y aquí haré un único inciso. Tiene un motivo que ya averiguarás en el instante en el que decida contar mi historia. No falta mucho para ello. Lo prometo.

Cinco minutos después, salgo cagando leches, emprendiendo el camino hacia el hogar de Ry y Noah, y lo hago con la determinación dibujada en mi cara.

Ya es hora de poner los puntos sobre las íes, al igual que ya es hora de que Morgan dé un paso hacia adelante, algo que no tardará en llevar a cabo en cuanto sepa el plan que acabo de orquestar.

Y vaticino que va a resultar un descubrimiento de principio a fin.

¿Estaré muy desencaminado?

No. Ni de broma, incluso me atrevería a añadir que será divertido.

CAPÍTULO 31

Ayura

Lo de dormir esta noche está resultando una auténtica prueba de fuego y te juro que ya no puedo más.

Primero fueron las chicas las que irrumpieron en tromba con la finalidad de sacarme de casa de Morgan y, ahora, es Marcus el que ha decidido importunar mi sueño presentándose aquí.

En serio.

No puedo más.

—Ni de coña —alega Amelia con los brazos en jarra—, Ayura se queda con nosotras. Por vuestra culpa se encuentra en esta tesitura y alguien tiene que pensar en ella.

—Amelia, ¿quieres escucharme? —pronuncia Marcus sin dar su brazo a torcer—, si tanto tú como Noah pasáis la noche fuera habrá más represalias contra Morgan y yo soy el único que queda para hacerse cargo de la situación, por tanto, se vendrá conmigo.

—¡Ja! —exclama Noah apuntando al capitán con el dedo—, de eso nada. En cualquier caso debería ser ella la que lo decidiera, no tú.

Ante mis ojos se está produciendo una pelea de titanes y lo más curioso es que se debe a mi persona.

Vaya, ¿quién me iba a decir unas horas antes que iba a contar con dos aliadas dispuestas a todo por dar la cara por una extraña?

Sí, a todo, incluido apartarse de sus respectivos novios después de llevar tanto tiempo sin verse, y sin ninguna duda se ha convertido en el primer indicio para saber que puedo fiarme de ellas al cien por cien.

Ahora bien, si lo pienso con un poco de frialdad, he de aceptar que Marcus lleva razón. Irme con él sería lo más acertado para todos, puesto que lo que no pienso hacer, de ninguna de las maneras, es regresar con Morgan.

Que le den. Su comportamiento ha dejado tanto que desear cuando estábamos en la selva que no pienso perdonarlo.

No y no.

Ni de broma.

—¿Puedo hablar? —pregunto de pronto, interfiriendo en una discusión épica.

Los tres dejan de gritar en cuanto escuchan mi voz y giran sus cuellos para prestarme atención.

—Chicas, os agradezco muchísimo lo que habéis hecho por mí, pero el razonamiento de Marcus es el que más me convence. Sería una egoísta si permitiera que os quedéis conmigo y no contribuiré a que vuestros novios se enfaden por mi culpa.

—Ayura, no tienes que…

—Lo sé, Amelia, pero insisto —la corto convencida, antes de dirigirme a Marcus—. Es la mejor opción, siempre y cuando tú sigas sin tirarme los tejos, ¿entendido? He terminado saturada y te juro que no voy a ser tan benevolente como en la tribu, ¿te queda claro?

Prefiero mostrar mis cartas y así cortar de raíz un tema que podría volver a enquistarse, y va a ser que no.

Y mientras le aclaro al capitán mi punto de vista, las chicas se miran entre sí con caras de sorpresa, hasta que Amelia toma la palabra de nuevo.

—Marcus, ¿nos puedes explicar qué leches habéis liado en el tiempo en el que habéis estado fuera?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo que a qué me refiero? —responde indignada—. No nos tomes por tontas, porque no lo somos. Esto es demasiado serio. Y si no, ¿cómo explicas que os vayáis de misión y a la vuelta nos encontremos con que Logan no se habla con Morgan?

—Bueno, yo…

—No, déjame terminar.

»¿Cómo explicas que hayáis sido capaces de cometer la insensatez de traeros a una chica a la que apenas conocéis desde el mismo Amazonas?

»Y ya que estamos, ¿cómo explicas lo de que te has dedicado a tratar de ligarte a Ayura sin que ella te diera ninguna muestra de

que le gustara que lo hicieras?

Amelia es clara, directa y sincera, y vuelvo a reafirmarme en la misma cuestión. Sé que estoy en las mejores manos junto a ellas.

Sí, en las mejores. No me cabe la menor duda al respecto, y espero con ansia la contestación del capitán, puesto que me afecta de principio a fin.

—Todas tus preguntas tienen una única respuesta —es su escueto pronunciamiento, pasando de puntillas por un tema tan peliagudo sin que le sirva de mucho.

—¿Y qué respuesta es esa? —insiste, ahora la novia de Ryan, sin amilanarse ni un poquito.

Y Marcus, viéndose entre la espada y la pared, ofrece dicha información:

—Morgan.

¿Morgan?

¿Cómo que Morgan?

Afortunadamente, no hace falta que hable, ya está Amelia para secundar a su amiga y va directa a la yugular.

—¿Puedes desarrollar, por favor? Me estoy empezando a hartar.

—Es que no sé si es una buena idea —trata de escaquearse sin ningún resultado aparente.

Madre mía, menuda contundencia tiene este par.

—Tú hazlo y ya discutiremos si lo es o no —le ordena la que lleva la voz cantante de manera tajante, avanzando un paso para intimidarle.

Y lo mejor de todo es que lo hace.

Increíble, pero cierto.

—Joder, Amelia, ¿sabes lo mucho que compadezco a mi amigo? Pobre Logan, cuando te pones en modo intenso eres lo peor.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero ¿quieres empezar a largar por esa boca?

Constatado. Frente a mí tengo a dos chicas que son de armas tomar y es algo que me encanta.

—Está bien —bufa el gigante de casi dos metros dándose por vencido—, cuando me refiero a que todas las respuestas conducen a

Morgan significa que hemos actuado así por él. Ayura le gusta, le gusta tanto que hay momentos en los que nuestro amigo no parecía el mismo, y de ahí que decidiéramos intervenir. ¡Qué! ¿Contenta?

Amelia ni le contesta, en cambio lo que sí hace es dirigirse a mí para efectuar la siguiente pregunta:

—Vaya, vaya, al fin la verdad sale a la luz. Por cierto, ¿él te gusta a ti?

El giro en la conversación es alucinante y a Amelia no le tiembla el pulso a la hora de lanzarme una pregunta que resulta una auténtica intromisión a mi vida personal.

Bah, ¿qué más da?

Y opto por decir la verdad. Ya que estamos…

—Sí, aunque eso era antes de que me decepcionara. Morgan ha sido un desconsiderado conmigo, un egoísta y un capullo redomado.

—Un momento, ¿nuestro Morgan un desconsiderado, un egoísta y un capullo redomado? —añade Noah, evaluando mi respuesta sin dar crédito a mi forma de dirigirme a él—, esto sí que no me lo esperaba.

El desconcierto en las expresiones de sus rostros así lo atestigua, al igual que el silencio que se produce a continuación, y es Marcus el que lo aprovecha a su favor.

—Ya os he dicho que este viaje ha supuesto un antes y un después, incluido para mí —apostilla el capitán asumiendo el mea culpa.

—Vale, vale, recopilemos los datos para que Noah y yo nos enteremos bien, porque aquí hay demasiadas lagunas. —Mientras lo dice camina por el salón de un lado a otro, supongo que para reordenar sus ideas, y no me equivoco—. Según la confesión de mi novio, Morgan ha traspasado una línea roja por no obedecer una orden directa, ¿me equivoco?

—No —responde Marcus.

—Dicha acción ha sido la consecuente de que tu padre quisiera darte un escarmiento y os ha casado por el rito que utilizáis en la tribu, ¿verdad?

—Sí —respondo yo.

—Y, según vuestras costumbres, sin tu marido no podrás volver nunca al poblado, ¿cierto?

—Cierto.

—Vale, y llegados hasta aquí, queda lo más importante ¿qué es lo que quieres hacer tú, Ayura?

La contestación es fácil.

—Regresar a Manaos.

—¿Allí tienes a alguien? —Toma el relevo Noah.

—No, aunque no importa.

—Perdona que discrepe, a nosotras sí, y después de lo que han hecho estos mendrugos, a ellos también, así que, piensa bien lo que voy a decirte, es muy importante.

»Si quieres regresar al que será tu nuevo hogar, mañana mismo nos pondremos a ello, no obstante, piénsalo bien. Sería un verdadero placer que quisieras quedarte unos días aquí, con nosotros. ¿Qué te parece? Ya sé que los cuatro orangutanes se han portado fatal contigo trayéndote a la fuerza, pero oye, ¿y si aprovechamos para conocernos un poco? Serán solo unos días, y cuando quieras marcharte, lo harás.

El ofrecimiento no me parece descabellado, al fin y al cabo, nadie parece percatarse de que soy una persona indocumentada y, como tal, no podré coger ningún avión comercial, así que conocer un poco más el entorno de un grupo que ha puesto mi mundo del revés, empezando por Morgan, se ha convertido en mi única baza.

Sí, esa es la verdad más absoluta y de ningún modo voy a negarla. Estaría mintiéndome a mí misma sin ningún sentido y no estoy dispuesta a llevarlo a cabo.

—Acepto, con una única condición. Que no afecte a vuestras vidas privadas.

—Ayura, cariño, si le gustas a Morgan ya nos ha afectado —me planta Amelia sin pelos en la lengua—, lo que nos lleva a que te quedarás en casa de Marcus hasta nuevo aviso. Eso sí, si en cualquier momento estás más cómoda con nosotras, no lo dudes, estamos a tu entera disposición. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Sabéis? Creo que sería muy fácil cogeros cariño.

—Ven aquí, cielo.

Las tres nos damos un abrazo que surge de forma natural y el vínculo que se crea trasciende lo paranormal, tanto es así, que ni siquiera hace falta que ninguna visión se pronuncie, simplemente lo sé, y aventuro lo fácil que va a suponer estrechar lazos con cada una.

—Bien, ya puedes marcharte con él, a Marcus no se le volverá a ocurrir ligar contigo, te lo prometo, ¿y sabes por qué? Porque si se le ocurre hacerlo le cortamos los huevos, por eso.

—Joder, Amelia, hay veces que no entiendo cómo os puedo querer tanto.

—Porque somos increíbles, por eso. Venga, cada uno a su casa, que todavía estamos a tiempo de contener el enfado de nuestros respectivos novios.

CAPÍTULO 32

Morgan

El dolor de cabeza que me recibe al despertar no es ni medio normal.

¿Cuánto bebí anoche?

Con solo poner un pie fuera de la cama lo sé, además del motivo, y me quedo estático durante un buen rato.

Joder. Las dos brujas se llevaron a Ayura de mi casa. Lo recuerdo con una nitidez increíble.

¿Y si le han comprado un billete de avión y se ha marchado para siempre?

El escenario podría ser evidente, ya que, según me recalcó por activa y por pasiva su única intención era regresar a Manaos, y caigo en que no puede al carecer de documentación, lo que la sitúa en una tesitura delicada de narices.

Mierda.

Todo se complica cada vez más.

Voy directo a la ducha y en un tiempo récord consigo despejarme, algo de vital importancia para obtener ciertas respuestas con urgencia en lo que concierne a la mujer que ha supuesto un antes y un después en mi existencia, y como estoy desesperado no se me ocurre otra que plantarme frente a la casa de Ry.

A la de Logan ni me acerco, por si acaso. En el caso de que se me ocurriera hacerlo mi bonita cara estaría en peligro, y va a ser que, mejor, lo evito.

Sí, mucho mejor.

Según llego, aporreo la puerta con el puño durante varios segundos seguidos sin importarme lo mucho que doy por el culo. Me da igual. Yo solo quiero saber dónde está Ayura, una vez que me lo

digan, por mí pueden seguir follando, durmiendo o contándose chistes.

Me la pela.

—Me cago en tu puta madre, Morgan, ¿qué coño se supone que estás haciendo? —Este es el recibimiento que me da mi querido compañero en cuanto me ve y he de decir que tampoco es que esperara menos, la verdad.

Y me recreo en la afirmación de que Logan ya me habría partido la cara de ser su casa a la que hubiese ido.

Sabia decisión.

—Tengo que hablar con Noah.

—¡Qué! Ni de coña.

—No me voy a ir sin hacerlo. Solo necesito una respuesta.

—Para eso no hace falta que hables con ella. Ayura no está aquí ni en casa de Logan, ¿contento?

—No.

—Pues te jodes. Y ahora, largo. Estás molestando, tío.

—No voy a irme sin hablar con ella, te pongas como te pongas.

—Mira, colega…

En un segundo me tiene agarrado por la pechera y su fuerza es tal que eleva mi cuerpo hacia arriba, lo que provoca que toque el suelo con la punta de los dedos de los pies.

Sí, a Ry no lo gana nadie cuando está en modo animal, y este es uno de ellos.

—No he venido para pelear contigo, Ry, solo quiero que me diga dónde está y te juro que, después, me marcharé. No pido tanto, ¿no crees?

Ry reconsidera mis palabras y me suelta, aunque lo que no hace es mostrar ningún tipo de simpatía hacia mí. Al contrario, si las miradas matasen yo ya no pertenecería a este mundo, y un suspiro de alivio se escapa de mi boca al ver que Noah aparece cubriendo su cuerpo desnudo con una bata.

—Cariño, déjalo entrar.

Tres palabras. O mejor dicho, tres putas palabras y la mole que tengo delante se hace a un lado.

Y por un instante pienso en el poder que tienen estas mujeres sobre mis amigos, lo que me lleva directo a efectuarme una pregunta un tanto peliaguda.

Esta es:

¿De verdad estaría dispuesto a sucumbir de esta forma ante una mujer?

La respuesta llega, arrasando con todo, y me deja perplejo.

Por supuesto que estaría dispuesto, y lo mejor, o peor, es que esa chica ya existe.

En cuanto el camino queda libre accedo al interior y voy directo a por Noah, en busca de una explicación, y va a ser que he pecado de ingenuo.

Mal que me pese, tanto ella, como Amelia, no ostentan el poder únicamente con sus novios, qué va, lo hacen con cualquiera que se precie, y por supuesto yo soy uno de ellos, lo que da lugar a que me lleve una bronca de campeonato sin la necesidad de abrir la puñetera boca siquiera.

Mal empezamos.

—Morgan, nos debes muchas explicaciones, aunque ya habrá tiempo para eso. Y ya que has venido, decirte que tengo una información que te va a encantar. Ayura está en casa de Marcus.

¡Boom!

Lo suelta así, sin más, y a mí casi me da algo, joder.

¿Acaso pretende matarme?

—¿¿Qué??

—No he terminado —comenta regañándome como si fuese un niño pequeño—. Bien, pues como te estaba diciendo, Ayura está en casa de Marcus y allí va a quedarse durante el tiempo que ella considere conveniente. Anoche la convencimos para que aprovechara la oportunidad de conocernos y ha aceptado.

»En cuanto a lo desconsiderado, egoísta y capullo redomado que has sido con ella, según sus palabras textuales, ya puedes tener una buena excusa porque…

—¿Eso ha dicho de mí?

—Sí, y como te decía, ya puedes tener una buena excusa, porque, de lo contrario, Amelia y yo te vamos a hacer la vida

imposible.

—¿Vosotras también?

—¿A qué te refieres?

—A que eso mismo fue lo que me dijo Ayura cuando estos cabrones decidieron no dar la vuelta cuando veníamos de camino, a eso.

—¿Sabes? Tu chica cada vez me gusta más.

—Un momento, ¿cómo que mi chica? Yo en ningún caso he dicho…

—¡Chttt! A callar. Como te iba diciendo antes de que me cortaras… —retoma la conversación a su antojo por tercera vez—, tu chica cada vez me gusta más y lo siento por ti. Vas a sufrir. Y te lo mereces.

—Oye, oye, ¿se puede saber desde qué momento os habéis puesto a su favor?

—Desde el minuto uno, y ahora, largo. ¡Ah! Y ni se te ocurra pasarte por allí, solo empeorarías las cosas. Ella ha decidido quedarse solo si es con Marcus o alguna de nosotras, así que, por favor, no lo estropees. ¿Entendido?

—¿Sabes? A veces te odio.

—¡Ja! Mentiroso.

—¿Habéis terminado ya? —se mete en la conversación Ry con un mosqueo que ni te cuento.

—Sí, cariño, vuelvo a estar a tu entera disposición. Adiós, Morgan, que pases un bonito día pensando en tu chica y en Marcus.

—Lo constato. Te odio.

—Sí, sí, lo que tú digas. Y cierra la puerta al salir, que aquí, tu amigo y yo nos vamos directos a terminar lo que has interrumpido.

Sin más, los dos se buscan, hasta que sus bocas se encuentran, y elevo los ojos al techo mientras el fuego me devora por dentro y por fuera ante la imagen que se presenta dentro de mi mente calenturienta, que no es otra que Ayura y yo intercambiando fluidos como si no hubiese un mañana.

Joder.

Y asumo lo jodidamente tocado que estoy. Saber que está con el capitán ha caído sobre mí como una losa, y lo peor de todo es

que debo hacerle caso a mi amiga.

Si cometo el error de ir a buscarla lo pagaré caro, lo que significa que no me queda otra que tragarme los celos.

Sí, los celos. Ahora mismo estoy tan celoso que podría cometer una locura de campeonato, y decido comportarme como el chico prudente y sensato que una vez fui, por mucho que me cueste.

Y vaya si cuesta.

Mucho. Incluso demasiado se quedaría corto, lo que me lleva directo a un escenario irreal.

Me cago en todo. Esto me pasa por gilipollas.

CAPÍTULO 33

Morgan

Poco a poco van pasando las horas de este primer día de descanso y sigo con el convencimiento de que podré superar el embrollo en el que estoy metido hasta el cuello.

Sí, claro que podré. Yo solo tengo que recuperarme. Las heridas del hombro y costado todavía no están curadas por completo y debería agradecer la semana libre que nos han dado, tiempo suficiente para reordenar el cambio sustancial que se ha producido en mi vida, empezando por dar normalidad a que Ayura haya decidido quedarse en casa de Marcus y no en la mía.

Desde luego razones tiene, aunque no las comparta, y me refiero a que sigo pensando que su lugar está aquí, conmigo, a pesar de que piense que he sido un desconsiderado, un egoísta y un capullo redomado.

Joder, ¿por qué llevo todo el puto día pensando en lo mismo?

Por más que lo intento no se me quita de la cabeza y te juro que ya no puedo más.

Es superior a mis fuerzas.

Quizá, por ese motivo, termino cogiendo el móvil. Últimamente estoy que me salgo en cuanto a liarla a lo grande y, aunque en un principio dudo, no tardo en mandarlo todo a la mierda.

Sí, todo.

La situación en la que me encuentro así lo requiere y sé quiénes pueden ayudarme, así que, ni corto ni perezoso, abro el grupo de wasaps cuyo nombre es el de *mis chicas especiales* y me pongo a teclear como un loco.

Ellas serán mi desahogo.

Las necesito.

Y aquí añadiré que lo hago aun sabiendo que sus novios podrían pillarlas hablando conmigo, lo que supondría una hecatombe de magnitud imprevisible, más en concreto por el lado de Logan, pero lo siento, es lo que hay.

Al final, lo que empieza con la intención de enviar un único wasap también se me va de las manos y terminan siendo cuatro seguidos, algo impensable si se tratara del Morgan sensato y comedido que una vez existió, y me planteo si no habrá desaparecido para siempre.

A saber. Ni yo mismo lo sé.

El primer mensaje dice así:

Yo:
Chicas, lamento poneros en un aprieto, pero tengo un problemón de narices. Si no os lo digo reviento.

El segundo:

Yo:
No soporto la idea de que Ayura esté con Marcus.

El tercero:

Yo:
Os juro que si le toca un pelo me lo cargo, y no, no estoy bromeando. Ojalá.

Y el definitivo y más importante debido al calado emocional que lleva en cada palabra escrita:

Yo:
No entiendo cómo es posible que ni siquiera la haya besado ni una puta vez y pueda sentir tanto por ella. ¿Creéis que me he vuelto loco de repente o que se trata de un capricho pasajero que no sé gestionar?

Ni un minuto tardan en estar en línea, sí, las dos, y el corazón se me llena de ternura.

El tándem que formamos es perfecto. La complicidad entre los tres siempre lo ha sido y la emoción me embarga al ver que escriben al mismo tiempo, sin que les parezca trascendente lo de pararse a pensar que deberían ser inteligentes e ignorarme.

Las adoro más por ello, en el caso de que fuera posible, aunque no lo es.

El primer texto que entra es el de Noah y se manifiesta de esta manera:

Noah:
¿En serio no os habéis besado? Ya te vale, Morgan.

Amelia:
Acabáramos, pues ahí está el verdadero problema. ¿Me puedes explicar el motivo? Porque te juro que no lo entiendo. Anoche le sonsacamos que tú también le gustas y, aunque sabemos que eres adorable, no te pega nada lo de ir por ahí conteniendo tus impulsos.

Yo:
No habrá sido por falta de ganas. Lo que ocurre es que la gente de la tribu no piensa como nosotros. Para ellos la selva es un lugar sagrado y cuando tuve la oportunidad de dar un paso más, la rechacé. De no haberlo hecho sí que sería un cabrón y Ayura no se lo merecía. Es especial.

Amelia:
¿Especial? Madre mía, acabas de dejar claro que de capricho pasajero nada de nada, sino todo lo contrario.

Noah:
Morgan, cariño, esa es la declaración más bonita que le podrías hacer a una mujer.

Yo:

Pero seguís sin responderme a lo más importante. ¿Se puede sentir algo por alguien sin ni siquiera haberla besado?

El nivel de emoción se dispara hasta un punto de no retorno y, aunque las respuestas por parte de ellas llegarán, no espero y continúo abriendo mi alma de principio a fin.

Yo:
Estoy perdido. Más que nunca. Jamás me había ocurrido algo parecido y os lo juro. No sé cómo sortear lo que siento por dentro, porque la realidad es tan simple que asusta. Si por mí fuera, ahora mismo iría a casa de Marcus y me la llevaría de allí a rastras. Eso es lo que quiero hacer. Solo eso. ¿Entendéis lo sumamente jodido que estoy?

Las dos dejan de escribir, supongo que para analizar lo que sucede en realidad, y casi al mismo tiempo llegan los siguientes mensajes, que, paradojas de la vida, son casi iguales.

Amelia:
¡¡Tú no hagas nada!! Ya nos ocupamos nosotras.

Noah:
¡¡Ni se te ocurra!! Amelia y yo nos encargamos.

Yo:
¿Cómo?

Amelia:
Danos de margen unos minutos. Ya te enterarás.
¡¡¡Joder!!! Logan acaba de pillarme.
Morgan, haz el favor de estarte quietecito hasta que te digamos algo, ¿de acuerdo?

Noah:

No me lo puedo creer, ¿acaso tu novio y el mío se conectan a través de la mente? Ry también me ha descubierto. Luego hablamos. Y lo dicho. ¡¡NO EMPEORES LAS COSAS!!

Mierda.

Lo que suponía un simple wasap se ha terminado convirtiendo en una conversación y mis pobres amigas van a llevarse la peor parte por mi culpa.

¡La hostia! ¿Cuándo voy a dejar de liarla?

***

Amelia

—¿En serio, Amelia?

La cara de mi prometido clama al cielo, aunque podré solventar esta situación y, además, no tardando mucho.

¿Queréis verlo?

Atentas.

—Cariño, no te enfades.

—¿Cómo quieres que no me enfade? Desde que he venido de misión parece que le haces más caso al cabrón de Morgan que a mí, y te lo avisé. Fui muy considerado contigo al dejar que me dejaras en la cama para ir a su casa a interesarte por los dos, y esto es la gota que colma el vaso.

—No sé a qué te refieres —me hago la disimulada, poniendo cara de niña buena.

Se me da bien. Casi siempre suele funcionarme y, solo después, espero el posible contraataque.

—¿Perdona? No me tomes por tonto. Conozco el sonido del grupo que tenéis los tres, estabais wasapeando y…

Y ya ha hablado suficiente, ¿no crees?

—¿Qué has dicho? ¿Que fuiste muy considerado conmigo? ¡Ja! ¿De qué vas?

—Amelia, ni lo intentes.

—¿Que no intente el qué?

—Darle la vuelta a mi alegato, porque llevo razón.

Pillada, y cambio de estrategia según la marcha.

—Vale, no lo haré.

Él me mira con extrañeza, no se fía de mí, y hace bien.

De un tiempo a esta parte me he convertido en una experta a la hora de darle un enfoque diferente a cualquier asunto en el que no estemos de acuerdo, y siempre, o casi siempre lo consigo, solo que, esta vez, parece diferente.

Jamás había visto a Logan tan sumamente cabreado con ninguno de sus amigos y, aunque entiendo su postura, no la comparto.

Imposible.

—No te creo —alega mi chico, apuntándome con el dedo—, se te da de maravilla lo de manipularme, y te aseguro que hoy no te saldrás con la tuya.

—Cariño, estoy de acuerdo contigo, ¿y sabes el motivo? Porque tú mismo vas a ponerte de parte de Morgan en cuanto...

—Te he dicho que por ahí no, Amelia, te lo advierto —me corta zanjando el tema.

—¿Y si te digo que tu amigo…?

—No es mi amigo —me corta con ímpetu por vez consecutiva —. En estos momentos, no.

Buf, pues sí que va a ser complicado, sí. A cabezota por regla general no lo gana nadie, aunque me da exactamente igual y cambio de estrategia, otra vez.

—Vale, ¿y si te digo que la desesperación de *mi amigo* es tan grande que lo único que quiere es ir a buscar a Ayura para llevársela a rastras?

—Me es indiferente.

—No es verdad, y lo sabes.

Se está haciendo el duro. Lo conozco demasiado. Y mientras se dedica a la tarea, mi paciencia se va agotando a marchas agigantadas.

—Amelia…

—No. Ni Amelia ni leches. —Salto como un escopetazo, reconduciendo la situación de una vez mediante un ultimátum

certero a la par que contundente—. Y ahora, hazme el puñetero favor de ponerte en su situación y dime, si puedes, que tú no desobedecerías las órdenes de cualquier superior que se precie en el caso de que fuese yo la que me encontrara en peligro.

Nada. Que no hay manera.

—¿Y ahora me vienes con esas? Me cago en la hostia, nuestra historia no se puede comparar con la de ellos.

—¿Y quién ha dicho que no? —pronuncio envalentonada, aniquilándolo con la mirada de igual a igual.

—Yo.

—Pues te equivocas, lee los wasaps y lo entenderás —bajo el tono tratando de que reconsidere sus palabras, tendiéndole el teléfono móvil con una súplica en los ojos.

—Paso.

¿Qué?

Tras mi alegato jamás hubiese supuesto que seguiría cerrado en banda, y no es lo peor. Su comportamiento cada vez se asemeja más al de un crío pequeño y, como tal, empleo unos segundos con el fin de calmarme ante tanta eventualidad junta.

—Vale —resoplo consternada, recurriendo al autocontrol para no darme por vencida—. En ese caso, te haré un resumen.

—No quiero ningún resumen, ni mucho menos perder el tiempo hablando de él. Yo lo único que quiero es estar contigo y aprovechar cada minuto. ¿Es tan difícil?

Se acabó, hasta aquí he llegado.

—Muy bien, tú te lo has buscado.

En cuanto cojo el bolso su cara cambia, y lo siento, ya no hay vuelta atrás.

—No te atreverás —es lo único que dice.

—Ya que no quieres escucharme, prefiero aprovechar e irme. Esta noche nos vemos en el bar de Mat.

—¡Qué! ¡Vuelve aquí de inmediato! Amelia. Ameliaaa.

Ni siquiera me molesto en despedirme. Hay veces que la ocasión merece repercusiones serias y solo espero que mi desplante no me termine pasando factura.

No soy tonta, sé que acabo de cruzar una línea roja, pero lo solventaremos.

No me queda otra, mi querido amorcito ha entrado en bucle y nada ni nadie lo harán cambiar de parecer, así que, mejor, le dejo que reflexione un poco, que falta le hace.

Ya habrá tiempo de reconciliarnos, ya.

¿Esta noche por ejemplo?

Y salgo de casa con dos objetivos bien marcados.

El primero: sacar a Ayura de casa de Marcus. De no hacerlo la situación podría dinamitarse de verdad, y no lo voy a consentir.

Y el segundo: comentar el plan que se me ha ocurrido con las personas indicadas para tratar de enmendar la situación.

Los dos objetivos van unidos y me basta con enviar un simple wasap al grupo anterior para ponerlos al corriente.

Yo:

Voy a por Ayura, acabo de decidir que nos vamos de compras.

Noah, no estás incluida en los planes, con que exista un cabreo monumental en una de las parejas, basta.

Por cierto, esta noche nos vemos en el bar de Mat.

Sí, Morgan, tú también. La quedada se adelanta.

Listo. Ya puedo guardar el móvil en el bolso. Mientras lo hago, una pregunta interior se pronuncia y suspiro con pesar.

¿Servirán los cortafuegos que he creado con el fin de evitar que el pequeño del grupo termine dinamitándolo todo?

Espero que sí, porque lo cierto es que el Morgan que ha regresado de la selva no es el mismo, me ha quedado claro, y por el momento soy la única que puede solventar un panorama que cada vez se vuelve más y más complicado.

Algo que no voy a consentir, ni siquiera con lo que ello supone para mi chico y para mí, pero ya lo entenderá.

De manera inmediata, dejo los pensamientos a un lado y con paso decidido voy a por Ayura.

Necesita ir de compras de manera urgente y aquí estoy yo para colaborar.

CAPÍTULO 34

Ayura

—Por favor, ¿puedo hablar contigo?

Marcus accede al dormitorio que me ha cedido después de llamar a la puerta y me sorprende que lo haga con una bandeja repleta de alimentos, al igual que lo tarde que es.

Por la posición del sol debe ser cerca del mediodía y doy por hecho que tanto movimiento la noche anterior ha sido la causa de dormir a pierna suelta en un escenario desconocido de principio a fin.

—No hacía falta que me trajeras nada, de verdad.

—¿Has descansado?

—Sí. En cuanto al desayuno… —pronuncio un tanto incómoda ante la suposición de que siga tratando de ligar conmigo.

Este hombre es imprevisible, me lo dejó claro en la selva, y no sé muy bien cómo capear el temporal ahora que nos encontramos los dos solos, sin ninguna compañía, y lo que es peor: en su casa.

—Ayura, no es lo que crees —manifiesta serio, antes de dejar lo que lleva en las manos sobre la mesilla. A simple vista confiere que es un hombre distinto en todos los sentidos de la palabra, e insisto, no me fío de él—, ¿puedo sentarme?

La pregunta me pilla de imprevisto. El Marcus que conozco jamás me habría pedido permiso para nada y el cambio obrado en él me confunde y extraña al mismo tiempo.

—Sí —respondo un tanto incómoda.

Él lo hace, situándose sobre el colchón, y en un acto reflejo tiro de la sábana para cubrirme hasta el cuello, notando que la otra parte afronta como puede mi desconcierto inicial, empezando por:

—Tranquila, jamás se me ocurriría ser tan mezquino como para tratar de aprovecharme de ti, yo, lo único que pretendo es

expresarte mis disculpas. Sí, Ayura, lamento mi comportamiento en la selva. Ayer te lo dije por encima, pero necesito aclarártelo.

Constatado. El militar que tengo frente a mí dista mucho del de siempre, apenas lo reconozco, y presto atención a lo que me dice.

—En mi pasado existe un episodio que me cambió y marcó. Ninguno de mis amigos lo sabe, exceptuando Logan. A partir de ahí, el Marcus que fui una vez desapareció y decidí ser un cabrón con cada mujer que se me pusiera a tiro.

»Por eso te digo que lo lamento, Ayura. Quiero que sepas que te respeto, me tienes aquí para lo que necesites y ha llegado el momento de que entiendas el verdadero motivo por el que trataba de inmiscuirme entre Morgan y tú, porque es lo que hacía una y otra vez de manera sistemática.

Cada frase que sale de su boca eleva mi intriga a la máxima potencia, aunque prefiero zanjar el último asunto.

—Ah, tranquilo. Por esa parte no hay nada, así que…

—No es cierto. Os gustáis. Los dos. Lo supe desde el principio. No estoy ciego, aunque a veces me convenga simular lo contrario.

Su alegato me deja un tanto perpleja y arrugo el ceño, dejándome llevar por la curiosidad.

—Marcus, ¿qué tratas de decirme exactamente?

Por su pose alicaída y triste interpreto que lo que va a contarme supondrá toda una sorpresa, y doy en el clavo.

—Tu forma de ser me recuerda a alguien que fue muy importante en mi vida, quizá, por ese motivo, aproveché la ocasión para quitarme esa espina que llevo clavada en mi corazón y quise hacerlo contigo.

—¿Por qué?

—No terminamos bien y desde el instante en el que te vi pretendí desahogarme. Solo eso.

La confesión del capitán confiere un grado de sufrimiento total y, si había alguna duda al respecto, el dolor en sus ojos lo afirma, dejándome más alucinada todavía por el cambio tan considerable de guion. Más si tengo en cuenta que hasta hace un

segundo podría asegurar que el hombre derrumbado que tengo a mi lado seguía siendo un oportunista, un engreído, un maleducado y, por descontado, un auténtico desconsiderado, y resulta que nada más lejos de la realidad.

Todo era una fachada.

Increíble.

—¿Por qué me lo cuentas? —indago con interés, e incluso consigo relajarme a pesar de su cercanía.

—Porque te lo debo. De lejos se aprecia lo especial que eres, y eso me lleva al asunto de Morgan.

De nuevo vuelve al punto discordante y va a ser que no, por lo tanto, no le dejo y me planto.

—Por favor, no insistas. Ese tema no me interesa.

—Mientes.

Sus ojos no me dan ningún tipo de tregua, parecen inmiscuirse en mi interior con la finalidad de leer lo que trato de ocultar a toda costa, y no doy crédito ante el poder que trasmite como persona.

Por descontado, no es el mismo. Si me lo llegan a decir jamás lo hubiese creído, y en cambio, aquí estoy, sorprendida de principio a fin y sometida a su escrutinio.

—Ayura. Me bastaron los primeros días para entender que el comportamiento de mi compañero distaba mucho del de siempre, y sí, al principio me encabroné por la simple cuestión de que él no dudó en echarse a un lado mientras yo intentaba pasar un rato divertido contigo cuando, en cuanto podía, a lo único que se dedicaba era a seguirte todas y cada una de las noches en las que dio por sentado que ninguno de sus amigos nos daríamos cuenta.

»Fue en uno de esos seguimientos cuando opté por tensar la cuerda. Por aquel entonces mi admiración hacia ti crecía de forma exponencial gracias a la multitud de habilidades en tu haber, y supuse que el bueno de Morgan jamás se atrevería a dar un paso hacia adelante después de darme su palabra, así que, valoré qué hacer y decidí seguir insistiendo a pesar de que tú jamás te fijarías en mí. Me lo dejaste claro.

»Ayura, la verdad en todo este asunto es simple. En cuanto conociste al verdadero Morgan te faltó tiempo para mirarlo de manera diferente, y cuando tuvimos que huir, refugiándonos los tres en aquella cabaña, puse todo de mi parte para que mi compañero despertara de una vez. Algo que hizo, gracias a los celos, al menos hasta que apareció Nekirú y dijiste lo que dijiste.

Guau.

Desde fuera, y visto así, la apreciación del capitán cambia tanto que tengo que reubicar algún recuerdo concreto, comprendiendo que el placaje que me hacía cada vez que podía no era tal.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque es el momento de hacerlo, del mismo modo que es el momento de que te pares a pensar en lo que supusieron tus palabras para él. Ni te lo imaginas.

—Para. Para. ¿De qué hablas?

—¿De verdad no lo sabes?

—No.

El silencio que se produce a continuación me da mala espina y le insto a que me lo cuente.

Lo necesito.

—¿Marcus? ¿Por qué no continúas?

—Porque he hablado demasiado y tiene que ser él el que te lo diga, no yo.

—¿Decirme el qué? —insisto sin dar mi brazo a torcer—. No te entiendo.

Para mi pesar, él se queda callado y yo aprovecho para dejar a su querido amigo a la altura del betún.

—Vale, pues si tu decisión es esa, me toca a mí, y empezaré por indicarte un pequeño matiz: no lo defiendas. Él solo se ha retratado.

—¿A qué te refieres?

—A lo poco que tardó en ofrecerme una imagen que no me esperaba, a eso. Y ya que estamos, te daré un dato revelador. Su cambio comenzó en el instante en el que a mi padre se le ocurrió la

genial idea de casarnos. A partir de ahí, Morgan cambió y dejó que viera su peor versión.

En cuanto lo suelto, Marcus evidencia que no está para nada de acuerdo y salta escopetado:

—Te equivocas. Morgan no tiene peor versión.

—Permíteme que te corrija.

—No, por supuesto que no te lo permito —insiste sin pelos en la lengua—. Lo conozco desde hace años y pondría la mano en el fuego por él sin pensarlo. De verdad, Ayura, Morgan es el mejor tipo con el que podrías haberte encontrado. Te lo garantizo.

El grado de perplejidad cada vez es mayor. No voy a negarlo. Y todo gracias a la férrea protección que le brinda.

Es cien por cien veraz. No me hace falta recurrir a mi instinto para corroborar la estrecha relación que existe entre ellos, y sigo alucinando por la interpretación estelar que llevó a cabo entre mi gente.

Llegados hasta aquí, reconozco la ansiedad que me supone averiguar el último punto. Ese que aún no ha desarrollado y que me tiene en un estado de nervios único, y lo afronto sin dilación.

—Marcus…

El sonido del timbre nos interrumpe en el instante menos indicado y de mi boca se escapa un suspiro de pesar.

—No te fustigues, de todas formas jamás me hubieses convencido para decírtelo, así que piensa que si juegas bien tus cartas él mismo será el que lo haga. Y ahora, veamos quién viene a por ti.

—¿Por qué dices eso?

—Porque barajo dos opciones, y espero, por el bien de todos, que no sea la que más papeletas tiene.

—¿Y esa es…?

—Morgan.

—¿Morgan? ¿Y por qué iba a ser él?

—Ay, Ayura, Ayura, no te hagas la tonta. Tú, mejor que nadie debería saber que no eres una más para él, y como te iba diciendo, espero que no sea mi amigo. En el caso de serlo pretenderá llevarte

a la fuerza y no puedo consentirlo, lo que supondría un choque frontal entre los dos.

—Eso sería un disparate —le quito importancia de inmediato —, además, ¿cómo se te ocurre pensar tal barbaridad?

La respuesta de la otra parte me llega a través de una sonrisa condescendiente, la cual se disemina poco a poco, hasta que aclara:

—Fácil, porque es lo que yo haría si estuviera en su situación. Por eso. No te muevas de aquí y aprovecha para comerte lo que te he preparado. Con tanta charla no tardará en enfriarse y no puedes desaprovechar la ocasión. Ya ni siquiera me acuerdo de la última vez que le llevé el desayuno a una chica a la cama, lo que significa que puedes considerarte una afortunada.

Sin más, me guiña un ojo con complicidad, a continuación se levanta, desaparece por la puerta y a mí no se me ocurre otra que seguir sus pasos a la carrera, todo para averiguar quién es la persona que llama al timbre de manera reiterada e insistente, denotando la prisa que tiene.

Pronto lo descubro.

Se trata de Amelia y su poder de persuasión, ya que poco tarda en plantarse en el cuarto de invitados para convencerme de que la acompañe de compras, mientras aprovecha para ponerme al día en cuanto a lo que nos espera en el bar de un tal Mat esa misma noche.

Vaya, reconozco que cada minuto que paso al lado de los nuevos integrantes de mi vida está repleto de sorpresas, de la misma forma que considero que estaría mintiendo si dijera que no me gusta la atención desmedida de cada uno de ellos.

Es vital para mí. Los estragos que ha supuesto la decisión de mi padre podrían ser mil veces peor y, por ahora, lo de sentirme tan importante logra que deje atrás el vacío tan inmenso que experimenté cuando supe que estaba abocada a permanecer alejada de mi gente el resto de mi existencia.

CAPÍTULO 35

Bar de Mat, diez y cuarto de la noche

Morgan

Me he comportado de manera civilizada durante todo el día. Lo mío me ha costado, pero lo he conseguido.

Ahora toca seguir el mismo patrón, solo que, en cuanto la veo aparecer junto a Amelia, pierdo la noción del tiempo y casi la cabeza.

Está preciosa, joder. Los vaqueros que lleva le sientan demasiado bien y la combinación con la camiseta de tirantes le da un aspecto moderno y místico a la vez, confiriendo lo única que es.

Incomprensiblemente, los nervios se desatan y cojo la cerveza de la barra con el convencimiento de que la velada va a suponer una auténtica prueba de fuego. Lo constato en cuanto echo un vistazo general, y me encabrono yo solo por dos motivos bien diferentes entre sí.

El primero: los chicos que reparan en ella se la comen con los ojos y me entran unas ganas repentinas de dejarles ciegos.

Sí, a todos.

¿Qué pasa?

Y el segundo: la cabezonería extrema de Logan. Muy a mi pesar sigue emperrado en no dirigirme la palabra y a lo que se dedica desde que ha puesto un pie en el interior del bar es a permanecer lo más alejado posible, dejando claro que su mosqueo se ha multiplicado gracias a mi interacción con su novia vía móvil.

Vamos, que el escenario es idílico, léase la ironía.

—¡Joder con Ayura! —exclama Marcus de pronto, propinándome un codazo en mitad de las costillas que logra que vuelva a la realidad—, pero mira que está buena tu mujercita, ¿eh?

El cachondeo no tarda en extenderse por el resto del grupo, menos del gruñón de turno, y a mí no me hace ni puñetera gracia.

—¿Quieres que te parta la cara? No es mi mujercita, así que, cierra la puta boca.

—Ni de coña. Ya es hora de que empieces a afrontar que Ayura te gusta de verdad, y espero que a estas alturas no tenga que decirte lo que yo haría si estuviese en tu lugar.

—¿De qué hablas?

—Del tiempo que sigues perdiendo, de eso —me recrimina sin dudar.

—Ella no quiere saber nada de mí.

Ry y Noah se unen a la conversación y coinciden con el capitán.

—*Bro,* esa chica está colada por ti —argumenta el primero sin despeinarse—, lo que ocurre es que te pasaste de frenada al echarle la culpa de lo que hizo su padre, entre otras cosas, y está molesta contigo.

—Bueno, de ser ella, yo lo que estaría es muy cabreada y no por ese motivo, precisamente —añade Noah como si nada, lanzándose al vacío y elevando el tono para que el sargento malhumorado la escuche—, ni siquiera la ha besado. ¿Vosotros creéis que eso es medio normal?

Bfff. Marcus escupe la cerveza, debido a la impresión, y gira el cuello hacia mí.

—¿¿Qué??

—Ya te vale, Noah, se suponía que era una conversación privada entre nosotros. ¿De qué vas? —Le recrimino dolido.

—Privada, dice. ¡Ja!

—No volveré a confiar en ninguna de vosotras.

—No tendré esa suerte —arremete Logan lanzándome una pulla.

—Oye, ¿vas a estar así todo el tiempo? —Ry es el que pregunta y el aludido le responde con malas pulgas.

—Por supuesto. Si fueses tú el que se hubiese quedado todo el día sin su chica ya veríamos cómo estarías.

El capitán eleva los ojos al techo tras el alegato victimista e interviene:

—Tíos, hay veces que parecéis críos —culmina reconduciendo la situación—, lo que no entiendo es cómo os aguantan vuestras novias. Tanto Noah como Amelia tienen el cielo ganado, ya os lo digo. Anda, y hablando de Amelia, por su cara vaticino que no tardarás en volver al redil, amigo.

—¿Qué insinúas?

—Lo que tú ya sabes. Vamos, Logan, ¿a quién pretendes engañar? Te mueres de ganas de ir a por tu chica, y todos sabemos que hasta que no le vuelvas a dirigir la palabra a Morgan tu prometida no querrá saber nada de ti, lo que significa que, en cuanto te descuides, duermes en el sillón.

—Que te jodan, listo.

Logan deja el botellín y, cegado por la ira, va al encuentro de su novia con la idea de dejarle las cosas claras, más en concreto acerca de que no piensa dormir en el sillón así lo maten, y los que se quedan atrás se limitan a echar unas risas y a apostar.

Algo que yo no hago. Mal que me pese he contribuido al mal rollo entre la pareja y no me siento nada orgulloso por ello.

—Cincuenta pavos a que en menos de media hora los tortolitos se han arreglado —comenta Marcus.

—Vale, pero yo digo que lo harán antes —finaliza Ry.

—Sois gilipollas. Sí, los dos —termina Noah, viendo cómo la pareja no tarda en enzarzarse en una pelea, mientras Ayura continúa avanzando hacia el grupo.

Una vez llega, constato que su postura no ha cambiado y que saluda a todos menos a mí, lo que casi me causa un infarto de miocardio.

Vaya un día de mierda.

Entonces paso de la cerveza y me pido una copa con el ánimo por los suelos, lo que Noah aprovecha para coger la mano de Ayura con la intención de arrastrarla hasta la pista de baile.

Quiere que se desinhiba un poco y hará cuanto esté en sus manos con tal de que deje atrás la tristeza, sin duda un trabajo

arduo, ya que, de todos es la única que se ha llevado la peor parte, y su rostro evidencia lo perdida que se encuentra.

***

Amelia

Sigo los pasos de mi novio.

No me queda otro remedio. Sigue tan enfadado que no atiende a razones y solo cuando llegamos al almacén del bar soy consciente de lo mal que está.

—Amelia, tú y yo vamos a aclarar esto ahora mismo y quiero que sepas que no voy a perdonarte que hayas interpuesto a alguien por encima de mí.

—Cariño…

—No. Me dejaste solo. En casa. Dos veces. Recién llegado de una misión complicada.

—Tenía mis motivos.

—No me valen. Soy tu novio y debería ser tu prioridad número uno.

—Lo eres.

—Pues no lo parece.

—¿Estás celoso? —le pregunto con el corazón encogido, aguantando las ganas de abrazarlo.

Llevo fatal esta distancia impuesta, lo admito. A mí también me está costando la vida, solo que debo hacerlo por el bien de Morgan.

—¿Y qué si es así? Tengo derecho a estarlo, y ahora, atenta, tengo algo que decirte. La que duerme esta noche en el sillón, eres tú.

—¿¿Qué??

Vaya, menudo cambio de registro.

—Lo que oyes —insiste sin dar su brazo a torcer.

Admito que su ultimátum no me lo esperaba para nada y, aunque sé que nunca sería capaz de consentirlo, por muy enfadado

que esté, me propongo dar carpetazo a este sinsentido de una vez, y sé cómo hacerlo.

—Cariño, si lo que quieres es que durmamos separados, lo haremos —le sigo la corriente, disimulando que sería un verdadero desperdicio.

Y *voilà.* De forma inmediata algo cambia en el rictus de su cara y poco tarda en recular.

—No, no es lo que quiero, pero tú me has obligado a tomar medidas serias.

—No es verdad —pronuncio con una paciencia infinita, avanzando hacia él—. Si me hubieses escuchado habrías entendido mi postura.

—¿Qué postura? Joder, Amelia, no empieces otra vez, te aviso.

Doy otro paso, acortando la distancia, y leo en sus ojos la lucha interna que mantiene consigo mismo.

Es adorable. Con todo lo grande que es a mí no puede engañarme, conozco cada una de sus debilidades y yo me encuentro en el número uno.

—Cariño, deja de hacerte el duro de una vez, ¿quieres? —insinúo mediante un susurro, bajando la mirada hasta su boca.

—Y tú deja de provocarme.

—¿Eso hago?

—Sí, joder, eso haces. Y sabes que no lo soporto.

—¿Por qué?

Un último paso y alargo los brazos, rodeando su espalda y acurrucándome en su pecho duro como una roca.

—Porque cuando me provocas siempre ganas, por eso.

Lo tengo justo donde quería y me lanzo al vacío, ante el convencimiento de que no podrá rechazarme por mucho que lo intente.

—¿Sabes las ganas que tengo de besarte ahora mismo? —le susurro cerca de la oreja.

—¿Y yo las de empotrarte contra esa pared?

La temperatura sube de manera alarmante y el deseo que brota de sus ojos me enciende de tal manera que me llevo las

manos a los botones de la blusa y poco a poco los voy desabrochando.

—Doy por hecho que después de que me empotres, y quieras o no, me escucharás, ¿verdad?

Logan traga saliva y me fijo en el movimiento de su nuez. Es hipnótico y *sexy* a la vez, y me relamo de gusto ante lo que está por venir.

Vamos a incendiar el almacén, no digo más.

—Eso ya lo veremos. Y ahora, ven aquí, amor mío, no aguanto más.

El hambre que nos tenemos se desata sin contención alguna y a mi chico le basta cogerme en volandas para llevarme hasta donde me ha prometido, mientras me rompe el tanga con una de sus manos.

Sí, es así de animal y a mí me encanta.

—Pequeña, estás empapada…

De pronto, la puerta se abre y alguien nos mira con cara de estupor, a medida que gruñe:

—No me jodáis, lo vuestro no es ni medio normal.

El que nos pilla es Mat, el dueño del bar, y poco nos importa, todo hay que decirlo.

Y el pobre, profiriendo una cantidad de tacos seguidos, vuelve a cerrar, dejándonos por imposible, puesto que no es nuestra primera vez en este lugar.

Ni será la última, lo juro.

La primera embestida me eleva al cielo, la segunda consigue que me desinhiba de tal forma que comienzo a jadear, pidiendo más, y las siguientes desatan la lujuria que nos consume por igual hasta que un orgasmo devastador logra encumbrarnos a lo más alto.

Una vez que terminamos, y mucho más relajados, el amor de mi vida me sienta sobre sus rodillas y se dedica a mostrarme lo mucho que me quiere, al tiempo que yo aprovecho para, de una vez por todas, hacerle ver a lo que nos enfrentamos.

—Cariño, retomemos la conversación de esta mañana, ¿vale?

—No hace falta.

—¿Perdona?

—Tenías razón. Yo sería el primero en desobedecer cualquier orden si estuvieses en peligro, solo que mi cabreo no me dejaba ver más allá.

—Vaya, te ha costado ¿eh?

Besa mi nariz con una delicadeza infinita y, de seguido, se pone en modo cotilla, cambiando de registro.

—Oye, en cuanto a lo de que esos dos todavía no se hayan besado, ¿tú qué opinas?

Ay, mi chico duro, es que es un amor en todos los sentidos.

—¿Cómo sabes eso?

—Noah nos lo acaba de decir.

—Vaya.

—Sí, y no le ha sentado nada bien a Morgan.

—No me extraña. En cuanto a qué me parece, pienso que ya están tardando, pero no es nuestro problema.

—¿Ah, no?

—No. No lo es. Ahora mismo, no.

El que se relame de gusto a continuación, es él, e interpreta con acierto lo que vendrá a continuación, mientras reconozco que adoro a mi prometido. No es para menos, y aprovechando que estamos solos, me lanzo de nuevo al ataque.

—Joder, Mat nos va a matar —sentencia mi chico sin apartarse ni un milímetro.

—Que lo haga, de aquí no me mueve nadie.

—¿Sabes? Eres mi sueño hecho realidad.

—Y tú el mío, sargento.

***

Morgan

Creo que le voy a partir la cara a alguien.

Sí, lo creo con fervor.

Si a alguno de los que revolotean al lado de Ayura se le ocurre acercarse más de la cuenta, que se prepare. No digo más.

Mientras pienso eso, en mi campo de visión aparecen mis amigos agarrados de la mano y no hay que ser muy listos para interpretar lo que han estado haciendo.

Menuda suerte.

Yo, en cambio, a lo único que me he dedicado las tres agónicas horas que llevo aquí es a sufrir.

Sí, lo hago por diferentes motivos, aunque cada uno de ellos me conduce al mismo camino.

Ayura y sus continuos desplantes.

Sí, así es. Lleva todo el tiempo pasando de un servidor, bailando como una loca con Noah, Ryan o Marcus, y en cambio, a mí, que me den.

No lo soporto, es superior a mis fuerzas, y de ahí que diga que en cualquier momento la voy a liar.

—Tío, ¿todavía sigues así?

¡Aleluya! Logan por fin me habla y ni siquiera ese detalle me reconforta.

—¿Así cómo?

—Parapetado aquí con lo mucho que te gustaría acercar posturas con la chica a la que no puedes dejar de mirar. Si yo fuese tú ya habría intentado solventar el asunto que tenéis pendiente.

—¿Qué asunto?

—No me jodas, lo sabes de sobra. ¿A qué esperas para besarla?

Otro que viene de listo y, como tal, le devuelvo el dardo envenenado.

—Por cierto, Logan, ¿tú sabes que tus amigos han apostado cincuenta pavos a que en menos de media hora estabais los dos dándole al tema en el almacén?

—¿Y tú? ¿Has apostado?

—No. No estoy para gilipolleces.

—Vale. Me alegro. Y ahora, ¿quieres hacernos a todos el puto favor de empezar a dar un paso hacia adelante?

—No es tan sencillo.

—Nadie ha dicho que lo sea, pero te aviso, como vuelvas a distraer a Amelia no te perdono en la vida, ¿he hablado con la

suficiente claridad? Apáñatelas tú solo, que ya eres mayorcito.

—¿Quieres dejar de presionarme?

—No, no quiero.

El placaje es inaguantable y justo coincide con una escena que me enerva por dentro y por fuera, dejando todo atrás, al tiempo que observo cómo un tipo se pasa por los cojones que mi chica baile acompañada del resto del grupo para acercarse más de la cuenta con un propósito firme.

Y oye, logra en un segundo lo que ninguno de mis amigos hasta la fecha, llegando a la conclusión de que ya he visto todo lo que tenía que ver.

Nadie toca lo que es mío y ella es mi mujer.

Sí, mi mujer.

¿Qué importa que sea por el rito Yanomami?

Solo entonces encamino los pasos hacia la pista de baile improvisada. Lo hago con la decisión reflejada en la cara y mis amigos, al darse cuenta, no me quitan los ojos de encima, al tiempo que se alejan con una única intención.

Allanarme el camino hasta la chica que ha supuesto una auténtica revelación en mi vida, y la cual me sigue teniendo loco perdido.

CAPÍTULO 36

Ayura

Desde el minuto en el que Amelia y Noah me demuestran su apoyo incondicional decido dejarme llevar y la disposición a pasármelo bien es un hecho.

Se lo debo.

Es por ello que bailo, bebo, converso con el grupo y actúo como se espera de una joven como yo, y lo hago a sabiendas de cómo viven las personas fuera de la selva, sin importar a qué país pertenezcan.

La similitud es exacta, por consiguiente, el único punto a favor de la delicada situación en la que me encuentro debido a la nostalgia en la que sigo inmersa.

El cambio producido en mi día a día no me deja avanzar y los nubarrones grises que se presentan en el horizonte no ayudan mucho, empezando por el tema que me mantiene en un estado alterado y casi enajenado. Se trata de Morgan, o mejor dicho, de la incongruencia que supone ignorarlo a pesar de lo mucho que lo intento. Es imposible, además de superior a mis fuerzas.

Para rematar la faena, como si no tuviese bastantes frentes abiertos, me veo en la tesitura de soportar el avance de un desconocido que no me interesa en absoluto, contribuyendo a que el conjunto me sitúe en un nivel al que le resulta muy difícil fingir que disfruto de la velada, pero insisto.

Por mí que no quede.

—Hola, bombón, no te he visto nunca por aquí. ¿Cómo te llamas? —Se lanza un chico uniformado que no está nada mal, solo que no me interesa.

No.

En absoluto.

Estoy casada y le debo un respeto a mi esposo, por mucho que aquí este matrimonio no tenga ninguna validez.

He sido educada dentro de las normas de la tribu y si existe algo sagrado, precisamente, es la unión entre personas por parte del chamán, lo que supone una condena de la que no escaparé tan a la ligera.

—Hola, soy Ayura, por cierto, ¿te importaría soltarme?

Al tipo musculado le ha faltado tiempo para agarrarme de la cintura con el propósito de acercarme a la suya y no me siento cómoda.

Nada cómoda.

La otra parte pasa de mis palabras y se arrima un poco más, lo que equivale a que alce el tono para avisarle.

—¿No me has oído? —insisto con el propósito de propinarle un empujón.

Algo que ni siquiera me da tiempo, y abro los ojos como platos al fijarme en que Morgan se dirige hacia mí a toda velocidad, y lo que es peor, con una expresión demoníaca en sus ojos.

Ha perdido el control. Del todo. Incluso diría que le molesta hasta el infinito que otro me toque y mucho me temo que no voy nada desencaminada.

Su reacción desproporcionada basta para afirmarlo.

—¡Ortiz! ¡Te ha dicho que la sueltes! —ruge como un energúmeno, apartándolo con tal fuerza que cae al suelo.

La tragedia se masca en el ambiente y espero equivocarme.

—No te metas —contesta el aludido levantándose de inmediato para hacerle frente—. Esto no va contigo.

—Hijo de puta. Por supuesto que va conmigo. Ella es mi mujer.

Su respuesta me deja helada.

¿De verdad me considera como tal?

—¿Tu mujer? Es una broma, ¿no?

—No. No lo es. Y ahora quítate de mi vista o te juro que te parto la cara.

Hasta la vena del cuello la tiene dilatada. Solo le falta echar espuma por la boca y el tal Ortiz es listo y se retira a tiempo.

Menos mal.

Solo entonces nuestras miradas se encuentran y durante unos segundos se limitan a observarse, solo eso, al menos hasta que él rompe el embrujo.

—Tenemos que hablar, Ayura.

—Morgan, ¿me puedes explicar qué acaba de pasar aquí? Porque me parece que estás reclamando algo de lo que renegabas hace nada, y no me gusta que jueguen conmigo.

—Jamás se me ocurriría hacerlo. Ven conmigo.

—No.

—Ayura, por favor…

—He dicho que no.

Sin más doy media vuelta, buscando al grupo de amigos entre la gente, y una vez ubicado, ni un paso que doy por mucho que quiera hacerlo.

Alguien me lo impide, o más bien se toma la libertad de agarrarme del brazo para que no lo haga.

Ese alguien es Morgan, me basta el escalofrío que siento en cuanto sus dedos tocan mi piel desnuda para saberlo y, confundida a más no poder, me deshago de él de un tirón.

Mierda. Un simple roce y todo mi cuerpo se rebela. Jamás me había sucedido algo parecido, y echo la vista atrás hasta situarme en alguno de los escarceos que he tenido ante la necesidad de entender el mundo civilizado, llegando a la conclusión de que esto que siento por el militar es tan distinto que ni siquiera sé cómo dirimirlo. Lo juro por lo más sagrado.

Una vez que tengo el camino libre, comienzo a andar con el afán de alejarme de un hombre que me tiene cada vez más confundida, y ni dos pasos doy cuando el color de mi cara se desvanece ante su férrea insistencia, ya que, por segunda vez me retiene a la fuerza y ahí llega por vez consecutiva el calor abrasador que me sacude de principio a fin.

La confusión es tan evidente que pienso en rendirme, lo daría todo por dejarme llevar, y la realidad cae sobre mí como un jarro de agua fría.

Pase lo que pase, nunca he de olvidar que Morgan no habría dudado en marcharse sin preocuparse por mí después de lo que hizo mi padre, y si habló conmigo fue porque sus amigos lo pusieron al corriente en cuanto a la delicada situación en la que estaba.

Es así, según mi criterio terminó sucumbiendo por su conciencia, lo que significa que nunca he sido nadie para él, tan solo un estorbo, y duele afrontarlo.

Al final, la decepción me da fuerzas, situándome con los pies en el suelo, y me reafirmo en cuanto a la promesa que le hice.

Pagará caro el daño causado y, hecha un basilisco, doy media vuelta para abalanzarme sobre él con el único deseo de propinarle un empujón.

No lo consigo. Morgan lee mis intenciones antes de que se produzcan, y como es mucho más fuerte que yo, no puedo oponerme, lo que ocasiona que, en un visto y no visto, termine con la espalda pegada a la pared más cercana mientras su cuerpo se acerca peligrosamente al mío.

—¿Qué haces?

—Te he dicho que tenemos que hablar y es lo que haremos. Tú decides si por las buenas o por las malas.

—Suéltame.

—Solo si me prometes que no te irás.

—¿Irme? ¿Adónde? ¿Acaso sigues sin darte cuenta del calvario al que me habéis sometido entre todos?

El suspiro de pesar que sale de su boca roza mis labios. Cada vez está más cerca y yo me limito a hacer lo imposible con tal de apartar el dispar de mariposas que revolotean en el interior de mi estómago sin permiso alguno.

—Te dije que lo solucionaría —susurra con la voz rota.

—Y yo que te haría la vida imposible. Por cierto, ¿a qué ha venido lo de antes? Parecía que estabas marcando territorio y no te pega nada.

—¿A qué te refieres?

—A lo de espantar a ese chico diciendo que soy tu mujer, a eso.

—Lo eres.

—Aquí no.

—Me da igual.

—No mientas. No se me ha olvidado lo que insinuaste.

—Estaba enfadado.

—No es motivo suficiente para lo que dijiste —le increpo sin amilanarme.

—¿Te dolió?

Menuda pregunta. Por supuesto que lo hizo, aunque jamás lo diré en voz alta.

Jamás.

—¿Acaso importa?

—Sí, mucho.

—Pues lo siento, no voy a contestarte —le digo retándolo con la mirada.

El toma y daca es demoledor, ninguno de los dos quiere dar su brazo a torcer, y el siguiente en constatarlo es el militar.

—Está bien, pues ya que estamos, yo también tengo algo que reprocharte.

—¿Ah, sí?

—Sí, sigo viendo desproporcionado lo que *tú* me dijiste *a mí* aquel día.

—Refréscame la memoria, ¿quieres?

—Confesaste que, en el caso de que pudieses elegir, nunca te quedarías conmigo. También que preferías vivir condenada a la soledad más absoluta antes que acompañarme a ninguna parte, y me recalcaste que no querías mi caridad.

El nivel emocional se reitera en cada frase que suelta por esa boca. Está dolido. Mucho. Y más vale que le siga mintiendo.

—Era verdad y, aun así, aquí me tienes.

La puñalada a traición lo deja noqueado y se aparta, dejándome el camino libre, y el vacío que siento no me permite moverme.

—Está bien. Tú ganas —asiente con un rictus pétreo—. Mañana a primera hora emprenderemos el viaje hacia Manaos. Tengo libres unos días y no me importará conducir durante el tiempo que sea necesario, ¿contenta?

—No hará falta. Inmigración se encargará de deportarme.

—¿Pretendes darle ese disgusto a Amelia y a Noah? ¿O es que también estás disimulando lo bien que te llevas con ellas? No conocía esta faceta tuya, Ayura, y no te pega nada.

Pretende devolverme el daño causado. Y lo hace con creces.

—A ti tampoco te pega ir de buen samaritano y después, en cuanto uno se descuida, tu verdadera cara sale a la luz evidenciando la falta de tacto que tienes.

—Te estás equivocando conmigo.

—Tú también.

—Joder, ¿qué quieres de mí, Ayura?

—¿Acaso importa?

—Sí. A mí, sí.

—Vale, entonces me permitiré ser egoísta por una vez en la vida. —Planteo de forma valiente, siendo yo la que da un paso hacia adelante para enfrentarme a unos ojos que son capaces de leerme por dentro, antes de manifestar mi aflicción—. Si acepto quedarme aquí, de momento, pondré una única condición.

—Me parece correcto. ¿Cuál?

—¿Estarías dispuesto a acompañarme alguna vez al poblado?

Ni siquiera sé cómo puedo plantear semejante estupidez, pero estoy tan perdida que recurro a él con el fin de aferrarme al único vínculo posible para llegar a mi gente. Es así de simple.

Sin él no puedo regresar, ni siquiera de visita, y el corazón me sangra de dolor solo de pensarlo.

—Sí, estaría dispuesto a acompañarte.

Su respuesta llega demasiado pronto, ni siquiera se ha parado a pensar los pros y los contras, y el detalle resquebraja en parte el muro que me he empeñado en construir para que no me haga demasiado daño.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

—Gracias, Morgan.

—¿Algo más que quieras pedir?

—Sí.

—Dime.

—Necesito trabajar. ¿Crees que será muy difícil obtener la nacionalidad estadounidense para ello?

Durante unos segundos se queda callado, barajando las diferentes opciones, y cuando habla se limita a decir:

—Mañana haré un par de llamadas y te lo diré.

—Me parece bien.

—¿Has acabado?

—Casi, solo me queda comentarte que por mi parte puedes estar tranquilo. Me basta con que finjas ser mi marido las veces que me acompañes al Amazonas, por lo demás estás en tu derecho de hacer con tu vida privada lo que quieras.

—¿Tú harás lo mismo?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque, quieras o no, yo siempre estaré unida a ti. Por eso. Y ahora, si me lo permites, voy a seguir comportándome como una chica normal, gracias por tu generosidad.

Sin más, lo dejo ahí, y me alegro de que hayamos logrado mantener una conversación para dejar claros los diferentes puntos de vista. Algo impensable hace nada.

«Sí, sí, todo muy bien, pero no te olvides de algo, Morgan te sigue gustando, lo hace cada vez más y tú misma acabas de darle vía libre para que ligue con cualquiera».

Mi yo interior lleva razón y el simple planteamiento dinamita las buenas intenciones acerca de pasármelo bien.

Para mí la fiesta acaba de terminar, lo que significa que quiero regresar a la que de momento se ha convertido en mi casa, y Marcus, que desde la distancia no se ha perdido ningún detalle de la charla mantenida, interpreta con acierto que no hemos llegado a buen término y rápidamente está a la altura.

Ni un minuto después estoy fuera del bar, lo hago con los ojos llenos de lágrimas y el capitán trata por todos los medios de consolarme.

No lo consigue. El único que podría hacerlo es Morgan y mucho me temo que eso no entra en sus planes.

***

Morgan

Tenso la mandíbula y no despego la vista de los dos hasta que desaparecen por la puerta.

Joder, me encantaría ser yo, y no Marcus, el que la acompañara, pero ella misma ha sido la encargada de cortar de raíz cualquier acercamiento que se me pudiera ocurrir, así que, encabronado como nunca voy hacia la barra, allí me pido otra copa y me dedico a darle un repaso a la conversación que hemos tenido y, aunque es cierto que me alegro de que por fin hayamos llegado a un punto de entendimiento, sería un idiota si obviara lo descolocado que me ha dejado su último planteamiento.

Muy bien, pues ella lo ha querido.

Por fin puedo mirar hacia adelante y empezaré por dar rienda suelta a la pasión, sin duda se trata de una asignatura pendiente, y poco tardo en echar un vistazo a las chicas que me rodean con la intención de ligar con cualquiera.

Necesito follar con alguna.

La que sea.

«¿Estás seguro?», mi yo interior elige ese instante para dar por el culo y resoplo indignado.

E insisto en el mismo tema.

Yo solo tengo que avanzar por el camino correcto y en cuanto recupere mi actividad sexual todo volverá a la normalidad.

Solo eso.

Mat me sirve el ron que acabo de pedir y le basta una frase para encabronarme más todavía.

—Nadie me ha hablado de la chica que se acaba de ir con Marcus, pero te conozco tanto que sé que es especial para ti. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Y me puedes decir entonces qué haces aquí y no con ella?

—Es una larga historia.

En ese instante una desconocida se acerca con la intención de arrimarse más de la cuenta y yo la aprovecho.

O eso intento, porque la realidad no tarda en caer sobre mí y lo hace como una auténtica losa.

No me interesa, o mejor dicho, nadie lo hace.

Llegar a ese convencimiento tampoco me cuesta tanto y se debe a una razón de peso: ninguna es Ayura.

Solo entonces empiezo a darle vueltas a una cuestión y, sin importarme la hora, declino la invitación de la mujer a invitarme a pasar un buen rato en su casa, y salgo del bar con el móvil en la mano, dispuesto a marcar un número de teléfono.

Necesito respuestas para un tema muy concreto. Sé quién me las dará. Y no voy a esperar a mañana para hacerlas.

CAPÍTULO 37

A la mañana siguiente

Morgan

Apenas he dormido un par de horas seguidas. Algo que no es de extrañar tras considerar que ha llegado el momento de pasar a la acción.

La conversación de la noche anterior ha sido clave, aparte de una revelación.

Ayura quiere quedarse. Aquí. Por un tiempo. Y yo la voy a ayudar.

Mentiría si dijera que no me alegro. Desde el instante en el que la conocí sentí una unión especial con ella y el vínculo se fue reforzando a lo largo de las semanas hasta que decidí ser un capullo en el peor escenario.

A pesar de todo, la chica de la tribu sigue calando cada vez más hondo en mí. Tanto que estoy dispuesto a todo por ella.

Sí. A todo.

Me visto de forma mecánica y salgo a la calle. Mi mente está en otra parte. No muy lejos de aquí. En concreto, en casa de Marcus. Con ella.

El trayecto que nos separa lo realizo un tanto angustiado, las manos las llevo dentro de los bolsillos del pantalón y una sensación desconocida y extraña recorre cada poro de mi piel.

Estoy confundido. Mucho. Aun así, voy a seguir con el plan que se me ha ocurrido gracias a la persona con la que conversé vía móvil en el bar de Mat. Hace una hora escasa, esa misma persona me ha enviado la información que precisaba al correo electrónico, y ya no hay marcha atrás.

Llego a mi destino y me tomo un tiempo para calmarme. El estado alterado va a más. A mucho más ante el disparate que estoy

dispuesto a cometer, pero el convencimiento de que debo hacer lo correcto es suficiente.

Pasados unos segundos, encuentro un punto de equilibrio y solo entonces llamo a la puerta.

El que me recibe es mi amigo y no duda en dejarme pasar.

—Hola, tienes un aspecto horrible. ¿Una mala noche? —me saluda con el semblante serio.

—Ni te lo imaginas.

—Supongo que no habrás venido a verme a mí.

—No.

Accedo al interior y el reconfortante olor del café recién hecho me lleva directo a la cocina. Necesito cafeína y, como tal, me sirvo una buena cantidad.

Me gusta solo. Sin azúcar.

Doy el primer sorbo y sigo a lo mío. A reflexionar sin descanso el tema por el que he venido. Algo que Marcus no pasa por alto.

—¿Estás bien?

—¿Qué? —Vuelvo a la realidad.

Alzo el mentón y me basta para toparme con la mirada escrutadora del capitán, indagando acerca del motivo de encontrarme un tanto perdido.

Cambio de actitud y no le dejo. Antes de ir al quid de la cuestión quiero solucionar lo que tenemos pendiente, todavía no hemos hablado con sinceridad de ello, y me lanzo a su yugular.

Es ahora o nunca.

—Marcus. Necesito que seas sincero conmigo, por favor. ¿Ayura te ha gustado en algún momento?

Mi superior se limita a ampliar la sonrisa y a vacilarme un poco.

Se le da bien.

—Vaya, ¿de verdad vas a ponerte intenso? —Bromea para rebajar la seriedad que denota mi cara.

Y no hace falta.

Esto es serio.

O mejor dicho, lo que estoy dispuesto a llevar a cabo, lo es.

Mucho.

—Contéstame, por favor.

—Sí, por supuesto que me ha gustado, y sigue haciéndolo.

Tenso la mandíbula y aprieto el puño de la mano izquierda. La otra sigue con la taza de café humeante y confieso que no me esperaba esta respuesta.

La otra parte lo interpreta de inmediato, es benevolente, y me saca de dudas.

—Pero no de la forma que crees —añade con rapidez al fijarse en mi pose envarada—, es imposible que Ayura no le guste a alguien. Su fuerza, tenacidad, valentía y personalidad le otorga un nivel de aceptación increíble, y hablo por todos, incluyendo a las chicas.

»Aunque eso ya lo sabes, y dudo que te hayas presentado en mi casa, a las ocho de la mañana con unas ojeras que te llegan a los pies para preguntarme si me ha gustado en algún momento. ¿Me equivoco?

—No.

El capitán se dirige a la cafetera y también se sirve una buena cantidad de cafeína. Por su aspecto aventuro que él tampoco ha dormido mucho y por un instante la escena de ellos dos compartiendo la misma cama me atraviesa el alma.

—Marcus…

—Ni se te ocurra preguntarlo —me corta mediante un aviso certero.

—¿Ahora lees las mentes?

—La tuya, sí. En cuanto a lo que piensas, mi respuesta es un no rotundo. ¿Por quién me tomas? Jamás se me ocurriría aprovecharme de ella en un momento de debilidad como en la que está.

—Disculpa. Últimamente pierdo el rumbo con demasiada facilidad y a mi cabeza le encanta situarme en los peores escenarios.

—Ya lo veo, ya.

A continuación, un silencio prolongado en el tiempo invade el espacio. No he terminado con las preguntas y, como no suelta prenda, insisto:

—Marcus, ¿algo que quieras aclararme? Esta es la oportunidad y por mi parte no volveré a sacar el tema.

—Pues, ya que estamos, comentarte que ayer le pedí disculpas por mi comportamiento en la selva. Fui un cabrón. Lo reconozco, aunque eso ya forma parte del pasado y he tenido la gran suerte de que me perdone.

»En cuanto a lo que importa de verdad, escucha bien, esa mujer que se encuentra en la habitación de invitados está sufriendo por ti.

—¿Por mí?

—Morgan, no sé qué fue lo que pasó entre vosotros en el bar, pero tienes que saber que no ha dejado de llorar hasta bien entrada la madrugada, y te aseguro que yo no soy la causa.

—Será por la situación a la que le hemos obligado a adaptarse.

—Joder, Morgan, eres gilipollas.

—¿Perdona?

—Si es lo que piensas, te aseguro que estás ciego, tío.

Paso de largo por su apreciación, ya tendré tiempo de analizarla después, y me decanto por aclararle un par de puntos para que se haga una idea del marrón en el que estoy metido.

Al fin y al cabo, es la persona que pasa más tiempo con ella, por lo tanto, le facilito la información delicada que tengo en mi haber por si le sirve y, ya que estamos, con la idea de desahogarme.

Me vendrá bien.

—¿Sabes? Una de las cosas que me dijo ayer fue que se quedaría por un tiempo entre nosotros.

—Es una buena noticia.

—Siempre y cuando la acompañara alguna vez al poblado.

—¿Y tu respuesta fue…?

—Que sí. También añadió que quería trabajar.

—Eso será más complicado.

—Lo sé —susurro con un tono casi histérico—, aunque puede que haya encontrado una solución.

La ambigua respuesta a la otra parte le choca bastante y decide apretarme las tuercas.

—Vamos, suéltalo. Solo así podré ayudarte.

—Quizá más tarde. Ahora quiero seguir con lo que sucedió anoche. No he terminado. Ayura me pidió algo que me desconcertó de principio a fin.

—¿De qué hablas?

—De que le bastaba con que fingiera ser su marido las veces que la acompañara al Amazonas, y que estaba en mi derecho de hacer con mi vida privada lo que quisiera.

—Vaya.

—Sí, vaya —repito con pesar.

—Ah, ya sé qué es lo que te pasa. Después de la conversación te lanzaste a follar con la primera que pillaste, por eso tienes esa cara, y ahora vienes con un sentimiento de culpa insoportable. ¿Voy muy desencaminado?

—Sí, demasiado. Y aquí viene lo realmente desconcertante. Anoche no follé con ninguna.

—Buf, menos mal.

El suspiro de alivio del capitán resulta otra revelación, no lo voy a negar, y dejo caer lo más grande.

—Y no lo hice porque no pude.

—Espera, espera, me he perdido. ¿Qué es eso de que no pudiste?

—Follar con otra.

—¿Por qué?

—Porque no era Ayura. Por eso.

Del suspiro pasa al resoplido, escuchándose a lo largo y ancho de la cocina, y le llamo la atención para que permanezca en silencio.

—Todavía hay más.

—¡No me jodas!

—Sí, Marcus. Después de plantearme eso no me pude morder la lengua y le pregunté si ella haría lo mismo, ¿y sabes qué me contestó?

Marcus se encoge de hombros y yo lo dejo caer como si se tratase de una bomba de relojería:

—Me aseguró que ella nunca se enrollaría con ningún hombre y añadió que siempre estaría unida a mí. Siempre, Marcus. ¿Sabes lo que significa eso?

—La hostia. No doy crédito.

A continuación, calibra toda la información y, una vez que la digiere, reordena la situación.

—Vale, y ahora que lo has soltado, ¿vas a decirme de una vez a qué cojones has venido?

—¿Qué?

—Lo que oyes, y más te vale que sea para arreglar lo vuestro.

—¿Lo nuestro?

—Sí, has escuchado bien.

—No existe un *lo nuestro,* Marcus, no obstante, lo de que estoy aquí para arreglar algo es cierto, aunque no sé cómo se lo va a tomar.

—No te sigo.

—No hace falta. Esto es entre ella y yo.

—Oye, oye, un momento. ¿Estás sugiriéndome que me marche de mi propia casa para que podáis hablar?

—Sí.

—Eso me temía —asiente rebajando la seriedad de su cara—. Vale, tú ganas, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me prometas que no la harás llorar de nuevo. ¿Crees que podrás? No lo soporto y soy yo el que vive con ella, lo que significa que la tendré que consolar si decide echarte de patitas a la calle.

—Eres afortunado.

—No es verdad. Lo sería si llorase por mí, y no es el caso. Lo hace por ti. Y después de lo que me has dicho, supongo que el responsable es el permiso que te ha dado para que ligues con otras.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, los dos parecéis empeñados en no contaros la verdad, así que, mientras no ocurra, insisto. Sé cuidadoso con ella o te la verás conmigo.

—¿Es una amenaza?

—Sí, por supuesto que lo es.

Sin más, da media vuelta, dejándome solo en la cocina y con el corazón latiendo a mil por hora ante la posibilidad de que, en efecto, yo sea el responsable de sus lágrimas. En ese caso, tendré que averiguarlo, y el planteamiento reafirma el propósito por el que he venido.

Enmendar una situación que cada vez se enquista más. Existe una fórmula para subsanarla, aunque antes comenzaré por ser valiente de una vez por todas.

CAPÍTULO 38

Ayura

Escucho el sonido de la puerta al cerrarse y un pesimismo absoluto aparece por arte de magia.

Desde el minuto uno he intuido que Morgan era el visitante y no entiendo el motivo de que se marche así, sin más, lo que supone que la pena se extienda al reafirmar una cuestión de peso.

El militar es especial. Cada vez más. De ahí el estado de nostalgia, y salgo de la habitación rota de dolor, en busca del amparo de mi amigo.

Necesito sentir que alguien me quiere, además de que escuche lo perdida que me encuentro.

Y, de repente, ¡¡BOOM!!

Lo que necesite o no, queda relegado a un lado. Todo al ver al hombre que está en la cocina, preparando el desayuno, y no. Desde luego no es Marcus.

El alivio es tremendo y la nostalgia desaparece, dejando que el nerviosismo más absoluto se apodere de cada poro de mi piel.

—Hola —susurro en un tono de voz tan bajo que cabe la posibilidad de que no me haya escuchado.

Error.

Morgan se gira y, en cuanto me ve, la expresión de su cara cambia, pasando de la seriedad a la preocupación más absoluta.

—Hola, Ayura, ¿qué pasa?

No entiendo su pregunta y él, que se da cuenta de mi desconcierto, alarga el interrogante.

—¿Por qué lloras?

Un momento.

¿De verdad estoy llorando?

Ni siquiera me había dado cuenta y de manera instintiva me llevo las manos a las mejillas, comprobando que están empapadas, y

en un principio la idea de mentirle se me pasa por la cabeza.

Podría decirle que ha sido a consecuencia de una pesadilla o que echo de menos a mi gente, cualquiera de las dos opciones resultaría válida, solo que el hartazgo de silenciar lo que me sucede cada vez lo llevo peor, por consiguiente, acepto que ha llegado el momento de admitir que estoy cansada de fingir y me planto, negándome en rotundo a seguir por un camino que no me aporta nada positivo.

Y no me resulta difícil.

—Sabía que eras tú. He reconocido tu voz y al oír la puerta he supuesto que ni siquiera te interesaba saludarme.

—Y por lo que veo te habría molestado.

—Sí. Bastante.

—Pues no tienes ningún motivo. No he venido a hablar con Marcus, sino contigo.

El giro radical me deja desconcertada, aunque dura poco. Más en concreto hasta que recuerdo la conversación que mantuvimos acerca de que me ayudaría en lo referente a buscar trabajo, y la negrura regresa, llevándose consigo cualquier resquicio de esperanza.

He sido una tonta, últimamente se me da de maravilla, y me limito a esperar el informe detallado de las opciones que tengo, en el caso de que existan.

—Ayura.

Mi nombre en sus labios detiene la vorágine negativa y regreso a la realidad.

—Dime.

—¿Quieres dejar de martirizarte, por favor?

—¿Qué? ¿Por qué dices algo así?

—Porque sigues llorando y te juro por lo más sagrado que no lo soporto. Por eso.

—No hace falta que lo hagas —pronuncio simulando un grado de convencimiento absoluto, esforzándome por contener cualquier tipo de emoción sin el resultado esperado—. Puedes irte cuando quieras. Marcus no tardará en venir y…

—Espera, espera. ¿Acaso estás insinuando que solo con él puedes desahogarte? ¿Es eso?

Su interrupción denota lo poco que le ha gustado que mencione a su amigo. El rictus pétreo de su cara así lo refleja y me propongo seguir en esa línea.

—Interprétalo como quieras. Y ahora, por favor, dime de lo que quieres hablar. Tengo cosas que hacer.

Cada nuevo alegato va de lo mismo, de interponer una distancia abismal para no sufrir más, y solo espero que no se dé cuenta.

No me sale como espero.

—A mí no me engañas, ¿qué te aflige?

—¿Por qué insistes? Ya lo sabes. Me preocupa que cuando te marches Marcus no haya vuelto. Tal y como tú mismo has intuido lo necesito. ¿Contento?

Morgan se queda de piedra durante unos segundos y tarda en recomponerse, una vez que lo hace, se dedica a apagar el fuego en el que estaba haciendo unos huevos revueltos y a observarme con detenimiento.

Sí, mucho más que antes, y reconozco que me cuesta una barbaridad el simple hecho de sostenerle la mirada.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has comido como es debido?

—¿Qué?

—Estás más delgada.

El maremoto de sensaciones es irreal y frunzo el ceño ante el grado de confusión. De pronto parece interesarle mi alimentación y no doy crédito, al menos hasta que de su boca sale otra pregunta que, en un principio, y debido a la peculiar conversación, no logro entender.

Esta es:

—¿Te sirvo yo?

Y como no tengo ni la menor idea de a qué se refiere, tomo la palabra:

—¿Cómo que si me sirves tú? ¿Para qué?

—Para consolarte.

¡¡BOOM!! Por lo visto la mañana va de explosiones a nivel emocional y esta, sin duda, se lleva la palma, arrasando con todo, y lo mejor es que no ha terminado.

—No, no me contestes, no hace falta. Ni loco voy a correr el riesgo de que me rechaces.

Sin más, cruza la cocina, se acerca a mi posición y termina estrechándome en su pecho con una determinación absoluta, haciéndome ver lo mucho que le importo, mientras el torrente de lágrimas se agudiza y mi mente se dedica a ir por libre.

Empieza por el día en el que nos conocimos. Desde entonces ha pasado una eternidad, yo lo siento así, y mentiría si no dijese que es una pena que el contacto físico existente entre los dos se limite a dos simples abrazos.

El primero fue el día en el que los traficantes de armas les tendieron la emboscada. Gracias a una de mis visiones pude salvarlos y todavía recuerdo la cara de Morgan al verme. Es cierto que podría haberme matado. Por ese motivo se descontroló y su vulnerabilidad logró que diera un paso hacia adelante, mostrándome con un simple gesto lo mucho que se preocupaba por mí.

Igual que en estos mismos momentos, pero con una diferencia existencial.

Ahora todo es distinto. Al menos para mí. Morgan se ha convertido en mi esposo y nadie puede cambiarlo, por ese motivo pienso en que es un auténtico desperdicio no aprovechar más momentos como el que estamos viviendo, o más bien disfrutando, porque en el caso de que me lo permitiera, sus brazos serían los únicos que obtendrían la potestad de darme consuelo. Esa es la realidad y, para mi tormento, también mi calvario, penitencia, o como prefieras llamarlo.

—Morgan.

—Dime, mi guerrera.

Ese *mi guerrera* me llega tan adentro que me cuesta respirar, es la segunda vez que me llama así, la primera fue en el primer sueño tórrido que tuve con él, y me acurruco más en su pecho, a medida que lo abrazo con más fuerza todavía. Todo ante la negativa

de cortar un contacto que bien podría convertirse en la razón de mi existencia.

Es por ello que tomo la decisión de ser sincera cueste lo que cueste.

—No es cierto lo que te acabo de decir. Marcus se ha convertido en alguien especial, pero no es el único, ni desde luego al primero que recurriría en el caso de que pudiera.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. Antes de irse me ha contado que te has pasado buena parte de la noche llorando por mí.

—Marcus es un bocazas.

—Sí, hay veces que lo es, no te lo voy a negar, pero esta no es una de ellas. En cuanto a lo que he venido a decirte…

Todo mi cuerpo se tensa al escucharle. Ahora viene la parte en la que me llevo el chasco. Lo intuyo.

Y al tratar de apartarme, me topo con la maravillosa sorpresa de que es él el que no me permite alejarme ni un centímetro siquiera, y me aferro con uñas y dientes a la posibilidad de que exista un vínculo especial entre nosotros.

—No voy a dejar que te alejes —susurra con una voz autoritaria que me transporta en una única dirección—, así que, ni lo intentes, ¿vale?

La cercanía que siento hacia él no es solo carnal. Si de mí dependiera no me separaría de él nunca, aunque debo ser coherente conmigo misma después de la conversación de anoche.

—No quiero alejarme, lo hago por ti.

—¿Por mí?

—Sí, no pretendo confundirte y ayer, cuando te hablé de que estabas en tu derecho de seguir con tu vida, lo decía en serio.

La otra parte digiere mis palabras, o más bien lo intenta, y todo sin tener la menor idea del rumbo que va a tomar este acercamiento. Existe la probabilidad de que lo pierda sin haberlo tenido nunca y duele.

Duele mucho.

Y, de repente:

—¿Y si no quiero?

De pronto, un simple interrogante consigue que la tierra se abra a mis pies, convirtiéndose en una declaración de intenciones sin precedentes y trato de no temblar ante lo que supondría.

No lo consigo, mientras Morgan se dedica a limpiar mis lágrimas una a una mediante una ternura infinita al tiempo que sus ojos son el reflejo del alma.

No ha terminado. Todavía le quedan cosas por decir y no seré yo la que se lo impida.

—Ayura, desde que regresé de la tribu no me puedo quitar de la cabeza lo estúpido que fui al insinuar que tenías algo que ver en la boda que ofició tu padre. Te pido perdón y comprendo lo de que fui un desconsiderado, un egoísta y un capullo redomado contigo. Tenías toda la razón del mundo.

—Vaya, por lo que veo Marcus no es el único que se ha ido de la lengua.

—Hicieron bien, gracias a Amelia y a Noah pude darme cuenta del gran error que cometí.

—Morgan…

—No, todavía hay más cosas que quiero confesarte y no me iré de aquí sin hacerlo. ¿Preparada?

»Esta noche no he dormido. Me ha resultado imposible. ¿Y sabes el motivo? Porque, a pesar de darme tu aprobación para que siguiera con mi vida de siempre, no he podido. Por eso. En mi vida no existe ninguna otra mujer ni quiero que lo haga, exceptuándote a ti.

»Sí, mi guerrera, existe la probabilidad de que me haya vuelto loco, porque estoy dispuesto a todo con tal de que encuentres un trabajo y te quedes aquí. A mi lado. Es sencillo. Para obtener la nacionalidad solo basta con que nos casemos, esta vez en mi mundo. ¿Qué te parece?

»En cuanto al tema que tenemos pendiente, ¿qué pasaría si te dijera que me muero por besarte de una maldita vez?

»Joder, Ayura, no puedo más. Te juro que no. Ya no me basta con abrazarte, así que, por favor, te ruego que si no estás de

acuerdo me detengas, porque una vez que pruebe tus labios no podré parar y mi intención es hacerlo. Ahora.

¡¡BOOM!!

¡¡BOOM!!

¡¡BOOM!!

El torpedeo de confesiones anula mi voluntad y Morgan aprovecha para situar dos de sus dedos en mi mentón, elevándolo hacia arriba mientras su mirada trasmite el deseo que siente por mí, y solo entonces baja poco a poco, dándome unos segundos de margen para que piense qué es lo que quiero yo: rechazarlo o, por el contrario, permitirle que me dé lo que supondrá nuestro primer beso.

N-u-e-s-t-r-o p-r-i-m-e-r b-e-s-o.

Por todos los dioses juntos. No tengo que tomar ninguna decisión. Sería tonta si desperdiciara un tiempo vital y desde luego es algo que no voy a consentir.

Aquí y ahora no.

Me niego en rotundo, no obstante, lo que sí hago es marcarme tres retos, a cuál más importante, y empiezo por:

El primero: yo, lo único que quiero es sentir su boca apoderándose de la mía.

El segundo: yo, lo único que quiero es dejarme llevar por la vorágine de la pasión.

Y el tercero: yo, lo único que quiero es estar a la altura de mi esposo.

Nada más.

CAPÍTULO 39

Morgan

Respiro hondo para darme fuerzas. Si me rechaza no sé si voy a ser capaz de detenerme. Las putas ganas de besarla son las que son y te juro que ya no puedo contenerme ni un segundo más.

Llevo demasiado tiempo esperando este momento y reconozco que ha supuesto un verdadero infierno, así que, poco a poco inclino mi cabeza hacia abajo a medida que la súplica de mis ojos habla por mí.

La deseo tanto que duele. Jamás en mi vida me había sucedido algo parecido y constato lo que ya sé.

Ella es lo que buscaba.

Solo ella.

Y decido jugar hasta el final. ¿Para qué esperar?

Llego a sus labios, cierro los ojos, y empiezo saboreándola despacio, recreándome hasta convertir el beso en único y especial.

Tal y como es ella.

No se merece menos.

—Dios, esto parece un sueño. Si supieras las veces que he deseado besarte te asustarías, cariño —susurro sobre su boca, completamente enajenado.

Ayura es mi perdición y como tal lo afronto, comenzando por no hablar en pasado, mientras la vorágine que nos envuelve se desata en cuanto mi lengua exige más y sale al encuentro de la suya.

La explosión de sentidos se magnifica y soy consciente de que ya no puedo parar, convirtiendo cada caricia en una necesidad absoluta.

Lo quiero todo de ella.

Todo.

Su sabor es embriagador, ya se ha convertido en mi favorito, y pensar que el rito Yanomami nos ha unido para siempre lo hace todo más especial.

—Mi guerrera, quiero hacerte el amor, ¿me concedes el honor?

No voy a dar un paso tan importante sin su aprobación. Ni hablar. Y recurro a la que se acaba de convertir en mi manera de dirigirme a ella por lo fuerte que ha sido siempre, dejando claro que lo que Ayura y yo compartimos no es solo sexo, en estos momentos no, y lo reafirmo al ver su cara anegada de nuevas lágrimas.

Las primeras fueron de sufrimiento, las de ahora, en cambio, no pueden ser más bonitas, ya que son de emoción. No hace falta que me lo diga. La conozco bien. Es por ello que siento la necesidad de estar a la altura de las circunstancias. La ocasión lo merece.

Ella y yo.

Solos.

Después de confesar que no somos nada el uno sin el otro.

La cojo en brazos con un sentimiento de protección absoluto y voy hacia el cuarto de invitados. En el trayecto seco cada una de sus lágrimas con los labios. Mi dedicación es absoluta y lo hago extasiado, feliz y, sobre todo, considerándome un puto afortunado.

Lo soy.

Una vez en la habitación, dejo su menudo cuerpo en el suelo, a escasos milímetros y ninguno de los dos lo soportamos. Nos resulta imposible y nuestro anhelo se encarga de acortar la distancia con verdadero fervor, a la vez que las caricias se vuelven tórridas.

Poco a poco le quito la camiseta que ha utilizado para dormir. Bajo ella solo lleva un tanga negro y jadeo extasiado por lo que contemplo.

Es perfecta.

Simplemente perfecta.

—Joder, Ayura. Eres preciosa.

Mi chica se ruboriza y me parece la imagen más tierna que he visto nunca.

No.

No me lo parece.

Lo es.

Y entonces, una duda más que razonable se cruza en mi mente.

—Ayura.

—Dime.

—Cuando nos contaste tu historia dijiste que te habías acostado con algún hombre para entender el mundo fuera de la tribu, ¿cierto?

—Sí.

—Y no nos mentiste, ¿verdad?

Ella se limita a negar con la cabeza, pero insisto.

—¿Estás segura? Casi no puedes mantenerme la mirada, tus mejillas están sonrojadas, tiemblas como un flan, y el conjunto me tiene confundido a más no poder.

—Tengo una explicación. Para mí es como si fuera la primera vez. Las otras no supusieron nada, en cambio, contigo, todo es tan diferente…

—Joder, amor, ven aquí.

Su alegato resulta una declaración de intenciones y la estrecho entre mis brazos con un amor infinito.

Es lo que siento por ella.

Amor del bueno, del que merece la pena, del de verdad, y yo me reitero en el mismo pensamiento de antes.

Soy un puto afortunado.

Al final, una cosa lleva a la otra, y la duda que me quedaba se volatiliza en cuestión de un segundo, arrasando con todo y logrando que me emocione por el simple placer de permitirme ser tan importante.

—Morgan, ¿estás llorando?

—Sí —afirmo sin vergüenza alguna, dichoso de lo que estoy viviendo—, y yo también tengo una explicación, es tan simple como que por fin entiendo tu actitud hacia mí aquel fatídico día en el que te castigué con mi indiferencia sin motivo alguno. Menudo imbécil.

—¿A qué te refieres?

—A lo mucho que ya me amabas cuando afirmaste que en el caso de que pudieses elegir nunca te quedarías conmigo. A eso.

Ahora sé que tu intención era protegerme.

—Tuve que hacerlo —confirma sin dejar de mirarme, siendo ella la que se dedica ahora a limpiar cada una de mis lágrimas. El momento es tan nuestro que nunca lo olvidaré, y continúo escuchando su alegato—, de lo contrario, jamás hubieses salvado a tus amigos, Nekirú te habría matado y yo nunca me lo hubiese perdonado.

Llevo las yemas de mis dedos hasta su cabello y, una a una voy quitando las horquillas. Suelto es como me gusta más y cuando termino me quedo embobado.

—Gracias a ti estoy aquí y quiero que sepas que te compensaré por todo el daño causado. Es una promesa.

—Mmm, me gusta. ¿Y por dónde empezarás, si puede saberse?

—Por consumar nuestro matrimonio. Ya va siendo hora.

Ayura será mi perdición, ya lo es, y nervioso como nunca tomo sus manos y la acompaño hasta la cama, mientras la sensación de que será mi primera vez resurge con fuerza.

Para mí también lo será. Yo nunca antes he hecho el amor y la situación se convierte en una delicia.

Solo cuando está acomodada en el colchón, me deshago de mi camiseta, del pantalón y de la ropa interior, dispuesto a fundirme con el cuerpo de mi querida esposa hasta convertirnos en uno solo, y lo hago con el convencimiento de que estoy perdidamente enamorado de la chica de la tribu.

No pierdo ni un segundo más y acudo al encuentro de sus labios, me parece una eternidad lo que han estado separados, y con la mano derecha le quito el tanga.

La otra la tengo ocupada. En ella llevo el preservativo que he cogido de la cartera y Ayura, en cuanto se da cuenta, me hace una petición que me vuelve loco.

Sí, más de lo que ya estoy, si es posible.

—No. No quiero que lo utilices.

—¿¿Qué??

—Por favor.

—Pero…

—Morgan, te lo suplico, quiero sentirte de verdad. Necesito seguir las costumbres de la tribu y siento que solo tú eres el indicado.

—¿Estás segura?

—Sí, por completo, y te prometo que después me adaptaré a vuestros hábitos, si es lo que quieres.

Cojo una bocanada de aire y me tomo un tiempo para procesar el grado de implicación al que estoy dispuesto a llegar.

Algo que al final resulta fácil.

Demasiado fácil.

—Yo nunca lo he hecho sin condón —confieso perdido, navegando a la deriva.

—Si no quieres…

Ella malinterpreta mis palabras, su cara así lo manifiesta, y yo no espero a decirle el honor que siento por permitirme la mayor recompensa que podría tener.

—¿Bromeas? Nada me complacería más.

En cualquier otra circunstancia, la temeridad que supondría mantener relaciones sexuales sin protección sería impensable, y me reitero, porque lo cierto es que ella es la persona indicada para hacerlo.

La única, de hecho.

No dejo de mirarla. La imagen de ella completamente desnuda es una delicia y un tormento a la vez. Tanto es así que los nervios se desatan, el ansia por poseerla se agudiza y, solo entonces, en un estado de locura total, aproximo las caderas poco a poco, comenzando a hacerla mía mientras un jadeo ronco se escapa de mi boca por la multitud de sensaciones que nunca, jamás, había sentido con anterioridad por nadie.

Nunca. Ni en mis mejores sueños.

Mía.

La palabra en sí supone un antes y un después, y me aferro a lo especial del momento, deslizándome bajo su piel mediante una lentitud esclarecedora, sintiendo la armonía de su cuerpo con el mío sintetizados al milímetro. Es una puta pasada y aventuro que ya me he vuelto adicto a ella.

—Joder, Ayura, ¿sientes lo mismo que yo? ¡Joderrr! —exclamo cuando la penetro hasta el fondo.

Parezco un crío. Una simple embestida y casi me corro.

¿Cómo es posible?

—Morgan, oh, Morgannn…

—Sí, claro que lo sientes, mi amor —susurro sobre sus labios dedicándole una sonrisa cómplice, antes de que ella reclame más, implorando que siga.

Obedezco como un corderito, estoy en sus manos y haré todo lo que me pida, empezando por acentuar el movimiento de mis caderas.

La hostia. Voy a durar poco, muy poco. Por más que quiero alargar nuestra primera vez va a resultar imposible. El poder que tiene sobre mí es irreal y ni siquiera me reconozco.

«¿Qué has hecho conmigo, mi guerrera?».

Dos embestidas nos separan del ansiado orgasmo y llegamos a él entre jadeos, susurros inteligibles y algo más: la certeza de que hacer el amor junto a la persona adecuada es la mejor experiencia que puede existir.

Y solo es el comienzo.

Ni un segundo tardo en abrazar al amor de mi vida mientras le doy las gracias.

Solo ella ha logrado que un momento tan especial quede grabado a fuego en mi corazón para el resto de los restos y, como tal, lo manifiesto en voz alta.

—Cariño, acabas de convertirte en mi debilidad más absoluta y por fin sé lo que se siente cuando estás enamorado. Ahora sí entiendo a Logan y a Ry, y te juro que te protegeré y te amaré hasta el día en el que me muera.

A mi chica sus ojos le juegan otra mala pasada y se empañan, solo que no le da tiempo a mucho más, puesto que en ese mismo instante alguien accede a la vivienda y salgo de la cama como mi madre me trajo al mundo para evitarle el mal trago.

—¿Se puede saber qué cojones haces en pelotas en mi casa? —Marcus es el que pregunta y denota un enfado que, mucho me temo, será muy difícil de sortear.

—¿De verdad tengo que decírtelo?

—No me jodas. Como hayas follado en mi cama…

—¿Qué? Tú flipas, tío, jamás se me ocurriría cometer la barbaridad de acostarme con mi novia en un lugar en el que a saber cuántas han pasado por ahí. ¿Por quién me tomas?

—¡¡Un momento!! ¿Tu novia? La hostia, ya era hora. Verás cuando se enteren los demás.

—¿Eso quiere decir que vas a ir a contárselo?

—Menudo cabrón, tú lo que quieres es repetir y no puedes esperar a llegar a tu casa, ¿me equivoco?

—No. Para nada.

—Vale, entonces seré bueno y os dejaré solos, pero que conste que lo hago por Ayura. ¡Ah! Y cambia las sábanas antes de irte.

—Sí, sí, lo que tú digas. ¿Te marchas ya?

Marcus se carcajea a mi costa, de lejos se hace a la idea del tiempo que tenemos que emplear para compensar tanto tiempo de sequía, y ni siquiera ha llegado a la puerta cuando estoy listo para el siguiente asalto.

Creo que de aquí no me mueve nadie en al menos un par de horas, y cuando lo haga será para ir directos a mi habitación. El lugar del que ella no debería de haberse marchado jamás.

Su vida y la mía están destinadas a permanecer juntas, esa es la realidad, y el convencimiento de convertirla en mi esposa para siempre ya nada podrá cambiarlo.

Y sí, es una promesa.

EPÍLOGO 1

Ayura

Un sueño.

Eso es lo que vivo junto a la persona que me ha devuelto la ilusión. Hablo de Morgan, mi esposo por el rito de la tribu y ahora, también, a través de un matrimonio civil ante una corte estadounidense.

Para llegar hasta aquí hemos tenido que pasar por un sinfín de papeles. No ha sido fácil, nadie dijo que lo sería, pero gracias a los contactos de Marcus una simple llamada en su día bastó para acelerar el proceso y poco queda para que la Green Card[vi] me conceda el derecho de vivir y trabajar legalmente en el país al que ya considero como mi casa.

Lo es.

A mi lado, tal y como ocurre siempre, el grupo que tan bien me acogió y que forma parte de mi familia me dan la enhorabuena.

Los adoro. Logan, Amelia, Ryan, Noah y Marcus irradian alegría por los cuatro costados y, aunque he sido la última en llegar, me he convertido en la favorita de todos ellos. Según sus palabras textuales no podía ser menos. El pequeño del grupo contaba con ese privilegio y no le ha quedado más remedio que aceptarlo. Algo que tampoco es que le haya costado. Su devoción por mí es infinita y no se cansa de demostrármelo.

Somos un tándem inigualable. Nos complementamos a la perfección. Si existen dos almas gemelas destinadas a encontrarse esas somos él y yo y te juro que no puedo ser más feliz.

Bueno, no estoy diciendo toda la verdad. Mentiría si dijera que he aprendido a vivir sin la tribu, porque, en ese punto, los sigo echando de menos.

Mucho.

—¿Preparada para tu regalo de bodas?

Y ahí está mi flamante marido, logrando acaparar toda mi atención una vez que todos llegamos al aeropuerto.

—Sí. Lo estoy. ¿Dónde iremos de luna de miel?

—Es una sorpresa.

Miro al resto del grupo, por sus caras interpreto que ellos sí saben el destino, solo que no sueltan prenda, y aquí añado lo mucho que me hubiese gustado viajar al Amazonas.

Por desgracia, está descartado y no entra en nuestros planes inmediatos. La burocracia aun con enchufe lleva su tiempo y sin el pertinente permiso no puedo salir del país, así que, el rumbo será dentro del mapa estadounidense.

—Cariño, escríbenos algún wasap. No te olvides de nosotras, ¿eh?

Amelia y Noah se acercan y me abrazan con un amor infinito. Se han convertido en mis hermanas del alma. No he pasado más de un par de días sin verlas y sé que las voy a extrañar mucho.

El siguiente que se acerca es Marcus y aparta a las chicas. Es su turno y me estrecha entre sus brazos con un amor infinito.

—¿Sabes lo mucho que te quiero, verdad?

—Sí, grandullón —sonrío repleta de amor.

—Eh, no seas tan acaparador, nosotros también la queremos.

Logan y Ryan no tardan en unirse y me siento tan afortunada que las primeras lágrimas aparecen.

Últimamente se me da bien lo de llorar. Estoy demasiado sensible y ellos, la mayoría de las veces, tienen la culpa.

Sí, es verdad, por mimarme demasiado. Fíjate si es así, que hasta mi amado esposo tiene que intervenir la mayoría de las veces para que me dejen tranquila.

Ah, por cierto, se me olvidaba comentarte un pequeño detalle: estoy embarazada, de ahí la razón de convertirme en la consentida de todos.

Y aquí añadiré que estoy encantada.

El día que me enteré de la maravillosa noticia tampoco es que me extrañara mucho. Los dos nos negamos a utilizar preservativos desde nuestro primer encuentro y tardé menos de un par de meses en conocer el estado de buena esperanza en el que me encontraba.

Todo lo demás vino después y hoy, por fin, damos por terminada una etapa.

Ya nadie podrá deportarme, lo que supone un verdadero alivio.

Subimos al avión comercial que nos llevará a nuestro destino y, una vez sentados, Morgan me coge la mano y mira mi alianza ensimismado.

—¿Te he dicho lo mucho que te amo?

—Todos los días.

—Pues considero que no es suficiente.

—Oye, ¿vas a decirme ya dónde me vas a llevar? No has dejado que mire ningún cartel y estoy de los nervios.

—Puede.

—¿Puede? ¿Cómo que puede?

De pronto, el rostro de mi flamante esposo cambia, lo noto al instante, y me fijo en la intensidad que denota su mirada.

—Cariño, si pudieras elegir un destino, ¿cuál sería?

—Ya lo sabes.

—¿Y si te digo que todos nuestros amigos han luchado con uñas y dientes para que se haga realidad?

—¿¿Qué??

—Sí, amor mío. Marcus, Logan y Ryan casi desatan una guerra interna en extranjería, y no me preguntes cómo, pero consiguieron el puñetero permiso para que salieras del país.

—Oh, Morgan, ¿de verdad vamos a la selva?

—De verdad, jamás se me ocurriría mentirte en algo así. Te llevo a casa, cariño, cada vez que lo necesites viajaremos allí sin importar lo lejos que esté, ¿y sabes el motivo? Porque si hay algo en este mundo que adoro es hacerte feliz. Por eso. Y ahora, duerme un poco. Te vendrá bien descansar.

—Morgan.

—Dime.

—Gracias. Por todo. Eres increíble.

—No te mereces menos, amor.

Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos. Lo hago con un sentimiento de dicha increíble y con la certeza de que el hijo que

crece en mi vientre tendrá al mejor padre del mundo.

No me cabe ningún tipo de duda.

***

Mientras, en el aparcamiento del aeropuerto

Marcus

—Por cierto, creo que ha llegado el momento de retomar las apuestas, ¿no os parece?

—Vale —manifiesta Ryan, cogiendo de la mano a Noah—, podíamos empezar por poner fecha a tu soltería. Eres el que queda.

—¡Qué! Ni hablar. Yo me refería al sexo del bebé de Ayura y Morgan —me desentiendo con rapidez—. Apuesto cincuenta dólares a que será un niño.

Logan sonríe de oreja a oreja y no tarda en pasar el brazo por la cintura de Amelia antes de decir:

—Yo apuesto otros cincuenta, y digo que será una niña.

—En cuanto a lo de tu soltería…

El pesado de Ry insiste y me arrepiento de la que he liado de inmediato.

—Gracias, pero estoy muy bien así. Con miraros a vosotros me basta.

—¿Qué insinúas?

—¿De verdad quieres saberlo, Ry? Vale, muy bien. Allá va. Desde que tenéis novias no sois los mismos, parecéis otros y os habéis vuelto unos aburridos de campeonato.

—Vaya, vaya, así que esas tenemos, ¿no? —interviene Amelia, entrando al trapo—. Muy bien, pues tú lo has querido. Noah, creo que ha llegado nuestro turno, ¿qué te parece si también apostamos?

—Por supuesto. Tú primero.

¡A tomar por culo!

¿De verdad que yo he sido el que ha empezado esto?

Joder. Me está bien empleado, por gilipollas.

—Apuesto cincuenta dólares a que el capitán se convertirá en el más aburrido de todos en menos de seis meses.

—Acepto, pero yo digo que en menos de tres.

—Sois unas cabronas.

—Sí, lo somos. Y por eso nos quieres tanto, ¿verdad, capitán?

Las dos se desentienden de sus respectivos novios y se posicionan a mi lado, cogiéndose de cada brazo, mientras mis amigos se tronchan de la risa.

Bueno, la que me espera.

¿Por qué coño no he mantenido la boca cerrada a cal y canto?

Mierda.

—¿Sabes, Marcus? Va a ser divertido.

—¿El qué va a ser divertido, Amelia?

—Ver cómo caes de rodillas ante la mujer apropiada.

—Sí, lo será, y ahí estaremos nosotras para recordarte este momento —secunda Noah, dándome un sonoro beso en la mejilla.

Lo dicho.

La que me espera.

Y así, entre bromas relacionadas con el mismo tema, carcajadas varias y una paciencia infinita por mi parte, subimos a la camioneta y emprendemos la marcha hacia el bar de Mat. Lo hago asumiendo que no puedo enfadarme, de lejos he sido el más capullo con todos ellos y, mal que me pese, es hora de afrontarlo.

***

Territorio Yanomami. Casi dos días después

Morgan

Si existe una imagen que me vuelve loco esta sería la de Ayura rodeada de su gente.

Soy un afortunado por el privilegio de vivirlo en primera persona y hoy, que celebran una fiesta por la futura llegada de nuestro primer hijo, luce encantadora.

Joder. Se me había olvidado la vestimenta tradicional y verla con esa faldita me supone una auténtica tortura, sin contar lo que me provocan sus pechos al descubierto.

Juro que me resarciré. Ha tenido tiempo más que suficiente para descansar y sé el lugar exacto en el que poseeré su cuerpo una y otra vez.

Solo de pensarlo me empalmo. Menos mal que yo no voy en taparrabos. Sería el hazmerreír de la tribu entera. Lo admito.

Después de agasajarnos con un asado y la bebida típica, el poblado entero se une para darnos la bienvenida con la danza tradicional. Una vez terminada, todos quieren bailar con los recién llegados y ambos nos prestamos a ellos, niños incluidos, mientras aprovecho cualquier ocasión para inmortalizar cada momento con el móvil.

A Ayura le gustará ver las fotos cuando estemos de vuelta y ni te cuento a Amelia y a Noah.

Miro hacia el horizonte y compruebo la posición del sol. Falta poco para que desaparezca y lo que tengo en mente no lo puedo postergar. Sería un auténtico desperdicio y, como tal, me acerco a mi flamante esposa con la intención de llevármela de allí.

Ha llegado la hora de disfrutar de un encuentro místico, especial y único.

—Se acabó la fiesta, mi guerrera.

—¿Ya? Todavía no ha anochecido.

—Por eso mismo. ¿A ti te parece bonito llevar toda la tarde provocándome con ese atuendo?

—¿Eso es lo que he hecho?

—Sí, continuamente. Y estoy en todo mi derecho de reclamar lo que es mío. Vamos.

La cojo de la mano y avanzo hacia lo que ya considero como nuestro lugar favorito. La poza en la que más de una vez me escondí para observarla anonadado, justo al principio de conocernos.

Han pasado varios meses, pero lo recuerdo con una nitidez increíble, y en cuanto llegamos lo primero que hacemos es practicar una visual ante cualquier peligro que pueda acechar nuestras vidas.

Estamos de suerte. No lo hay, por consiguiente, lo segundo que llevamos a cabo es desnudarnos con un fervor absoluto.

El agua helada nos recibe y poco nos importa. Las ganas de entregarnos el uno al otro en un paraje que significa tanto para los dos no se pueden negar y comenzamos la danza del amor compartiendo besos, caricias y palabras que encumbran nuestro amor a lo más alto, hasta que a ninguno de los dos nos basta.

Queremos más, nunca es suficiente, y solo entonces la cojo en brazos a la vez que ella rodea mi cintura con sus piernas.

El embrujo es ideal y la hago mía sin dejar de mirarla.

—Te amo —susurro sobre sus labios sintiendo que un orgasmo devastador no tardará en engullirme.

—Te amo —secunda la mujer de mi vida, abrazándome extasiada.

La liberación más absoluta nos encumbra a lo más alto y no dejo de besarla.

Toda ella se ha convertido en mi debilidad principal.

—Sabía que sería especial, pero ha superado mis expectativas —susurro sobre sus labios sintiendo los últimos coletazos del orgasmo.

—Estoy de acuerdo contigo, mi amor, y lo mejor de todo es que todavía quedan unos minutos de sol.

—Eres insaciable, mi guerrera.

Ayura abre la boca para decirme algo y, de pronto, su rostro cambia, noto la rigidez en su espalda, y me asusto como nunca.

—¿Cariño? ¿Estás bien?

Unos segundos después se relaja y cae desmadejada en mis brazos, mientras a mí casi me da algo al no entender qué coño está pasando.

Me basta contemplar su sonrisa plena para calmarme, y la emoción se hace evidente en cuanto comienza a llorar.

—¡Oh, Dios mío! ¡Han vuelto!

—¿A qué te refieres?

—A las visiones.

Su cara es el reflejo del alma y la emoción me embarga.

—¿Qué has visto?

—A nuestra hija.

Tres simples palabras logran que me una a ella y también lloro. El momento es tan especial que no hace falta decir nada más y nos limitamos a permanecer unidos, conscientes del paisaje que nos rodea, al tiempo que nos sentimos los más afortunados del planeta.

El fruto de nuestro amor será una niña que se llamará como su madre, nacerá dentro de un hogar que la amará por encima de todas las cosas y tendrá el honor de criarse entre dos mundos totalmente opuestos, convirtiéndose en la alegría de cada uno.

EPÍLOGO 2

Un mes después

Marcus

Me despierto empapado en sudor y con un humor de perros.

De nuevo he vuelto a las andadas, últimamente se me da de vicio, y lo constato al recordar que he soñado con ella otra vez.

Mierda.

¿Por qué se está convirtiendo en algo normal?

La puta apuesta tiene la culpa. Estoy convencido.

Y así, encabronado y como mi madre me trajo al mundo, voy directo a la ducha.

Lo de dormir queda descartado, ya que va a resultar imposible, y en cuanto abro el grifo cometo el error de echar la vista atrás, lo que supone que mi mano derecha cobre vida propia y vaya directa a la erección descomunal que tengo.

«No te corras pensando en ella, no lo hagas», me ordena mi yo interior.

No lo consigo, me resulta imposible y un grito sale de mi garganta cuando llego al orgasmo.

Lo he vuelto a hacer, lo que equivale a que sienta asco de mí mismo.

La rabia entonces toma el control y golpeo los azulejos con el puño sin importar el daño que pueda causarme.

¿Qué más da?

Lo siguiente que hago es coger el móvil. Necesito a mis amigos. Solo ellos lograrán que me olvide de lo que acaba de suceder, pero lo descarto al instante.

Ya nada es como era. Soy el único que no tiene pareja y sería un egoísta desconsiderado si los llamara a las siete de la mañana de un sábado.

Mierda.

Reconsidero la situación y opto por acercarme a la base. Necesito desfogarme y cuando estoy así solo hay dos cosas que logran calmarme: el alcohol o el ejercicio.

Soy listo y opto por lo segundo.

Casi dos horas después, y con una paliza en el cuerpo ni medio normal, termino en la ducha, por vez consecutiva, pero con la diferencia de que sé lo que voy a hacer a continuación. Dejarme caer por la pastelería favorita de Ayura.

Me apetece desayunar con ella por mucho que Morgan entre en cólera.

Me la suda.

Quiera o no, contribuiré a endulzarle la mañana, llevo demasiado tiempo sin mimarla como me gustaría y ha llegado la ocasión de plantarme.

No sé, incluso se me pasa por la cabeza la disparatada idea de hablarle más en profundidad de la responsable de que la tratara fatal cuando la conocí en la selva.

Es mi asignatura pendiente y se lo debo.

Diez minutos después, salgo del establecimiento con las deliciosas palmeras de chocolate blanco que son la perdición de mi querida amiga, y justo cuando emprendo el camino hacia su casa, algo llama tanto mi atención que detengo los pasos de inmediato y me quedo estático en un punto concreto.

No.

No puede ser.

¿Acaso mi imaginación ha decidido jugarme una mala pasada o simplemente se trata de una coincidencia?

Hablo de la mujer que acaba de subir a una camioneta azul, su parecido con cierta chica a la que prefiero ni nombrar es abismal, y ahí me quedo, anclado al suelo mientras el vehículo desaparece de mi vista.

Tardo en reaccionar, pero lo hago, es entonces cuando tiro los dulces a una papelera y corro como un energúmeno hacia la otra calle, tratando de descartar que se trate de la persona que creo.

La camioneta entra por vez consecutiva en mi campo de visión y maldigo en voz alta.

Joder. El parecido es tal que no lo puedo obviar, y cierro los ojos contrariado una vez que desaparece, mientras me tomo un tiempo para analizar la situación.

Debo hacerlo.

La ocasión lo requiere.

Una vez que lo consigo, no me queda otra que ser valiente y aceptar la cruda realidad.

Es ella.

Por supuesto que lo es.

La reconocería en cualquier parte.

Asimilar la información me lleva un tiempo considerable, al igual que la idea de calmarme.

Solo cuando lo consigo, cojo el móvil y efectúo una llamada.

—Hola, Marcus, ¿qué tal? —me contesta Logan al tercer tono —. Precisamente estaba hablando con Amelia de organizar una barbacoa. ¿Tienes planes para…?

—La he visto —le corto con una voz fría, seria y distante.

—¿Qué? ¿Cómo que la has visto? ¿A quién te refieres?

—A *ella*, Logan.

El silencio que se produce en la línea confirma que sabe a quién me refiero y, pasados unos segundos que parecen eternos, toma la palabra.

—Vale, tranquilo, quedamos en el bar de Mat en diez minutos. Voy para allá.

Ni siquiera le respondo, no puedo, y me limito a coger una bocanada de aire para tratar de respirar. Acto seguido, me siento en el suelo y lo hago completamente perdido.

Dios.

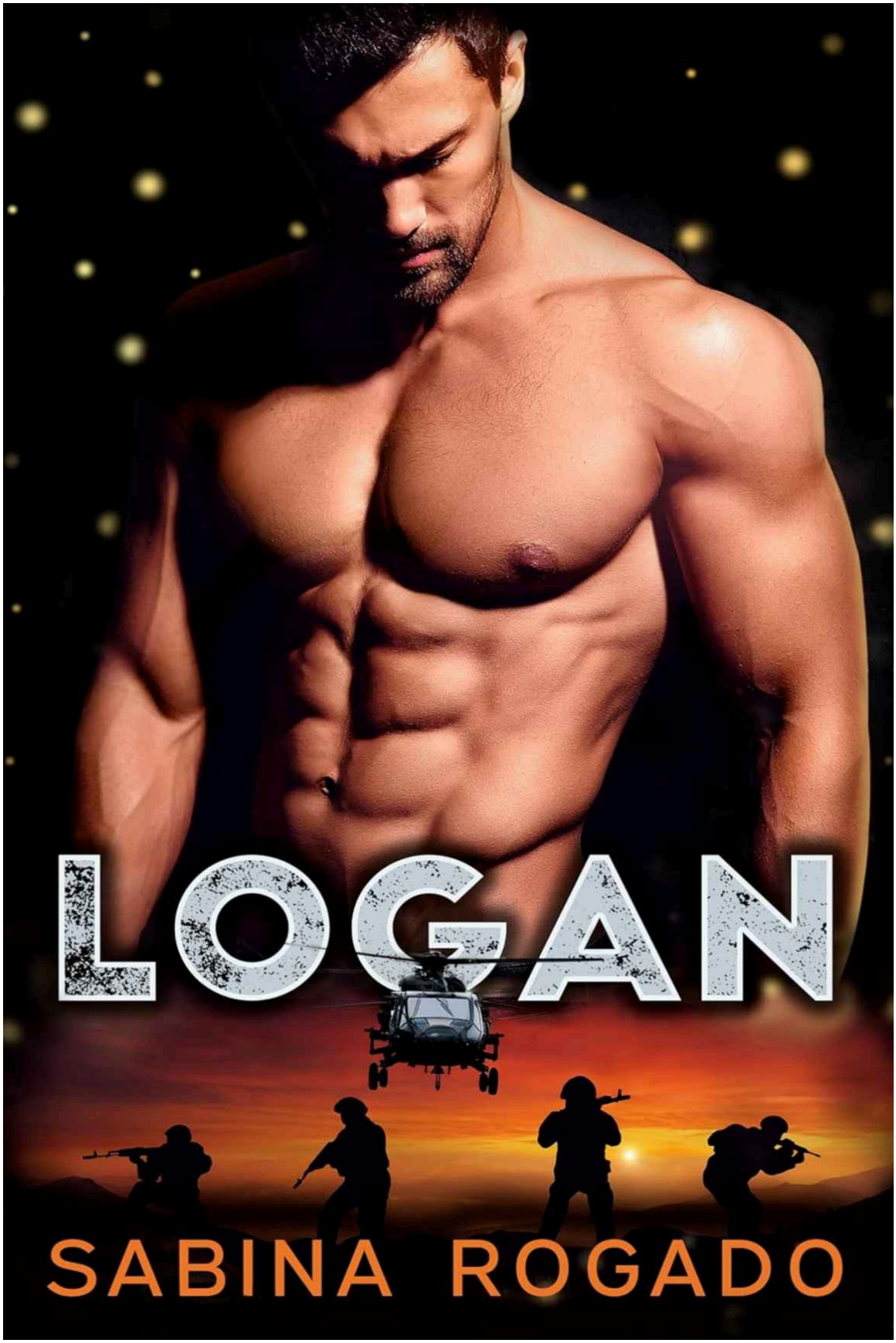
Esto es más grave de lo que suponía.

Mucho más.

¿O quizá se trata de una simple casualidad?

fin

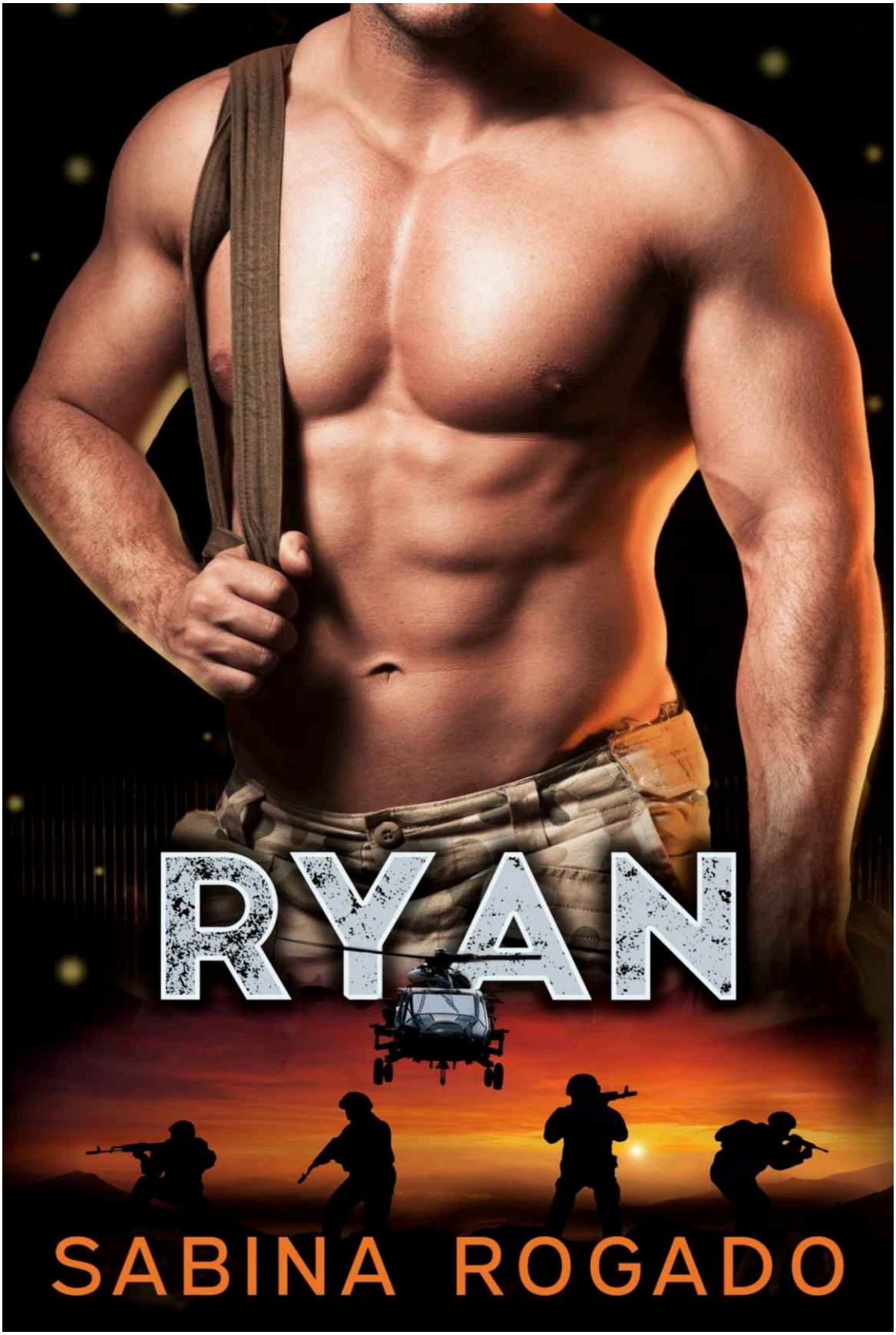
OTROS TÍTULOS


LOGAN
SABINA ROGADO

Logan pertenece a una unidad militar de élite. Está acostumbrado a luchar en misiones consideradas de alto riesgo y en la última resulta herido de gravedad. Mientras se recupera, decide visitar a su familia en el condado de San Diego, pero la proximidad con la frontera de México le deparará un conflicto inesperado que supondrá un antes y un después.

Amelia es una chica mexicana privada de su libertad. Su vida corre peligro y aprovecha un descuido para huir del país. El trauma por el que ha pasado es de tal calibre que le resulta imposible fiarse de nadie, ni siquiera del hombre que se empeña en ayudarla a pesar del peligro que supone.
Un secuestro.
Una recompensa.
Un cártel sanguinario.
Y la unión de un equipo dispuesto a saltarse las reglas con un único propósito.

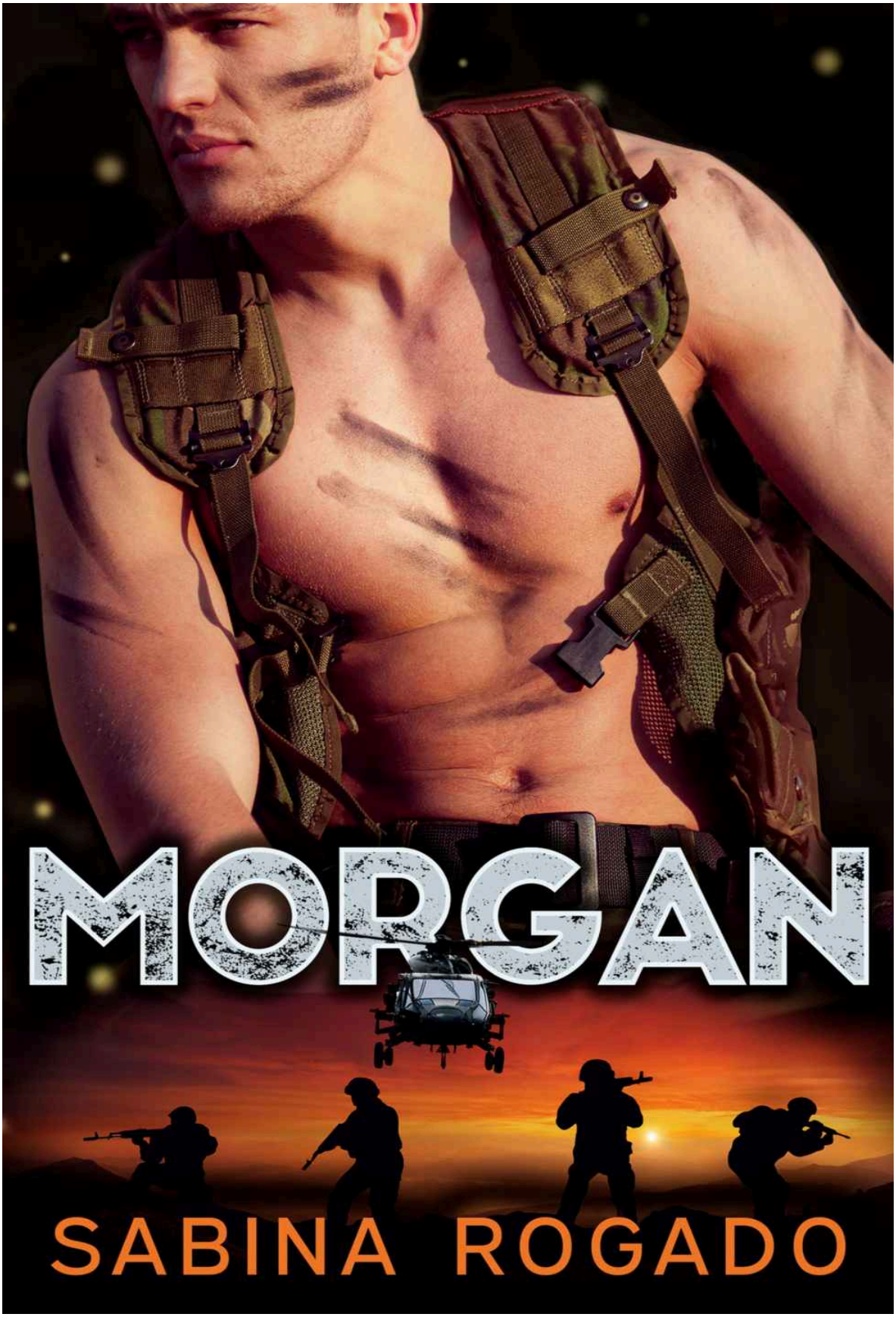
https://amzn.eu/d/2qNknQt


RYAN
SABINA ROGADO

Ryan pertenece a una unidad militar de élite. Conocido por su dedicación al trabajo y su estilo de vida como soltero empedernido, sus prioridades se limitan a tres: el ejército, sus amigos y las mujeres, en ese orden. Está acostumbrado a misiones arriesgadas y se prepara para desplazarse hasta África con la disposición de rescatar a varios integrantes secuestrados de una ONG.

Noah ha tenido una vida difícil, pero ha encontrado su camino ayudando a los más necesitados. Su lema es no permitir que nadie cruce las líneas rojas que ha trazado para no sentir nada, lo que la convierte en una mujer reservada, poco social y reacia a mostrar sus emociones. Sin embargo, todo cambia cuando Ryan irrumpe en su rutina, decidido a romper cada uno de sus límites mientras lucha por ponerla a salvo.
Dos polos opuestos destinados a encontrarse. Secretos, confesiones y un punto de inflexión que lo cambiará todo. ¿Te atreves?

https://amzn.eu/d/6CySItK


MORGAN
SABINA ROGADO

Dentro del grupo militar de élite al que pertenece, **Morgan**, un hombre afable, tranquilo y con un éxito rotundo entre las mujeres, es experto en mantener la calma en las situaciones más difíciles… al menos hasta que viaja al Amazonas y se topa con una chica que lo desestabiliza de principio a fin desde el minuto uno. **Ayura** es una guía indígena con profundas conexiones espirituales. Su personalidad arrolladora se debe a vivir entre dos mundos y será la encargada de ayudar a los soldados a desmantelar una red ilegal de tráfico de armas, a pesar del encontronazo que tiene con el protagonista nada más llegar.

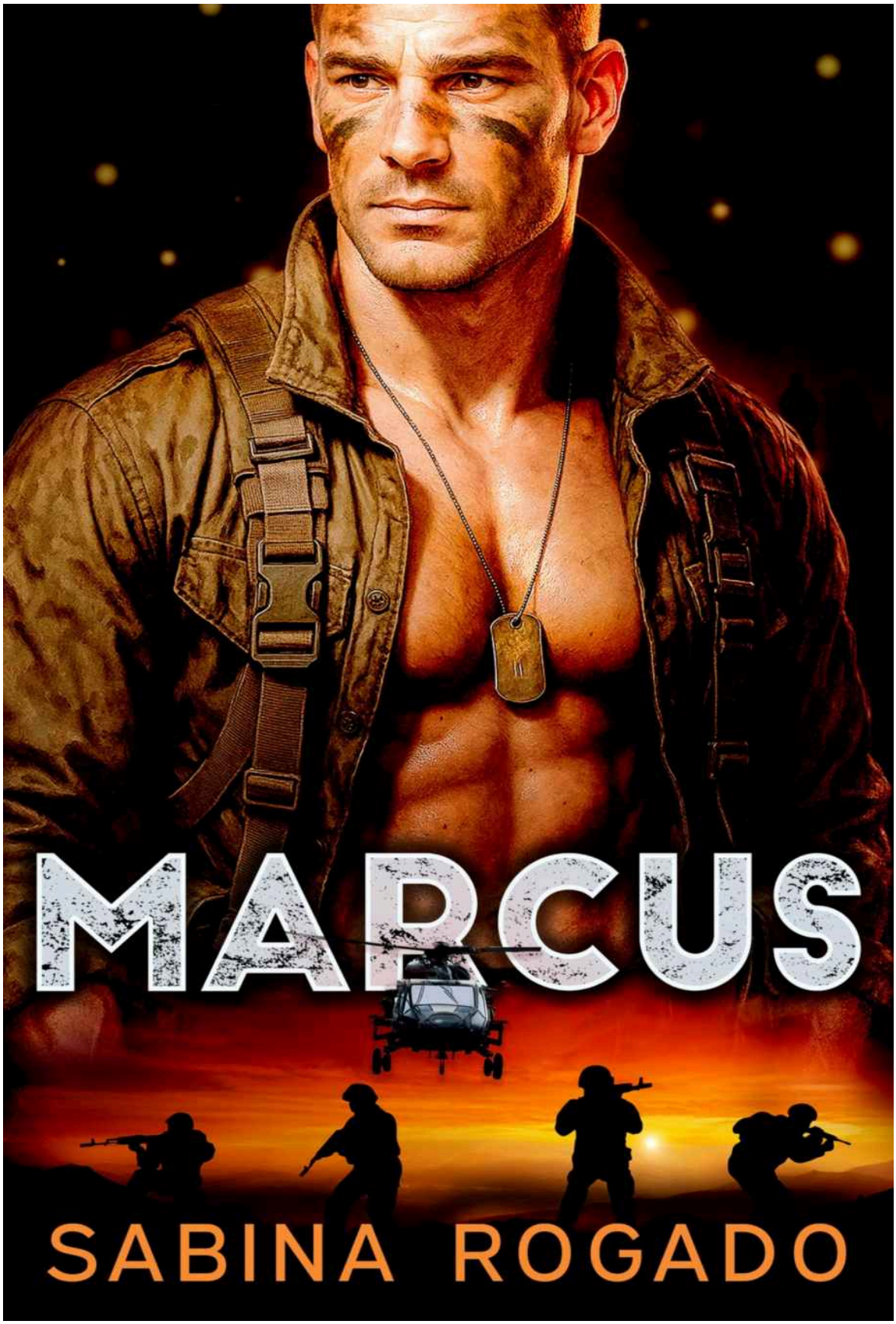
Ella no le soporta. Para él, la chica de la tribu supone un verdadero desafío. Y en mitad del caos, la proximidad forzosa provocará que la tensión crezca hasta límites insospechados.

¿Quién iba a suponer que lo más complicado de todo el operativo sería que el soldado tuviese que hacer frente a sus sentimientos más profundos? ¿Lograrán Morgan y Ayura superar la multitud de escollos que se presentan y llegarán a algún tipo de entendimiento?

Proximidad forzosa, *enemies* to lovers, acción, amor, intriga y mucho más.

https://amzn.eu/d/5uguFC3

PRÓXIMAMENTE


MARCUS
SABINA ROGADO

AGRADECIMIENTOS

Llegados hasta aquí, me gustaría agradecer a mis lectoras cero la implicación que han tenido con esta historia.
A ti, Laura Duque Jaenes, por estar desde el minuto uno. Bueno, creo que ya estabas desde antes, y por darme caña. Sabes lo especial que eres para mí.
A ti, lectora_3mpedernida, por participar con el corazón, por tomar mi mano y guiarme. ¡Ah! Y por tus informes; me han ayudado mil.
A ti, laurelleeyescribe, por tus consejos, por estar dispuesta a embarcarte en esta locura, por tus anotaciones y por conseguir que Morgan brille más.
Chicas, ¡OS ADORO!

A mis lectoras. Sin vosotras, Sabina Rogado no existiría. Sois la caña de España y del mundo, que lo sepáis. Agradecida modo ON se queda corto.

Por supuesto, también a mi familia. Los que siguen a pie del cañón. Los que me aguantan realmente. Bendita paciencia…

Y, sobre todo, a ti, por llegar hasta el final.

Si te ha gustado MORGAN, muy pronto podrás reservar al último personaje de este maravilloso equipo. El capitán MARCUS. Prometo que no os defraudará.

Hasta pronto…

[i] Equipo especial del SEAL que responde directamente al Mando Conjunto de Operaciones Especiales.
Creado en octubre de 1980 y con su base en Dam Neck, en la Estación Aeronaval de Oceanía, Virginia. Los miembros del equipo son especialistas en todas las modalidades de salto en paracaídas, combate cuerpo a cuerpo, armas, rescate de rehenes… Tienen un entrenamiento superior al resto del SEAL y está considerada como una de las fuerzas especiales más preparadas a nivel mundial.

[ii] Es un avión de transporte militar propulsado por cuatro motores turbohélice.

[iii] Es uno de los helicópteros más utilizados por las fuerzas armadas de diferentes países gracias a su versatilidad. Pueden operar en condiciones difíciles, incluyendo la selva y áreas montañosas. Tiene capacidad para transportar hasta once soldados.

[iv] Se refiere a una escena de alto nivel emocional en la novela que desarrolla la historia de RYAN.

[v] Es un helicóptero grande y rápido que utilizan los Marines de Estados Unidos para diversas misiones, entre las que se encuentran las evacuaciones médicas, transporte táctico o búsqueda de rescate, entre otros.

[vi] Oficialmente es una Tarjeta de Residencia Permanente emitido por el gobierno de los Estados Unidos. Permite a los inmigrantes vivir y trabajar de forma legal en el país.